3 1761 07393259 2

LEYENDAS ESPAÑOLAS.

LONDRES:
IMPRESO POR JUAN WERTHEIMER Y C.ª
CIRCUS PLACE, FINSBURY CIRCUS.

LS
M827k.2

LEYENDAS ESPAÑOLAS,

POR

JOSE JOAQUIN DE MORA.

LONDRES:

C. Y H. SENIOR, 49, PALL MALL.

1840.

459623
3. 47

INDICE.

	Pájina.
Al Lector	v
La Judia	1
La Bordadora de Granada	23
Una Madre	37
El Boticario de Zamora	63
El Hijo de Don Farfan	69
Hermijio y Gotona	75
La Florida	99
Escena de los Tiempos Feudales	121
Zafadola	133
La Batalla de Fraga	161
Don Lope	183
El Bastardo	191
Las Dos Cenas	209
Pedro Niño	225
Don Policarpo	251
El Primer Conde de Castilla	267
Bosquejo	291
El Halcon	299
Los Normandos en Galicia	315
Don Opas	335
Notas	461

AL LECTOR.

Mi objeto al escribir estos poemas, ha sido aplicar la versificacion española a un jenero de narracion que diste tanto de la humilde trivialidad del Romance, como del altisonante entonamiento de la Epopeya. En las epocas modernas de nuestra Literatura, siempre que nuestros poetas han querido referir con alguna extension, se han arreglado a una de aquellas dos clases de composiciones, la primera de las cuales, no parece ya digna de un siglo tan adelantado como el nuestro, y la segunda, en que los Españoles hemos sido tan fecundos como mal aventurados, no puede adaptarse sino a una clase particular y escasa de hechos y de hombres. Los creadores de nuestra Poesia, no procedieron con tanta restriccion, ni escrupulo. La mayor parte de los Poemas que componen la Coleccion de Sanchez, pertenecen al jenero narrativo, y ninguno de ellos es romance ni poema epico: lo que prueba, cuando menos, que los injenios anteriores al siglo de Juan de Mena, eran algo mas liberales en doctrinas poeticas, que los de las siguientes jeneraciones. Con la unica exepcion del *Moro Exposito*, no tengo idea de un solo poema narrativo de alguna nombradia, que no pertenezca a uno u otro de aquellos dos jeneros.

Es cierto que el Romance tiene entre nosotros muchos y mui celosos partidarios, y que no goza de menos favor entre los extranjeros: y con razon, si el objeto de este aprecio es el Romance *antiguo*, ya se considere como monumento historico, ya como muestra del jenio poetico de la nacion Española. Nuestros antiguos romances forman, en efecto, el cuerpo de poesia popular mas perfecto, mas caracteristico y mas interesante de cuantos poseen las naciones de Europa. Pero en esos límites se encierra su merito, y de ello no se infiere que en el siglo presente, cuando las necesidades intelectuales son tan diferentes de las que existian en los tiempos de los romanceros, debamos rebajarnos al nivel de que ellos no podian salir, ni privarnos de los recursos que las vicisitudes de los siglos han puesto a nuestra disposicion, y de que ellos no podian hacer uso. El romance, en mi sentir, no es el orijen ni el principio de nuestra poesia: es una dejeneracion de las formas que ella adoptó, desde que empezo a merecer tal nombre. Casi ninguno de los poetas mencionados en la famosa Carta del Marques de Santillana, pertenece a la clase de Romanceros; ni lo fueron tampoco los autores de los poemas recopilados por Sanchez; ni pueden ser clasificados como tales los de la epoca siguiente, y mucho menos Juan de Mena, Boscan, Garcilaso, Leon y sus imitadores. Todavia a mediados del siglo XIV, se consideraban las composiciones asonantadas como un jenero vulgar, y respetable solo por el aire de antigüedad que esta peculiaridad les daba. Tengo a la vista un libro mui curioso, que me suministra un argumento fuerte en favor de esta opinion. Es una Coleccion de Romances,

explicados y comentados por el Magnifico Caballero Alonso de Fuentes, quien no ha querido descubrir el autor de ellos. El Comentador, encomiador, como siempre sucede, del autor comentado, al hablar del jenero de poesia en que este escribio, se explica del modo siguiente: "resta agora por el auctor destos cantos, satisfazer a algunos que son mas amigos del consonante con capa y sayo, que les hyncha los oidos, que no del proposito de la historia, que no dexaran de poner objectos en ellos diziendo que fuera mexor compostura seguir el hilo de sus consonantes limados o trauados .... y a estos digo quel intento deste auctor fue querer mostrar estas historias con el orijen destos cantos viejos, que toda aquella cosa que se contrahaze y assimila a otra, sera mas perfecta cuanto mas se llegare o paresciere a aquella de quien se saca, y así, imitando estos cantos a los de nuestros antiguos, aquella rusticidad de vocablos y consonantes maldolados, les da la auctoridad y lexos que les quitara los consonantes limados o trauados."[1] Por donde se echa de ver que la opinion jeneral estaba en contra de los asonantes, o *consonantes maldolados*, y que solo podian merecer el titulo de composicion literaria, como imitacion de un jenero antiguo, que por las cualidades que ya he notado, era y debia ser altamente popular y bien recibido.

No creo, pues, haber avanzado una herejia literaria en la opinion que ya he vertido sobre la poca dignidad de

[1] Cuarenta Cantos de diuersas y peregrinas historias, declarados y moralizados por el magnifico cauallero Alonso de Fuentes, Dirigidos al Illustrissimo y excelente Señor don Perafan de Ribera, Marques de Tarifa, Adelantado del Andalusia &c. su señor, año D. 1. 5. 50, con priuilegio.

esta clase de versificacion. Antes bien, soi de parecer que esta opinion está perfectamente de acuerdo con las mas aplaudidas doctrinas modernas sobre el placer intelectual que producen las obras literarias. Uno de los grandes fundamentos de este placer, que lo es tambien de todos los nuestros, consiste en el merito de la dificultad vencida: es decir, en la satisfaccion que, por una especie de instinto resulta en nosotros, al ver conseguido un fin, por medio de esfuerzos que no estan al alcance de todos, y que, por consiguiente, supone en el que los hace calidades nada comunes. ¿Qué dificultad presentan, y que esfuerzos necesitan los versos asonantados, en una lengua como la nuestra, que, tanto por la regularidad de su Gramatica, como por la abundancia de voces que ha sacado del Latin, posee una inagotable provision de esas terminaciones imperfectamente semejantes? ¿No vemos con qué facilidad componen romances los hombres del vulgo, y no son ellos los autores de los innumerables que se han escrito y corren impresos, sobre milagros de santos, aventuras festivas y ridiculas, y hechurias y crimenes de malhechores? Sin duda, algo mas cultos y literarios que estos, son los romances de Gongora y Quevedo: más lo que se infiere de esta diferencia es unicamente, que el mismo instrumento, por grosero que sea, despide diversos sones, segun la mayor o menor destreza de las manos que lo pulsan. La combinacion octosilabica ocurre tan frecuentemente en nuestro idioma, que lejos de ser una operacion dificil, a veces, escribiendo en prosa, se necesita alguna aplicacion para evitarla. Con esto, con la independencia de los versos nones, y con la lijerisima traba de los pares, hai bastante

para poder asegurar, que, a menos de suponer una organizacion destituida enteramente de oido metrico, escribir versos asonantados de ocho silàbas, necesita mui poco mas esfuerzo que el que se requiere para escribir en prosa.

Bien sé que la repeticion periodica de la misma terminacion en los versos alternados, no deja de llenar agradablemente el oido, y este es el argumento favorito de los admiradores del romance. Pero, en primer lugar, en su orijen, el romance no estubo sujeto a la unidad del asonante, en todo el curso de la misma composicion, lo que prueba que su merito no consistia entonces en esa monotonia de sonidos. Podria citar muchos romances antiguos en prueba de esta verdad: pero me limitaré al siguiente fragmento de uno de Don Alfonso el Sabio:—

"Yo sali de la mi tierra,
Para yr a Dios seruir,
Y perdi lo que auia,
Desde mayo hasta abril.
Todo el reyno de Castiella
Hasta alla a guadalquibir,
Los obispos y perlados
Cuide que metien paz,
Entre mi y el mio hijo,
Como en su decreto jaz.
Ellos dexaron aquesto,
Y metieron mal assaz,
Non a excuso mas a bozes
Bien como el añafil faz."

A proposito de esta cita, observaré que en todos los romances de la misma epoca, se observa la misma propension al uso de la rima perfecta, y que la introduccion de la rima imperfecta o asonante, provenia, como la de

los versos incompletos, o demasiado largos, los ripios, y otras manchas semejantes, de la ignorancia, falta de oido, o neglijencia del poeta. En segundo lugar, este placer acustico que resulta de la repeticion periodica de terminaciones semejantes ¿puede tener otro orijen que el hábito, que es el gran transformador de todas nuestras sensaciones, y que convierte en placenteras las mas desagradables, y en necesarias las indiferentes? Una vez acostumbrado el oido a un cierto jenero de vibraciones, o a la repeticion de las mismas en ciertos espacios de tiempo, las recibira siempre con deleite, y su interrupcion no podra dejar de serle desagradable. Tal es, en globo, la explicacion que dan los Filosofos al placer que resulta del compas en la Musica, y del ritmo en la Poesia.

Pero en el acertado uso de la rima perfecta, hai meritos de un orden mas elevado. El rimador se coloca en la necesidad de escojer entre un número mui limitado a veces de palabras, y, por esto solo, en la de buscar nuevas analojias entre las ideas por ellas representadas; de donde, sin duda, pueden resultar sentidos violentos, metaforas traidas por los cabellos, y otras incongruencias del mismo orden: pero, en manos de un hombre de pensamientos profundos y viva imajinacion, semejante traba es el verdadero principio de esas grandes bellezas que admiramos en los buenos poetas modernos, entre los cuales, los mas jeneralmente aplaudidos, son precisamente aquellos que han manejado aquel resorte con mayor naturalidad y destreza.

Me parece hallar en esta doctrina una confirmacion, o mas bien un corolario del siguiente aforismo de Bacon:

"*Credunt homines rationem suam verbis imperare, sed fit etiam ut verba vim suam super rationem retorqueant.*"[2] Algo mas lejos ha ido un escritor mui profundo de nuestros dias,[3] el cual opina que el verdadero medio de hallar pensamientos es buscar palabras: documento que está perfectamente de acuerdo con las mas aplaudidas especulaciones de los Filosofos modernos sobre la asociacion de ideas, y el influjo de los signos en las operaciones mentales. Ni se han desdeñado algunos de ellos de aplicar estos principios al asunto que nos ocupa. Butler compara mui injeniosamente la rima, con respecto al influjo que ejerce en el verso, al timon, que, aunque colocado detras del vajel, y obligado aparentemente a seguir sus movimientos, en realidad dirije su curso. Brown entra en mas amplias consideraciones: "¡Cuantos," dice, "de los mas bellos pensamientos e imajenes poeticas se deben a esos sonidos finales, que se sujieren uno a otro, por su semejanza accidental, y que en el hecho de obligar al poeta a detenerse, hasta acomodar el metro, con perfecta propriedad de ideas y de medida, a la imperiosa necesidad de la rima, le presentan, durante este intervalo, mayor variedad de imajenes que las que espontaneamente nacerian en su espiritu, si no lo sujetara aquella inevitable restriccion!"[4]

El lector benevolo disculpará que lo haya detenido con esta pequeña, aunque quizas enojosa disertacion, si

[2] "Novum Organum."—Lib. I. Aph. 1, iv.

[3] "Ce n'est qu'en cherchant des paroles que l'on trouve des pensées."—JOUBERT.

[4] "Lectures on the Philosophy of the Human Mind."—LECTURE 36.

reflexiona que el sistema que he seguido en estas Leyendas, de sujetarme escrupulosamente a la lei severa del consonante, no procede de la mania de singularizarme, ni del deseo insensato de rebajar a los exelentes poetas españoles, que han seguido el principio contrario. Lo que me ha decidido a separarme de su ejemplo, ha sido el íntimo convencimiento de la necesidad que tiene nuestra Poesia, de abandonar esas formas triviales y faciles que la deslustran y rebajan: convencimiento que he creido oportuno apoyar, a los ojos del público, en autoridades de mas peso, que el que la mia podria darle.

Quizas habria procedido con mas acierto, y, sin duda, con mas arreglo al gusto dominante, si en lugar de sostener una opinion que sera tratada de paradoja por no pequeña parte de los criticos del dia, hubiese imitado el ejemplo de algunos poetas recientes, que han consagrado sus prologos al examen de la gran cuestion pendiente en la actualidad, entre clasicos y romanticos. Tengo una razon mui poderosa para abstenerme de tomar parte en esta disputa: y es que no la entiendo. Tan incomprensible es a mis ojos el clasico que desdeña, desprecia o ridiculiza los nuevos elementos artisticos que ha introducido en la Literatura de los pueblos meridionales, el mayor conocimiento que han adquirido de la alemana y de la inglesa, como el romantico que trata tan irrespetuosa y hostilmente a los modelos de perfeccion que abundan en las filas contrarias. Nadie me hara creer que Shakespeare es un barbaro, y Calderon un extravagante; ni tampoco podre persuadirme que fueron dos jenios de primer orden, por la unica y exclusiva razon de no haberse sometido a ciertas reglas,

y de no haber adoptado cierto jenero de imajenes y metaforas que son, en entender de ciertos hombres, condiciones necesarias y limites positivos de la exelencia literaria, y trabas mezquinas y absurdas, en opinion de otros que batallan en las filas opuestas. Aquella exelencia, segun me lo han enseñado mis maestros, y segun lo que la experiencia de todos los siglos confirma, nunca podra obtenerse, sino adoptando el jenero de composicion y el jiro de ideas mas analogas a las disposiciones naturales y al temple espontaneo del individuo, y jamas sera el resultado de un sistema, ni del empeño de justificar practicamente *invita Minerva*, ciertas opiniones, modas o doctrinas. De este ultimo principio nunca saldran mas que producciones contaminadas con aquel insoportable vicio, que es el mayor enemigo de la orijinalidad, del buen gusto y de la perfeccion literaria: la afectacion.

Hagame el lectór la justicia de reconocer que, por defectuosas que sean las composiciones sometidas en este volumen a su juicio, a lo menos no hai en ellas la menor traza de aquel achaque, tan comun en nuestro siglo. Ni alego como un gran merito la circunstancia de haberme preservado de su influjo: porque, en realidad, no concibo el placer que resulta de violentar las propensiones individuales, ni de forzar al entendimiento a caminar por una senda trazada de antemano, sea o no sea la que seguiria, abandonado a su propia inclinacion, y movido por sus impulsos naturales. Malas o buenas, estas Leyendas han sido escritas con independencia de todo espiritu de escuela y de faccion. Las reglas que el autor ha seguido, no son las que proclama como indis-

pensables, o infrinje por sistema una u otra clase de escritores: sino las que le han parecido emanadas del sentido comun y del buen gusto. En una palabra, no desea que las Leyendas sean juzgadas como clasicas, ni como romanticas, sino como *suyas*.

LA JUDIA.

"A thing of dark imaginings."—BYRON.

I.

Solo está el bosque. Sin testigo mueve
Sus linfas el raudal, de espuma leve
Salpicando las flores de su orilla,
Y el techo que le forma la varilla
Del mimbre y del aromo.
Sola en la cumbre del celeste domo
Placidamente el arjenteo disco
La luna ostenta, y el pelado risco
Con varios tintes sus vislumbres quiebra,
Ora en blanquizca masa, o sutil hebra,
Ora en grupos de nacar. El reflejo
Celestial, en su copa, al roble añejo,
De forma estraña viste,
Y con pendiente rama, el sauce triste
En moviles figuras la convierte.
Con esplendor mas fuerte,
La luminosa inundacion dilata
Sus anchas olas de bruñida plata,
Por el llano vecino, desde donde
Bajo florida rama que la esconde,
Susurra y juega en armoniosa risa,
Cargada de placer y olor la brisa;
Y al mover de sus alas, se difunde
La exquisita fragancia, y leve cunde
Por la callada esfera. En lejania
Vaporosa, levanta oscura frente
Noble castillo, injente
Masa de enormes piedras, que algun dia,

Dia de un siglo exelso aunque remoto,
Retumbó con el belico alboroto,
Y oyo de alegre fiesta el alto grito ;
Y en el opuesto lado, cual ceñudo
Jigante, sus colosos de granito,
Levanta el monte, cuyo aspecto rudo,
Disfrazan con diafana cortina,
La luna y la neblina.
Tal es la escena a do con lento paso
Se dirije Don Suero, y entra, y mira
Cauto en torno, y suspira,
Y de rubor escaso
Se tiñe el rostro, do perenne asienta
Mortal amarillez dolencia oculta,
Quizas o pena amarga. Con afrenta
De su opinion, la plebe osada insulta
Su nombre, y atribuye en sus hablillas
De su rostro las trazas amarillas
A tenebrosos actos,
Negros designios, y terribles pactos.
Desde que vino de lejana tierra
Do lo llevó la guerra
Que ostentó de la cruz la roja marca,
En Sion la piadosa, la comarca
Donde Suero domina,
Señor de tierras vastas, abomina
Su yugo y su mansion. Y no se crea
Que agoviando con barbara tarea
Sus siervos oprimidos,
Les arranca jemidos,
Cual los otros magnates. Compadece
Desde lejos sus males ; favorece
Sin verlos su infortunio. A nadie daña :
Mas cual vision estraña,
Que horror secreto, y repugnancia inspira,
La faz del hombre mira.

La suya, en surcos hondos, aunque apenas
Seis lustros cuenta de existir, indica
Tormento que lo labra y mortifica;
Pesadumbre de barbaras cadenas,
A las que el corazon victima cede.
Quiere olvidar sus males, y no puede,
Y en secretos pesares se consume.
Breves instantes aspiró el perfume,
Y sació su mirada asustadiza
Don Suero en el recinto deleitoso.
"Huyamos," dice, "huyamos: el reposo
Que yo busco, no es este. Suaviza
Sobradamente al alma este deleite,
Cual esmerado àfeite
Que deslumbra y alaga.
No es aqui donde encuentra el vago anelo,
Con que me abruma el cielo,
Objeto que termine y satisfaga
Su sedienta inquietud. Aqui respire
Quien a la holganza aspire
Que a virtud atribuye y a inocencia,
Lo que llaman los hombres experiencia.
Mis sombrios tormentos necesitan
Peñascos eminentes,
Por donde furibundos los torrentes
Dilacerados troncos precipitan;
Quebradas hondas, y hondas aberturas,
Do su feroce libertad celebra,
Silvando la culebra;
Malezas intrincadas, peñas duras,
Niebla espantosa, y barbaro rujido
De huracan desatado, que disuelve
Las altas crestas del peñasco hendido."
Dijo, y turbado vuelve,
Y de pronto un suspiro lento y blando,
Como lo lanza el hombre fiel, soñando

En ventura perene,
Con misterioso hechizo lo detiene.
Torva sospecha el ánimo le ofusca.
Por la espesura enmarañada busca
De aquel rumor incognito el orijen,
Y a un mortal sus miradas se dirijen,
Que comprimido, y tremulo, y doliente,
Se arroja al suelo, y dice prosternado:
" Noble Señor, piedad de un inocente,
De un ser desventurado,
Que al marjen del sepulcro titubea.
Mi vida está en tus manos: de ellas sea,
Si lo quieres, despojo, y si prefieres
Dar facil puerta a impulso compasivo. . . ."
Don Suero lo interrumpe: " Di quien eres,
Y si en el labio perfido y nocivo
De un hombre, la verdad tiene morada,
Di la verdad o mueres a mi espada."
" Nunca," responde el joven, " en mi seno,
Derramó la mentira su veneno.
Un culto que detestas es el mio.
La proxima ciudad, con eco impio,
Proclamó esta mañana horrible muerte,
Contra el misero pueblo de mi raza.
Un iluso pontifice pervierte
Su razon. Furibunda despedaza
Los miembros de la victima la plebe,
Y nuestra sangre en vaso impuro bebe.
Mi padre—yo lo ví—provecto anciano,
Docto en yerbas y simples, cuya mano
Sin venal recompensa
La salud repartia a los mortales,
En el tropel de muchedumbre inmensa,
Perdio tambien la vida a sus puñales.
Salvóme de la muerte mano amiga,
Y aqui, Señor, tras barbara fatiga,

Llegué, do en tu bondad me anuncia el cielo,
Mi refujio y consuelo."
" No lo pides en vano," le responde
Don Suero, que no sabe ni adivina,
Cual fuerza peregrina,
Cual poderio irresistible esconde
Voz tan estraña, en males tan crueles.
" Sigue mis pasos, calla y no receles."

II.

A la luz de la antorcha que ilumina
La retirada habitacion, do encubre
Su existencia mezquina
Aquel desventurado ser, descubre,
Con turbada estrañeza,
De su aflijido huesped la belleza.
Tersa la piel, como marmoreo busto;
Talle esvelto cual mimbre; delicado,
Cual la flor del espino, y matizado,
Como lozano arbusto,
De salud y esperanza,
El cutis transparente;
Ojos, por los que fuego activo lanza;
Sombreada la frente
De profusos cabellos,
Negros cual azabache, y mui mas bellos:
Tal era el hijo de Abraham. Lo admira
Don Suero sin cansarse, cual si fuera
Vaporosa vision, que rauda jira
Con rastra luminosa por la esfera.
Y mas lo admira, cuando en dulce acento,
Le dice: " Buen Señor, dame la mano,
Y deja que en su vario lineamento,
De tu destino el misterioso arcano,
Revele el labio mio."
Y Don Suero se presta, ya sin brio,

Cual ave por la sierpe fascinada,
Y su orgullo al incognito somete.
" Esta linea promete,"
(Dice con voz turbada,
Dando un suspiro, el desgraciado Hebreo)
" En la guerra de amor feliz trofeo.
Aqui se pinta un triunfo en otra guerra
Mas cruel. De los grandes de la tierra,
Doblarás el soberbio poderio.
Aqui miro un deseo que devora
Tu jeneroso pecho, y no desdora
Tu nobleza y tu brio."
"¿ Cual es ?" pregunta el Español. " Anhelo,"
Sigue el garzon, "de merecer del cielo,
Lo que pocos mortales
Merecen de los seres celestiales :
Ciencia que al hombre eleva y magnifica,
Sobre la turba imbecil : ciencia augusta,
Que el pecho entusiasmado purifica,
Y si al indagador vulgar asusta,
Al sublime mortal de ánimo fuerte,
Abre el alto volumen de la suerte.
Ella la senda próspera te allana,
Y en galardon de tu piedad te envia,
Fiel y segura, aunque modesta, guia,
Mano potente y diestra, aunque temprana,
Que, docil a tu voz, en los preceptos
Te iniciará del invisible mundo,
Cual humildes los guardan sus adeptos."
Reconcentrado en meditar profundo,
Don Suero escucha el grato vaticinio.
" ¡ Incomprehensible joven ! ¿ qué dominio,"
Clama, " en mi ser, y en mi destino ejerces ?
¿ Y como el jiro a mis pasiones tuerces,
Y su dureza natural ablandas ?
Tú en mi mente leistes, y tu mandas,

Cual Euro que las altas cumbres postra,
En un alma que al mundo entero arrostra,
Lo arrostra, y lo desprecia.
Desde el nacer miré con desden frio
La muchedumbre necia
De mis iguales: con feroz desvio,
Sus perfidas caricias; con enojo,
La miserable presa que disputa
Ciega codicia con brutal arrojo.
Esa felicidad de que disfruta
La ambicion satisfecha,
Ora en gloriosa brecha,
Que de sangre y maldad riega su cucono,
O en doctrina pueril, o exelso trono,
Que con su peso aplasta el ancho mundo,
Era a mis ojos fango vil e inmundo.
En esta torpe escena profanadas,
A los astros se erguian mis miradas.
¡ Qué ! decia. Esos orbes refuljentes
¿ No son mas para el hombre que lumbreras,
Lujo inutil en candidas esferas ?
¿ No hai en su labio voces elocuentes,
Que de los seres que en el aire habitan
Provoquen la amistad ? ¿ y no habra seres,
Que la piadosa invitacion admitan,
Y en sublimes placeres,
El alma que su mano implora inunden ?
¿ Porqué en mi altivo corazon difunden
Los celestes decretos,
Esos brios inquietos,
Ese inquieto anhelar, que se desdeña
De cuanto el hombre goza y cuanto enseña ?
Punzandome en el pecho la codicia
De un no sé qué, remoto, puro, eterno,
Cuyo recuerdo incognita delicia
Derramaba en mi ser, aun joven tierno

Busqué en lejano clima,
Y en borrascoso mar, y en alta cima,
Digno objeto a mis ansias vanamente.
Del esplendido Oriente,
Recorri las magníficas rejiones;
Segui de Balduino los pendones,
Y con el Musulman crucé mi acero.
Turbó un combate fiero
Del Libano el silencio majestuoso . . . .
¡ Misero yo ! que ciego y orgulloso
Me aluciné en frenetica arrogancia,
Y cual los otros combati, cediendo
Torpe al yugo de estupida ignorancia,
Y en el ardor del combatir tremendo,
Cayó en mis manos y pidio la vida.
Un noble anciano, cuya faz ceñida
De calma augusta y majestad serena,
Deja suspenso el destructor amago.
Era un famoso mago,
Y un astrologo insigne. La cadena
De su cautividad fue mi respeto.
Servile como a padre y como a numen,
Reverencié sus dichos. El secreto
Del celeste volumen,
Prometio revelarme, y conducirme
Por alta via al inefable arcano.
Vio en mis intentos la constancia firme,
Vio en mi mente el desprecio del humano,
Que de la iniciacion es lei severa.
Mas tremoló Balduino la bandera
De la Cruz, y el destino mas siniestro,
Me apartó del maestro.
Ya vi entonces cerrada
Para siempre la entrada
De la ciencia del bien. Mi fantasia,
La desesperacion cubrio horrorosa.

Dejé indignado la quimera impia
De la guerra. La estensa y rumorosa
Faz del mundo, cual perfida acechanza,
Se presentó a mis ojos. Ni esperanza,
Ni placer, ni vigor, ni plan, ni objeto,
Tubo de entonces mi existir. Sujeto
Con invisible lazo que me liga,
No sé a quien, ni sé adonde la fatiga
Que el corazon destruye
Propende ni concluye.
¡ Y tú has de ser, tú, joven, tú, proscrito,
Quien el sublime rito,
Que el bien y el mal presajia,
Quien los altos portentos de la Magia,
Descubras a mis ojos ! Por ventura,
¿Cabe en tu edad la intrepida firmeza,
Que osa elevarse a la rejion oscura,
O arrostrar del sepulcro la tristeza,
Y evocar de sus nieblas horrorosas,
Visiones espantosas ?"
"Los hechos te daran facil respuesta,"
Con faz inmoble el joven le contexta.
" Sé docil a mi voz ; mis pasos sigue,
Y si tu celo y tu virtud consigue,
Llegar a las moradas,
Al saber destinadas ;
Si la hueste feliz que el aire puebla,
Te abre en presencia mia sus rejiones;
Si rotas las prisiones
Del sepulcro, y su lobrega tiniebla,
Lanza tremenda voz su seno frio,
Verás cual de los dos tiene mas brio."

III.

Una sola existencia, y una vida,
Y un proposito solo, y un deseo,

Al Español animan y al Hebreo.
Cuando esparce la furia embravecida
Del Euro, horror en noche que oscurece
Mole inmensa de nube borrascosa,
La rama de los bosques los guarece ;
O juntos en la orilla resbalosa
Del formidable precipicio, atentos
Al silvar de los vientos,
O a las centellas que el espacio abrasan,
Horas enteras pasan.
Juntos los ve la Aurora de contino,
Fijos en el añoso pergamino,
O en la figura mistica que encierra
Los destinos del hombre y de la tierra.
Juntos los ve el Ocaso,
Jirar con lento paso,
Cual si igual los moviese oculta rueda,
La sombria alameda.
No es amistad la que sus almas liga.
Algo mas es : instinto inexplicable,
Que ora los atosiga
Con deseo insaciable
De mas estrecha union, y ora los lanza,
En brazos de una ciega confianza.
Empero cual arbusto,
Que lozano y robusto,
Vigor, salud, perfume, altivo brota,
Y lentamente la alta rama inclina,
Desfallecida y rota ;
Y lentamente el fuerte tronco mina
Secreta destruccion, y amarillea
La pompa del follaje, y no lo orea
Benigna el aura ; y el dañino abrojo
Lo cubre, y sin el lustre fresco y verde,
Los leves jugos de la vida pierde ;
Tal el vislumbre rojo,

Huye de las mejillas del Hebreo.
Tal se fija un inutil devaneo,
Ponzoña lenta, activa y concentrada,
En su abatida y languida mirada;
Tal al impulso ajitador y vivo,
Que con su sangre circuló, sucede
Recelo pensativo,
Y el raudal de la vida retrocede.
Lo conoce Don Suero, y disimula,
Bien que de esta mudanza,
Motivo ajeno de verdad calcula,
Y a su desconfianza
La rienda afloja, y a cansancio frio,
Las penas atribuye del Judio.
Era el anochecer: solo Don Suero,
Por aspero sendero,
Sus pasos encamina.
"¿Porqué me deja," dice, "y apetece
La soledad? ¿Proyecta mi ruina,
Quizás, o se envanece,
Con mi docilidad y mansedumbre?
¿O en torpe servidumbre,
Piensa que lo subyugo,
Y en quien su amigo fue mira un verdugo?"
Y entonce al borde de escondida fuente,
Ve al mancebo apoyando tristemente
Su cabeza en la mano. El hondo sello
De la afliccion marchita,
Sus palidas mejillas. El cabello
Desacordado ajita;
La faz hendida amargo llanto moja,
Y el sollozar de la agonia arroja.
"No mas padezcas;" dice,
"No mas en estos muros, infelice,
Consumas tu existencia.
Recobra tu nativa independencia.

Oro tendras profuso si oro quieres,
Que te abrira el camino por do fueres."
"¡ Cruel ! " (entonce exclama
Despechado el doncel). " Cuando dañina
Tu enemistad me infama,
¿ Por qué tu duro pecho no adivina
La dolencia mortifera y tremenda,
Que el mio abate y emponzoña ? ¿ Ciñe
Tu mirar fascinado oscura benda,
O no ves cual se tiñe,
Mi vida con la sombra de la muerte ?
¿ Y el oro vil endulzará la suerte
Que me labra tu fria indiferencia ?
¿ Qué me importan el oro y la opulencia ?
Soi mujer y te adoro.
Tu amor es mi riqueza, y mi tesoro."
Una segunda vida aquel momento,
Veloz difunde animadora llama,
De activo sentimiento
Por el Ibero confundido. Inflama
Nuevo calor sus venas, y circula
Con él dolor estraño, que estimula
Sus voraces afectos. Tiembla, siente
Que del rendido corazon se exala,
Cual de volcan ardiente,
Ignea erupcion ; que, cual extiende el ala
Rapida el ave desde la alta cresta,
Y por los aires se remonta, y presta
De la vista del hombre desparece,
Asi en nueva rejion su mente vaga,
Y en ella lo embriaga
Sabor de incierto goce. Le parece
Salir del mudo abismo de la nada,
Y que fue un sueño torpe, una mentira
Su existencia pasada.
" Mujer, divinidad, vision, portento,"
Clama en extasis ciego, " ¿ a donde aspira

Tu vida inexplicable? ¿a qué tormentos
Me destinas? ¿Qué nuevas y terribles
Amarguras preparas, qué quimeras
Dolorosas al hombre en quien imperas?
Los lazos apacibles
Del amor, sus espinas y sus goces,
¿Son para tí, son para mí? Disipa
Mi confusion."—"Insano, desconoces
El don de que el humano participa,"
Responde la doncella,
"Cuando inefable union vincula y sella,
Ciencia y amor; cuando la esfera baja
Deja el amor, donde su lei se ultraja,
Y con el ser que adora,
Se identifica en la rejion do mora
Perenne fuente de inexausta vida.
No es para tí; no es para mí, la ofrenda
Con que la humanidad paga aturdida
Tributo a lei universal. Descienda
A ese vil fango de placer oscuro,
Vulgar amor, cual en el seno impuro
Se abriga de la imbecil muchedumbre.
Yo te adoro; yo muero de adorarte.
Yo desfallezco en lenta pesadumbre
Por tu amor. Yo tu amor en toda parte,
Como vital atmosfera respiro.
Yo a tus plantas expiro,
Si en fuego igual tu seno no se inflama.
Empero de la llama
Tenaz y abrasadora,
Que el pecho me devora,
No es el voraz incendio
Foco de infame dicha y vilipendio.
Confundirme en tu ser; que te confundas
Tú en mi ser; que en aereas y profundas
Meditaciones, juntos y enlazados,
Corran por nuestros miembros transformados

En jaspe inmovil, fluidos sutiles,
De esos que en los etereos pensiles,
Elaboran los jenios celestiales,
He aqui mi aspiracion : he aqui la fuente
De las ansias mortales,
Que el acerbo dolor grabó en mi frente.
Tú, en los hondos arcanos del destino,
Fuistes el señalado
Para rejir con cetro diamantino,
Mi pecho atormentado.
Para conmigo hollar, lejos del mundo,
En la rejion del ambito profundo,
Senda encumbrada que los aires hiende,
Do el verdadero amor su antorcha enciende ;
O para abrir la tumba, si desdeñas,
Esperanzas tan nobles y alagüeñas,
Donde impregnado de dolor y ultraje,
De la infeliz Raquel el polvo baje."

IV.

Como lijeras horas se deslizan
Los dias del amor : mas un afecto,
Que desdeña el amor, como imperfecto
Nudo, y mezquino enlace, en que se herizan
Penas agudas y tormentos graves,
Enmedio de las platicas suaves ;
Un arrebato, un frenesi, que liga
Con algo mas que amor, el desaliento
De la imajinacion, y ansiar sediento,
Que el placer no mitiga,
De fantastico bien, extraño al mundo,
En jiro desigual y vagabundo,
Del tiempo burla el curso y las barreras
Que señalan las horas y los dias.
Asi en dobles quimeras,
Que engañan sus ardientes fantasias,

Raquel y Suero unidos se embriagan;
Y sin que satisfagan
Meses enteros de estrechez, de hechizo,
Quiza ilusorio, ni uno ni otro pecho,
En el asilo estrecho,
Que de color rojizo
Los siglos doran, lobrega morada,
Resto confuso de la edad pasada,
Cual en oscura huesa se sepultan;
Y su existir al Universo ocultan.
De aquella soledad, ni un ser humano,
Con pie indiscreto y con mirar profano,
Turbó el silencio misterioso y triste.
Ni saben lo que existe
Fuera de aquellos muros,
Donde ya mal seguros,
En el olvido que su amor proteje,
Perfido lazo el porvenir les teje.
No lejos del castillo, se levanta,
Con copa espesa, y con erguida planta,
Grupo de antiguos robles,
A cuyo abrigo los altivos nobles
De la comarca, al rededor yacian,
Sobre la muelle yerba fatigados
De la caza afanosa. Discurrian
De tiros acertados,
De ciervos y de osos,
Y de perros famosos.
Uno de ellos, Don Nuño, que opulento,
Y atrevido, y violento,
Con prepotencia impavida amenaza,
Cuanto a su dicha y su querer se opone,
"Vosotros," dice, "no entendeis de caza.
Don Suero sí que al riesgo no se expone,
Y se goza feliz en noble presa."

"¿Cual?" pregunta un magnate. "¿Cual es esa?"
"Raquel es, la Judia,"
Contexta Nuño, "que en dichoso dia
Huyó de nuestras manos,
Y de otros mil Cristianos."
Otro dijo: "dejad esa materia,
O temed que Raquel con negras artes,
Nos cubra de miseria.
Ya su nombre es famoso en todas partes,
Por el alto poder de sus hechizos."
"¡Los nobles de Castilla asustadizos,"
Dice Don Nuño, "sufren el denuesto,
Que esos dos seres en la tierra imprimen!
¡Que en diabolico crimen,
Y en vínculo funesto,
Un noble de Castilla se despeñe!
¡Que huya de sus iguales y desdeñe
Su amistad y su trato,
Por vil enlace, y prácticas horrendas!
¿Donde está vuestro honor? ¿Donde el conato
De conservar intactas, como prendas
De sangre pura, el nombre de Castilla,
Y la fama immortal de los abuelos?"
"Venguemos tal mancilla,"
Grita la turba airada. "Por los suelos
Derroquemos el muro,
Donde se abriga ese mortal impuro."
No dicen mas, y aprestan los caballos,
Y apresuradamente a sus vasallos
Congregan, y arman, y su celo exitan,
A consumar el crimen que meditan.
Desde encumbrada almena,
Ven los amantes nubarron de arena,
Que en tiempos de injusticia y de atentados,
Planes indican fieros y malvados;
Y a examinar envia,

Don Suero un habil y celoso espia,
La causa del rumor. Sabelo, y jura
Que no sera el castillo sepultura
De su honor. Vierte el oro a manos llenas,
Y a los suyos prepara y los provoca,
Y a guerra a muerte toca,
Y ruje, como tigre entre cadenas.
Raquel lo sigue por do quier. Su mano
Ciñe la fuerte espada, y asegura
La olvidada armadura,
Y ajusta al morrion plumero ufano.
No cual antes envuelta
Jime en negro pesar: firme y resuelta,
Y a toda desventura apercibida,
Sexo y edad olvida.
"Vengate," dice intrepida; "confunde
De esa infame caterva
La osadia proterva.
Su sangre criminal feroz difunde;
Tu mano en ella y el acero esmalta.
Esa sangre quizas es la que falta,
Para que a tu mirar se rompa el velo,
Que te oculta los ambitos del cielo.
Corre, que ya los oigo, cual panteras
Bramar de rabia. ¿Ves cuan orgullosas
Tremolan sus banderas?
¿Cuan sedientas y ansiosas
Sus miradas nos buscan para hacernos
Victimas de sus odios homicidas?"
De sus cavernas hondas y encendidas
Arrojan los infiernos
Al jenio que se goza,
Cuando un mortal a otro mortal destroza.
Jenio que largos siglos del Ibero,
Rijio los hados, cuando fue el acero
Su codigo: la fuerza su justicia.

Y el execrable numen se recrea,
Viendo entre hermanos barbara pelea,
Que exita de unos pocos la malicia,
Y en que turba servil ciega se lanza,
Sin interes, sin odio ni esperanza.
Alli el cuadro uniforme
Que la Historia en sus pajinas repite,
Sangre vertida, confusion enorme,
Fuga veloz y sanguinario embite,
Y muertes, y alaridos,
Y horfandad a inocentes desvalidos,
Reproduce incansable la Discordia.
En los santos alcazares del Cielo,
Cubrio Misericordia
Su dulce faz de impenetrable velo,
Por no ver los horrores de aquel dia.
Don Suero busca en la contienda impia,
Al movil principal del atendado;
Y Nuño despechado,
Tambien busca el objeto de su enojo.
Y encuentranse, sedientos cada uno
De sangre ajena, y ambos de consuno,
Suspenden un instante el ciego arrojo.
Fue un instante no mas. Parten los fieles
Troteros al batir del acicate.
Las dos lanzas penetran los broqueles,
Y se rompen, y entonces el combate
Fue mas terrible; brillan las espadas,
Como en cimas riscosas y escarpadas,
Deslumbran a lo lejos,
De la lava encendida los reflejos.
Resuenan en las fuertes armaduras
Horrendos golpes, que con impias manos,
Se asestan inhumanos
Los dos contrarios; vastas hendiduras
Abrense en la coraza y en el peto,

Y de sangre se cubren. Las heridas,
Mas enardecen el atroce reto.
Ya de Nuño las fuerzas abatidas
Aflojan. Su enemigo reconcentra
El vigor que en sus musculos reside.
La fiera punta la garganta encuentra
Del rival, y del tronco la divide.
Entretanto suspenso
El uno y otro bando
Se mantubo, observando
La lucha atroz y sanguinaria: intenso
Rumor circula cuando Nuño cede.
Y al victorioso Suero se encaminan,
Y fieras amenazas le fulminan.
Ni a tal peligro el bravo retrocede.
Con unos pocos el peligro arrostra,
Y a mas de un infanzon cortó la vida.
Mas la profunda herida,
Que hiende el pecho, sus esfuerzos postra.
Su mano entumecida ya no agarra,
Cual ferreo anillo el puño,
Y un agudo tormento lo desgarra.
Los que la sangre vengan de Don Nuño,
Mas lo estrechan, y él mas se debilita.
Se afloja el brazo, sueltase la espada,
Y como flor del tallo desgarrada,
Del cansado animal se precipita.
Oyese un grito agudo de repente,
Y las hileras corta un tierno paje,
Cual lo indica su traje.
La desesperacion cubre su frente.
Rompe el aire con tremulo alarido,
Y al caballero exanime se arroja;
Con su llanto lo moja;
Rodilla en tierra, aquel resto abatido
Sostiene con vigor: sus manos toma;

Le aplica una redoma
De esencia inutil ; cubrelo de besos,
Y torna en calma muda sus exesos,
Cuando el ultimo soplo de la vida,
En los ojos de Suero se deshace.
Sobre el triste despojo inmovil yace,
Raquel al busto destrozado unida,
Como a gotico muro hojosa yedra,
O como si una piedra
Cubrir debiera en el sepulcro umbrio,
De ambos el polvo frio.
Empero ya la turba la conoce,
Y con bramar feroce :
" Raquel," grita, " es Raquel : la infame muera."
Y entonces altanera,
Refrenando el dolor que la sofoca,
Alzase, y con desden, y horror los mira.
Un lienzo aplica a la encendida boca,
Su exalacion malefica respira,
Y los mira otra vez con risa amarga ;
En sus brazos ya languidos comprime
El seno herido de su amante ; jime,
Y en eterno reposo se aletarga.

LA BORDADORA DE GRANADA.

¿Es posible que te abraces
A las cortezas de un robre,
Y dejes el arbol tuyo
Desnudo de fruta y flores?

* * * * * * *

Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y lo adores.

PEREZ DE HITA.

ADVERTENCIA.

Cuando yo estaba en Granada arrastrando bayetas, la buena mujer que me cuidaba la ropa, me contaba que la reina Isabel era mui aficionada a buñuelos. Hallandose poniendo el cerco a Granada, en la ciudad de Santa Fé, fundada con este designio, supo que en una plazuela de Granada, llamada el Pilar del Toro, ponia su ambulante manufactura, una buñolera mora, que tenia unas manos divinas. Antojosele a la Reina Catolica comer los productos de su industria, noticioso de lo cual Gonzalo de Cordova, entró en medio del dia por la puerta y calle de Elvira, vestido de moro y a caballo; llegó al Pilar del Toro: agarró a la buñolera por un brazo, la puso a las ancas, y partio a correr. Como el buñuelo no es un objeto mui a proposito para los adornos poeticos, he transformado a la buñolera en bordadora, y le he dado un granito de amor, que es ingrediente tan necesario en las aventuras de aquel siglo y de aquella escena.

I.

LA FUGA.

I.

Sobre la puerta de Elvira,
Está un moro de atalaya,
Que mas que acechar, suspira
Clamando al cielo: "Mal haya
Rostro que tal pena inspira;
Que apena el bigote raya
Sobre mi labio, y ya el seno
Guarda de amor el veneno.

II.

"Mal haya el hora en que pudo
Domar mi suelto alvedrio,
Plegando el vigor sañudo
Que animaba el pecho mio.
Pues ya ni hierro ni escudo
Sé empuñar con noble brio,
Cual antes, ni en la batalla
Mi valor ardiente estalla.

III.

"Quien tiene la culpa, jima
Cual yo de amor no pagado;
Deshecha la propia estima,
Y el corazon destrozado."
Causaba este mal Celima,
Mora diestra en el bordado,
Que al vivo imita en labores
Bellas, pajaros y flores.

IV.

Junto a la puerta de Elvira
Vive Celima, y el Moro
Las miradas no retira,
De donde está su tesoro.
" En esos muros respira,"
Dice, "la beldad que adoro,"
Y en ellos fija abatido,
Las miradas y el sentido.

V.

Dan en la torre de Vela,
Con golpes lentos las doce.
Tal vapor la noche vela,
Que ni un bulto se conoce.
Un jinete con cautela
Por el Triunfo va veloce,
Y a la puerta de Celima
Detiene el paso, y se arrima.

VI.

De celos entonce herido,
La atalaya el Moro deja;
Baja airado y confundido,
Y agudo puñal maneja.
Llegando al umbral querido,
Ve un potro atado a la reja,
Y furibundo promete
Quitar la vida al jinete.

VII.

Todo es silencio y reposo.
Grato perfume el ambiente
Despide, y el cielo umbroso
Ni un leve rayo consiente
De estrella alguna. Medroso
Ya cual gamo, o ya valiente
Cual tigre herido, el amante
Se detiene vacilante.

VIII.

Entre abierto ve el postigo
De la que adora, y sospecha
Que algun venturoso amigo
En blandos lazos la estrecha.
Pone al cielo por testigo
De su injuria, y ya deshecha
El alma en furor y enojo,
No halla obstaculo su arrojo.

IX.

La puerta empuja y la huella
Dentro pone, cuando ufano
Sale con Celima bella,
Guerrero altivo. En su mano,
Luce la pura centella
De un estoque toledano.
Un alquicel verde y plata,
Su rostro y pecho recata.

X.

Y al verlo, su mente embarga
Ciego furor. Le arremete,
Y atroz golpe le descarga
Con el puñal de Albacete.
Pero tanto el cuerpo alarga,
Y tanto el odio somete
Su razon, que el mal seguro
Golpe descarga en el muro.

XI.

El ofendido guerrero,
Rapido se precipita
Con el esgrimido acero,
Sobre el audaz que medita
Su muerte. De un tajo fiero
Aliento y amor le quita.
Monta veloz, y la grupa
Tremula Celima ocupa.

XII.

Con los brazos se afianza,
Ciñendo el cuerpo al valiente,
Que ya encierra su esperanza.
¡ Misera ! que al inocente
Niega su amor, y se lanza,
Tan linda como imprudente,
Al que la roba y engaña;
Y es un adalid de España.

XIII.

El gran Capitan Gonzalo,
Que hace dias se desvela
Por llevar este regalo
A la inmortal Isabela.
Terror del Moro y del Galo
Su nombre fue: pero anhela,
Mas que belicosa fama,
Servir a una ilustre dama.

XIV.

De la diestra bordadora,
Noticia Isabel tenia.
Quiso que fuese la Mora,
Dama de su compañia.
El Gran Capitan no ignora
Tal deseo. Su osadia,
Que ningun rival empaña,
Lo induce a tentar la hazaña.

XV.

Un esclavo cauteloso,
Lleva a Celima un billete,
En que su afecto ardoroso,
Oculto amante promete.
Con el mensaje engañoso,
Va tambien un brazalete,
Y un collar de oro bruñido,
De ricas perlas guarnido.

XVI.

Por el don, la dama infiere,
(Que un don los montes allana)
Que el amante que la quiere,
No es de clase humilde y llana.
Y ya el corazon le hiere
No amor, sí soberbia vana,
Que con potente atractivo,
Dobla su rigor esquivo.

XVII.

Responde al billete, y jura
Fe que con bronce compita.
Y asi a Gonzalo asegura
La proeza que medita.
De nuevo escribe, y procura
De noche amorosa cita,
Con tan ardiente eficacia,
Que al punto obtubo la gracia.

XVIII.

Y en esta cita, la Mora
Mudó de asilo y de suerte,
Y el infeliz que la adora,
Recibe temprana muerte.
Ciega ambicion, quien ignora
Tus dones, pueda acojerte,
Para hallar en tu servicio,
Negro y hondo precipicio.

II.

LA CORTE.

I.

En un eminente estrado,
Que en nacar y en oro brilla,
Sobre un cojin de brocado,
Está Isabel de Castilla.
El Rei en pie está a su lado,
Y en frente, vasta cuadrilla
De adalides e infanzones,
Que defienden sus pendones.

II.

Hernan Cortés, extremeño,
Gallardo joven de brio,
Que ya en militar empeño
Derramó de sangre un rio.
Manrique, de Lara dueño,
Que en el sazonado estio
De la edad, luce en la tierra,
Sabio en paz, temible en guerra.

III.

Los Silvas y los Farfanes,
Los Mendez, y los Tendillas,
A cuyos duros afanes,
Deben su prez las Castillas ;
Con otros muchos galanes,
Que en amores y en rencillas,
En lides y galanteos,
Ganaron muchos trofeos.

IV.

A un lado del aposento,
Está un genoves piloto,
Que con osado ardimiento,
Ofrece imperio remoto.
Las furias del elemento,
No pueden servir de coto
A su meditar profundo ;
Mas ofrece —un Nuevo Mundo.

V.

En este grupo de jente,
Noble, ardorosa, esforzada,
Fija el mundo atentamente,
De Norte a Sur la mirada.
Que la raza de Occidente,
Largo tiempo esclavizada
Por Musulmana bandera,
De alli su salud espera.

VI.

Santa-Fé encierra en sus muros
Jermen de sucesos grandes ;
De hoi mas no estaran seguros
Cerdeña, Milan, ni Flandes.
Alli estan los hombres duros
Que alcanzarán de los Andes
Las cimas, fijando en ellas,
De hispano poder las huellas.

VII.

Alli, los que la rudeza
De tosca y aspera jente,
Tornarán en jentileza,
Con habla dulce, elocuente.
Y la gotica aspereza,
Desarrugada la frente,
Se humillará a la dulzura
Del saber y la cultura.

VIII.

Una dama es quien fomenta
Con su voz y su mirada,
Tal porvenir ; quien sustenta
La contienda ensangrentada,
Ultimo golpe a la afrenta
De Iberia ; quien adorada
Por invencibles guerreros,
Da el impulso a sus aceros.

IX.

Ella en Madrigal empieza
Aun niña, sin enseñanza,
A recorrer con grandeza,
Vida llena de esperanza.
Ciñe audaz en su cabeza,
Rica diadema, que lanza
Fulgores resplandecientes,
A tres naciones potentes.

X.

De Gibraltar al Pirene,
Del Guadiana a Valencia,
Con fuerte mano sostiene
Segura la vasta herencia.
Mas, cual valladar, detiene
Su gloriosa prepotencia,
La morada peregrina,
Donde el rei Zagal domina.

XI.

Solo a domellar aspira
Aquel albergue postrero
Del Musulman, que en él mira
Nublado el puro lucero
De su fama. No respira
Ya sino furor guerrero.
Su divisa es—*o ser nada,*
O ser Reina de Granada.

XII.

" Nobles infanzones," clama,
Con eco grave y benigno,
" Si bravo aliento os inflama,
De sangre española digno,
Tiempo es ya de que la fama,
Borre ese baldon indigno,
Que el nombre español afea ;
Libre al cabo España sea.

XIII.

" En las fieras Alpujarras,
Tremolan ya sin mancilla,
Las aragonesas barras,
Con el Leon de Castilla.
Tiempo es ya que de las garras
De musulmana gavilla,
Granada y su muro fuerte
Vuestro heroico ardor liberte.

XIV.

" Gonzalo Fernandez diga
Su parecer, ya que muestra
Tanto en belica fatiga,
Seso firme y mano diestra."
Callan en la turba amiga
Todos ; mirada siniestra
Despide que la ira exalta ;
" ¡Qué !" dice, " ¿ Gonzalo falta ?"

XV.

" No falta," dice un guerrero,
Que entra de pronto en la sala ;
" No falta, quien con su acero,
Su fidelidad señala.
La mano que al Moro fiero
Tropas y campiñas tala,
Conduce a la Bordadora,
Que vos quisisteis, Señora."

XVI.

Isabel torna risueña
Los ojos al que esforzado,
En tal peligro se empeña;
Tal empresa ha consumado.
Compasiva y alhagüeña,
Depone su jesto airado,
Dando la mano a Celima,
Que ya el temor desanima.

XVII.

Ella, infeliz, reconoce,
Tarde la impia acechanza,
Mientra al corazon, veloce
Cruda flecha el amor lanza.
En vez del mentido goce,
Que le ofrecio la esperanza,
Se ve, por mano proterva,
Vendida, engañada, sierva.

XVIII.

Despecho y amor unidos,
Abrenle profunda llaga
Que encadena sus sentidos,
Y apresura muerte aciaga.
Por los bosques escondidos,
Sola y aflijida vaga,
Cual corza a quien parte el seno,
Dardo teñido en veneno.

XIX.

Si con Gonzalo se encuentra,
Baja confusa los ojos,
Y su dolor reconcentra,
Y reprime sus enojos.
La voz se le añuda, y mientra
Se cubre de visos rojos
Su faz, la infelice Mora,
Baldon y afrenta devora.

XX.

Como en el limbo oloroso
De tierna flor, el gusano
Labra el nido, silencioso,
Y el jugo puro y liviano,
Consume voraz y ansioso,
Hasta que el color lozano
Se borra, y el tallo erguido
Queda flojo y abatido :

XXI.

Tal la pasion comprimida,
Labra en Celima dolencia,
Que de la temprana vida,
Devora la grata esencia.
Y al cabo, desfallecida,
Victima de la violencia
De amor, a la tumba baja,
Sin saberlo quien la ultraja.

XXII.

Que él, de combates sediento,
Ciego al peligro se arroja,
Y audace, del alto asiento,
La raza alarbe despoja.
Mas tarde, rayo violento,
Vertera corriente roja
Su victoriosa cuchilla,
Donde Partenope brilla.

XXIII.

Hasta que un duro mandato,
Vengando el mal de Celima
Con enemigo conato,
Del guerrero el pecho oprima.
No faltará quien ingrato,
Mal rei, falso amigo, imprima,
Pagando servicios fieles,
Torpe mancha en sus laureles.

UNA MADRE.

"Un bienfait n'est jamais perdu."

I.

EL PROFUGO.

"Abre su pecho al pobre, que llorando
Socorro le pidio."—Fr. L. De Leon.

I.

Cuando y como Sevilla fue Sevilla,
Y dejó de ser Hispalis, se ignora;
Es punto sobre el cual, grave rencilla
Se suscita entre sabios cada hora.
Antes de ser Sevilla, fue Sibilla:
Voz que huele a latina mas que a mora.
De esto no hai duda. Mora o bien romana,
Poco importa a la jente sevillana.

II.

Hispalis o Sévilla—(las cuestiones
Que la etimologia no decide,
Sino dando a su arbitrio explicaciones,
No son para mi jenio: que este pide,
Cuadros, escenas, hechos, descripciones,
Y el lento razonar su esfuerzo impide,
Y le da cierta especie de letargo.
Saliome este parentesis mui largo).

III.

El nombre es lo de menos. Voz y cosa,
Son dos cosas distintas. La primera
Suele ser arbitraria y engañosa.
La segunda es real, como cualquiera
Lo sabe. En ella el bienestar reposa,
O el mal estar; la dicha verdadera,
O la suerte infeliz. Por consiguiente,
El nombre debe ser indiferente.

IV.

Sobre lo cual, si yo quisiera, haria
Mas de un sabio y profuso comentario,
Y por *x* mas *z*, probaria
Cuanto el idioma es caprichoso y vario.
Pero la difusion no es mi mania.
Pienso haber dicho ya lo necesario,
Sin que el lector se aburra ni se ofenda,
Para que el hilo de la historia entienda.

V.

Cuando Sevilla, pues, iba mudando
De nombre, y no de puesto, que sin duda
Precedio a la conquista de Fernando;
En tiempo de los moros: Era ruda,
Y bajo un yugo, a la verdad, no blando,
Vivia solitaria una viuda,
Mujer de honor, y, a mas, buena cristiana,
Frente a frente del puente de Triana.

VI.

Era por Julio: mes alli encendido,
Pues no hai cerebro que el calor aguante;
Yo a mas de doce grados he vivido
De latitud, y cosa semejante
Nunca experimenté. Pierde el sentido
Quien se expone a la furia llameante,
Que el Dios Febo en verano alli desploma.
Es mucho mas que Napoles y Roma.

VII.

Pero de noche se respira: y era
Mui de noche: las once y treinta y cinco,
Cuando a gozar del aura placentera,
Salio la tal viuda, con ahinco,
De su casa no mas que a la rivera.
Desde su casa al Betis hai un brinco;
Mas ella no brincó: porque sabia
Lo que a su estado y años convenia.

VIII.

Los años no eran muchos. La prudencia
Si era mucha. En aquella edad se hallaba
A que el rei Jorje daba preferencia—
Los cuarenta: aunque es cierto que agregaba
Su Majestad dos cosas: corpulencia,
Y buen color, y de las dos gozaba
La viuda.—Su cutis era nieve,
Y las arrobas que pesaba, nueve.

IX.

Sale, pues, y del Betis a la orilla
Se acerca, y de la linfa noble saca,
Lleno un jarro, o quizas una escudilla,
Para regar un tiesto de albahaca.
Es planta mui comun alla en Sevilla.
Y a proposito: vuelvo a la matraca
De la etimologia: el nombre es moro:
Aunque el Arabe es lengua que yo ignoro.

X.

Cuando del Betis se volvio a su casa,
No dejó de sentir algo de susto:
Efecto natural de luz escasa,
Que da a la mente un colorido adusto.
Y mas viendo que un hombre cerca pasa,
Con un albo alquicel cubierto el busto,
Y gorra que hasta el labio se encasqueta;
Por tanto la viuda el paso aprieta.

XI.

Y él el suyo, y en voz baja le dice:
"Si eres un ser humano, y no una fiera,
Ampara por piedad a un infelice,
Que sin tu apoyo facil es que muera.
No tu pudor mi ruego atemorice.
Encierrame en un sotano o do quiera,
Con tal que no me dejes en la calle,
Donde mi perdicion infeliz halle."

XII.

Ella responde: "sigueme;" no advierte
Cuanto peligra su reposo acaso,
Abriendo su morada, de esta suerte,
A la traicion, al crimen o al fracaso.
Obra la caridad con brazo fuerte,
Como toda pasion: no paso a paso,
Ni se entromete en cálculo o guarismo.
Caridad que calcula es egoismo.

XIII.

Entran, y él se descubre, y manifiesta
En su porte y vestido un personaje,
Aunque del rostro la inquietud funesta,
Su gallardia natural ultraje.
No era una union discorde y descompuesta,
De indole tosca, y decoroso traje,
Como se observa veces infinitas,
Desde que se inventaron las levitas.

XIV.

Era una majestad noble y sencilla,
Cual la suele inspirar Naturaleza:
Que no deslumbra, aunque esplendente brilla,
Mezclando gravedad y jentileza.
Un aire que a los infimos no humilla,
Y arrostra del mas alto la braveza.
Aire que en el silencio mas profundo,
Está diciendo: soi algo en el mundo.

XV.

"No puedo," dice "revelar quien soi"
Y ella responde: "yo no lo pregunto."
"Mañana," él sigue, "lo sabras: no hoi."
"—No fijo mi atencion en este asunto."—
"—Dame un vaso de agua"—"Por él voi"—
"—Quiero una cama."—"La tendras al punto."—
"—Adios, y toma ese bolson de cuero."—
"—Quedate a Dios, y guarda tu dinero."

XVI.

Solo está el extranjero; la Española
Sube a su cuarto, y cierralo por dentro;
Porque en aquella casa vive sola,
Y quiere libertarse de un encuentro
Funesto a su virtud. El que viola
De la hospitalidad el noble centro,
¿No es un perverso? Si; mas este caso,
Se repite en la Historia a cada paso.

XVII.

Aun no rompia en el oscuro Oriente
La luz del sol, cuando en la calle suena
Tropel confuso de afanada jente,
De acaballo y a pie, que el orbe atruena
Con alta voceria. Era frecuente
En la Corte aquel siglo igual escena;
La viuda lo oyo, por de contado,
Mas luego se volvio del otro lado.

XVIII.

Despues que sale el sol, va la viuda
A ver como se hallaba el encubierto:
Pero se queda como estatua muda,
Cuando nota que el cuarto está desierto.
Que el moro se escapó no tiene duda.
El pequeño balcon estaba abierto.
El piso no era bajo ni era alto,
Y asi pudo salirse dando un salto.

XIX.

No hubo mas, y la Historia acabaria
Completamente aqui, si yo quisiera.
Pero si aqui quedára, ¿merecia
Que a componer octavas me pusiera?
Todo lector sensato exclamaria:
¡Qué insulsez! ¡qué pamplina! ¡qué tontera!
No quiero que el lector tenga un mal rato:
Y, sobre todo, si es lector sensato.

II.

EL ALCAZAR.

Tu pleito, que hasta agora, a pena dura,
Ansi como a malvado, te condena,
Convertira en sentencia de soltura.

FR. L. DÉ LEON.

I.

TODO cuento en el mundo tiene cola.
En aquellos es corta, en estos larga.
No hai un suceso aislado ni accion sola
En la vida, ya dulce o bien amarga.
A esto suelen llamar, rodar la bola.
Mi conciencia poetica descarga
Su deber, refiriendo el resultado
Del hecho que ya queda detallado.

II.

Salio a sus dilijencias la heroina;
Y antes de la primera dilijencia,
La acomete en la calle una vecina:
"Vecina," dice " ¿sabes la ocurrencia?
Hubo anoche tremenda rebujina
En el Alcazar; barbara pendencia
Entre el Rei moro, y varios cortesanos,
Y dicen que vinieron a las manos.

III.

" Y despues en las calles han reñido,
Y ha habido sangre, muertes y destrozo.
Y a Cristianos y Moros han metido,
Sin distincion, en cepo y calabozo.
Y como a los rebeldes ha vencido,
Diz que está el Rei saltando de alborozo;
Y alguna fiera ejecucion se traza,
Pues van a poner horcas en la plaza."

IV.

"Dios venga en todo," respondio, siguiendo
Su camino algun tanto apresurada,
No sin secreta ajitacion, oyendo
Los dichos de la jente amontonada.
A una puerta llamó, la cual abriendo
La esclava fiel, le dio pronto la entrada,
Y en lo interior un Moro la recibe,
Que graves muestras de dolor exibe.

V.

"Somos perdidos," exclamó, "en prisiones
Está tu hijo. Anoche arrebatado
Fue a mi celo. Terribles conmociones
Tienen al Rei confuso y enojado.
Todo hai que recelar de sus pasiones
Violentas. La tormenta del Estado,
Cada vez mas feroz sopla y se ajita,
E inocente holocausto necesita."

VI.

La desgraciada madre, en quien la nueva
Fue cual rayo que enciende y que destroza,
Al cielo la mirada humeda eleva,
Y en ajitada convulsion solloza.
Cual si la parca en su profunda cueva
La sepultase bajo dura loza,
Queda inmovil, y muda, y sin aliento,
Enajenada en susto y en tormento.

VII.

"No morira," clamó de pronto, erguida,
Como la estatua del divino Apolo.
"Al que le dañe arrancaré la vida,
O si sube al cadalso, no irá solo.
¿Es acaso el monarca un homicida,
Que se goza en el crimen y en el dolo?
Yo de la humanidad el jermen santo
Fecundaré en su pecho con mi llanto."

VIII.

Dijo, y al alto Alcazar de Sevilla,
Que hoi es un caseron triste y oscuro,
A los ojos vulgares, maravilla
Que de Acropolis borra el noble muro,
Corre veloz, cual rapida avecilla,
A quien el cazador con pecho duro,
Placer que un duro corazon delata,
Los huerfanos polluelos arrebata.

IX.

Estaba Mohamed, (porque los restos
De la faccion quemaban todavia)
Enmedio de la turba de dispuestos
Jefes, a quienes cauto repartia
Sus órdenes. En lances como estos,
Suelen turbarse el orden y armonia
Del rito de palacio. En cierto modo,
La salud del Estado es mas que todo.

X.

El Monarca en tal caso se humaniza,
Porque el peligro es cosa mui humana;
Con los mas humillados fraterniza,
Porque la desventura nos hermana
Con altos y con bajos. Cuando atiza
La discordia feroz tan inhumana,
El interes a un hombre y otro junta,
Y ni nombre ni raza se pregunta.

XI.

Oyendo de amor solo los consejos,
Entró la madre en la mansion temida,
Sin que la deslumbrasen los reflejos
Del poder, con que el vulgo se intimida.
El Rei, que la conoce desde lejos,
"A esa buena mujer dad lo que pida,"
Dijo, y salio un morisco personaje,
Con el augusto y singular mensaje.

XII.

"¿Qué pides?" dice.—"Pido la persona,"
Responde la infeliz, "de Gil Valpuesta."
El personaje calla y reflexiona,
Y al Rei torna llevando la respuesta.
El Rei vacila. En tanto la matrona,
Para quien es la dilacion funesta,
Adonde está el monarca se aproxima,
Sin que respeto o miedo la reprima.

XIII.

Y al verlo cerca, como muda roca,
Que ni siente, ni piensa, ni respira,
Queda suspensa un rato, y en la boca,
La queja, el ruego, y el aliento expira.
Ya el lector con el dedo el caso toca;
Ya puede adivinar lo que la admira.
De estos casos los libros estan llenos.
El Rei era su huesped, nada menos.

XIV.

Mas ella no se da por entendida.
El Rei sí, quien declara a los presentes:
"Esa Cristiana me salvó la vida,
De manos de furiosos insurjentes.
Imploré su favor: compadecida,
Sin averiguaciones imprudentes,
De mis gratas ofertas indignada,
Me recibio benigna en su morada."

XV.

Luego se vuelve a la Cristiana, y dice:
"Si por vana piedad tu labio abusa
De mi deuda, tal hecho contradice
Tus prendas admirables, y te acusa.
Mas ¿por qué te interesa ese infelice?
¿Por qué tan aflijida y tan confusa
Su vida imploras? ¿Qué mudanza es esta?
¿Qué tienes tu que ver con Gil Valpuesta?"

XVI.

" Gil Valpuesta, Señor, es hijo mio,"
Responde; " es mi esperanza; es mi consuelo.
Por estar cerca de él, con celo pio,
Dejé mi esposo y mi nativo suelo.
Recelando tu enojo y poderio,
Con otro nombre, y bajo el pardo velo
De pobreza finjida, en tus estados,
Sola he vivido meses dilatados."

XVII.

Enternecido Mohamed contexta:
" La promesa del Arabe no engaña.
Llevese esa mujer a Gil Valpuesta,
Y Alá bendiga su virtud extraña."
Mi pluma a describir no está dispuesta,
La delicia en que aquel seno se baña:
Ni hallo un estilo que a la escena cuadre.
Si hai quien hallarlo pueda es una madre.

III.

LA SEPARACION.

"Il cuor si serra
Nelle fortune, é sol lo schiude il tocco
Delle grandi sventure."

MONTI, GALEOTTO MANFREDI.

I.

Mi narracion no marcha por la senda
Que traza el arte a doctos escritores.
Es vicio antiguo en mí—Ya no hai enmienda—
Harto deben saberlo mis lectores.
Mi regla antigua es aflojar la rienda,
Cuando monto el Pegaso: ya por flores
Me lleve, o ya me lleve por espinas.
Tales son mis poeticas doctrinas.

II.

Y mas en esta escena que circunda (1)
Mis miradas—Aqui, do libre y dueña,
Naturaleza, en soledad profunda,
De humillarse al humano se desdeña.
Aqui, do majestuosa y vagabunda,
En pinturas magníficas me enseña
De las remotas eras los vestijios,
Adornados de encantos y prodijios.

III.

¡Qué inefable espectaculo! ¡qué alturas
Inmensurables! donde en mole densa,
Albas las nieblas, y otra vez oscuras,
Ya se dilatan cual cortina inmensa,
Sobre el coloso; ya de nieves puras,
Dejan visible la llanada extensa,
Ya bajan al declive, cuyo verde,
En la nevada cupula se pierde!

IV.

¡ Qué emporio de grandeza ! ¡ Qué vislumbre
De majico esplendor el domo ostenta !
¡ Cual del astro refleja la alba lumbre,
Y en nacarados visos la presenta !
¡ Con qué arrogancia la atrevida cumbre,
Parece que el Zenit toca y sustenta ;
Y abre luego sus solidas entrañas,
Y los bordes abiertos son montañas !

V.

¡ Y el valle! ¡ qué perfume ! ¡ qué intrincada
Confusion deleitosa ! ¡ qué florida
Diversidad ! Aqui nunca alterada
La atmosfera por aura embravecida,
Nunca por rayo ardiente calcinada,
Con blandura perpetua me convida,
Con sonreir eterno me acaricia,
Cubriendome de goce y de delicia.

VI.

Yo me he sentado al borde del torrente,
Que de encumbradas rocas descendia ;
Yo he subido a la cupula eminente,
Y otra mas alta a mi mirar se erguia.
Yo entre las ramas inundé la frente,
De un raudal de aromatica ambrosia ;
Yo penetré en la nube que rodea
Del coloso la masa jigantea.

VII.

¿ Qué estoi haciendo ? ¡ Describir ! el hombre
No tiene voz que baste a tanta empresa.
¿ Como hallará la frase ? ¿ Como el nombre,
Cuando la accion del pensamiento cesa ?
Fuerza es que mire, y calle, y que se asombre,
Y si puede, en el alma lleve impresa,
Cual alta antorcha que perpetua luce,
La celeste vision que lo seduce.

VIII.

Perdon, lector amigo, mis miradas
Ahora mismo estan fijas en la escena,
Que en mis toscas y leves pinceladas,
De fastidio quizas tu mente llena.
Regresemos a sendas mas trilladas;
Naveguemos en ola mas serena;
Y reprimiendo la intencion altiva,
Volvamos a modesta narrativa.

IX.

Tú querras que te explique claramente
Lo que encuentras oscuro en mi relato:
Por qué razon a un joven inocente,
Quiso dar el Rei moro tan mal rato.
Quien era esa Señora, finalmente,
Modelo de ternura y de recato.
Este deseo me parece justo,
Y voi, por consiguiente, a darte gusto.

X.

No entro en la lista yo de los autores,
Que, movidos del estro o la arrogancia,
Estan siempre diciendo a los lectores:
Hai entre yo y ustedes gran distancia.
Van mis vuelos por auras inferiores;
Al lector me presento sin jactancia,
Y quiero que en mi rima, aunque indiscreta,
Conozca mas al hombre que al poeta.

XI.

Homo sum—lo demas está en Terencio—
Y el *nil humanum*, y el *alienum puto*.
Mas quisiera guardar alto silencio,
Que hablar en tono seco y absoluto.
Hombres a quienes amo y reverencio,
Piensan mui de otro modo. No disputo,
Sobre si su opinion es mala o buena:
Yo sigo mi opinion, y no la ajena.

XII.

No es el verso lo mismo que la prosa ;
Ya nos lo han dicho : pero, al cabo, el verso,
No es mas que idioma humano : no otra cosa.
El versificador no es ser diverso
Del prosista. Si en senda vaporosa
Sale de la rejion del Universo,
Y se sube a los cuernos de la Luna,
Su jerga para mi sera moruna.

XIII.

Si estubiera despacio, escribiria,
Como hizo Horacio Flacco a los Pisones.
A los aficionados a Poesia,
Dedicára mis utiles lecciones.
Con Lojica sagaz demostraria,
Lo que va de naciones a naciones ;
Probára lo que va de ayer a hoi :
Pero no tengo tiempo, como soi.

XIV.

Me urje llegar al cabo de este cuento,
Porque tengo pendientes otros planes,
Y con su resultado feliz cuento,
Para que obtengan premio mis afanes.
Los poetas abundan tan sin cuento,
Que el que aspire a salir de los desvanes
Del Pindo, do pululan a montones,
Tiene que descubrir nuevas rejiones.

XV.

Con esta larga digresion olvido,
Que al lector prometi sacar de duda,
Y estara bostezando de aburrido,
Si algun interes toma en la viuda.
Y tambien puede ser que distraido,
Su vaga reflexion de objeto muda,
Mientras yo sin sentir diserto y charlo.
Voi en un santiamen a despacharlo.

XVI.

Mohamed subio al trono en negro dia ;
Fue breve y borrascoso su reinado.
En él la insurreccion y la anarquia,
Sacudieron las bases del Estado ;
Tambien el Español lo combatia,
Desde Sierra Morena, y el Condado
De Niebla, donde muchos infanzones,
Alzaron bravamente sus pendones.

XVII.

Era el de mas poder Nuño Valpuesta,
Por cuyas venas sangre ilustre mana.
Su torreon ocupa la alta cresta,
Cuyo cimiento riega Guadiana.
Numerosa guerrilla y bien dispuesta
Lo obedece, de jente veterana ;
Y mas de cuatro veces en Sevilla
Causó graves alarmas su guerrilla.

XVIII.

En monte, en llano, en cumbre, en cima, en vega,
Se hallaban siempre aquellos atrevidos ;
Por do quier empeñaban la refriega,
Ya juntos en gran masa, o divididos.
La sangre mora, que los campos riega,
Tiene a los habitantes entumidos ;
Todo se vuelve miedos y terrores,
Y cesan en los campos las labores.

XIX.

Mohamed aburrido, diz : " Ya basta ;
Pongamos a este mal de una vez freno."
A su decreto, muchedumbre vasta,
Forma, y parte a la lid el Agareno.
Tres mil jinetes, con broquel y hasta,
Mandados por Alí, de furia lleno,
Cubren las cercanias de Ayamonte.
De alli, los pasos vuelven acia el monte,

XX.

Donde estan de Valpuesta los hogares,
Mal defendidos por escasa jente,
Mientras recorren asperos lugares
Nuño y sus campeones. Fieramente
Combate el Moro, y vierte impio a mares
Sangre española; dueño ya del puente
Levadizo, del foso, y la poterna,
En la morada vencedor se interna.

XXI.

En tanto la familia del magnate,
Fujitiva en los bosques se guarece,
Y al rumor espantoso del combate,
La triste madre jime y se estremece.
Siguela el hijo tierno, a quien abate
La fatiga, y por poco desfallece;
Y en esta confusion oyen de cerca,
La turba que los sigue y que los cerca.

XXII.

Los pormenores del suceso ignoro.
Mas la persecucion fue tan funesta,
Que de la madre aparta al hijo el Moro,
Y asi cayó en sus manos Gil Valpuesta.
Del reino vindicado ya el decoro,
La columna a Sevilla vuelve presta;
Acoje el Rei benigno aquella alaja,
Y espera sacar de ella gran ventaja.

XXIII.

A un Moro venerable lo confia:
Llamabase Abelud—hombre de peso,
El cual de su niñez los pasos guia,
Mirandolo cual hijo, no cual preso.
En tanto a Nuño un parlamento envia,
Con la amenaza que al primer exeso
Que cometa en su barbaro ejercicio,
Gil perdera la vida en el suplicio.

XXIV.

Perdiendo al hijo, pierde la matrona
Toda su dicha, y todo su consuelo;
Mas a un despecho inutil no abandona
Su pecho varonil. Activo celo
La estimula voraz. De su persona
No teme los peligros: porque el velo
De la pasion la ciega y la seduce.
Amor solo en la vida la conduce.

XXV.

Toma una decision aventurada;
El traje adopta de mujer sencilla,
Y solo hasta la puerta acompañada,
Logra entrar en los muros de Sevilla.
Alli emprende una vida retirada.
Finje que en las reyertas de Castilla
Perdio al marido, misero soldado,
Que apenas lo preciso le ha dejado.

XXVI.

Celosa en tanto, busca y averigua,
Con incansable ardor y gran destreza:
Que en semejantes casos, atestigua
Su admirable poder Naturaleza.
La mente mas oscura y mas exigua,
Movida por la voz de la terneza,
Se iguala en jenio y en saber profundo,
Con los grandes filosofos del mundo.

XXVII.

La recibe Abelud, y ella se arroja
Consternada a sus pies.—Con tierno llanto,
Cual si implorára su vivir, los moja,
Y de maternidad el fuero santo
Reclama firme. El viejo no se enoja,
Antes cede benigno al mismo encanto
Que el altivo leon, cuando en Florencia
Respetó de una madre la presencia.

XXVIII.

" ¿ Qué quieres ? " dice—" Verlo cada dia, "
Responde, " y estrecharlo contra el seno.
Que en él sus ojos viertan la alegria,
Y lo dejen de amor y dicha lleno."
¿ Quien a tal peticion se negaria,
Sin un alma de bronce ? El Agareno,
Bondoso y justo, resistir no puede.
Todo cuanto le pide, le concede.

IV.

EL JARDIN.

" Fue aquella noche el jardin,
No jardin cueva horrorosa.
Un estoque cada rosa,
Un puñal cada jazmin.
Flora eclipsó sus matices,
Por no ver tantos horrores."

EL JARDIN DE LOS ENCANTOS.

I.

Podria ser laconico, y acaso
Lo desea el lector: pero confieso
Que voi en esta historia paso a paso,
Aunque rara vez caigo en este exeso.
Nunca las bellas flores del Parnaso
Exalan tanto aroma y embeleso,
Como cuando se ciñen a una frente,
En exelsas virtudes refuljente.

II.

De pocos años a esta parte he visto
Tanta perversidad, que cuando encuentro
Inocencia, virtud, bondad, existo
Por algunos instantes en mi centro.
Al placer que ahora gozo, no resisto.
Su deliciosa inspiracion, adentro
Del alma se insinua, y la recrea,
Como el aura benigna que me orea.

III.

En la conducta de los hombres hallo
Tanta contrariedad, tan estupendo,
Tan alto enigma, que los miro y callo,
Diciendo alla a mis solas—no lo entiendo.
Y en entusiasmo de alegria estallo,
Y en ajitada inspiracion me enciendo,
Cuando en un corazon que siente y ama,
Naturaleza su poder reclama.

IV.

¡ Bondad ! ¡ llama celeste, mui mas pura
Que estrepitoso y barbaro heroismo !
Fuente de bienandanza y de dulzura,
Flor deliciosa, adorno del abismo
De la existencia humana, en tí procura,
No en virtud transformada en fanatismo,
No en sacrificios duros y crueles,
Hallar mi injenio humilde cuadros fieles.

V.

Que a vergonzoso olvido los condene
La opinion. No me importa, si arrebatan
Mi fantasia en extasis perene,
Y en ella nobles impetus desatan ;
Si en la dulce esperanza, que sostiene
Mi ajitada existencia, me retratan
Los objetos queridos y remotos,
Que mis afectos fijan y mis votos.

VI.

Dijo un sabio: " quien solamente es bueno,(2)
Tan solo es bueno para sí." Perdona,
Sublime autor de Emilio, si condeno
Tu dicho, que del hombre el ser baldona.
Bondad reboza como vaso lleno ;
Cual raudal, al destino se abandona ;
Para sí, es una frase peregrina,
Que el bueno ni comprende, ni adivina.

VII.

"Virtud es fuerza;" dijo el mismo, "acalla
Su voz la voz del corazon; reprime
Su tendencia."—Es verdad—Cuando avasalla
Los impetus que el cielo al hombre imprime,
Y lo convierte en solida muralla,
Presenta el espectaculo sublime
De una lid en que es fuerza que se doble
La parte mas humilde a la mas noble.

VIII.

El sentimiento a la razon; al yugo
Del público interes y la justicia,
La voluntad. Entonces en verdugo
Se torna el hombre, y en el seno vicia
De sensibilidad el dulce jugo,
Y sonrie al dolor, y lo acaricia.
Ni aun le es dado regar con llanto tierno,
Lauro que le asegura nombre eterno.

IX.

Virtud es esta, augusta, pura y santa,
Que al mortal ennoblece y dignifica;
Que a rejion mas exelsa lo levanta,
Mientras mas sus afectos sacrifica.
Empero, ¡cuanto padecer, y cuanta
Tortura al ser humano mortifica,
Si en la reñida y aspera batalla
De la Naturaleza el grito acalla!

X.

Mas la bondad no ahoga el hondo grito;
Lo escucha blanda, y docil le obedece;
Ni es dichosa, si en círculo infinito,
Su dicha no propaga y engrandece.
¿Quien en ventura se compara a Tito?
¿Y cuando mas feliz Roma parece,
Que bajo el cetro que empuñó la mano
Del que fue la delicia del humano?

XI.

Abrense aqui a mi mente las rejiones
De la meditacion. Filosofia,
Roto el velo de aereas ilusiones,
Descubre a mi sedienta fantasia
Sus augustos secretos. Sus lecciones,
Mi Musa en ritmo facil expondria,
Si no fuera alejarme demasiado
Del plan que en el principio me he formado.

XII.

No por haber triunfado facilmente
De Valpuesta, quedó Mohamed tranquilo.
Ambiciosa faccion, secretamente
Contra su vida aguza duro filo.
Crece en sus filas la malvada jente;
Y, cual de pronto rebentando el Nilo,
Cubre el llano de espuma turbulenta,
Asi la audaz conspiracion rebienta.

XIII.

El Rei gozaba en un retrete oscuro
De elevados y espesos arrayanes,
De la noche el aliento blando y puro,
Tras un dia de publicos afanes.
Quizas en su conciencia mal seguro,
Con pocos de sus fieles capitanes,
Depuesta la altivez de la corona,
A familiar coloquio se abandona.

XIV.

Subito de unos alamos vecinos,
Sale, cubierto el rostro y hierro en mano,
Turba de despechados asesinos,
Y se escucha esta voz—"muera el tirano."
Veloces, los alfanjes damasquinos
Sacan los fieles, y al impulso insano,
Resisten bravos, y con faz serena,
Y el Rei se esquiva de la atroz escena.

XV.

Segun despues contaron, hubo en esta
Conspiracion, guerreros de Castilla.
Si a ella no concurrio Nuño Valpuesta,
Quizas alguno fue de su cuadrilla.
Y asi, no hai que extrañar que ya dispuesta
Para el hijo estubiese la cuchilla.
Cuando sale el poder de estos conflictos,
No repara en confesos ni en convictos.

XVI.

Era vasto el jardin: por su espesura,
Vaga con precaucion, y marcha incierta.
Volver a entrar en su mansion procura;
La senda busca en vano, y no la acierta.
Mas un rumor lejano le asegura
Que la paz del Alcazar desconcierta
Tambien con mano infiel la rebeldia,
E inmovil queda, como estatua fria.

XVII.

Crece el peligro, y mas crece la duda,
Y mas crece el terror. Sin un amigo,
Que en el conflicto en su favor acuda,
Lucha el Rei con el mal, y no halla abrigo
Que lo ampare del mal. Cien veces muda
De direccion, y al fin por un postigo
Secreto, que le ofrece el ciego acaso,
Logra, sin ser oido, abrirse paso.

XVIII.

Viose solo en la calle, no sabiendo
Quien le era fiel, quien no: problema oscuro
Del poder vacilante: mas tremendo
Que declarada enemistad; mas duro
Que conocido desamor. Temiendo
Que alli se agolpe mas tropel, del muro
Del Alcazar se aleja; y ya es sabida
La mano a quien debio corona y vida.

XIX.

Vencedores son ya los rebelados.
Ya en el Alcazar terminó el empeño.
Ya un nuevo jefe rije a los malvados,
Gozoso, altivo, triunfador, risueño.
Mas en lejano punto, los soldados
Del valeroso Ali, fiel a su dueño,
Su voz escuchan, y el acero esgrimen.
Contra la hueste que entroniza el crimen.

XX.

Los atacan y vencen,—y a sus manos
Muere el usurpador. Pero su jente
Se esparce por los puntos mas cercanos,
Y resiste a la tropa bravamente.
El Rei, que escucha estrepitos lejanos,
Desde el balcon, venir de pronto siente
Cerca la tropa que su nombre aclama—
" Estos los mios son "—dice, y los llama.

XXI.

El pormenor exacto del descenso
No consta, y se refiere en modo vario.
Problema es que costó trabajo inmenso
Al injenio sutil del anticuario.
Sobre tan peregrino asunto, pienso
Dar a luz un difuso comentario:
Pero no podra ser que ahora lo escriba,
Por las razones que he expresado arriba.

EL BOTICARIO DE ZAMORA.

"I do remember an apothecary,
..... whom late I noted
In tatter'd weeds."

SHAKESPEARE.

I.

Ben Jusef, el boticario
De Zamora, es un Hebreo,
Algo mas que estrafalario,
Por lo mal vestido y feo.
Gaban en colores vario,
De medio siglo trofeo,
Cubre, encojiendo la falda,
Vasta colina en su espalda.

II.

Tosca cuerda es su cintura,
Con la que a veces se enreda
Barba entre torda y oscura:
De aspera crin, no de seda.
Sombrero de inmensa anchura,
Que mas parece una rueda
De molino, graso y sucio,
Le guarece el occipucio.

III.

Sus dedos, garfios agudos,
O mas bien, tenaces barras,
De tegumentos desnudos,
No son dedos, sino garras.
Ojos breves, no sañudos,
Con redondas antiparras,
Que cavalgan en la cumbre
De nariz de media azumbre.

IV.

Verás, si entras en su casa.
Las mas raras baratijas ;
Muchas figuras de masa,
Culebras y lagartijas ;
Vejigas llenas de grasa
De hipopotamo : sortijas
Con letras y con figuras,
Las mas estrañas y oscuras.

V.

Yerbas secas infinitas,
Espiritus, gomas, untos,
Raices, piedras, pepitas,
Y cabellos de difuntos.
De polvos varias cajitas ;
De ungüentos vastos conjuntos ;
Y un cocodrilo en el techo,
Lleno lo interior de afrecho.

VI.

De este arsenal bien provisto,
Saca lo que es necesario,
Para su ejercicio mixto
De adivino y boticario.
Que él, lo futuro ha previsto,
Da fuerza al octogenario,
Halla lo que se ha perdido,
Y a las doncellas marido.

VII.

Siempre gozoso y risueño,
Sirve bien al que lo paga ;
Cura al rico con empeño,
Con chistes al pobre alaga.
Mas diz que escaso de sueño,
Solo y por de noche vaga
Desde el Ocaso a la Aurora,
Extramuros de Zamora.

VIII.

Y no embargante el asedio
Del adalid castellano,
Cuando pasa por enmedio
De sus tropas, vuelve sano.
Gracias a extraño remedio,
Sin duda puede el anciano,
Librarse, dice la jente,
Del Español dilijente.

IX.

Mamud, alcaide en Zamora,
Festivas bodas prepara,
Con una gallarda Mora,
De hermosura prenda rara.
Mas cuando casarse ignora,
Porque su dicha acibara
Temor que batalla incierta,
Su boda en sangre convierta.

X.

Llama a Ben Jusef un dia,
Y le dice: "Buen anciano,
Sirveme de astuto espia
Dentro el cerco castellano.
Qué noche, saber querria,
Podré enlazar con mi mano
La de mi adorada prenda,
Sin que el Español lo entienda."

XI.

"Lo sabras," dijo el Hebreo.
Vase, y pronto está de vuelta;
Y responde: "A tu deseo,
Da esta noche brida suelta:
Porque tienen jubileo
Los de Castilla, y absuelta
Yace de ataque y fatiga,
Toda la jente enemiga."

XII.

"Toma este bolson," le dice
Triunfante Mamud, "y ordena,
Que aquella noche felice,
Se disponga baile y cena;
Que nada se economice
Con tal motivo;" y apena
Se hunde el sol, ya en la mezquita
Mamud de gozo palpita.

XIII.

Mas cuando en alegre fiesta
Mamud su cariño esplaya,
Seña de alarma funesta
Da en la almena la atalaya.
Mamud a luchar se apresta;
Con el susto, se desmaya
La novia; corren armados
Al muro los convidados.

XIV.

Trabase dura contienda,
Que mil muertes amenaza:
No hai moro que no defienda,
Con duro tezon la plaza.
Por mas que el Cristiano emprenda,
Siempre el Moro lo rechaza;
Y tanto el daño lo aqueja,
Que el lance aburrido deja.

XV.

Cuando la aurora amanece,
Tras la nocturna desgracia,
Colgado en alto aparece
La perla de la Farmacia.
Si tal galardon merece,
Si fue error, o bien falacia,
Lo que infamó su memoria,
No nos lo dice la Historia.

EL HIJO DE DON FARFAN.

" E l'osa pure, e l' tenta, e ne riceve,
In vece di castigo, onor e laude."
GIERUSALEMME LIBERATA, V. 22.

I.

Por las frondosas alturas
Que circundan a Lopera,
Cuando las centellas puras
De la celestial lumbrera
Rompen las nieblas oscuras
Que ennegrecian la esfera,
Vaga envuelto en grana y oro,
Don Farfan, terror del Moro.

II.

Fijas estan sus miradas
En la ciudad enemiga,
Que él con tropas esforzadas,
En duro cerco fatiga.
Y a las violentas punzadas
Del corazon, la loriga
Parece recinto estrecho:
Tal dolor le ajita el pecho.

III.

Tras espeso roble oculto
Se mantiene, y perturbado,
Temiendo ver el insulto
Que sospecha, confirmado.
Sale de Lopera un bulto
Por un portillo escusado;
Farfan lo aguarda sañudo,
Y con el brazo forzudo,

IV.

Cuando se acerca lo para.
"Villano español," le dice,
"Borron de familia clara,
Pues su fama contradice
La del vil que se separa
Del honor :—hijo infelice
De mi amor, que en negro dia
Dio al mundo la esposa mia;

V.

"Ya que descarado ofendes
Cuanto en noble celo acata
Tu padre, y el lustre vendes
De su nombre, fiera ingrata,
Consuma lo que pretendes;
En mí tu furor desata.
De esta hueste soi caudillo.
Clavà en mi pecho el cuchillo.

VI.

"La punta en sangre teñida,
Muestra a la gavilla infame
Donde hallastes acojida.
Su vista en valor la inflame.
Y orgullosa, y atrevida,
Cual torrente se derrame
Por el suelo de Castilla,
Para colmar tu mancilla."

VII.

Y él, sin que el padre lo asombre,
Le replica en noble acento:
"Bien os valga el santo nombre
De padre, que no consiento
De nadie baldon, ni hai hombre,
Fuera de vos, que un momento
Viviera, tras el lenguaje
Con que me cubris de ultraje.

VIII.

" Señor padre, habeis herido
Honra que no es toda vuestra;
Parte de ella he merecido,
Con mi valor y mi diestra.
Honra que no ha consentido
De interpretacion siniestra
Soplo impuro, sin que ardiente
Cual fiero volcan rebiente.

IX.

" Ved que soi tan Castellano
Como vos; tan caballero
Como el que mas, y en la mano,
Ved que no falta el acero.
¿ Quereis saber el arcano
Que se encierra aqui? primero
No lo sabreis, os lo juro,
Que embistamos ese muro."

X.

" Pues a los muros," exclama
Farfan, y los tercios junta,
Y su intrepidez inflama
Mostrando la heroica punta,
Signo de victoria y fama.
" ¿ Do está el mancebo?" pregunta,
Con afan que en vano esconde—
Mas nadie a su afan responde.

XI.

Comienza el ataque; unidos
Los tercios, honor de España,
Se muestran apercibidos
A la mas cumplida hazaña.
Lanzan altos alaridos
Las tropas. Con furia estraña
Combaten, aunque serenos,
Castellanos y Agarenos.

XII.

Y al tiempo que la batalla
Mas sangrienta se enardece,
Dentro de la almena estalla
Grito que el aire estremece.
Y de pronto, en la muralla,
Cristiana turba parece,
Que con orgullo tremola,
Noble bandera española.

XIII.

Cien jovenes esforzados
Son, que un mancebo acaudilla,
Cuyo acero a los sitiados
Con fieros tajos humilla.
Y a tal proeza, animados
Los guerreros de Castilla,
Van veloces a la puerta,
Ya por mano amiga abierta.

XIV.

Cede al doble impulso el Moro,
Y ya es de España Lopera,
Y eco de clarin sonoro,
Retumba en monte y pradera.
Torna el soñado desdoro
Farfan en gloria altanera,
Y al hijo ansioso procura,
Y en sus brazos lo asegura.

XV.

Mas él responde: "El portillo,
Por donde sali esta aurora,
Nunca pudiera yo abrillo,
Sin la mano de una Mora,
Que sujetó en fuerte grillo
Mi pecho. Sea en buen hora
Para Castilla Lopera,
Y para mí la portera."

HERMIJIO Y GOTONA.

"Alas! there is no instinct like the heart."—BYRON.

ADVERTENCIA.

D. Sancho Ordoñez, rei de Galicia, apenas mencionado en nuestras historias, y que muchos escritores confunden malamente con el rei de Leon, Sancho I. el Gordo, empezo a reinar por los años de 927. La anecdota que ha servido de base a la ficcion de este poema, se halla en el tomo 19, pag. 132 de la España Sagrada del P. Florez.

I.

"I make swords: but I leave it to other people to use them."
SIR WALTER SCOTT.

ERA Galicia un reino, una familia:
No ya un fragmento extraño, que se afilia,
Cuando el poder o la traicion lo arrastra,
Bajo el yugo servil de una madrastra.
Era un todo homogeneo, que, en su traje,
Y en sus usos, y leyes, y lenguaje,
Respiraba unidad, como la selva,
Antes que el hierro asolador disuelva
Su esplendido conjunto, en la semblanza
De su vejetacion, y en la pujanza
De sus troncos iguales, y el perfume,
Que sus atomos leves reasume,
Y de ellos forma un todo que embriaga,
Muestra un plan uniforme: no la vaga
Produccion del capricho, o de la suerte.
Era patria Galicia, noble, fuerte,
Suya propia, no herencia o mayorazgo,
Del que el tributo cobra o el portazgo,
Lejos, sentado en morbidos cojines.
Eran suyos terrenos y confines;
Suyo el nombre, y las armas, y la gloria
No postiza, ni extraña, ni ilusoria
La fama que selló con sangre pura,
Cuando opuso a la intrepida bravura
De hueste goda y tribu sarracena,

Falanje propia, sin ayuda ajena.
Y por aquellos tiempos, era Lugo
Corte, no de un tirano, o de un verdugo,
Cual lo son en el dia muchas cortes :
Centros donde terminan los resortes
Empuñados por manos clandestinas ;
Cuyas extremidades son espinas,
Que destrozan y punzan a lo lejos,
Mientra aturde el poder con sus reflejos,
Al que resiente en lo interior el daño,
Sin ver quien mueve el destructor amaño.
Corte de un hombre como todos ; bravo,
Condescendiente, popular, no esclavo
De aulicas formas, y grotescos ritos.
Y por los arrabales y distritos
De la ciudad, sonaba a toda hora,
De la industria el murmullo : animadora
Melodia, mas grata al hombre sabio,
Que la que arroja con impuro labio,
Si emponzoñado galardon lo anima,
Torpe lisonja en acordada rima.
Alli el pino, y el jaspe, y el acero,
Bajo la diestra mano y el esmero
De artifice sagaz, la forma muda,
Y tornase joyel la masa ruda,
Y el arbusto cerril en tela muelle.
Fragua encendida, y ponderoso fuelle,
Lanzan al mundo, activos y veloces,
Solidos bienes, e inocentes goces.

En el taller oscuro de un armero,
Trabaja sin cesar, torvo, severo
De rostro y de modales ; mas adusto
Que liviano, un garzon alto, robusto,
De tufos blondos, y de azul pupila ;
Un aire misterioso de tranquila

Majestad lo circunda. Su destreza,
Ya en ablandar del hierro la dureza,
Ya en dar temple exquisito a fina espada,
O lustre brillador a la acerada
Cota, al escudo, al morrion, y al peto,
Le ganan el cariño y el respeto,
Ya de guerreros, ya de menestrales.
Buscados son sus dagas y puñales.
De habilidad sus obras son prodijio.
Comun es su loor: su nombre Hermijio.
Al yunque un dia terminar procura,
Para un magnate, esplendida armadura,
Que resiste a potente cimitarra.
Ya al yelmo aplica la pulida barra;
Ya del broquel realza los contornos,
Con dorados y sutiles adornos.
"¡Y qué!" dice entre sí, dando un suspiro,
"¿Siempre en callado, siempre en vil retiro,
Se exalará mi vida, inutil, floja,
Desconocida, y sin brillar, cual hoja
De arbusto retirado, que destruye
La rafaga otoñal? ¡Pues qué! ¿no fluye
Sangre en mis venas, que el valor inflama?
Qué! ¿no late mi pecho, si la fama
Lo alaga con su majico recuerdo?
¿Porqué en labor de esclavo humilde, pierdo
De mi fuerza vital el noble jugo?"
Dijo, y de pronto se estremece Lugo
Con belico alarido, y en la almena,
Y la torre, y la plaza, agudo suena
Clarin de alarma. Formanse anhelosas
Las huestes de Don Sancho; nebulosas
Las rafagas de polvo, que, a lo lejos,
Del albo dia eclipsan los reflejos,
Morisca tropa anuncian. De repente,
Veloz impulso en la ardorosa mente

De Hermijio estalla. Su razon se ofusca;
No ya su mano laboriosa busca
Punzon, martillo, lima ni tenaza.
El peto ajusta; endosa la coraza;
La espada empuña; toma la rodela;
Ciñe el crestado morrion, y vuela,
Desatentado, ciego, pero altivo.
Llega a las puertas de la plaza. Erjivo,
Que con su jente intrepido la guarda,
Viendo aquella presencia tan gallarda,
Sospecha que algun caso lastimero,
Deja al bravo adalid sin su trotero,
Y un bayo noble y volador le ofrece.
Lo acata Hermijio, monta y desparece.

II.

"She loved me for the dangers I had passed."
SHAKESPEARE.

De la atmosfera el ambito perturba
La alegre voceria de la turba
Que en la plaza de Lugo se congrega,
Y el éxito feliz de la refriega,
Con ferviente entusiasmo solemniza.
Guirnalda, y ramo, y pavellon tapiza
Las calles, y de juncias olorosas
Se cubre el pavimento. Estrepitosas,
Con prolongados ecos las campanas,
A las vencidas tropas musulmanas,
Que en fuga leve su vergüenza ocultan,
Con su armonia triunfadora insultan.

A tiro de ballesta del portillo
Del murallon, guarece un bosquecillo
De arrayan y de enebro, la morada
Que hermosea una virjen desgraciada.
Huerfana, sin amigos, sin apoyo,
Sola en el Universo. Cual arroyo,
Que, lejano del prado y sementera,
Lleva inutil su linfa placentera
Por soledades asperas y umbrias,
Tales se pierden sus hermosos dias,
En silencioso olvido y abandono.
Pero, como joyel digno de un trono,
Su nativo esplendor que al sol remeda,
Sepulta en negro risco, o tosca greda,

Tal en aquella soledad oscura,
Se oculta un alma jenerosa y pura ;
Una de aquellas almas que en sosiego
De modesto existir, activo fuego
De poderoso sentimiento abrasa,
Y del estrecho círculo no pasa,
Do fortuna severa la coloca,
Sino cuando otra igual llega y la toca.
Simetrico el talante ; la estatura
Gallarda, cual cipres ; rosada y pura
La tez ; redondos brazos, ancha frente ;
Cabellera alazan, profusamente
Vertida por los hombros y la espalda ;
Seno de nieve, y ojos de esmeralda,
Cuyo mirar las almas aprisiona
En rendimiento fiel—tal es Gotona.
Mientras lejano suena en sus oidos
El rumor de los altos alaridos,
Con que la plebe el triunfo victorea,
Ella su vago meditar recrea,
Con paso incierto en soledad profunda,
Por el plantel agreste, que circunda
Su ignorada y tranquila residencia.
Al autor de su misera existencia,
Levanta el corazon ; tierno lo adora,
Y alzarle quiere un ruego : pero ignora
Cual don ha de implorar, bien que suspenso
Resiente el corazon vacío inmenso,
Que ningun ser visible satisface.
Y en esta idea la razon tenace,
Vuelve afanada en incansable jiro,
Y del seno le arranca hondo suspiro.
Mas subito un quejido lastimero
Hiere su oido, y el pensar lijero,
Detiene, como solida muralla
La rabia del torrente ; atiende y calla,

Y escucha, y otra vez aquel quejido,
Mas le penetra el alma que el sentido.
Y entre las ramas busca, y de repente
Garzon herido, cuya faz doliente,
Dolor agudo, y desaliento indica,
De compasion y horror la petrifica.
Si horror y compasion a un pecho noble
Juntos invaden, no sera que doble
Compasion su benefica enerjia,
Del ciego horror bajo la planta fria.
En alma que adornó Naturaleza,
Con el sublime don de la terneza,
Si un sentimiento ajitador estalla,
La compasion lo doma y avasalla,
Y al impetu secreto se abandona.
Ejemplo fue de esta verdad Gotona.
Cual Arabe que humilde se adormece
Dentro la choza vil que lo guarece,
Y en brazos del dolor que lo acibara,
Si tiene un sabio amigo, cuya vara
Potente el sueño compasivo rompa,
Dispierta en rejio alcazar, cuya pompa
Su mente aturde, y su mirar sorprende ;
Y él, que tan rara mutacion no entiende,
Ni aun osa dar asenso a tal prestijio,—
Cuando salio de su endeblez Hermijio,
Y cerca de su rostro un rostro mira,
Que un anhelar incognito le inspira,
Y se siente apoyado en aquel seno,
Cuyo perfume lo embriaga, lleno
De inexplicable confusion, ni aun osa
Librar la mente a la vision hermosa.
Pasada aquella vaga incertidumbre
Que alarga el padecer, la muchedumbre
De contrarios afectos, se deshace,
Como la nieve expuesta al sol, y nace

De pronto, en lo interior del alma, un fuego
Devorador, un desfrenado y ciego
Desear, un propósito inflexible,
De aquellos que en el curso bonancible
Y comun de la vida, escasamente
Combina el hado: inagotable fuente
De infortunios, al hombre que se lanza,
Sin calcular el riesgo, a la esperanza,
Y porque ardor intenso lo importuna,
Quiere torcer su jiro a la fortuna.
¿Basta un instante para amar? Conforme.
En ese curso lento y uniforme
De negocios civiles, que se llama
Sociedad, raras veces el que ama,
Del verdadero amor las leyes sigue.
Fuerza es que el interes cambie o mitigue
Del espontaneo afecto el puro brote;
O bien que erguido el paternal azote,
Norma al cariño y a la dicha trace.
Mas el que libre y desprendido nace
De torpes apetitos; el que siente
Dentro del alma, impulso prepotente,
Que a designios exelsos lo encamina,
Ese con llamarada repentina
Se consume: ese en rapido momento,
Bebe un siglo de amor y de tormento.

En el humilde asilo de Gotona
Tres dias pasa Hermijio, y se abandona
Docil al blando yugo de la bella.
Su ardor caritativo, y la centella
Juvenil, aceleran la esperanza
Del recobro feliz. Mas ¡qué mudanza
Labran esos tres dias en la suerte
De Gotona y Hermijio! En lazo fuerte

Sus almas se ligaron. Ambos juran
Larga fidelidad. Si se conjuran
En su mal infortunios, cuales postran
Tronos altivos, ellos los arrostran.
" Parto," le dice Hermijio—"digno esposo
No es de tí un menestral : mas ya anheloso,
De amor y de ambicion suelta la rienda,
Piso arrojado mas altiva senda,
Y el esposo feliz que darte quiero,
No sera un menestral, sera un guerrero."

III.

"Hai algunos hombres, que verdaderamente son buenos y santos: pero suelen ser necios."

LOZANO, REYES NUEVOS DE TOLEDO.

LLENA estaba la corte de Don Sancho.
El antiguo salon, lobrego y ancho,
Apenas da cabida a los tropeles
De cortesanos, que acudian fieles
A dar la enhorabuena al Soberano.
El cual, en alto trono, acoje ufano
Los homenajes publicos. Su diestra
Don Gelimer ocupa, en quien se muestra,
Junto con mano osada y triunfadora,
Jenio mordaz, y lengua decidora.
Ero, el obispo, ocupa el lado opuesto,
Con ojo hundido, y con torcido jesto,
Como si levantado en santo arrobo,
Mirára con desprecio nuestro globo.
"Brava jornada," dice el Rei, "infanzones.
Bravamente marchaban los pendones
De Galicia, por llanos y por cerros,
Empapandose en sangre de esos perros.
Mas, decid, Gelimer, ¿no habeis sabido
Quien era el adalid desconocido
Cuyos golpes tremendos espantaban
Las falanjes moriscas? ¡Cual brillaban

Repetidos sus tajos y reveses,
En yelmos, en alfanjes y en paveses!"
"Señor," responde Gelimer, "mi esmero
Ya averiguó su nombre: es un armero
Llamado Hermijio. Sangre ilustre mana
Dentro su corazon, y si inhumana
Lo persigue la suerte, que debria
Darle apoyo y solaz, no es cuenta mia.
Aqui este santo obispo lo conoce."
Igneo furor la faz cubre veloce
Del prelado: ni atina a dar respuesta,
Tanto su orgullo la alusion molesta.
"¿Nada decis," pregunta el Rei, "Don Ero?"
"Tu Alteza," le responde, "cuando... pero . . .
En verdad, el mancebo es mi sobrino,
Y si hoi padece en infeliz destino,
No es culpa de mi amor ni de mi celo.
Quise piadoso encaminarlo al cielo,
Conferirle las órdenes sagradas,
Y dos capellanias bien dotadas.
Mas desoyendo el saludable aviso,
Ni aun la tonsura el insolente quiso."
"Por los huesos que estan en Compostela,"
Replica Sancho, "tu piedad anhela
Que se llene de clerigos Galicia.
¿No es harto numerosa tu milicia?
Mis ojos no ven mas por todas partes,
Que tus lobregas tropas y estandartes;
Y a mas de ser al pueblo graves fardos,
¿Todos los hijos han de ser bastardos?
Gran nombradia ese doncel te gana,
Mucho mas con broquel, que con sotana;
Hazle merced, obispo, y sele grato."
Esquivase Don Ero con recato
De la corte, algo menos orgulloso,
Que cuando asiste en traje esplendoroso,

Y entre devota turba, a grave fiesta,
Con baculo en la mano, y mitra en testa.
A su mandato, presentose Hermijio,
En quien ya no quedaba ni vestijio
Del rango humilde en que yacio agoviado.
No era un obrero ya, que era un soldado,
Firme en talante, y afamado en brio.
" ¿Cual es vuestro placer, mi señor tio?"
Le pregunta, con tono del que sale
De prision, y conoce lo que vale.
" Mi placer," le responde algo confuso,
" Ya que la Eterna Voluntad dispuso
Sacaros del camino mas derecho,
Mi placer es ligar en nudo estrecho
Tu mano con la mano de Clotilde:
Santa doncella, relijiosa, humilde.
Cierto—carece de fugaces dones,
Que arrastran los profanos corazones.
Diras que anda torcida, y algo corva;
Mas esta leve imperfeccion no estorva
Que sea de virtudes relicario.
Esta noche dispon lo necesario,
Y casado seras en mi capilla."
" Vuestra bondad, Señor, me maravilla,"
Le replica el sobrino sonriendo;
" Y me duele, prelado reverendo,
Que esa propuesta de que haceis alarde,
Haya llegado a mis oidos tarde.
Esta mano no es mia: que es ajena.
Dios, de quien sois ministro, me condena,
Severo y justo, si falaz e impio,
Regalo a mi solaz lo que no es mio.
Fui libre en mi taller: lo soi ahora.
Del yunque y de la fragua abrasadora,
No troqué el duro afan, por la coyunda
Que ora se ofrece a mi humildad profunda.

Vuestros designios son pios y sanos :
Mas no os puedo servir : besoos las manos."

Saliose erguido, y el obispo ruje
De furor y despecho.—Tanto empuje
Dan las pasiones a las almas pias.
Tan extrañas les son las simpatias
Del corazon.—Con tan feroz desprecio
Mira la ajena dicha un santo necio.

IV.

> " La faccia sua era faccia d'uom giusto,
> Tanto benigna avea di fuor la pelle,
> E d' un serpente tutto l' altro fusto."
>
> DANTE.

SABEDOR Gelimer de todo el lance,
Poner decide fuera del alcance
Del tiro episcopal al buen sobrino.
Asi teje sus lazos el destino;
Asi un azar en su querer influye,
Y por tan leves causas se construye
De los hombres la dicha o la desgracia.
Llama a Hermijio y le dice: " Te hago gracia
De un tercio en mi escuadron. Sé su caudillo,
Y, para habilitarte, este bolsillo
Sera de mi cariño leve muestra."
Besa el doncel la jenerosa diestra,
Que su valor y celo galardona,
Y vuela al caro asilo de Gotona,
Que era de su vajel el gobernalle.

A tres leguas de Lugo, en honde valle,
Que limitan cercanas dos alturas,
Cubiertas de sombrias espesuras,
Mansion del abandono y del misterio,
De Samos el humilde monasterio,
Do habita caridad ferviente y santa,
Sus torreones goticos levanta.
Un hombre justo es el Abad: no de esos
Que cifran la justicia en los exesos

De un celo arrebatado : paroxismo
Ya de supersticion, ya de egoismo.
Ni de su puro labio el anatema
Salio jamas, con que la rabia extrema
De torpe orgullo, y presuncion insana,
El Alto nombre del Señor profana.
Ni condenó jamas como delito,
De la Naturaleza el hondo grito ;
Ni del Ser que prodíga amor y goce,
Forjó un verdugo barbaro y feroce.
Blando, induljente, compasivo y tierno,
Mira en la caridad el lazo eterno
De la inmensa familia de los hombres ;
Y en esos vanos y pomposos nombres :
Irrelijion, apostata, ateismo,
No ve mas que maldad o fanatismo.
A este varon perfecto Hermijio acude,
Para que en santos vinculos añude
Su mano con la mano de Gotona,
Sin esa pompa vana que inficiona
La verdadera dicha. Los amantes,
No ya envueltos en ropas elegantes,
Sino en auras de amor y de ternura,
Ante el sagrado altar, la ofrenda pura
De sus almas presentan, y gozosos,
Gustando ya los bienes deliciosos,
A los que desde entonces se aperciben,
Del Santo Abad la bendicion reciben.
Sabe Don Ero el negro desacato :
Tal lo juzga, y en belico aparato,
Circundado de lanzas y broqueles,
(Porque en los siglos barbaros, los fieles
Formaban batallones obispales,
Y los obispos eran jenerales) (3)
De los claustros invade el santo abrigo,
No ya como pastor ; como enemigo,

A quien feroz estímulo enfurece,
La casa de satelites guarnece.
Penetra en ella, echando bendiciones;
Del archivo los intimos rincones
Examina; la gotica escritura,
Que antiguos privilejios asegura,
Toma violento; de las hondas cajas,
Los tesoros retira y las alhajas;
Y al pobre Abad, que su induljencia pide,
Echa una bendicion, y se despide.
Tal fue del siglo diez la disciplina.
Del vulgo ciego la trivial rutina
Celebra, encomia, admira la exelencia
De aquella edad; su candida inocencia;
Su virtud apostolica ¡Qué insulto
De la verdad! Un pueblo fiero, inculto,
Sin mas lei que la fuerza, sin mas gloria
Que una fama brutal y transitoria,
¿Podra ser tipo de inocencia? ¿Acaso
Del error al delito hai mas que un paso?
Monarcas y pontifices, magnates
Y plebeyos, en horridos combates,
Y éxitados por barbaros enojos,
Se arrancaban impios los despojos
De la infelice sociedad, inerte
Victima de la rabia del mas fuerte.
Noble modelo al siglo que se jacta
De doctrina analitica y exacta.
Hipocritas, mentis; si la lumbrera
Del saber no nos guia en la carrera
Que a nuestros dias el destino traza,
Segura perdicion nos amenaza.
Solo el saber refrena el fiero orgullo
Del poderoso, y el letal murmullo
De corrupcion, solo el saber acalla.
Plebe ignorante, estupida, vasalla,

Plebe que un falso resplandor deslumbra,
No es mas que firme base, do se encumbra
La usurpacion, de crimenes cubierta.
Lo que sus arterías desconcierta,
Lo que su desenfreno atroz reprime,
Nunca es mas que el saber: prenda sublime
Con que la eterna y poderosa mano,
Dulcifica la suerte del humano.

V.

"The king is full of grace and fair regard,
And a true lover of the holy church."
SHAKESPEARE.

YA sé que es deplorable, aunque deslumbre
El brillo que lo envuelve en alta cumbre,
La suerte de un monarca. Con el prisma
De su poder se aturde, y cuando el cisma
Popular, o traicion feroz apresta
Su ruina, y el tiro infame asesta,
Desacordado en su ilusion, inerme,
Al borde del abismo goza y duerme.
El siervo vil, que a su poder se inclina,
Con invisible yugo lo domina.
¿Quien compone la esplendida caterva
Que lo circunda? Adulacion proterva,
Disfraz, calumnia, seduccion, perfidia.
Una cosa no mas me causa envidia,
O dos, mas bien: la rica biblioteca,
Y el santo don de hacer justicia seca.
El hombre a quien, en tramite infinito,
Con raro idioma y con absurdo rito,
Juez inflexible a su placer maltrata,
No sera largo tiempo democrata.
Un rei pronuncia, y con activa mano,
Corta de un golpe el nudo gordiano;
Del opresor soberbio, una voz sola,
No mas que un jesto la arrogancia inmola.

Se engaña, porque es hombre, muchas veces.
Y ¿acaso estan de error libres los jueces?
Mas esta larga historia concluyamos.

Al pie del trono, el buen abad de Samos,
Hundido en pena y en baldon se arroja;
Los pies de Sancho con su llanto moja;
Pide reparacion de tanta afrenta,
Y el grave crimen del prelado cuenta.
Causa horror a la corte la demanda.
Sancho, ofendido justamente, manda
Que venga el reo ante su trono augusto;
Y Gelimer, por darle este disgusto,
Portador quiere ser de aquel mensaje.
Llega el obispo con aquel visaje
De ascetica arrogancia, que denota
La hiel de que es capaz alma devota.
" ¿Habeis pensado vos," dice el Monarca,
" Que de San Pedro la modesta barca,
Se ha tornado ballena destructora?
¿Es el cayado espada vengadora?
¿O sera que en el reino de Galicia,
Vos y no mi poder haga justicia?"
" La causa de ese ultraje se me oculta,"
Dice Don Ero; " tu piedad me insulta,
Con odiosos baldones y dictados.
Los merezco, Señor, por mis pecados.
Como justo castigo a Dios lo ofrezco.
Mas injurias decid, que mas merezco."
" Eh!" responde: " dejad gazmoñerias.
Con santos hechos, y con obras pias,
Se prueba la virtud y se acrisola,
No con jesto fruncido y con parola.
A este buen fraile, que teneis presente,
Y a su comunidad, que es buena jente,

Mejor que vos, por causas que yo ignoro,
Quitasteis escrituras y tesoro.
Devolvedlos al punto, o por los huesos ....”
“ Mis crimenes, Señor, ¿ no son mas que esos ? ”
Dice el obispo—“ tu bondad acato.
Crei que era otra cosa el desacato.
No sera que se ensanche ni se esponje,
A costa de la mitra ese buen monje.
¿ A quien toca rejir el monasterio ?
Yo tengo mi redil, vos vuestro imperio.
Mandad, Señor, en tramites civiles ;
Dejad a los pastores sus rediles.
Mas no se diga que mi pobre influjo,
La guerra en las ovejas introdujo.
Pronto estoi a ceder ; los dos cedamos.
¿ Don Ero es menos que el abad de Samos ?
La solida virtud huye de extremos.
Los dos hemos pecado: pues tomemos,
Para que nadie pierda su decoro,
El fraile la escritura : yo el tesoro ;
Cediendo sin discordia ni amargura,
El tesoro el abad, yo la escritura.”
No dijo mas, porque, al oirlo, salta
Del solio el Rei, a quien veloce exalta
Tremendo enojo : y tanto, que Don Ero
Desaparece del salon lijero ;
Entra temblando en su palacio ; jime,
Victima de la pena que lo oprime ;
Y, bañados en lagrimas los ojos,
Devuelve al monasterio sus despojos.

De Hermijio cuentan los gallegos fastos,
Que, dueño un dia de dominios vastos,
Ganados con proezas infinitas,
Consagró a sus pasiones favoritas,

De larga vida el venturoso resto.
Su Gotona y su espada: no mas que esto,
Formaba la existencia y la delicia
De aquel hijo glorioso de Galicia.
Cuanto duraron estas ilusiones,
No lo dicen aquellos cronicones.

LA FLORIDA.

"Si son celos un furor,
Una ciega destemplanza,
Que solo quiere venganza,
Estrago, muerte y horror;
Y que no teme a los cielos,
Y que a los cielos se alzára,
Si allí su venganza hallára,
Dices bien, yo tengo celos."

UN INJENIO DE ESTA CORTE.

I.

Cuando se ocupa amor en dar un rato
De disgusto a un sin fin de humanos seres,
Ora estienda el mortifero mandato,
A simples aldeanos o a proceres;
Aplica dilijente su conato,
Y en vasto grupo de hombres y mujeres,
Que en nada menos piensan que en amores,
Derrama sus agudos sinsabores.

II.

De Troya a Tiro y del Egipto a Roma,
Las flechas lanza, en curso no sabido,
Y a Marco Antonio Cleopatra doma,
Como el perfido Eneas doma a Dido.
Ni diferencia de pais o idioma,
Ni espacios que ancha mar ha dividido,
Ni el asilo mas lobrego y secreto,
Sirven a su rigor de parapeto.

III.

Suelen sus intenciones temerarias
Poner a medio mundo en movimiento.
¡ Cuantas cosas han sido necesarias,
Cuanto delirio, y oro, y escarmiento,
Para activar las chispas incendiarias,
Cuyos estragos va a decir mi cuento !
Cuento, no en el sentido de patraña.
Es historia veridica, aunque extraña.

IV.

Cuando agoviaba a España aquel Segundo
De los Felipes, masa tenebrosa
De horrendo crimen y saber profundo,
Jenio infernal con capa relijiosa;
Dominador y escandalo del mundo;
A quien una nacion fiera, orgullosa,
Noble, gallarda y atrevida debe
Los torrentes de fango que ahora bebe; (4)

V.

Reconcentrado en soledad amena,
Cerca del mar, a orillas del Barbate,
Su vida oscura, placida y serena,
Pasaba sin sentirla Gil de Oñate.
Ilustre fue en maritima faena;
Y mas de cuatro veces, en combate
Tremendo, cuya fama hoi se repite,
Asombró las llanuras de Anfitrite.

VI.

Sirvio a Felipe en mistico y galera,
Y navio, y brulote, y en fragata;
En Cuba, y en Brasil, y en la rivera
Por do Orinoco inmenso se desata.
Y vino a darle en limpio su carrera,
Muchas heridas con alguna plata;
Tejos escasos, y sangrientas riñas;
Cien contusiones, y cincuenta piñas.

VII.

Mas era tan brioso cual modesto,
Y viendose ademas entrado en años,
Dijo entre sí: "Podré mui bien con esto,
Si han hecho mella en mi los desengaños,
Pasar tranquilo de mi vida el resto,
(Libre de que en sus límites extraños
La mar airada mi existencia aflija)
En brazos de mi esposa y de mi hija."

VIII.

Volvio a su tierra, y se encontro privado
De su esposa, tesoro de prudencia;
Pero vivia Ines, noble dechado
De hermosura, de gracia, de inocencia.
Vio en esta desventura, señalado
El designio de la alta Providencia.
"Sere su eterno compañero," dijo,
Y cerca de Vejer compró un cortijo.

IX.

Alli en profunda soledad, ceñido
Del filial afecto que lo encanta,
Se consagra con celo desmedido,
Al cultivo de aquella tierna planta.
Como prospéra solo y escondido
Vigoroso rosal, y se adelanta
A la lenta estacion su lozania,
Tal Ines progresaba, y tal crecia.

X.

Crecia y progresaba en jentileza
Y en ternura: en injenio facil, vivo,
Cual no lo desarrolla en la estrecheza
De la ciudad, el ser alli cautivo.
Fijó en su corazon Naturaleza
Laboratorio creador y activo
De pasion, y en su mente, vasta hoguera
De exaltada ilusion, y audaz quimera.

XI.

Al mirar de la sierra los crestones,
Y las olas furiosas y encumbradas,
Subian a la par sus reflexiones,
Por contrarios resortes impulsadas.
Tras aquellas finjia otras rejiones,
Y tras aquellas otras apartadas;
Y asi abrazaba en meditar profundo,
Con la imajinacion el vasto mundo.

XII.

Ligaba, no sé como, a los perfiles
De la roca desnuda o la montaña,
Recuerdos misteriosos y sutiles,
De antigua historia o fabulosa hazaña.
O ya sus pensamientos juveniles,
Flexibles, como al viento docil caña,
En el eter exelso y cristalino,
Vagaban sin sendero ni destino.

XIII.

Y era feliz: porque su dicha entera
Se cifraba en el padre, cuya vida
De todo su existir la mitad era,
Mas que la otra mitad grata y querida.
Ni pudo imajinarse que severa
La suerte, a duras leyes sometida,
Como separa un busto de su base,
De aquel benigno apoyo la apartase.

XIV.

"Nunca," decia, "nunca de su lado
Me arrancará el destino. ¿Qué me importa
Sin él la vida? Arbusto despojado,
Que soplo horrendo de la tierra corta,
Fuera yo sin su vista. Separado
Mi ser del que a virtud mi pecho exorta,
Esa misma virtud que hoi me entusiasma,
¿Qué fuera sino un soplo, una fantasma?"

XV.

Y a su vez el anciano sumerjido
Todo en amor, miraba de la huesa
El sendero de flores guarnecido,
Mientras su planta en él dejase impresa
La hija adorada. Sepultó en olvido
Lauro, tesoro, nombre, gloria, empresa.
"Aqui," decia, "fondeó la barca,
Hasta que llegue el golpe de la Parca."

XVI.

¡ Qué contraste no forma la existencia
De estas dos almas que pasion no irrita,
Con la adusta y callada turbulencia,
En que la corte de Madrid se ajita!
Felipe en su orgullosa prepotencia,
Golpe de espanto y muerte dar medita,
Y verter los torrentes de su saña,
Sobre las costas de la Gran Bretaña.

XVII.

Bajo el terrible orgullo de Isabela
Cayó Maria: reinas ambas. Cuente
Quien los prestijios de los tronos cela,
De Carlos y Luis el inclemente
Sacrificio; la Historia nos revela
Crimen igual en coronada frente,
Y los unjidos del Señor, rendidos
Bajo el hierro feroz de otros unjidos.

XVIII.

Quiso vengár Felipe el desacato,
No porque a la virtud con él se ofende,
Sino en fe del hipocrita aparato,
Que por santa piedad al mundo vende.
Mas no quiso tal cosa; su conato
Destructor, mas osado fin pretende:
Que de la Inquisicion la vil cuchilla,
Ensangriente del Tamesis la orilla.

XIX.

Guarte, pueblo briton, que si descarga
Su furor el perverso, ya no hai lustre
Para ti, sino serie odiosa y larga
De torpezas y males. Ni el ilustre
Resplandor que a los pueblos hoi embarga
De admiracion, podra, sin que lo frustre
Fanatismo, con manos espantosas,
Brotar entre tus masas afanosas.

XX.

Se apagará en su jermen la centella
De libertad, que puede, conducida
Por ti, cual pura y luminosa estrella,
Vivificar la esfera ennegrecida.
No del saber la antorcha noble y bella,
Por tus hijos celosos esparcida,
Dara terror al despota inhumano,
Ni el Tridente feliz pondra en tu mano.

XXI.

Ni la potente actividad, que crea,
Al par de alma virtud, dicha y tesoro,
Tu fuerza animará. Y esa tarea,
Que vincula en tus límites el oro
Del mundo, y que lo alivia, y lo recrea,
Servira para el triunfo y el decoro
De vanos y postizos simulacros,
Fomes de corrupcion, con nombres sacros.

XXII.

Deja que huelle tu cerviz Felipe;
Deja que su sangrienta intolerancia
Tu porvenir esplendido disipe,
Hundiendolo en abismos de ignorancia;
Que tu exaltado jenio participe
De esa union de bajeza y arrogancia,
Digno producto del imbecil ocio,
Que alagan despotismo y sacerdocio;

XXIII.

Y no esperes que nazca en tus confines
Un Newton, que revele a los humanos,
De la Alta Voluntad los nobles fines,
En las obras mas bellas de sus manos.
En su lugar, perversos arlequines,
De la razon verdugos inhumanos,
La tornarán ridiculo instrumento
De error, y de maldad, y abajamiento.

XXIV.

En lugar del augusto consistorio,
Que hace temblar los solios mas potentes,
Te rejira un audaz definitorio
De holgazanes rollizos e insolentes.
Londres, en vez de ser activo emporio
De labores opimas y esplendentes,
Del vencedor bajo el horrible imperio,
Sera un lobrego y triste monasterio.

XXV.

La Suprema Bondad que el cielo habita,
No permitio en sus intimos arcanos,
Que se cumpliese la intencion maldita
De aquel alto modelo de tiranos.
Inutil es su esfuerzo. En vano ajita
De dominios remotos y cercanos
Los resortes activos y fecundos,
Y estruja la substancia de dos mundos.

XXVI.

Retiembla doblegado el elemento,
Bajo el peso de naves orgullosas;
Pertrechos, municiones, armamento,
Llenan sus cavidades espaciosas.
Suben a sus castillos ciento a ciento,
Lejiones de provincias belicosas,
Y la nobleza, fiel a su monarca,
En la terrible expedicion se embarca.

XXVII.

Sidonia, que la rije, escribe a Oñate,
Y a su celo confia una galera.
A tal noticia, el infeliz se abate,
Sumido en llanto y pesadumbre fiera.
No lo asombra del mar el crudo embate,
Ni los peligros de la lid guerrera:
Mas la separacion que lo amenaza,
Todos sus sentimientos despedaza.

XXVIII.

Mientra en amargo lloro, la sencilla
La tierna Ines, su hermoso rostro baña,
Del Barbate aparece en la alba orilla,
Sobre alta popa el pavellon de España.
Esplendida labor orna la quilla;
Sostiene el botalon figura estraña,
Y lleva en el alcazar esculpida
Esta inscripcion dorada: LA FLORIDA.

XXIX.

Como se arranca un monte del cimiento
De granito, si horrible terremoto
Lo ajita con atroz sacudimiento,
Y baja al llano desquiciado y roto;
Tal angustiado por voraz tormento,
Al infrinjir el pio y tierno voto
De la cuitada Ines Gil se separa,
Y del padre infelice la hija cara.

XXX.

No pintaré el jemido y el sollozo,
Ni el lamento del padre y de la hija:
Porque en tales escenas no me gozo,
Ni es en ellas mi Musa tan prolija
Cual otra, que sin velo y sin rebozo,
Todo su celo en retrazarnos fija,
Las contorsiones, jestos y visajes
De sus adoloridos personajes.

XXXI.

"¡Oh! si! no! ah! ¿qué? tú! eh! ¿yo? Dios mio!
¡Cielo santo!... ¿porqué?... ¿y acaso? ... pero..."
Con este repertorio seco y frio,
Hai escritor que llena un tomo entero.
Suplir asi pretende el poderio
Del injenio inventor, que, mas severo,
Para mover nuestros afectos pinta,
No para gastar plumas, tiempo y tinta.

XXXII.

Pintar en verso no es pintar en cobre,
Ni en tabla o lienzo : grande es la distancia.
A fuerza de ser rico es uno pobre,
Con esta fastidiosa redundancia.
¿ Qué ha de hacer el lector con lo que sobre ?
Si lo aqueja la esteril abundancia,
(Como dice un frances) de un mal versista,
¿ Habra paciencia humana que resista ?

XXXIII.

Dira el lector : " Virjilio, cuando traza
El retrato de Eneas o el de Dido,
¿ Se pone, como usted, con gran cachaza,
A explicarnos las leyes que ha seguido ?"
No Señor : pero aquella era otra raza.
He aqui lo que despues se ha establecido :
Cada cual como guste se maneje ;
Y al que no le acomode, que lo deje.

XXXIV.

Por supuesto, me encanta, me seduce,
Me arrebata Virjilio ; y aun Homero,
Cuando Le Brun o Pope lo traduce :
Ya que el orijinal me es extranjero.
Mas si benigno y facil me introduce
El vate a su amistad, y considero
De cerca sus facciones y su trato,
Confieso que disfruto de un buen rato.

XXXV.

Cuando llegaba a este lugar, me puse
A buscar mui despacio, aca en mi idea,
Alguna facil transicion que excuse
Este desate que mi estilo afea.
Mas es forzoso que al lector me acuse.
De nada me ha servido mi tarea.
Esta charla inconexa y desunida,
¿ Qué tiene de comun con la Florida ?

XXXVI.

La cual vogaba cerca de la orilla,
Con viento escaso y rumbo placentero,
Y aun no estaba distante media milla,
Cuando desde la cofa un marinero
Gritó que se acercaba una barquilla;
Gil, sin que se alterase el derrotero,
Mandó achicar la vela, por si acaso
Le anunciaban de tierra algun fracaso.

XXXVII.

Y a los pocos minutos, a su seno,
De Ines el seno candido oprimia;
Mientras su labio, de ternura lleno,
En estos sentimientos prorrumpia:
" Contigo arrostraré borrasca y trueno.
Males, riesgos, azares desafia
Mi valor. No te aflijas ni exasperes.
Contigo me tendras adonde fueres."

XXXVIII.

En vano opone Gil, ora el mandato,
Ora la insinuacion, o el blando ruego;
Mientras mas le resiste, mas conato
Pone Ines, y responde con mas fuego.
Era absurdo su plan; era insensato:
Mas era impulso del amor: y luego,
El mas alto poder cede y se agacha,
Cuando dice: *no quiero*, una muchacha.

XXXIX.

Y no era un sacrificio doloroso
Para Ines: pues al ver la vasta anchura,
Y el alternar del negro y espumoso
Vaiven del oleaje, y la llanura
Confundida en el jiro nebuloso
Con que termina la redonda altura
Del horizonte occidental, se erguia
Jigantezca y veloz su fantasia.

XL.

Nunca fue mas dichosa que en presencia
De aquella inmensa soledad, trasunto,
Bien que humilde, de la Alta Omnipotencia,
Y cual ella, magnífico conjunto
De misteriosa y grave prepotencia.
De su meditacion sublime asunto
La mar era; sus horridos bramidos
Sonaban gratamente en sus oidos.

XLI.

Al llegar la Florida al mar que ostenta
Del Tajo la ancha espuma embravecida,
La formidable escuadra se presenta,
En tres lineas inmensas dividida.
Con marcha gravedosa, blanda y lenta,
Cual a fiero designio apercibida,
En igualdad simetrica se avanza,
Preñada de exterminio y de venganza.

XLII.

Mas alla, donde el mar corta estupendo
De Finisterre el cabo, con altura
Pedregosa, un rumor vago y tremendo
Conmueve de los orbes la estructura.
Espeso nubarron ancho y horrendo,
Su masa extiende tetrica y oscura
Por el Zenit; el viento cede y calla.
Queda la mar inmovil cual muralla.

XLIII.

Poco a poco se arruga y se estremece;
Poco a poco sus olas desiguales,
Son sierras altas. El transtorno crece,
Y crece en las rejiones solsticiales
El bramar de los vientos. Desparece
La luz en los etereos umbrales:
Menos la que rojiza el aire hiende,
Y en furioso estampido se desprende.

XLIV.

Ceden arte y valor; ceden los brios
Del marinero, al horroroso amago.
Separanse sin verse los navios,
En curso desigual, remoto y vago.
Los unos en incognitos bajios,
Rapidos chocan con funesto estrago:
Y otros que el mar y el huracan gobiernan,
En iracundo pielago se internan.

XLV.

Cual paja por los vientos sacudida,
O pluma por arroyo turbulento,
Se ajita, y alza, y hunde la Florida,
Sobre la faz del horrido elemento.
Ora se acerca a playa combatida
Por las olas, con albo rompimiento;
Ora parece que su quilla toca
Los angulos adustos de una roca.

XLVI.

Do quier se torne, enfrente ve cubierto
De horror alto peligro: ya en rejiones
Que desconoce el navegante experto,
Sembradas de aridisimos peñones;
Cual si hubiese en insano desconcierto
Natura, o en horribles convulsiones,
Sacudido del mundo los cimientos,
Para cubrir la mar con sus fragmentos.

XLVII.

Tristeza, desaliento y apatia,
Reinan en el vajel: nadie obedece.
Nadie en un hora de existir confia,
Ni la esperanza de existir parece
Mas que acerba ilusion. La fantasia
De Ines ora de asombro se estremece,
Cuando del padre el riesgo considera,
Ora absorta, y fecunda, y altanera,

XLVIII.

En aquel espectaculo sublime
Se abisma enajenada, y se recrea,
Y apena el entusiasta ardor reprime,
Que incendio abrasador sopla en su idea.
Mente privilejiada, en quien imprime
Su traza el jenio animador, y crea
Como si el orbe fuese su dominio,
Delicia y goce, en muerte y exterminio.

XLIX.

Tras dos semanas de peligro inmenso,
De pronto, en noche lobrega y cerrada,
Sienten al buque placido y suspenso,
En mar tranquila, lisà y sosegada.
Bien perciben hallarse en un extenso
Recinto, cuya anchura limitada
Por larga curva de blanquizca arena,
La ajitacion de su pesar refrena.

L.

Cuando raya la aurora, se presenta
Poblacion extendida, y circundada
De cultura frondosa y opulenta;
La costa, en ambos jiros, sombreada
Por amena espesura, donde ostenta
La encina su cerviz noble y poblada;
Y a lo lejos, ganados triscadores,
Y grupos de afanados labradores.

LI.

En una lancha, Oñate se encamina,
(Sin poder inferir donde se hallaba)
Con su escribano, a la ciudad vecina.
Ines, cuyas ideas recreaba
La escena inesperada y peregrina,
Que la costa a sus ojos presentaba,
Confusa en vagabundo devaneo,
No pudo resistir a su deseo.

LII.

Toma otra lancha, y baja al bosque espeso,
Y entra sola en su incognita espesura;
Do, no como en su patria, del cantueso
La fragancia aspiró; ni aquella holgura
Sintio, que llena al alma de embeleso,
Cuando en rejion que hermoseó Natura
Con los mas ricos dones de su mano,
Vejetal esplendor cunde lozano.

LIII.

Alta yerba la tierra guarnecia,
Pero inodora. Nieve o escarlata
No adornaba, cual vio en Andalucia,
Los tallos verdes de la hojosa mata.
Era la selva tetrica, sombria;
Los troncos en inmensa columnata,
Desnudos se elevaban y derechos,
En prados de retamas y de helechos.

LIV.

Mortal era el silencio, interrumpido
Por la resaca que la playa azota:
O por el melancolico graznido,
Con que a la mar saluda la gaviota.
Tal vez de musgo palido ceñido
Aspero risco, o, tal vez, peña rota
Por raudal que irritado el suelo hiende,
Sus miradas atonitas sorprende.

LV.

Reclinase en un lecho de follaje;
Oye rumor, torna la faz, y mira
Cerca de sí un extraño personaje,
En cuyo aspecto, perturbada admira
Estatura, color, y jesto, y traje.
Parece que la sangre se retira
De sus venas heladas, y parece
Que el mundo a su mirar se desvanece.

LVI.

Era un joven robusto, esvelto, airoso,
Blanco cual cima de nevada altura;
Rubio el cabello, que con jiro undoso,
Los hombros baña: llenos de dulzura
Los ojos azulados. Majestoso
Talante, que realza la cintura
De anchos pliegues; y de ella una nagüilla
Pende vistosa, y cubre la rodilla.

LVII.

Orna su frente lugubre tocado,
Con un negro plumaje en él prendido;
La pierna cubre borcegui encarnado,
O de cintas mas bien bello tejido.
Corto y brillante estoque lleva al lado;
Broquel al brazo, de metal bruñido,
Y un manto breve cuelga por la espalda,
Matizado de rojo y esmeralda.

LVIII.

Queda al mirarla inmovil: mutuamente
Se contemplan los dos. El fue el primero
Que el silencio rompio: mas vanamente
Se empeña en explicarse el extranjero.
Viendo su esfuerzo inutil, reverente
Llega, y con ademan blando y sincero,
Le da a entender que venga a su morada,
Donde sera servida y respetada.

LIX.

Con jesto y ademan, ella le indica
Su historia, como puede, y la esperanza
De encontrar proteccion le significa
En aquella rejion. Su confianza,
El gozoso y risueño ratifica;
Y ya acordes, y unanimes, se avanza,
Conduciendo sus pasos a la orilla,
Y se sienta a su lado en la barquilla.

LX.

Llegan a la Florida, do al anciano,
(Ya de vuelta) el incognito saluda,
Con toque afectuoso de la mano:
Jesto que borra cauteloso duda.
Hablan sin entenderse Castellano
Y Escoces: mas de pronto el joven muda
En Latin su Escoces: y Oñate dice,
Con aire satisfecho: *salve amice.*

LXI.

Amigable coloquio entonce empieza.
" Soi Maclean, jefe " (el joven le declara)
" De un clan, o de una tribu, que en braveza,
Con la mejor de Escocia se equipara.
La isla en que estás es Mull: no en su riqueza,
No en opulentos edificios clara:
Clara en sus hijos, cuyos nobles pechos,
Sostienen con su sangre sus derechos."

LXII.

El interes que inspira jente extraña
En habla, y en costumbres; y aquel tono
De hombre dispuesto a belicosa hazaña,
Noble y sencillo, bravo sin encono,
Al Español seducen: que en España,
(Justo es que lo concedan en su abono)
Lo exelso y noble es nacional; lo bajo,
Es cosa que de fuera se nos trajo.

LXIII.

Grande amistad en breve se suscita
Entre el joven Maclean y el viejo Oñate,
Y como la Florida necesita
De la activa labor del galafate,
Con esta detencion se facilita,
Que mas y mas la estrecha union se ate;
Mientras con otra union mas viva y cara,
La triste peripecia amor prepara.

LXIV.

Fueron los ojos diccionario mudo
De esta pasion, tan pronta como ardiente;
Lenguaje de Retorica desnudo,
Y mas que la Retorica elocuente.
En ambos senos la mirada pudo,
Ya languida, ya triste, ya vehemente,
Veloz, cual rayo que la nube lanza,
Pintar amor, deseo y esperanza.

LXV.

Maclean adora a Ines e Ines lo adora.
Mas no es amor en ellos uno mismo.
En él ve Ines la imajen seductora
De activez, de valor y de heroismo.
En ella ve Maclean...mas ¿quien lo ignora?
El Escoces no entiende Platonismo.
Joven es, y ella hermosa y bien formada;
Y esto ¿para qué sirve? para nada.

LXVI.

De la bella Maclean no se separa,
Ora en tierra, ora a bordo. Cada dia,
Crece el amor reciproco, y mas clara
La pasion ardorosa se exprimia.
Hablan los Escoceses lengua rara:
Mas ella facilmente la aprendia.
¿No hai para amor mas aridas empresas,
Que aprender cuatro frases escocesas?

LXVII.

De la medalla ved ora el reverso.
Mientra Ines a su afecto se abandona,
Y amor solo le ofrece el Universo,
Ruje cual fiera, y jime otra persona.
Casado era Maclean: mas el perverso,
Que seduccion y crimen ambiciona,
Interin su pasion no satisface,
Cubre con vil silencio aquel enlace.

LXVIII.

Era Lady Maclean, mas altanera
Que sensible : mas fiera que amorosa.
Devora su ignominia, y solo espera,
Mujer sañuda, y agraviada esposa,
Vengarse en el infiel, de tal manera,
Que su vida cubierta de espantosa
Desperacion, horrible cuadro sea,
Donde el castigo de su crimen vea.

LXIX.

Con un atroz malvado se concierta,
Para que se introduzca en la Florida,
Y con baile y con musica divierta
La jente ociosa, al goce apercibida.
Logra en efecto abrirse franca puerta ;
Cada cual lo festeja y lo convida ;
El, que oportuna circunstancia acecha,
Deja en la Santa-Barbara una mecha.

LXX.

Era la noche : de repente estalla
Fragoroso estampido, que conmueve
De la ciudad la solida muralla,
Cual suele el huracan la paja leve.
Mudo terror las jentes avasalla ;
Baja ansioso a la costa quien se atreve ;
Maclean baja, y alli terrible escena
De espanto y de pavor sus almas llena.

LXXI.

El punto donde anclaba la Florida
Presenta a guisa de tremenda roca,
Compuesta de humarada renegrida,
Y espesa, que al Zenit se eleva y toca.
En lo inferior, la llama comprimida
Del peso colosal que la sofoca,
Desciende, cual terrifica guedeja,
Y la faz de las olas la refleja.

LXXII.

¿Qué fue de Ines? Quizas sueño inocente
La mecia en risueñas ilusiones,
Cuando la trasladó golpe inclemente,
Del sueño a las anjelicas rejiones.
Vagó pulverizada levemente
Su forma en ajitadas conmociones
Por los aires, y al fin se precipita,
Y en su regazo el mar la deposita. (5)

ESCENA DE LOS TIEMPOS FEUDALES.

"Mas amaba la tierra que non al Criador;
Era de muchas guisas ome revolvedor."

BERCEO.

I.

¡ Qué sonoro era el nombre de vasallo,
Cuando al par del podenco y del caballo,
Y peor muchas veces que uno y otro,
Nunca tan bien como a gallardo potro,
Lijero en caza y atrevido en guerra,
Se trataba al monarca de la tierra !
¡ Qué grato era el exelso predominio,
Fundado en la violencia y exterminio,
Y nutrido con robo y con saqueo !
¡ Con qué orgullo se alzaba, cual trofeo
De ilustre sangre, el complicado escudo,
En que la mano del artista rudo
Trazó leones, aguilas y grifos,
Y otros innumerables logogrifos !
La voz " pueblo " era entonce idioma turco.
El que regaba con sudor el surco,
Donde nacer debiera blonda espiga,
No recompensa ya de su fatiga,
Si propiedad de un hombre rico y bravo,
No era un hombre cual él : era un esclavo ;
Era una escoria vil ; era un insecto ;
Era un producto barbaro, imperfecto ;
Una especie de máquina insensible,
De cuyas manos, ropa y comestible,
Placer y holganza, y bienestar sin coto,
Nacer debian, cual de cabra choto,

Para el ente alojado en el castillo.
¡ Y cuidado con él ! Horca y cuchillo,
Beneficos emblemas, colocados
En el lindero fiel de sus estados,
Anuncian la infalible recompensa
De una soñada ofensa.

II.

Mil vasallos, o bien mil toscos brutos,
Rellenaban con diezmos y tributos,
Primicias, y alcabalas, y otros pechos,
Las arcas de Don Arias, cuyos hechos,
Que proclamó la fama y yo no tildo,
Pródigo galardona Hermenejildo:
Guerrero, santo y rei en una pieza.
Terrenos amplios, que en rural belleza,
Y en lujo vejetal, y en aura pura,
Sobrepujan de Tempe la hermosura,
Las leyes obedecen de Don Arias.
Con linfas puras de corrientes varias,
El Jarama espumoso fertiliza
Sus oteros y prados, y desliza
Con sonoro rumor sus aguas nobles,
Por entre verdes sauces y altos robles.
Alli la madreselva y albo espino,
Del tejo adusto y elegante pino
Hermosean los fustes y las copas,
Como se cubre de esplendentes ropas,
Bajo rico dosel, fiero tirano.
Vierte alli sus tesoros el verano,
Dando al trabajo galardon opimo,
Ya en grano rubio o palido racimo ;
Y en la hondura que forman dos repechos,
Con la fachada al Sur, se alzan los techos,
De donde imprime a sus vasallos susto
El infanzon adusto.

III.

Seis pies y tres pulgadas de estatura,
Carnuda y ancha faz, mirada dura,
Robusta espalda y jigantesco lomo,
Miembros de hierro y corazon de plomo,
Pasiones viles, miras temerarias,
Que no enfrena el deber,—tal es Don Arias.
Su codigo es la fuerza; su capricho
Movil de sus acciones. Quien ha dicho
De Caligula, que era sangre y lodo,
Hizo al vivo el retrato de este godo.
La guerra es su elemento: cuando lidia,
Feliz está y gozoso, y se fastidia
Cuando reina un monarca pio y manso.
¿Qué es al guerrero insipido descanso,
Que no amenizan sangre, incendio y muerte?
Buena es la caza para el hombre inerte
Que se recrea en cuentos y romances.
Es verdad que sus riesgos y sus lances
Son de mas ardua lid nobles ejemplos.
Pero en la caza no se roban templos,
Ni se desfloran virjenes, ni cunde
La sangre humana; ni la caza infunde
Rabia de asolacion y de ruina.
Tal era de Don Arias la doctrina.
La paz a su castillo lo destierra;
Y en sus calladas bovedas se encierra,
Mustio, aburrido, solo con Ricardo,
Santisimo varon, monje Bernardo,
Que desempeña obligaciones hartas:
Decirle misa y decorarle cartas.
Porque esta flor y nata de Castilla,
No aprendio la cartilla.

IV.

"Ricardo, ven aca; cuentame un cuento."
Ricardo entra en la sala, toma asiento,

Y empieza a referir con punto y coma,
La gran entrada de San Pedro en Roma,
Montado en un trotero peregrino,
Y llevando las riendas Constantino.
Detras viene en cadenas el Diablo,
Y le han puesto los grillos de San Pablo,
Con lo que lanza una bufada bronca.—
Don Arias no lo escucha, sino ronca.
Dispierta cuando el monje humilde calla.
"¡ Que no sepa inventar esta canalla
Cosa que me divierta ! Ni un adarme
De injenio tienen. ¿ Qué he de hacer ? Casarme
¡ Ocurrencia feliz ! ¿ Con quien ?"—" Estrella,"
Dice el fraile, " es lindisima doncella,
De sangre noble y de lucidas partes."
—"¿Qué es hoi?"—"Domingo."—"Pues me caso el Martes.
Marcha al castillo de su padre, y dile
Lo que tu injenio singular cavile,
Para que me conceda la muchacha.
La mula torda llevarás ; despacha.
Y cuando me levante de la siesta
Me daras la respuesta."

V.

Cual transparente gota de rocio
Timida luce en valladar sombrio,
Sobre el petalo blando del capullo ;
O cual escaso arroyo, que en murmullo
Voluptuoso orea la espesura
Donde se lanza su corriente pura ;
Tal en sabrosa oscuridad, Estrella
La vida pasa silenciosa. Bella,
Candida, pensativa, pudorosa,
De altiva aspiracion, alma fogosa,
Leve imajinacion, y habla suave.
En su mirada placentera o grave,

Que parece encerrar alto secreto,
No solo inspira amor, sino respeto.
Sus gracias, su inocencia y su ternura,
Son el potente balsamo que cura
Del padre la fatal melancolia.
Fue Don Alfonso poderoso un dia;
Fue terror de las huestes agarenas;
Y la sangre que fluye por sus venas,
Por las de Wamba y Recaredo fluye.
Mas hoi esquiva de sus puertas huye
Prosperidad, y palido a sus ojos,
Alzandose en ruinas y despojos,
Pavoroso infortunio se presenta,
Y de su corazon el gozo auyenta.
¡ Tal la dicha es fugaz y transitoria !
Las manos que arrancaron la victoria,
Del Musulman en afanosa guerra,
Hienden hoi las entrañas de la tierra.
La suerte aflije al hombre: mas no abate
La altivez del magnate.

VI.

Cual era de temer, Ricardo torna
Con un *no* positivo; y aunque adorna
Su triste narracion con largas frases,
Cual se desploma un monte por sus bases,
Del terremoto al furibundo empeño,
Tal vio hundirse el orgullo de su dueño.
Calló el perverso, como el viento calla
En horrendo huracan, y luego estalla
Con renaciente rabia y predominio,
Y en rafagas se lanza de exterminio.
A su voz imperiosa, se congrega
La caterva feroz que en la refriega
Sigue sus pasos y su ardor imita.
Otra vez a la marcha los concita;

Y ellos al crimen y al furor apuestos,
Cual bandada de pajaros funestos
Que conduce un instinto sanguinario,
Siguen fieles al jefe temerario.
¡ Qué espectaculo horrible ! A la inclemencia
Del invasor, en debil resistencia,
Se opone Don Alfonso con la ayuda
De sus fieles vasallos, jente ruda,
Y no a sangrienta lucha apercibida.
Exausto de lidiar, casi sin vida,
Y sus vasallos rotos y deshechos,
Mientras cunde la llama por los techos,
Donde Estrella infeliz tiembla afanosa,
Cede el padre a la mano poderosa
Que dobla su altivez cual leve paja,
Y se somete al hombre que lo ultraja.
Hija y padre caminan al castillo
Del barbaro caudillo.

VII.

La escena de pavor, estrago y muerte,
En turbulento gozo se convierte.
De perfumada cera enormes cirios,
Guirnaldas de claveles y de lirios,
Morisca alfombra y milanes brocado,
Brillan pomposos en el rico estrado
Del victorioso robador. Al frente,
Debajo un trono de tisu luciente,
Don Arias aparece junto a Estrella;
Ebrio él de vino y de placer : mas ella,
Palida, inmovil, como estatua fria,
Que hermosea la etrusca galeria.
Fijas en el vistoso pavimento
Sus miradas estan. Ni un leve aliento
De su oprimido corazon se exala.
La estrepitosa musica, la gala

De la alegre y festiva concurrencia,
Son a sus ojos funebre sentencia,
Terrible anuncio de su fin temprano.
Sumido en honda pena el noble anciano,
La victima contempla enternecido,
Y dirije a los cielos un jemido.
Los cielos, mas potentes que Don Arias,
Oyeron sus plegarias.

VIII.

¿Quien es el reverendo personaje
Que en la sala penetra? Un tierno paje
Lo precede gritando: "Dad permiso
Al astrologo armenio, cuyo aviso
No despreciaron coronadas testas.
Recibid humildosos las respuestas,
Que como dulce miel vierte su labio.
De la esfera conoce y astrolabio
Los profundos secretos; y los signos,
Ora gratos al hombre, o bien malignos,
Ora ventura anuncien o desgracia,
Ceden a su sublime perspicacia."
Callan todos, y admiran. La presencia
Del hombre grande inspira reverencia.
Negro ropon lo cubre, y negra toca
Su frente ciñe; por mejilla y boca
Se esparcen ondas de nevosas canas,
Cual de Diciembre en frijidas mañanas,
Cuelga del ramo de copada encina,
De albo yelo la pompa peregrina.
A Don Arias con grave andar se acerca;
Y el alma endurecida, ruda y terca
Del perverso, cual ave fascinada,
Queda por alto influjo encadenada.
Estrella en tanto mira, y no comprende
La secreta delicia que se extiende,

Cual linfa pura en arenal tostado,
Por su seno ajitado.

IX.

Parase en frente de Don Arias, serio,
Mas no iracundo, el hombre de misterio;
Y vacilando entre respeto y duda,
Don Arias balbuciente lo saluda.
"Hablad," le dice al cabo, "y de la esfera
Los jiros consultad y la carrera,
Para que en su brillar se patentice
De este enlace el horoscopo felice."
—"Antes se enlazarán tigres sedientos,"
(Tales fueron del sabio los acentos)
"Con timidas ovejas, que tu mano
Con la de esa infeliz...."—"Felon villano,"
Clama el impio, y el terrible acero
Va a empuñar—era tarde; mas lijero
Que su ademan, el sabio lo comprime,
Y mientra el criminal de rabia jime,
Luchando en vano contra el brazo fuerte
Que lo subyuga como masa inerte,
Uno de sus vasallos, que la injuria
No olvida de su honor, con ciega furia,
Que en su mirada horrendo ardor despide,
El seno le divide.

X.

Alto clamor de jubilo resuena
Por la ancha sala, rota la cadena
De aquel aborrecido vasallaje;
Y mientras, el astrologo, del traje
Mentido, y de las barbas se despoja,
Y a Estrella mira, y a sus pies se arroja.
¿Quien era? Etiel su primo, el compañero
De su infancia, que en curso placentero

Se deslizó, y caricias inocentes.
El que de los ilustres ascendientes
Siguio las huellas en reñida hazaña.
Llegó triunfante de rejion estraña,
Y al buscar la mansion de su querida,
La vio en rotos fragmentos convertida.
Alas prestole amor ; voló en defensa
De la que adora, y noble recompensa
Galardona por fin su accion gloriosa,
En coyunda amorosa.

ZAFADOLA.

"Siguese que los imperios
Y reinados,
No son, no, desaforrados
De lacerios."

GOMEZ MANRIQUE.

ADVERTENCIA.

La historia de Zafadola, Rei de Rueda, es uno de los episodios mas curiosos de la Cronica del Emperador Alfonso VII. obra escrita en latin macarronico, pero llena de preciosidades historicas, de anecdotas interesantes, y de rasgos eminentemente caracteristicos de las costumbres e ideas dominantes en aquellos remotos tiempos. Los asuntos de las dos siguientes Leyendas, se han sacado de aquel precioso monumento historico, malamente descuidado, como otros muchos de los de nuestra Literatura antigua, por los escritores de las epocas siguientes.

I.

No el territorio inmenso, no es el brillo
De la esplendente pompa, ni el cuchillo
Siempre amenazador, lo que afianza,
Ni hace estable el poder. La bienandanza,
La paz, la dicha, la segura y fuerte
Proteccion, con que ampara al vulgo inerte
Mano piadosa y firme; y, mas que todo,
Calor suave, que en humilde lodo,
Brotar hace la flor amable y pura:
Beneficencia, madre de ventura,
Fuente de amor y de placer, en eso
Consiste su vigor. Nunca el exeso
De irresistible autoridad arranca
Bendiciones al misero, cual franca
Y activa la bondad, cuando desciende
De la alta cumbre, y al humilde tiende,
De orgullo esenta, el ala protectora.

Bajo el imperio de la raza mora,
Ya terminado el barbaro exterminio
De la invasion, partieron el dominio,
Cien reyezuelos, que con fuerte espada,
Subieron a los tronos de la nada.
Los unos buenos, y los otros malos,
Cual sucede entre Rusos, y entre Galos,
Y donde quiera que uno se engrandece,
A costa de la turba que obedece.

¡ Feliz nacion si de un Neron escapa !
Rueda, que apenas hoi luce en el mapa,
Y que solo al producto de su cepa,
Debe que algun mortal su nombre sepa,
Fue en otro tiempo corte de un caudillo,
Sujeto racional, hombre sencillo,
Y, en siglo como aquel, raro en su clase :
Cuyo gobierno se apoyó en la base
De dar a cada cual lo que pedia,
Si el propio bienestar no se ofendia.
Parece facil maxima, y lo fuera,
Si su oficio el que manda conociera.
Mas no es asi. Negar, ponerse serio,
Jesticular con aire de misterio,
Y ver en cada ruego una acechanza,
Tal es la ciencia del poder. No alcanza
Mi cortedad arcano tan profundo.
Que viva cada cual en este mundo
Segun le guste mas, segun le cuadre,
Con tal que no me muerda, ni me ladre,
Ni me sirva de estorvo en el camino,
¿ No es un bien para todos ? El mezquino,
Que solamente por dañar nos daña,
¿ Sera mas que una estupida alimaña ?

Zafadola (que asi apellidan todos
Los escritores arabes y godos
Al Rei de quien hablamos) no era de esos
Jefes erguidos, inflexibles, tiesos,
Que tienen por desdoro la sonrisa,
Y que, para ponerse una camisa,
Llaman al Mayordomo de Semana.
Aunque fiel a la secta musulmana,
No castigaba cual mortal insulto
Que cada cual se abandonase al culto

De su eleccion. Cristianos y Judios,
Sin ser encarcelados por impios,
Ni temer ya la hoguera, ya la soga,
Uno en iglesia y otro en sinagoga,
Adoraban en paz al Infinito,
Con himno vario, y con diverso rito.
No hubo alguacil en Rueda, ni escribano.
El, a la puerta del lugar, temprano,
Cada dia fijaba su pretorio,
Y sin papel sellado o repertorio,
Con provecta intencion, y ánimo puro,
Sacaba al litigante de su apuro.
Si alguien en el tributo se atrasaba,
El por la puerta sin llamar entraba,
Y, "hombre," decia, "¿juzgas tu que pueda,
Si no me pagan, gobernar a Rueda?
Paga con dos mil santos, si no quieres
Que salgan a la plaza tus enseres."
Y si el contribuyente respondia
Que estaba miserable, y no tenia
Trigo en granero, ni dinero en arca,
Sonriendo apacible el buen monarca:
"Pues bien, aunque no está mui rico el trono,"
Le decia, "esta vez te lo perdono.
Pero si no me guardas el secreto,
Quince dias de carcel te prometo."
Su gusto principal (y era buen gusto)
Fue siempre alijerar el peso injusto,
La torpe humillacion, la dura carga,
Que a la clase infeliz la vida amarga:
Del magnate opresor la altivez fiera
Doblar con fallo pronto y lei severa,
Y desterrar la frase "privilejio,"
Como cosa de majia o sortilejio.
"No Señores," decia, "no mas frases.
De las categorias y las clases,

Debemos olvidar hasta los nombres.
Todos nacemos unos: todos hombres.
La Providencia bienhechora y sabia,
Dictó esta regla a la feliz Arabia:
Que alli se heredan reses y ganados,
No titulos, derechos ni dictados.
Quien del comun nivel salir pretenda,
Deje a su actividad libre la rienda,
Trabaje, pene, agote el tiempo, sude;
Vera cuan pronto la opinion acude,
Y en torno de él levanta aplauso y grito.
¿De qué sirve a los Godos el prurito
De fijar en exoticos blasones
Barras y cruces, tigres y dragones,
De raza antigua la gloriosa escena?
Esa gloria no es propia, que es ajena.
El que quisiere gloria, que la gane.
Fuerza es que de este mal mi Reino sane,
Si hemos de ser amigos." Por supuesto,
Con este sabio y liberal repuesto
De maximas y leyes, conseguia
Fijar la paz, el orden, la alegria,
En sus estados ricos, aunque cortos.
Los Cristianos estaban medio absortos,
Viendo en un moro tales procederes.
Moros, Cristianos, hombres y mujeres,
En paz gozaban placida ventura:
Tanto, que un sabio y respetable cura
Subio al pulpito, y dijo: "No seamos
Ingratos a los bienes que gozamos.
Bendigamos las manos que protejen."
Y se puso a cantar: *salvum fac regem.*

Como al raudal tranquilo que la vega
Con blanda espuma cariñoso riega,

Jugueton, transparente y cristalino,
Fuerte borrasca en el peñon vecino
La turbonada lobrega prepara,
Que en cieno va a tornar su linfa clara,—
Tal al felice límite de Rueda,
De la Fortuna la inconstante rueda,
De lejos apercibe, cual si exausta
Fuera de bienes, turbacion infausta,
Que va a cubrir de llantos su recinto;
Terror, fugas y azares, laberinto
De infortunios, penoso y sanguinario;
De la ambicion forzoso corolario.

II.

Sonaron en la corte de Marruecos,
Cual poderoso estímulo, los ecos
Que lanzaba en España la Morisma
Victoriosa y feliz; y como el prisma
Hermosea los rayos que divide,
Tal la ambición del jefe que preside
Las marroquies turbas, con la fama
De conquista tan célebre se inflama.
Dominaba alli entonces la caterva
De los feroces Mohabitas, sierva
Mas que vasalla, de un atroz caudillo,
Cuya lejislacion era el cuchillo;
Cuyas órdenes raudas y crueles,
Ponian en accion cien mil infieles.
Era Hali el nombre de esta fiera, y como
Raudal que vierte de su exelso domo
Atlas nevado, embravecido fluye
Y selva y roca en su correr destruye,
Tal el capricho atroz del Mohabita,
Sin estorvo se lanza y precipita,
Y toda inutil resistencia acalla.
"Ya dobló el cuello la Ibera canalla,"

Dijo, "al Koran, y de ventura lleno,
Domina en toda España el Agareno.
¿Y dejaremos que a sus anchas goce
Solo tan rica presa, y que destroce,
Dueño feliz, con imperiosa diestra,
La que podria ser victima nuestra?
No sera. Derroquemos esa silla,
Que esplendorosa nos insulta y brilla
Sin rival. De los límites estrechos
Del Africa salgamos, y deshechos
Caigan a nuestros pies, y en polvo hundidos,
Los que por ciego azar favorecidos,
Tiñen en sangre hispana sus laureles."
Dijo, y surcan las aguas cien vajeles.
Recibelos Iberia, como el lago
Al destructor torrente, y fiero estrago
Marca sus huellas, desde el mar de Alcides
Hasta Toledo, y en horrendas lides
De hermanos con hermanos hierve Iberia,
Y cunden la desdicha y la miseria.

Zafadola entretanto reflexiona
Que no está mui segura su corona,
Cuando unas mas altivas y potentes,
Pasaron de unas frentes a otras frentes.
Ya el invasor a Rueda se aproxima.
¿Y como podra ser que lo reprima,
Con poca hueste, y con exiguas arcas,
Cuando no resistieron los monarcas
De Toledo, de Cordova y Sevilla?
Para que no lo cubra esta mancilla,
Y mantener su dignidad suprema,
Echa mano de rara estratajema.
En el Divan convoca a sus mujeres, (6)
Majistrados, caudillos y proceres,

Alcaides, y santones, y alfaquies,
Alfereces, imanes, y cadies:
Y despues de pintar breve y sucinto
Los males que amenazan el recinto
Donde él impera, dice: "Lo que importa,
Es salir a la larga o a la corta,
Por fas o nefas de este mal horrendo;
Es agarrarse de un carbon ardiendo;
Es, si largo mi Reino, pillar otro,
Aunque se cambie un asno por un potro.
Ahora vereis si yo sé urdir la trama.
Reina Alfonso en Leon, de quien la fama
Cuenta las mas estrañas maravillas.
Jamas hubo un guerrero en las Castillas
Mas activo, mas bravo, mas astuto.
El no se va a las ramas, sino al fruto,
Ni adolece de adusta intolerancia:
Mal que del Godo a la gavilla rancia,
Cual contajioso virus inficiona.
De rijido Cristiano no blasona,
Ni condena severo nuestro rito;
Ni la poligamia es un delito
Que alarma su conciencia jenerosa, (7)
Puesto que a mas de la legal esposa,
Dicen que tiene esposas ilegales.
Estas ya veis que son buenas señales.
Tentemosle la ropa, si os parece.
Porque si el invasor sigue en sus trece,
Y no hai quien ponga a sus progresos muro,
No es probable que Alfonso esté seguro,
Ni si ve que a su auxilio facil corro,
Que desprecie soberbio mi socorro.
¿Qué decis de mi plan?"—"Que es exelente,"
Responden, y el Monarca dilijente
Dispone una magnífica embajada.

Diole Alfonso en Leon soberbia entrada:
Pues en tiempos tan crudos y tan malos,
Recibir grandes cestos de regalos,
Y ofrecimientos de amistad sin coto,
No era cosa de echar eu saco roto.
Pronunció el diplomatico su arenga,
Y el buen Alfonso le responde: "Venga
Cuando guste mi amigo Zafadola,
Y verá si mi afecto se acrisola,
Y con servicios utiles se arraiga.
Esta casa es mui suya. Venga, y traiga
Sus mujeres, con tal que asi le cuadre.
(Supongo que seran ciento y la madre)
Venga a pasar aqui dichosa vida:
Que no le faltará casa y comida,
Para Su Majestad, socias y socios."
El activo Encargado de Negocios,
Gozoso de llevar tan buen despacho,
Hizo el Zala-Melec; montó en un macho,
Y atravesando rio, llano y cuesta,
Entregó a los seis dias la respuesta.

III.

Alfonso, el que al Rei Moro prestó asilo,
Era un Rei singular, por otro estilo.
De manos de su madre Doña Urraca,
Gruesa de cuerpo, aunque de mente flaca,
Recibe un cetro carcomido y roto:
Siendo escena de vicios y alboroto
Leon, y de disturbios y pobreza,
Mientras estubo Urraca a su cabeza.
Alfonso quiso enderezar el carro;
Y sin temor de fiebre o de catarro,
Trepando montes y pasando rios,
De cien rebeldes sometio los brios;

Quitó al Rei de Aragon provincias bellas
Que atrevido usurpó ; fijó las huellas
En las soberbias barras, y seguro
Dentro del reino, como en alto muro,
Pensó en cortar los vuelos al Mohabita,
Y hacerle en su rejion una visita.
De Zafadola la cortés oferta
Abrio a sus intenciones ancha puerta.
Recibiolo en magnífico aparato ;
Mandó que se le hiciese el mismo trato
Que a su persona : diole treinta villas
Del Duero en las esplendidas orillas ;
Partio con él su trono, y en palacio, (8)
Le reservó cortés un gran espacio,
Do tubiese el serrallo y la mezquita.
Siempre del Rei la corte el uso imita.
Su voluntad o su aficion es norma,
A que docil la turba se conforma.
Zafadola en Leon era el capricho
De todo palaciego insecto o bicho.
Se esmeraban marqueses y barones,
En darle francachelas y funciones ;
Llevabanlo a cazar zorras y liebres ;
Y en tanto él despoblaba sus pesebres
(Por no quedarse atras en bizarria)
De los troteros que la Arabia cria,
En premio de tan nobles homenajes.

Uno solo entre aquellos personajes,
Desde el principio lo miró sañudo.
Era un cierto Farfan, de temple crudo,
Cejijunto, callado, frio y torvo.
Uno de esos nacido para estorvo
De la familia humana ; repulsivo
De jesto y de mirar ; no tan altivo,

Como amenazador: no tan severo,
Como despreciador del mundo entero;
Cuya ojeada silenciosa y dura,
Revela una intencion secreta, oscura,
Que ninguno adivina y todos temen.
¡Y es dable que en amor tambien se quemen
Esos pechos de marmol, y que atice
Su llama en tanta nieve, y martirice
Cual mansa oveja al tigre sanguinoso!
Farfan cayó en la red, perdio el reposo,
Y uniendose el amor a indole fiera,
Quiso que Zafadola lo perdiera.
Asi el maligno al inocente inmola.
La perla del harem de Zafadola,
Saled, Mora graciosa y vivaracha,
De bellas formas, y de linda facha,
Morena, bien armada, algo rolliza,
De Farfan las potencias esclaviza.
Del serrallo la tetrica clausura,
No era en España tan severa y dura
Como en Bagdad: y entonces, mucho menos,
Pues no era dable en límites ajenos,
Disponer, cual si fuera en propia casa.
El Rei, de conocida buena masa,
Dejaba que tomasen sus mujeres
Parte en las diversiones y placeres.
Farfan, en una de estas ocasiones,
Dejando campo libre a sus pasiones,
Se aproximó a la bella; le habló claro;
Y viendola algo indocil, sin reparo
Se dejó atras la raya del decoro,
Alli a vista y paciencia del Rei Moro.
El cual era induljente: mas no tanto.
La beldad ofendida solto el llanto,
Y el Rei sin alboroto y sin despecho,
Dijo en voz baja al ofensor: "Mal hecho.

¿ No sabes que una esposa es propia alaja ?
Quien ultraja a Saled, mi honor ultraja.
¡Qué ! ¿teneis por costumbre los Cristianos,
Hablar a las mujeres con las manos ?"
El Cristiano, mordiendo sus enojos,
Lo mira adusto con rugados ojos,
Y le vuelve la espalda, prometiendo
Vengar su deshonor de un modo horrendo.

IV.

Ya la bandera de Leon tremola
Sobre el muro de Rueda, y Zafadola,
Con ventajoso cambio satisfecho,
Cede a Leon su trono y su derecho.
Si ganó o perdió Rueda en el contrato,
No lo dice la Historia, ni yo trato
De resolver problema tan oscuro.
Un hecho solo tengo por seguro :
Y es que se vieron en aquellos dias,
Campos sin cultivar, casas vacias ;
Y que en lugar de herreros y albañiles,
Llenose de abogados, ministriles,
Y escribas la ciudad ; de sacristanes,
Curas, monjas, priores, capellanes,
Se vieron acudir nubes espesas.
Se acabaron las utiles empresas
Del comercio y la industria, y en rincones
Quedaron los telares. Procesiones,
Novenas, y otras ceremonias pias,
Ocupaban las noches y los dias ;
En lugar del afan y del susurro
De la activa labor (segun discurro,
Grato indicio, que holgura y paz promete,)
No se escuchaba mas que el sonsonete
De platica, y antifona, y responso.

Mas ya era tiempo de que alzase Alfonso
Grito amenazador, pues las cuadrillas
Invasoras poblaban las orillas
Del Tajo, del Pisuerga y del Jarama.
Noble y valiente ardor su pecho inflama.
Su actividad, cual onda cristalina,
Que desciende del monte a la colina,
Y huerto, y prado, y bosque, y llano riega,
Incansable y fecunda se despliega.
Su jenio da al trabajo noble empuje.
Ora en el yunque, ora en la fragua cruje
Docil el hierro, y se adelgaza o tuerce.
La entusiasmada juventud se ejerce
Desde el alba en el llano polvoroso;
Mientras acuden en raudal copioso
Pingües riquezas a las hondas cajas.

Intentos viles y pasiones bajas,
Que en ambiciosos animos se encienden,
Los altos planes del honor suspenden.
Manda el Rei que los grandes y barones,
Reunan en Atienza sus pendones,
Donde él sus fuerzas congregar debia:
Y entonces la perversa rebeldia,
Soltando el freno a su designio injusto,
La voz desoye del señor augusto.
No fue la plebe, no, modesta y parca,
La que negó servicios al monarca.
Los que activaron el impuro fomes,
Eran duques, marqueses, ricos-homes.

Que enardecido un pueblo se levante,
Porque llegó a su término el aguante
Con que sufrio diez siglos de injusticia;
Que abuse cautelosa la malicia

De aquel primer impulso, y que lo arrastre
Al homicidio, al robo y al desastre,
Y que de males oceano horrendo
La sociedad inunde,—ya lo entiendo.
La nacion mas rendida, dulce y mansa,
De padecer y de jemir se cansa.
Cuando llega el cansancio a cierto punto,
El sanguinario y barbaro conjunto
De opresiones, y robos, y miserias,
Que secaron las languidas arterias
Del pueblo, con poetica enerjia
Se ofrece a su exaltada fantasia.
Harto de humillacion y vilipendio,
Brota en sus masas el voraz incendio
De indignacion frenetica y venganza,
Y con rabiosa ceguedad se lanza,
Cual onza hambrienta, al crimen y al destrozo.
Sus manos baña con impuro gozo,
Quiza en sangre inocente; se recrea
Feroz en el suplicio, y la tarea
De despojo, de muerte, y ostracismo,
No es inhumanidad, que es patriotismo.
En la crisis fatal, callan o mueren
Razon, piedad, Filosofia: hieren
El cielo los dolientes alaridos
De los sacrificados y oprimidos,
Mientras que la sangrienta y cruda masa,
Por recriminacion corta y escasa
Tiene aquella explosion que la enajena,
Recordando la barbara cadena,
Cuyas lividas y hondas cicatrices,
Recientes aun estan en sus cervices.
El filosofo explica facilmente
La causa de este mal. La lei potente
De la incesante reaccion que ajita
De los orbes la máquina infinita,

Comprende al ser humano, y quien recarga
Tanto sus fuerzas, que su aliento embarga,
Su orgullo dobla, y su esperanza ciega,
Ya sabe que el fatal término llega,
Donde en feroces, aunque breves luchas,
Una jeneracion venga otras muchas.

Pero los que del trono participan
El banquete magnífico, y disipan
Debajo de su sombra y a su amparo
Sudor que al infeliz cuesta tan caro,
¿ Porqué dirijen su rebelde encono
A ese mismo poder, que desde el trono,
Sus arcas hinche, y su vigor sostiene ?
¡ Qué ! ¿ No tiene bastante, cuando tiene
Feliz magnate, rentas abundosas,
Poder, lustre, dominio y otras cosas ?
Pues tal fue la nobleza en otros dias,
Cuando las encumbradas dinastias,
O compraban del noble el pupilaje,
O jemian en polvo y en ultraje.

No es mas precaria la abatida suerte
Del esclavo infeliz, victima inerte,
Sometida al capricho de un verdugo,
Que la de un soberano, puesto al yugo
De envanecida y fiera aristocracia.
Jamas de su ambicion el hueco sacia
La prodigalidad culpable y ciega,
Del Rei que a su poder blando se entrega.
Piensan que el cetro es nada sin su apoyo,
Y como de un arroyo y otro arroyo,
Forma el Niagara su potente espuma,
Ven en el trono y su poder, la suma
Del poder que ellos deben al acaso.
Estorvan entre el Rei y el pueblo el paso,

Y a veces, uno solo los delitos
Paga de ancho tropel de parasitos.

V.

Alfonso dijo un dia a Zafadola:
"No puedes ignorar la bataola
Que anda en Leon: ni juzgues que la plebe
Deja de comportarse como debe.
Del pobre no hai que hablar. Lo sacrifico,
Y se calla la boca: pero el rico
Mas apetece mientras mas engorda.
Ya no es posible hacer la vista gorda.
Farfan con otros diez malas cabezas,
Ocupan importantes fortalezas.
Yo mañana saldre contra Gonzalo,
Que es el mas poderoso y el mas malo.
Tú de Farfan te encarga, y dale un susto."
El Moro respondio: "Con mucho gusto."
Y de hueste moruna y española,
Forma una buena masa Zafadola,
Y sale a combatir a aquel perverso,
Que en torre colocada en el reverso
De peñascosa y alta serrania,
La colera de Alfonso desafia.
Sanguinoso fue el sitio, pero breve:
Pues aunque exasperado aquel aleve,
Viendo al rival feliz batir su muro,
Sostubo con tezon el lance duro,
El incansable sitiador lo estrecha,
Y, a las pocas semanas, por la brecha,
Con su aguerrida tropa se introduce,
Y la humillada guarnicion reduce.
No fue menos feliz en su campaña
Su gran amigo Alfonso, y ¡cosa extraña!
El mismo dia entraron en la corte,
Por el Sur uno, y otro por el Norte.

Farfan encadenado y conducido
Por Zafadola, al Rei besó el vestido.
El Moro deja al Rei con su vasallo,
Y va a dar una vuelta a su serrallo.
Pero a los cuatro dias, de repente,
Sale de su prision el delincuente,
No solo perdonado, sino amigo:
No solo sin recelo de castigo,
Pero colmado de bondad y dones,
Y otra vez alistado en los pendones
Que su conducta vil cubrio de cieno.
Entonces dijo a Alfonso el Agareno:
" No me meto en camisa de once varas,
Pero estoi viendo aqui cosas mui raras.
¡ Con que al traidor que ofende tu corona,
Con jenerosidad se galardona,
Cubriendolo de honores y riqueza,
En lugar de cortarle la cabeza!
Entre nosotros reina otra costumbre.
El Koran recomienda mansedumbre,
Mas no que al delincuente el justo alague:
Pues dice: 'quien tal hizo que tal pague:'
Precepto lleno de inmortal pericia.
Porque, no nos cansemos, la justicia
No es mezquina invencion del ser humano.
Trazó sus leyes la potente mano,
Que separó la luz de la tiniebla,
Y de esplendores los espacios puebla.
¿ Quien eres tú para turbar sus leyes?
'Gusanos son ante su faz los reyes,'
Como dice el Koran; 'ceniza el trono.'
No nacen mis consejos del encono,
Ni pienses que a Farfan odio ni envídio.
Pero tú ya bostezas del fastidio
Que ocasionan en ti tantas arengas.
Pues, hijo mio, alla te las avengas."

VI.

Es la locomocion una de aquellas
Cualidades, mui nobles y mui bellas,
Segun las circunstancias y personas.
Si al verso, por ejemplo, te aficionas,
¿ Cual ha de ser el estro que te arrulle,
Convertido en perpetuo bulle-bulle ?
¿ Como sera filosofo el que pasa
Todo el dia de Dios fuera de casa,
Evaporando el jugo de la mente
En jiro vago, y charla impertinente ?
Los filosofos pues, y los poetas,
Deben tener sus facultades quietas.
En los reyes la cosa es mui distinta:
La adulacion o el interes les pinta
Lo que existe con perfidos colores.
La espina cubre de agradables flores;
El mal y el bien aumenta y disminuye,
Segun lo que a sus miras contribuye,
Y asi de nuestra especie los separa,
Y su ruina y destruccion prepara.
Si el Rei no ve la cosa por sus ojos,
Se expone a mil engaños y sonrojos.

Bien conocia Alfonso lo que vale,
Rei que anda, y corre, y vuela, y entra, y sale.
"Ver y creer"—tal era su divisa.
Ni hubo rei que andubiera mas aprisa,
Ni quitase la vida a mas caballos.
En todas sus provincias, los vasallos
Lo estaban aguardando por momentos;
Y sus acelerados movimientos,
(Cosa no vista en jentes de su clase,)
No daban tiempo a que en el reino entrase
La desidia que infesta las rejiones,
Donde son desidiosos los mandones.

"Sus," dijo Alfonso, "la aflijida España,
Nuestra inaccion y neglijencia estraña.
Vamos a libertarla de esos perros,
Que doblan su cerviz con duros hierros."
Con esta elocuentisima proclama,
De su jente los animos inflama;
El estandarte vencedor tremola,
Y puesto a su derecha Zafadola,
Con paso acelerado, y gran denuedo,
Se aproxima a los muros de Toledo.

Torrentes, rayos, vientos, terremotos,
Que estais desde los siglos mas remotos
Sirviendo a los poetas mazorrales,
Cuando pintan las furias y los males
De guerra, de invasion, y de conquista,
Quitaos por ahora de mi vista.
Torrentes, vientos, terremotos, rayos,
¿Qué seran sino debiles ensayos,
Al lado del destrozo y la ruina,
Que vierte Alfonso por do quier camina?
Su hueste pulveriza y desmorona
Los muros de Jaen, y de Carmona,
Y de Murcia, y de Cordova, y Sevilla.
De feraces cosechas, ni semilla
Ni rastro deja, ni aun inutil paja.
De la alta cima a la llanura baja,
La sangre cunde y el incendio vuela,
Y de la muerte el soplo frio hiela
Los resortes vitales, en la anchura
Donde sus bienes prodigó Natura.
El Mohabita que con vida escapa,
En sierra escabrosisima, que tapa
Selvatica espesura, se guarece;
Mientras que en negros humos desparece

El alcazar, la torre y la mezquita.
No a Zafadola el celo debilita,
Para ayudar a la horrorosa empresa,
Del Koran la doctrina que profesa.
De fiel al rito muselin blasona.
Pero entre su creencia y la corona,
A la corona da la preferencia,
Y el segundo lugar a su creencia.
Lo mismo hizo el famoso Enrique Cuarto;
¿Y quien no está de sus elojios harto?
¡Lo mismo! No: que andubo mas aprisa—
Vendio su capital por una misa.

VII.

Despues de estos destrozos inhumanos,
Alfonso refregandose las manos,
Dijo: "Ya despaché en Andalucia;
Ahora le toca a Portugal; y el dia
Que alli tambien despache, dare un brinco,
Y sabra el dé Aragon cuantas son cinco.
Tú, Zafadola, aqui mandando queda.
Andalucia vale mas que Rueda.
Tropas te dejo moras y cristianas.
Mientras someto yo tierras lejanas,
Tú de estas posesiones saca fruto.
Si te va bien, me pagarás tributo,
Y si no, tan amigos como antes."
Dijo Alfonso, y poniendose los guantes,
El aguijon aplica al potro bayo,
Y desparece más veloz que el rayo.

Creyendo Zafadola estar en Rueda,
(Porque no es dable que mudarse pueda
De temple natural activo brote,)
La blanda oliva empuña, y no el azote;

Y el resultado fue, que en cuatro meses,
Los males, los transtornos, los reveses,
Que el desorden produce y la anarquia,
Inundaron su pobre monarquia.
Siguio a su yerro el escarmiento raudo.
No al despotismo aterrador aplaudo,
Cual la plebe servil, que ve en el trono
La imajen del Eterno: ni perdono
La corrupcion del perfido sofista,
Alquilado al poder, para que vista
Con frases elegantes y sonoras
El horror de sus miras destructoras.
Pero tampoco apruebo la blandura
Criminal, que a los malos asegura
Paz y reposo, en vez de hierro y palos.
¡ Ai del que capitula con los malos !
Gran cosa es la piedad: mui santa y buena:
Mas no cuando a su sombra desenfrena
La impunidad al crimen y lo adula,
Y mientras sus esfuerzos estimula,
Prepara al hombre honrado negro abismo.

Y de la libertad digo lo mismo.
Llamese libertad, o como quiera,
Se engaña quien la elojia o vitupera,
Si ignora a quien se aplica, y en qué caso. (9)
Supongo que frenetico traspaso
La lei humana, y la divina, y huello
Los derechos mas santos, y atropello
Justicia, honor, virtud, y los destrozo.
Me lleva un ministril al calabozo,
Y alli sin libertad y luz me tiene.
Supongo que a mi auxilio luego viene
Mano amiga, y me dicen: " Salte fuera—
Ya tienes libertad."—Diga cualquiera,

Si tal nombre en tal caso significa
La noble cualidad que dignifica,
Consolida y ensancha la ventura
Del fiero hijo del Tamesis; la pura,
Radiante antorcha que en Westminster luce.
Una misma palabra se traduce
De cien modos segun la circunstancia.
Yo a las voces prefiero la substancia.
No importa que me clamen: "Eres libre;
Constitucion ya tienes que equilibre
Los poderes." Palabras, frases, humo.
Con todo ese aparato, yo me abrumo,
Y otros gozan. Yo sufro, y ellos rien.
En escribir y en perorar se engrien
Los que entroniza la opinion por sabios.
Bien trabaja la pluma, y bien los labios.
Pero en la vida oscura y retirada,
¿Qué bien se sigue de esta bulla?—Nada.
Una Constitucion es un folleto.
No es mas, si no me saca de un aprieto.
Y si me pone en otros, y si amarga
Mi misera existencia, y si la carga
Que llevo á cuestas dobla, y si perturba
La dicha de mi hogar, y si a la turba
Sucia, ignorante, descarada y ciega,
Mi honor, mi dicha y mi ventura entrega,
Y una nacion entera jime y llora,—
No es folleto: es la caja de Pandora.

VIII.

Creyendo, pues, el Moro que podria
Con el perdon, la paz y la amnistia,
Tranquilizar los pueblos de su mando,
Con caja y añafil publíca un bando,
Que autoriza a rebeldes y malsines,
A vivir sin temor en sus confines.

"El manto del olvido," por supuesto,
Hacia gran papel en el contexto
De la pieza oficial (frase esquisita,
Que desde Galia nos llegó fresquita,
Y por venir de Galia y de su corte,
Le dio la Cobachuela pasaporte)
Y este manto cubrio con sus remiendos,
Los delitos mas torpes y tremendos.
Vinieron en tropel los criminales,
Que ocultos en espesos matorrales,
Estaban aguardando su exterminio.
Recobraron su añejo predominio
La corrupcion, la intriga, el desacato;
Y sin disfraz, sin miedo, y sin recato,
Dejaron sus cavernas y garitas,
Preñados de ambicion los Mohabitas.
Comenzaron en grande los transtornos.
Hoi en Benamejí, mañana en Bornos,
Se enarbola el pendon del descontento.
Los malos se reunen ciento a ciento,
Y despues mil a mil. El buen monarca,
Vuela de una comarca a otra comarca,
Y cuando en una el daño se apacigua,
Retoña en otra la raiz antigua.
Ya su tropa no puede darle abasto,
Y en vano corre de su imperio vasto,
Sin respirar, la extensa superficie.
Ya de sus induljencias y molicie,
Reconoce, aunque tarde, el agrio fruto.
"Si yo la hubiera echado de absoluto,
Otro gallo sin duda me cantara,"
Solia repetir; y ¡ cosa rara!
El que daba otra vez sabios consejos,
Cuando miraba al infortunio lejos,
Ora que el infortunio se avecina,
En el desliz que censuró se obstina.

Zafadola, en conflicto tan amargo,
Al buen amigo Alfonso escribe largo,
Y la contextacion no fue tardia.
Alfonso un cuerpo formidable envia,
De infantes y jinetes todos bravos.
Pero los reyes son tambien esclavos
Del error, y un error cometio Alfonso,
Que no cometeria el mas intonso :
Ordena que Farfan el cuerpo mande.
¡ Funesta distraccion de un hombre grande !

IX.

Figurese el sensato en tal contienda,
Como estaria la real hacienda :
Ademas de que en tiempos tan infaustos
Estaban los bolsillos algo exhaustos,
Odiaba Zafadola los tributos
Directos e indirectos : pues " los frutos
De la industria," decia, " son sagrados,
Y no quiero que jiman mis estados,
Bajo el yugo despotico del fisco.
Es forzoso tener pecho de risco,
Para gozarse en la desgracia ajena,
Y un trono es deleznable como arena,
Si en maldicion y en lagrimas se funda,
Y el odio de los pueblos lo circunda."

Un sistema economico tan raro,
Debia al fin y al postre salir caro.
Zafadola se hallaba en mil conflictos :
Tanto que sus vasallos mas adictos,
Decian entre sí : " Bueno es lo bueno.
Mas nadie sirve sin el pancho lleno ;
Y no sera posible que resistan
Nuestros brazos, quedandonos *per istam*."

Y cuando los adictos dicen esto,
¡ Qué otras cosazas no diria el resto !
Llegó en fin a tal cabo la penuria,
Que de la queja se pasó a la injuria ;
De la injuria al motin, y a la amenaza ;
Y no encontrando Zafadola traza
De llenar, cual debia, tanto empeño,
Perdio la gana de comer y el sueño,
Y ganó la terciana y la ictiricia.
Mas llega a la sazon a su noticia
Que de Farfan la hueste vencedora
Despojos opulentos atesora.
Que en Jaen, y Granada, y Antequera,
Almacenó copiosa sementera
De oro, y plata, y brocados, y joyeles ;
Y suponiendo a los caudillos fieles
A tan notorio y santo compromiso,
Da al perverso Farfan exacto aviso
Del estado infeliz en que se hallaba.
La mitad del botin le demandaba,
Como cosa debida al pacto estrecho
Que tiene con Alfonso. " En su provecho,"
Dice, " trabajo; justo es que me asista,
Si quiere asegurar esta conquista."
A demanda tan simple y tan modesta
Pasan los dias sin llegar respuesta.
El Moro determina ir en persona;
Y hallandose Farfan en Archidona,
Alli le sale Zafadola al paso.
Breve fue su discurso: pero al caso.
Y la contextacion aun fue mas breve:
Pues volviendo la espalda aquel aleve,
Ni aun se dignó decirle una palabra.
En un hombre de honor mas brecha labra
Que infortunio, desprecio. Zafadola,
Mas encendido ya que una amapola,

Por el brazo sañudo lo detiene,
Y con amarga voz le reconviene
Su falta de pudor y cortesia.
Semejante ocasion Farfan queria,
Para justificar negra venganza.
Entonces a la victima se lanza,
Con un puñal el seno le destroza,
Y en sus dolores ultimos se goza.
Cuando dieron a Alfonso la noticia,
Era mui de esperar que su justicia
Como trueno estallase : porque el Moro,
A mas de ser su amigo, fue un tesoro
De virtudes amables y sencillas.
Pero el dominador de las Castillas
Se jactaba de ser un buen Cristiano.
La muerte de un infiel Mahometano,
Era cual la de un gato o la de un perro.
"Poco habra que gastar," dijo, "en su entierro." (10)

LA BATALLA DE FRAGA.

"Hast thou yet more blood to cast away?"—SHAKESPEARE.

I.

Mientras Alfonso Septimo inclemente,
Las rejiones aflije de Poniente,
Otro Alfonso, no menos arrogante,
Cubre de asolacion las de Levante:
Es el Primero de Aragon, tan fiero,
Tan audaz, tan activo, tan lijero,
Que solamente en una correria,
Sale de Jaca y entra en Almeria.
En un corral no puede haber dos gallos;
Y de los dos Alfonsos los vasallos,
Por seguir los caprichos de sus dueños,
Entraron en durisimos empeños.
Mas esta parte de su historia omito;
Porque no habiendo guerra sin delito,
O sinonimas siendo las dos voces,
Las guerras mas impias, mas atroces,
Son las que mueven las sangrientas manos,
Cual aun se ve, de hermanos contra hermanos.
Duro es que el hombre se convierta en fiera;
Y solo por seguir otra bandera,
Al que nacio cual él de padre y madre,
Con mano impia el corazon taladre.
Duro es que en el asedio o la conquista,
Los que no se conocen ni de vista,
En sangre ajena naden como en ola.
Mas que en acerba lid sangre española,

Por española mano se derrame,
No solo es malo en sí, pero es infame
Borron, que mancha gloria merecida.
No digo mas: que está fresca la herida.

II.

De Alfonso a los esfuerzos y a la fama,
Como barrera solida, Abengama,
Rei de Valencia y Murcia, que sustenta
Con honra los dos cargos, se presenta:
Moro de gran prudencia y cuerdo tino,
Pues menos el acero damasquino
Que la oliva pacífica, maneja.
Por él es dado a laboriosa reja
Surcar llanos desiertos, infecundos,
Antes que de los concavos profundos
Saliese, por decreto de Abengama,
La corriente que de ellos se derrama,
Y forma de los páramos, verjeles.
Mas estimaba el Moro los laureles
A cuya sombra nace llena espiga,
Y en cuya copa el ruiseñor se abriga,
Que los que al heroe ciñen cual culebra,
Y el ditirambo en torpe voz celebra;
Mas cosecha abundosa y ricos frutos,
Que de invadida raza los tributos;
Mas, enfin, alquerias y telares,
Que himno de triunfo y pompas militares.
Lo saca empero Alfonso de su holgura
Con barbara irrupcion, y aunque procura
Contrarrestarlo el Moro como puede,
Dos veces derrotado el campo cede;
Dos veces huye y se encastilla en Fraga,
Do vanamente el vencedor lo amaga
Con ballesta, y escala, y con ariete,
Y con tenaz impulso lo acomete.

Desde la exelsa torre y desde el muro,
Con poca y brava hueste el Rei seguro,
Su enojo burla y su furor rechaza.
¿ Mas qué hace un Rei metido en una plaza ?
Si oficiosa amistad no lo socorre,
¿ De qué pueden servirle muro y torre ?

III.

Ya en Africa circulan emisarios
Del estrechado Moro : y pueblos varios
De Tafilete, y Tripoli, y Marruecos,
Hieren los aires con ruidosos ecos.
Congreganse en defensa del Monarca
Los de Oran, los de Tunez, los de Barca ;
Hienden los puertos numerosas quillas,
Y cubren en tropeles las orillas
Cuarenta mil fogosos vengadores.
Alli los Texufines y Almanzores,
Que ya mas de una vez con sus hazañas
Anegaron en lloro las Españas,
Las anchas cimitarras aperciben.
Suena la trompa belica, y reciben
Las olas en su espalda turbulenta,
La tropa que tan noble hazaña intenta.
Secreta fue en Valencia su llegada ;
Que Alfonso, cuya mente aletargada
Yace en descuido peligroso, olvida
Que no estaba la costa defendida.

IV.

Sus Reales adornan personajes
De varias lenguas y diversos trajes :
El Obispo de Lascar, hombre fiero,
Devoto por demas, fiel consejero,
De dictamen resuelto y faz gazmoña ;
Gaston el Bearnes, que de Gascoña

Quiso, y no pudo defender la orilla,
De tropa de Aragon y de Castilla;
Almeri de Narbona, a quien de Francia
Las puertas cierra inutil arrogancia
Con que del trono el ceño desafia;
Y Calvete de Sua, que confia
Mas en audaz impulso que en buen seso;
Y Fortunel de Fol, joven travieso,
Y al par enamorado y libertino,
Que robó una princesa en el camino,
Y deshonrada la mandó a un convento,
Donde murio de rabia y sentimiento;
Raimundo del Talar, honor de Jaca;
Y Centul de Bigorra, que no saca
La espada, sin que invoquen sus deseos
A Eduvijis, la joya de Burdeos;
Y Miramon al fin, la flor mas pura
De la caballeria: en hermosura
Sin rival: pues es fama que cautiva
Con su mirar la dama mas altiva;
Y sin rival en brio y en pujanza,
Ya en combate de estoque, ya de lanza;
Sus trovas ademas, de gracia llenas,
Repiten en sus marjenes amenas
El Duranza y el Jucar. Favorito
De Alfonso y otros reyes, y exquisito
Modelo de guerrero cortesano:
Caballero frances y heroe cristiano.
Con esta turba esplendida y florida,
Mui mas holgada entonces que aguerrida,
Prolonga Alfonso el obstinado asedio;
Y de tan larga operacion el tedio,
Cuyo proximo fin no se anticipa,
En banquetes esplendidos disipa.
Burlar quiere el empeño de los moros,
Incauto prodigando sus tesoros

En frutas raras y costosos vinos,
Y aves, y otros manjares peregrinos.
Solo sus goces interrumpe a veces,
Cuando dirije al cielo humildes preces,
De hinojos ante el arca misteriosa (11)
Que regaló el Pontifice a su esposa.
Reliquia santa se custodia en ella;
Y con cada diamante como estrella,
Bien esculpida caja de oro fino,
Guarda la alhaja que de Roma vino.
Ni basta a la piedad el rico adorno.
Tanto de noche cual de dia, en torno
De aquella sacra prenda, vela y canta,
Con grueso cirio en mano, turba santa
De Arzobispos, de Obispos y de Abades,
Y clerigos, y monjes, y cofrades.
No recela ya Alfonso que contrario,
Mientra en su campo tenga el relicario,
Se torne el hado en desfavor; su influjo,
Mas fuerza tiene que el valor; y el lujo
Con que su devocion lo condecora,
Le asegura una mano protectora.

V.

Tanto en estas ideas se encapricha,
Que a ellas debio la barbara desdicha
Con que aflijio a su reino, y el fracaso
Mas tremendo y mas lugubre. Fue el caso
Que ya en los muros de la exelsa Fraga,
La plaga mas horrible, aquella plaga
Que poco a poco el flojo y leve estambre
De la humana armazon deshila,—el hambre,
De crimen negro inspiracion maldita,
Los animos y fuerzas debilita.
De mulas, y de gatos, y ratones,
(Comun extremo en tales ocasiones)

Ya en el mercado no se via resto.
Un término espantoso, mas funesto
Que el morir con las armas en la mano,
Aguardan el guerrero y el paisano;
Y paisano y guerrero en lances tales,
No son mas uno que otro: son mortales.
Conociendo Abengama que se afloja
La constancia, benigno se despoja
De su despensa bien henchida y vasta;
Sus repuestos agota, mas no basta.
Los dias pasan, y el asedio dura;
Y si con voces de piedad procura
Consolar la morisma en sus aprietos,
No ve en torno de sí mas que esqueletos.

VI.

Una diputacion muerta de hambre,
Cuyos miembros con cuerpos como alambre,
Muestras son del rigor que los humilla,
Ante Alfonso temblando se arrodilla,
Sin que sepa Abengama su proyecto;
Y alli postrado como esclavo abyecto,
Inundando el estrado con su lloro,
El que llevaba la palabra, moro
De grave estilo y arjenteas canas,
Vierte en frase doliente quejas vanas.
Con aquella eficacia y arduo empeño
Que inspira el hambre, barbaro diseño
Traza el cuitado de la suerte impia
Que aflije a la ciudad, y ablandaria,
(Tal es el hombre cuando el mal lo apura,)
Con su elocuente voz la piedra dura.
"Enfin, noble Señor," asi concluye,
"Si tu benigna voz nos restituye
La vida que nos falta; nuestras penas
Si compadeces blando, las almenas

Se doblarán sumisas a tu fama,
Y hollarás a despecho de Abengama,
El muro en que obstinado se encastilla,
Para desgracia nuestra y su mancilla."
Tras pausa breve: "No," grita el Monarca.
"Sufra el mal que apetece el que se embarca,
Que puesto en alta mar, ya no hai remedio.
Asedio quiso Fraga, y tendra asedio;
Asedio ha de tener hasta que aplique
Mi ejército la escala, y sacrifique
Con duro acero y con sangrientas manos,
Hombres, mujeres, jovenes y ancianos."

VII.

Sonó apenas tan horrida palabra,
Cuando en el domo exelso donde labra
Santo y potente numen nuestra suerte,
Trazó irritado esta sentencia: MUERTE.
Pues si en aquel alcazar de grandeza,
Suele hallar compasion nuestra flaqueza;
Si cariñosa y placida intercede,
Cuando a fugaz pasion el hombre cede,
Ferviente caridad, suspira y calla,
Cuando en el seno del humano estalla
Fallo de enemistad y de exterminio,
Malevola ambicion, sed de dominio,
Que en sangre, asolacion y horror se funda,
Y en raudal destructor la tierra inunda.
Quien perdon no concede, no lo aguarde.
El que desprecia al hombre por cobarde
Si al que pudiera aniquilar da vida,
No hallará compasion cuando la pida.
No, Señores del mundo; sabed esto:
Si quier deslumbre en elevado puesto,
Si quier extienda el ancho poderio
La feliz ambicion; potente rio,

En su ruidoso tránsito derroque
Cuanto encuentre; mas no cruel sofoque
La voz de humanidad, ni sus derechos
Ultraje, ni los vinculos deshechos,
Que ligaron al hombre con su hermano,
Ciego en triunfo fugaz huelle inhumano.

VIII.

Con cauteloso paso, tropa inmensa
Que el Rei Moro ha llamado a su defensa,
Fiel instrumento de la adusta parca,
Del Ebro en las orillas desembarca;
Y al recibirla en su distrito el Ebro,
Los bosques do el aliso y do el enebro
Dan a las aves placentero abrigo,
Anunciaron temblando al enemigo.
Tal en la cumbre altiva del Pirene,
Cuando sañudo el huracan previene,
Con mujidos tremendos y ecos vagos,
A valle y selva funebres estragos,
Como si oculto numen lo inspirase,
Se estremece el granito en su honda base.
Marcha en bien concertados escuadrones,
Sin que de trompa o de atabal los sones
Su paso anuncien, la aguerrida hueste;
Y sin que sus designios contrarreste
La de Alfonso, con mengua de su fama,
Por Aragon segura se derrama.
Ni el mas lijero aviso lo dispierta
De su funesta obstinacion, y abierta
Deja la entrada de su hermoso imperio,
Y le apercibe duro cautiverio.

IX.

Era un amanecer del seco Agosto,
Cuando del campamento el jiro angosto

Grito de alarma turba repentino.
Por los montes cercanos, y el camino
Que montes y llanuras atraviesa,
Descubren los Cristianos nube espesa,
Que se mueve pomposa y se dilata;
Y al traves, el acero y la escarlata
De los jefes audaces, y mas lejos
De alfanjes y de lanzas los reflejos.
Do quier tiendan la vista los cuitados,
No ven mas que enemigos. Los sitiados
Desde el muro, con pitos y tambores,
Saludan a sus bravos defensores,
Y al Rei aragones burlan y ultrajan.
En silencio y en largas filas bajan
Infantes y jinetes el repecho;
Y al rededor del campo, el circo estrecho
Mas y mas lo aprisiona, y se condensa.
Los de Aragon, que no en propia defensa
Pensaron esgrimir estoque y lanza,
Sus glorias recordando y su pujanza,
Sobre la empalizada se presentan.
Con secreto terror las armas cuentan;
Y aunque resueltos a morir matando,
Viendo las fuerzas del morisco bando
Cuan unidas el jiro entero escudan,
De su seguridad ansiosos dudan.
Los caudillos con torvo sobrecejo,
Mudan a cada paso de consejo;
Con vacilante paso, distribuyen
Los tercios por el campo; y ora arguyen
Entre sí, y ora corren do los llama
Proximo el riesgo, y ya no los inflama
Sed de triunfos gloriosos cual solia.
La sorpresa su ardiente celo enfria.

X.

Empero Alfonso mas que todos cede
Cuidoso a la inquietud, que ya no puede
Dentro el seno embotar la dura espina
De atroz remordimiento; y la mezquina
Turbacion de su faz amarillenta,
Los brios de sus tropas desalienta.
De su orgullo la fábrica pomposa,
Hundese de repente, y vaporosa,
Funebre perspectiva, terminada
Por hondo abismo, ofusca su mirada.
Entonces sí los miseros lamentos
De los sitiados Moros, los tormentos
Del hambre, y de la muerte los despojos,
Con vivo rasgo pintanse a sus ojos.
Por vez primera entonces los quejidos
Del desgraciado hieren sus oidos.
Negandose la tierra a su esperanza,
Fijando su postrera confianza
Donde el hombre en extremo mal la fija,
Congrega al clero, y manda que se erija
Con pompa no comun el relicario;
Que en alba nube esparza el incensario
Grato aroma, y el arpa dulces sones;
Que en fervientes y puras oraciones,
Y en armonica estrofa de himno tierno,
Se imploren las bondades del Eterno.

XI.

Hai un ser en las auras celestiales, (12)
En quien hallan los miseros mortales
Benevolo y suave patrocinio;
Ser que penetra al celestial dominio
Donde su trono augusto Dios asienta,
Y con tremula mano le presenta,

Lloroso, sonrosado y compasivo,
Los ruegos del enfermo y del cautivo,
Los de la tierna madre y de la esposa.
Mas Gabriel de la mano poderosa
Los fallos justos reverente acata,
Y mientras por la esfera se dilata
Del aflijido Aragones la queja,
Torna su rostro el numen y se aleja.
Ni el ministro veloz de la venganza
Del Eterno, que rapido se lanza
Con flameante acero de la altura,
Docil a alto decreto, y asegura
Victoria al justo y pérdida al malvado,
Bajó entonces, de fuego y muerte armado,
Cual, fijando un esplendido destino,
Los ruegos escuchó de Constantino,
Y arrolló las lejiones de Maxencio.

XII.

Como se anuncia en funebre silencio,
Y en marmorea quietud, la destructora
Tempestad, y a su furia bramadora
Mortal reposo en aire y mar precede,
Hasta que reprimirse mas no puede
La ajitacion electrica, y estalla:
La jente asi enemiga inmovil calla,
Fijos hombre y caballo como roca,
Hasta que al arma el Africano toca,
Y se cruzan aceros con aceros.
Al rebentar los impetus primeros,
Fue al atacar igual la resistencia;
Los de Aragon reciben la violencia
Del empuje, cual mole dura y alta
De peña que la mar rujiendo asalta,
Sin turbar su cimiento y su reposo.
Por rebellin, empalizada y foso

Corre sangre a torrentes, pero en vano;
Que mientras mas esfuerza el Africano
Sus brios, y el circuito mas estrecha,
Mas destrozo en sus filas lanza y flecha
Del encerrado Aragones propaga.
Viendo el Moro con cuanta muerte paga
Su arrojo, da la seña, y de repente,
Juntase la columna en masa injente,
Con la que osado Texufin concierta
Finalizar de un golpe la reyerta.
Mas apenas las filas se separan,
Cual si a espontaneo impulso se prestaran
Los de Aragon unidos, a la anchura
Salen del campo, escena mas segura
Do luzca el brio en desigual refriega.
Cada magnate en torno a sí congrega
Los que han jurado fieles sus pendones.
Siguen los Alaveses y Vascones
De Gaston los preceptos, jente brava,
Que, como Alcides, la potente clava
Con cierto tino y gran vigor maneja;
Garzones de alba tez, negra guedeja,
Ajiles movimientos, faz adusta,
Vijilante, tenaz, sobria y robusta.
Manda Almeri la jente de Narbona,
La que con chozas frajiles corona
La cumbre del Pirene; la que habita
Su mas profundo valle, y se ejercita
En perseguir venado, gamo y oso,
Por risco desigual y resbaloso.
A Raimundo obedecen las Navarros,
Dociles al deber como bizarros;
Duros en los trabajos, sobrios, llenos
De exelso honor, y frios, y serenos.
El grueso de la tropa aragonesa,
Que en invasion lejana y ardua empresa,

De Alfonso largos años ha seguido
La suerte, y a su lado combatido
En Leon, y en Castilla, y en Bayona,
Con noble fe circunda su persona.
A su acendrado celo se confia
Todo en lo que cifró la Monarquia
Su porvenir, su dicha y su decoro:
La reliquia, el archivo y el tesoro.
Miramon, sin unirse a ningun bando,
Toma quinientos nobles a su mando,
Que son la flor de Francia y de Castilla;
Jovenes cuyas armas sin mancilla,
A las banderas del Sepulcro fieles,
Cojieron en Sion santos laureles.

XIII.

Ocupan los diversos escuadrones
Del de Aragon, los aridos crestones
Que circundan a Fraga, diestramente
Llamando la atencion por lado y frente
Del Arabe, que incierto adonde acuda,
La direccion de sus ataques muda.
Mas no tarda en mezclarse en varios puntos,
Rotas fracciones, mobiles conjuntos
De parciales encuentros. De una parte,
Se dirije la turba al estandarte
Que sobre el pavellon real ondea;
De otra Gaston en barbara pelea,
Se empeña con los fieros Arjelinos;
Y alli formando espesos remolinos
En torno a los Vascones y Alaveses,
Turba densa se forma, y en paveses,
Y en yelmos golpetean cuchilladas,
Como cuando del cielo despeñadas
Masas espesas de granizo bajan,
Y los arbustos hunden y desgajan.

Miramon al peligro mas urjente
Vuelve celoso; sigue dilijente
Sus pasos Almeri, y en los Reales
Sangre otra vez difundese a raudales.
Y mientras toda la morisma apura
Por alli sus esfuerzos, de una altura
Baja Raimundo con vigor la falda,
Y a los moros sorprende por la espalda.
Fue entonces indecible la fiereza
Del combate. Almeri, que a la cabeza
De los suyos, cual tigre se avalanza,
Pierde la vida: ponderosa lanza,
Que un jigantesco Marroqui despide,
De parte a parte el seno le divide.
¡Joven misero! amable cuanto ilustre!
Perdio contigo Languedoc el lustre
De su nobleza, Alfonso un grande amigo;
Y de tu verso armonico testigo
Provenza, al rimador de las hermosas
Que pisan sus colinas deliciosas.
Viendo en sus ojos la celeste lumbre
Leve apagarse, intensa pesadumbre,
Que el labio sella y el cabello heriza,
Del Cristiano el denuedo paraliza.
Mas de venganza y destruccion sedientos,
Unanimes se arrojan, y violentos
Choques, y cargas horridas repiten.
Ciegos Raimundo y Miramon compiten
En arrostrar de cerca la profunda
Masa que por do quiera los circunda;
Y no solo la arrostran, mas la hienden,
Y los pocos audaces que defienden
Sus jefes denodados, mas adentro
Los empujan a mas reñido encuentro.
¿Quien podra ya salvarlos? La fatiga
Del lance temerario, no mitiga

Sus arrojos ; la sangre que derrama
Tanta herida, sus impetus inflama ;
Mas en contra de sí vasto torrente
De Moros se acumula, y prepotente
Su número, los hunde y los ahoga.
Con alto grito el vencedor desfoga
Su júbilo, mirando en polvo hundidos
Los dos heroes, en muerte y gloria unidos.
Aquel grito difunde negro espanto
Por la falanje aragonesa ; en llanto
Se inundan de cien bravos las mejillas ;
Las filas se disuelven. En pandillas
Desordenadas, mezclanse jimiendo
Los miseros, que aquel golpe tremendo
Consumacion mas negra vaticina.
Concedio a Miramon mano divina
Lo que mas que valor, jenio y riqueza
Los animos seduce : jentileza
No afectada ; modesta compostura,
Que los publicos votos asegura ;
La familiaridad del hombre grande,
Que ora suplique, o reconvenga, o mande,
De seductor alago se reviste,
Y ni el temor ni el odio le resiste,
Y las envidias frustra y los engaños.
Fue el idolo de propios y de extraños,
Adorno de la corte y la milicia ;
Fue en los Reales de Aragon, delicia
Del principe, del jefe y del soldado.
Y al verlo sin color, mustio y postrado,
Cunde en las tropas negro vaticinio
De confusion, derrota y exterminio.

XIV.

Mas quedaba Gaston, que en los reveses,
Con sus incontrastables montañeses,

Ya en campo abierto, ya en sitiada torre,
Con oportuno amparo siempre acorre ;
Y bien que lo aquejase mole espesa
De barbaros, a mas loable empresa,
Del grueso la ardua posicion lo exita,
Y a su ayuda veloz se precipita.
Los dislocados restos, a su mando
Se reunen ; y enerjico alentando
Con elocuentes frases bien sentidas,
Aquellas almas flojas y abatidas,
Corona con no debil muchedumbre,
La parda cima de rugosa cumbre.
Sorprende la acertada maniobra
Al caudillo agareno, y mientras cobra
Su brio Alfonso, que el Real defiende,
Gaston su linea cauteloso extiende,
Y a recibir al Moro se prepara.
Cual se acumula en la extension de Zara
Remolino de arena, que concita
Rujiendo el soplo de huracan, y ajita
Sus columnas densisimas, torciendo
Su jiro a guisa de jigante horrendo,
Que ebrio vacila en convulsion penosa,
Asi la hueste de Africa afanosa
Se revuelve, y se turba, y se reparte,
Viendo a Gaston que ufano el estandarte
Clava en la punta de elevada roca,
Y al ultimo conflicto los provoca.
Texufin se adelanta, y en troteros
Que la Arabia enjendró, dos mil flecheros
Lo siguen, y a estos siguen las ballestas,
Las hondas y las picas, cual florestas
De espesos pinos. Forman los Cristianos
Dos bien armadas filas, y en sus manos
Las lanzas brillan como fuerte muro,
Doble barrera y valladar seguro.

No alcanzarán del numen los pinceles
A trazarte, lector, en cuadros fieles,
El que fuera del Taso digno asunto;
Ni el disputarse impavidos un punto,
Cien veces recobrado y cien perdido;
Ni aquel odio feroz y empedernido
Que impelia los pechos y los brazos;
Ni el sembrarse la tierra de pedazos
Sangrientos, y cadaveres, y rios
De sangre. De los concavos sombrios,
Desató alli el infierno sus lejiones,
Y vomitando impias maldiciones,
Vagaban por los aires derramando
Del aborrecimiento el fuego infando.
Tres horas largas dura aquel empeño;
Hasta que el Moro vencedor y dueño
De la altura, confunde en recias olas
De turba infiel, las filas españolas.
No hai entre ellos quien salve fujitivo
La misera existencia, ni cautivo
Que a cadena pesada el cuello doble:
Muere escudero, infante, paje, noble;
Mueren Calvete y Fortunel, y al lado
De los dos infelices, traspasado
Por la veloce flecha de un Numida,
Centul el bigorres: y de una herida
Portentosa que abrio filo violento,
Despide el gran Gaston su ultimo aliento.

XV.

Desde el mal defendido parapeto
Contempla Alfonso el fin de aquel aprieto.
No hai esperanza ya que le sonria:
Y en vano la llorosa griteria
De monjes, y mujeres, y prelados,
A perdicion segura condenados,

Su proteccion en tanto riesgo implora.
Contra la inmensa muchedumbre mora,
Que ya del triunfo en daño suyo viene,
Solo un tercio escojido lo sostiene.
Aquellos fidelisimos vasallos
Aprietansele en torno ; los caballos
Parten a un golpe ; Alfonso ocupa el centro ;
Y atravesando rapido por dentro
De la apiñada turba, en tiempo breve,
Bien que a cerrarle la salida mueve
Sus fuerzas Texufin, del fiero lance
Se esquiva, y huye fuera de su alcance.
Mas el abandonado campamento
Retumba con el misero lamento
De aquella turba debil y aflijida.
De ella uno solo conservó la vida :
El Obispo de Lascar, que en Valencia
Prostituye despues la reverencia
De su exaltada dignidad, sumiso,
Vil apostata, infame circunciso,
Al mentido profeta de la Arabia. (13)

XVI.

Mientras destroza el Musulman con rabia
Codiciosa la rica y vasta tienda
Del Monarca, sus arcas y la prenda,
De su piedad objeto encarecido,
Guarecese el cuitado en lo escondido
De una selva intrincada, do la yedra,
Y la silvestre vid, con roble y piedra,
En espeso tejido se enmarañan.
Diez adalides fieles lo acompañan,
Unicos restos del poder que un dia
Dominó de Burdeos a Gandia.
El cansancio y la sed postra estos bravos.
Empero mas agudos son los clavos

Que despedazan del Monarca el seno ;
Pues mientras mas pacible y mas sereno
El horizonte de la vida alaga
Las miradas del hombre, mas aciaga
La contraria fortuna lo atormenta,
Si santa abnegacion no lo sustenta.
Mas ¿ como puede su benigno labio
Doblar el torpe orgullo, y el resabio
De prepotencia que el mortal adquiere,
Cuando cegarlo en su ruina quiere
La suerte que lo eleva en alta cima ?
Feliz el hombre a quien la propia estima
Mas satisface que el poder y el trono ;
Que si ruje en su daño el fiero encono
Del infortunio, placido y modesto,
Sonriendo le dice: estoi dispuesto.

XVII.

En el declive de una sierra oscura,
Que ciñe frondósisima espesura
De monte bajo y espinosa breña,
El santuario humilde de la Peña
Timido oculta su pajizo techo.
Alli fruta sabrosa y pobre lecho
Encuentra el fatigado peregrino,
Consuelo el desdichado ; y el mezquino,
Que del poder recela la venganza,
Seguridad, consejo y esperanza.
De santa caridad la mano amiga,
Con cariñoso afan al Rei prodíga
Cuanto su triste condicion requiere.
Pero en vano, que el dardo que lo hiere
Mas y mas se encarniza y lo destroza.
Su mente fija tiene en Zaragoza,
Desde cuyos altivos torreones,
Oprimio reyes y asoló naciones ;

En su raza extinguida, en la opulencia
De su corte que pronto la violencia
Del barbaro Africano, y su codicia,
Convertira en fragmentos e inmundicia.
Al formidable peso de sus males
Cede ya el corazon ; ansias mortales
Con tormento indecible lo acongojan.
Sus palidas mejillas no se mojan
En lagrimas ; el pecho no despide
Suspiro de dolor ; ni el labio pide
Favor, piedad, alivio ni consuelo.
Cubre el turbio mirar funebre velo
De desesperacion ; languidamente
Se abate al polvo la arrugada frente ;
Y en brazos de piadosos cenobitas,
Que imploran las bondades infinitas
Con salmo triste y con plegaria tierna,
Pasa el Monarca a la rejion eterna.

DON LOPE.

"Jam venio moriturus et hæc tibi porto
Dona prius."

VIRG. Æn. x. 881.

I.

SUENA el clarin. "El Moro,"
Gritan cien voces fieras.
El rico peto de oro,
Las moradas banderas,
El atabal sonoro,
Y las huestes guerreras,
Gloria ilustre de España,
Brillan en la campaña.

II.

Luce al frente, exitando
Noble castaño al trote,
Joven de aspecto blando,
Rubio el tufo y bigote.
Jamas tubo Fernando
Lanza de cuyo bote,
Repitiese mas lances
Castilla en sus romances.

III.

Cubre altiva cimera
De pluma variada,
La blonda cabellera,
Cual vid ensortijada.
El broquel, una hoguera
Representa y grabada
Letra que dice—"Luego
Sera ceniza el fuego."

IV.

De nuevo "el Moro" grita
La turba, y en el llano,
Muchedumbre infinita
De ejercito Africano
Parece. La concita
Con invencible mano,
Con espantosos ecos,
Mustali de Marruecos.

V.

Cuyo aspecto atezado
Cubre en pliegues undosos,
Gaban verde y morado.
Relampagos fogosos
De furor concentrado,
Vierte al mirar. Rugosos
Los carrillos, de heridas
Que costaron cien vidas.

VI.

Las dos masas opuestas
Vacilan ajitadas
De intenso afan: apuestas
A morir: impulsadas
Por pasiones funestas.
Las filas conturbadas
Ondean; los troteros
Relinchan altaneros.

VII.

Y en medio de esta escena
Confusa, en un instante,
La mirada serena
Cambia en volcan tonante
Don Lope. La melena
Se le heriza. Arrogante,
Da espuelas al castaño
Con desorden estraño.

VIII.

Que Mustali se ofrece
De repente a sus ojos,
Y el ánimo oscurece
Negra turba de enojos;
Y el pecho se estremece,
Y de vislumbres rojos
Se cubren las mejillas,
Y manchas amarillas.

IX.

Ni aguarda ni medita;
Sanguinosa venganza
Sus pasos precipita,
Y aguija su esperanza.
"Don Lope," en vano grita
Voz de amistad. No alcanza
Su poder, al que abriga
Sed de sangre enemiga.

X.

Tal el milano hambriento
Posado en alta roca,
Deja raudo el asiento,
Si su avidez provoca
La victima. Violento
Ya el de la hoguera toca
Las musulmanas filas,
Pasmadas y tranquilas.

XI.

"Malsin," clama, "perverso,
Que con indigno ultraje,
Mancillastes el terso
Lustre de mi linaje:
Follon, del universo
Vil escoria, salvaje
Marroqui, negro inmundo
Que execra y odia el mundo.

XII.

"Muerte traigo, o mi furia
Se estinguira en la muerte.
Sangre pide mi injuria
Derramela el mas fuerte.
De tu brutal lujuria
Cayó victima inerte,
Cayó en nefando dia,
La que fue hermana mia.

XIII.

"La que fue puro centro
De virtud, y aunque hermosa,
Mayor belleza adentro
Guardaba pudorosa;
Hasta que en un encuentro,
De alhaja tan preciosa
Se hizo dueña tu mano,
Con designio villano.

XIV.

"Y como sucio insecto,
Que el capullo desoja,
Tu labio en soplo infecto,
Flor virjinea despoja
De su lustre, y abyecto
Desperdicio, se arroja
La infeliz a la huesa,
Que la aguardaba ilesa.

XV.

"Sal, forzador injusto,
Sal, cobarde maldito,
Si no lo impide el susto
Que acompaña al delito.
Sal, que el decreto justo
Del saber infinito,
Señaló la barrera
De tu infame carrera."

XVI.

Dijo, y como la rama
Se estremece al silvido
De huracan que derrama
Boreas aterido,
Mustali, a quien inflama
Ya el furor, combatido
Por su rabia funesta,
No atina a dar respuesta.

XVII.

Sale empero, y veloce
Lope la espuela ajita,
Y al Marroqui feroce
La bestia precipità,
Que el riesgo desconoce.
Su audaz empuje evita
Mustali y se repara,
Y al triunfo se prepara.

XVIII.

Mas en vano, que el ceño
Del Español no afloja,
Y en el segundo empeño
Su punta en sangre moja;
Ya del contrario dueño,
Leve al suelo se arroja,
Y lo estrecha, y agarra,
Y el seno le desgarra.

XIX.

Sin vida al Moro viendo
La hueste musulmana,
Lanza bramido horrendo.
La juventud lozana
De Castilla, al estruendo
Corresponde, y ufana
Del triunfo de Don Lope,
Parte unida al galope.

XX.

Chocan cual dos torrentes
Que de montes lejanos
Descuelgan sus corrientes,
Arabes y Cristianos.
Leones inclementes
Los heroes castellanos,
Voz de piedad no escuchan,
Y freneticos luchan.

XXI.

Vencen, y el alarido
De la victoria, suena
Cual tremendo estampido
Que los aires atruena.
Mas lugubre ruido
Pronto el júbilo enfrena,
Y repentino espanto
Cambia el júbilo en llanto.

XXII.

Livido, mustio, frio
Yace el joyel de España,
Sobre el cesped que un rio
De sangre pura baña.
Jamas deber mas pio
Cumplio mas noble hazaña,
Que la que inmortaliza
Su hoguera y su ceniza.

EL BASTARDO.

"Est-ce ma faute à moi, si mon père n'a pas épousé ma mère?"—BEAUMARCHAIS.

I.

Alfonso Onceno, de infeliz memoria, (14)
Por haber dado a luz en su linaje
Jermen en que se explaye la Oratoria,
Pintando cuanto insulto y cuanto ultraje
De un estado infeliz mancha la gloria;
Modelo de soez libertinaje;
Uno de aquellos reyes infinitos,
Célebres por sus faltas y delitos;

II.

Uno de aquellos reyes que entronizan
La corrupcion, con el ejemplo impuro
Que al mundo entero dan, cuando autorizan
La maldad, derrocando el santo muro
Del pudor; cuando ya no escandalizan
Los exesos, y placido, y seguro,
Alza libertinaje la impia frente,
Y el poder lo acaricia y lo consiente;

III.

Alfonso, ya agotada la clemencia
Del Padre Universal, perdio la vida,
Victima de horrorosa pestilencia,
Que no respeta dignidad erguida,
Ni del trono la rica prepotencia.
Leccion que tantas veces repetida,
Tantas llorada en horrido tormento,
No produce un minuto de escarmiento.

IV.

Muere, y estalla en júbilo su esposa,
Y estalla el hijo, Pedro, en quien Castilla
Temio despues la imajen espantosa
De Claudio y de Neron. Blanda y sencilla
La pobre humanidad jime llorosa,
Cuando esgrime la muerte su cuchilla,
Y hunde a un amigo en la mansion suprema:
Pero en palacio rije otro sistema.

V.

Pedro, imberbe garzon, el cetro agarra,
Y tórnase en sus manos instrumento
De destruccion, como la aguda garra
Del sanguinario tigre, cuando hambriento,
La victima infeliz prende y desgarra.
Estremeciose España, y del sangriento
Doncel, las jentes tremulas huian,
Y su execrable nombre maldecian.

VI.

Digna madre de un hijo tal, Maria,
De una infeliz mujer juró venganza:
De Leonor de Guzman, que Alfonso un dia
Inmoló a su perversa destemplanza.
En retirada soledad vivia,
Segura en la engañosa confianza
De que disimulase sus errores,
Quien supo cometer otros mayores.

VII.

¡ Vana ilusion ! pagados asesinos
Le destrozan el seno, y pavorosos
Sus hijos huyen, vastagos mezquinos,
Que baten huracanes espantosos.
En diversos lugares, sus destinos
Ocultan, como ciervos, que medrosos,
Del cazador oyendo las pisadas,
Se refujian en breñas apartadas.

VIII.

Uno de ellos, Enrique, de altiveza
Dotado, y de valor, en quien derrama
Mas de un amable don Naturaleza,
Y cuyo seno en noble chispa inflama,
No intimidado al ver que la bajeza
De su cuna el odioso Pedro infama,
Dijo entre sí—" Veremos si Fortuna,
Realza la bajeza de la cuna."

IX.

Era Villena su parcial: magnate
Poderoso, ante el cual, en lances duros,
El trono mismo su soberbia abate;
Por que en aquellos siglos tan oscuros,
(Y nos parece enorme disparate)
Circundaban al trono espesos muros,
Que no alzaba un monton de proletarios,
En tumultos ruidosos y precarios.

X.

No de mendigos una imbecil horda,
Que suspende su rabia y sus exesos,
Cuando aquel que maldicen los engorda,
O derrama en su grupo algunos pesos.
Sino raza feliz de jente gorda:
Señores entonados, graves, tiesos;
Que, dueños de vastisimas comarcas,
Ajustaban la cuenta a los monarcas.

XI.

Entonces no se hablaba de derechos,
Ni de igualdad; ni sabios oradores
Daban en periodos contrahechos,
La señal de bochinches destructores.
A la dificultad se iban derechos,
Hombres llenos de titulos y honores.
Si obraba el Rei indocil a sus fallos,
Lo dejaban al pobre sin vasallos.

XII.

Mudan, segun las tiempos, las usanzas;
Mas nunca muda esta verdad suprema:
No hai orden, si en las fuerzas no hai balanzas;
Si lo es todo la turba o la diadema.
Que enfrenen al poder cotas o lanzas,
O en su lugar politico sistema,
Importa cuatro bledos: lo que importa,
Es que tenga el poder la rienda corta.

XIII.

Nada hai entre los hombres absoluto.
Nunca lo fue el poder, o lo fue un dia.
O lo reprime un pueblo ciego y bruto,
O el temor de exaltada jerarquia;
O del saber el laborioso fruto,
En profunda y metodica teoria;
O bien el confesor, o el heredero
Que pone de su parte al cocinero.

XIV.

Enrique en un difuso cartapacio
Cuenta sus cuitas a Villena, y este,
Le responde: "Aqui tienes mi palacio,
Con aguerrida y valerosa hueste.
Vente, pues, y hablaremos mui despacio,
Sin miedo de que osado contrarreste
Nuestros planes Don Pedro; que este hidalgo
Ya sabe a la hora esta lo que valgo."

XV.

Manda ensillar Enrique, y parte, y llega,
Donde combate el mar con fieras iras,
Soberbia roca, fin de hermosa vega,
Que corona el castillo de Algeciras.
Alli su turba armada y fiel congrega
Villena, que prefiere a las mentiras
De la Corte, y a cintas, y a colgajos,
Pingües rentas y fertiles trabajos.

XVI.

Amor aguarda a Enrique, en el regazo
De la amistad, cual sierpe que entre flores
Tiende al ave infeliz oculto lazo,
Y la encadena en nudos destructores.
Amor sirve a sus miras de embarazo,
Y prepara ancha senda a los rigores
Del hado: pero en cambio le asegura
Largos años de paz y de ventura.

XVII.

Entre las hijas de Villena, Juana,
Sobresale jentil, graciosa, viva.
Como capullo virjinal, lozana;
Como arroyuelo jugueton, festiva.
Su juventud esplendida y temprana
Dentro de aquella soledad cautiva,
Despliega su vigor, callada y sola,
Cual bajo espesos ramos la viola.

XVIII.

Mientras mas la contempla, mas la admira
Turbado Enrique, y respetoso calla.
Fija en ella los ojos, y suspira,
Como si detubiera fuerte valla
La pasion ardorosa que lo inspira.
Al fin un dia aquel volcan estalla,
Y sin mas precaucion ni miramiento,
Declara su atrevido pensamiento.

XIX.

"¡ Infeliz ! ¡ qué de males y tormentos,"
(Asi responde la beldad sencilla)
" Te anuncian tus fogosos sentimientos
Si severa razon no los humilla !
Con sus enardecidos juramentos,
Tu hermano, el rei Don Pedro de Castilla,
Mi mano solicita. Dime ahora
Si arrostrarás su saña vengadora."

XX.

Cual se desquicia de una cumbre el cedro,
Asi del desgraciado cede el brio.
"¡ El asesino de mi casa ! Pedro ! "
Clama y se queda como jaspe frio.
" No a su corona ni poder me arredro.
No temo de su brazo el golpe impio.
Temo una mancha horrible y afrentosa—
Soi bastardo, y su madre ha sido esposa.

XXI.

" Temo un rival que no me vence en gloria,
No me vence en lo altivo y lo gallardo:
Me vence en prenda futil e ilusoria.
Lejitimo es Don Pedro y yo bastardo.
El ostenta su exelsa ejecutoria,
Y yo, oprimido bajo el torpe fardo
De un orijen adúltero y perverso,
La escoria voi a ser del universo.

XXII.

" Sube a su trono: sé feliz si puedes,
Y mi declaracion funesta olvida,
Mientras que yo, dejando estas paredes,
Voi a buscar un término a mi vida.
Tejiome amor en tan pesadas redes,
Desdicha inacabable, encrudecida
Por el recuerdo del mortal dichoso,
Que ha turbado dos veces mi reposo."

XXIII.

" Jeneroso doncel," le dice Juana,
Que por Enrique ya en amor se quema,
" No me seduce, no, la pompa vana,
No el frajil oropel de la diadema.
Señora quiero ser y soberana,
No de un pueblo infeliz que jima y tema,
Sino de un corazon como el de Enrique,
Con quien mi corazon se identifique.

XXIV.

" ¿ Qué me importa de padres y de abuelos,
Y de linajes el confuso abismo ?
Amor para dar jiro a sus anelos,
¿ Se pone a examinar fees de bautismo ?
Lei es amor dictada por los cielos :
Yo cedo a su potente despotismo,
Y desprecio el poder de un soberano.
Tuyo es mi corazon, y esta es mi mano."

XXV.

Hincase Enrique, y, al besarla ansioso,
(Quiero decir, la mano) entra Villena.
Contempla el espectaculo amoroso,
Y esto dijo no mas—" sea en hora buena."
Enrique, entre turbado y orgulloso,
Quiere hablar : mas el padre lo refrena.
" No vengas con escusas y perdones.
Lo apruebo : mas con ciertas condiciones."

XXVI.

" ¿ Cuales son ? " dice Enrique.—" Que a tu hermano
Responde, hagamos implacable guerra ;
Que purguemos unidos de un tirano,
De un monstruo impuro de maldad, la tierra ;
Que de su corazon, profundo arcano,
Do la perversidad su abismo encierra,
No quede gota sin verter : que al trono
Subas depues,—con esto te perdono."

XXVII.

" Por hecho," dijo Enrique : " desde ahora,
Juro emplear mi vida en esta hazaña.
Juro esgrimir la diestra vengadora,
Si el valor de los buenos me acompaña.
Pero ¿ no juzgas tú que se desdora
La altivez en que luce nuestra España,
Si sus destinos y su cetro fia
A un hijo de " .... " valiente tonteria,"

XXVIII.

Villena respondio, " ¿ no estás mirando
Como tratan los reyes esas cosas ?
El trono de Aragon alzó Fernando,
Para un hijo bastardo. Las esposas
Son, en la escena del supremo mando,
Como alajas brillantes y ostentosas,
Y sus hijos no quitan sus derechos
A los que nacen en furtivos lechos."

XXIX.

No pienso entrar en grandes pormenores,
Sobre las consecuencias de este trato.
Fueron breves y dulces los amores
De Enrique ; sin ruido ni aparato
Las nupcias ; ni danzantes ni cantores,
Uso tan racional como barato,
Pues bastan los derechos parroquiales,
Para chupar al novio los reales.

XXX.

A las pocas semanas, en Sevilla
Cundio la especie, y Pedro, noticioso,
Cual la corte lo fue, de su mancilla,
Bramaba como tigre sanguinoso.
El garrote, el cadalso, la cuchilla,—
No hablaba mas que de esto, y presuroso
Despacha un instrumento de sus iras,
Con órdenes secretas a Algeciras.

XXXI.

Llegó tarde el buen hombre : prevenido
De la tormenta Enrique, no sin pena,
Resolviose a dejar su bien querido,
Y la mansion dichosa de Villena.
Era urjente tomar algun partido,
O exponerse al suplicio o la cadena,
Y asi, burlando del cruel las furias,
Se embarca en un lanchon, y llega a Asturias.

XXXII.

Por fortuna, en el pecho de su hermano,
Puso natura un corazon de fiera;
Pero tan vagabundo y tan liviano,
Como la mariposa en primavera.
Un impetu feroz, cual soplo vano,
Pasaba raudo, y la beldad primera
Que cruzaba en aquel punto su vista,
Hacia de su pecho la conquista.

XXXIII.

Entonces fue cuando en torrente impuro,
Se desbocó el escandalo en Castilla,
Y de santo pudor deshecho el muro,
Tomó prostitucion la exelsa silla.
Descubre Pedro en un rincon oscuro,
A una vil barragana: la Padilla,
Y en sus inmundos brazos soñoliento,
Sirvio al mundo de barbaro escarmiento.

XXXIV.

Lodo y sangre brotaba por sus poros
La infeliz madre Iberia, prodigados
Terrenos, dignidades y tesoros,
A parasitos viles y malvados;
Cubierta de ignominia, y luto, y lloros,
Una reina infeliz; menospreciados
Los fueros de aquel alma peregrina,
Por dar gusto a una torpe concubina.

XXXV.

Hai quien llama a este monstruo justiciero . . . .
Profanacion odiosa! La Justicia,
O llega a dominar al hombre entero,
O es venganza, impiedad, rabia, malicia.
Emanacion divina del venero
De toda perfeccion, de la inmundicia
De nuestras bajas liviandades huye.
Un soplo de flaqueza la destruye.

XXXVI.

De su mirada, fallo de exterminio,
Pavorosos huian los mortales ;
Buscando en la mansion de otro dominio,
Refujio a sus decretos infernales.
Despreciado el materno predominio,
Se guarecio Maria en los umbrales
De Portugal, do el padre, inutil viejo
Reinaba sin decoro ni consejo.

XXXVII.

Como la madre de Neron, lasciva,
Empaña el resplandor de la corona,
Y en brazos de perversa comitiva,
Al mas inmundo exeso se abandona.
Y aunque por su belleza no cautiva,
Siendo ya mui talluda la matrona,
A fuerza de finezas y de dones,
Halló quien alagase sus pasiones.

XXXVIII.

Fue ya su desvergüenza tan notoria,
Que el buen padre salio de sus casillas,
Esto lo dice la veraz historia :
(Veraz, no obstante ciertas mentirillas)
Y purgando de aquel borron su gloria,
Y la de Portugal y las Castillas,
Tomó el partido, entonces mui usado,
De quitarla de enmedio en un bocado.

XXXIX.

Enrique, entanto, al paso que acrecienta
Pedro, de Iberia el odio y repugnancia,
El ancho jiro a su ambicion aumenta,
Y da a su pretension mas arrogancia.
Escaso de hombres, y de influjo, y renta,
Con algunos amigos se va a Francia,
A probar de la suerte los extremos :
Y no le fue mui mal, como veremos.

XL.

Entonces era Francia, lo que ha sido
Por siglos largos, lo que entonces era
Toda la Cristiandad ; confuso nido
De vicio, de maldad, de saña fiera.
Donde triunfaba el adulterio erguido,
Ya en clase humilde, ya en augusta esfera,
Y el rapto, el homicidio y la ponzoña,
Reinaban desde Mancha hasta Gascoña.

XLI.

El opresor cruel de los Templarios,
Dejó en tres herederos, tres maridos,
Cuyos vinculos fueron seminarios
De la infidelidad. Los dos sufridos:
No el otro que sin muchos formularios,
Viendo su honor y lecho corrompidos,
Premió de Margarita la torpeza
Entregando al verdugo su cabeza.

XLII.

Hija suya tambien era Isabela,
Que de Inglaterra el trono contamina.
Contra el debil esposo se rebela;
Lo engaña, lo traiciona y lo asesina.
Su corazon, que sangre y muerte anhela,
La patria envuelve en llantos y en ruina,
Promoviendo con perfidos engaños,
Encarnizada guerra de cien años.

XLIII.

¿ Son estos por ventura los anales,
(Dira alguno al leer estos horrores)
De Hotentotes, Caribes, o Esquimales ?
¿ Se trata de Cristianos ? Si Señores.
Eran Cristianos firmes y leales,
Sumisos a sus padres confesores,
A cuyos pies, humildes como el polvo,
Lloraban al oir—*ego te absolvo.*

XLIV.

Pero el clero (diran tambien) ¿ qué hacia ?
Dirijir de esta máquina los ejes ;
Someter toda clase y jerarquia,
Con el arma terrible—*per me reges ;*
Pasar en dulce holganza todo el dia ;
Cazar venados, y quemar herejes ;
Dar a la poblacion grandes aumentos,
Y fundar catedrales y conventos.

XLV.

Enrique llega a Francia en coyuntura
Crítica por demas, que a los Franceses,
De las armas la suerte adversa y dura,
Prodigaba infortunios y reveses.
El Rei Juan lo recibe con ternura.
" Ya tienen en tu brazo los Ingleses
Quien les apriete la corbata," dijo,
Y lo trató amoroso como a un hijo.

XLVI.

Ya inundaban Ingleses batallones,
Con el nombre de Crecy envanecidos,
De Occidente las fertiles rejiones,
Y lloraban los pueblos oprimidos.
La Francia entera acude a los pendones
Del Rei Juan. Los magnates aguerridos,
Los principes y duques, los primeros
Son que ofrecen al trono sus aceros.

XLVII.

Horrible fue y tremenda la jornada
De Poitiers ; no eran hombres, sino fieras.
De Francia la nobleza exterminada,
Prisionero el Monarca ; sus banderas
En polvo hundidas ; al Ingles doblada
La extension que fecundan las riveras
Del magnífico Loira ; ni vislumbre
De esperanza en tan negra pesadumbre.

XLVIII.

Salvose Enrique por milagro, y viendo
Que aquello no le ofrece gran ganancia,
Se quedó pensativo, discurriendo
Como salir y para qué de Francia.
Era la ociosidad un mal horrendo
Para sus ilusiones y arrogancia;
Para obtener el cetro a toda costa,
No podia vivir sino es en posta.

XLIX.

¡ Cual su júbilo fue, cuando le avisa
El rei aragones que tiene guerra
Con Don Pedro: que alla se vaya aprisa,
Y que de lo contrario el golpe yerra.
Tornose el mal humor en blanda risa.
Llega volando a la anelada tierra;
Presenta al de Aragon fiel homenaje,
Y le jura perpetuo vasallaje.

L.

¿ Qué estaba haciendo Pedro, mientra herbia
En luchas sanguinosas su frontera?
Consumando una horrenda fechuria,
Que del mismo Neron no se creyera.
Aunque en el lazo criminal yacia
De la Padilla, hermosa cual artera,
Quiso a este drama dar un episodio,
Y exitar contra sí mas y mas odio.

LI.

Como luce en remota altura un astro,
Y aparta su fulgor de humana vista,
Tal en honda quietud, Juana de Castro,
A quien temprana viudez contrista,
Esplendida beldad oculta. El rastro
Descubre Pedro; quiere que en la lista
Figure de sus victimas: mas halla
No un pecho mujeril: una muralla.

LII.

Amenaza, suplíca, llora, jura,
Se ablanda, se enfurece—todo en vano;
Juana se obstina como jaspe dura,
Y desprecia el poder del Soberano.
Enfin, aquel perverso se aventura,
Y de esposo le ofrece pecho y mano,
Protestando con labio fementido,
Que Blanca no es su esposa ni lo ha sido.

LIII.

Y para no dejar la menor duda,
Llevando a cabo el criminal exeso,
Presenta al otro dia a la viuda,
De nulidad el integro proceso,
Que formó en un instante, con la ayuda
De un reverendo obispo algo travieso.
El que entonces rejia en Salamanca
Hizo este gran servicio a Doña Blanca. (15)

LIV.

Contenia el maligno cartapacio,
Declaraciones, vistas, juramentos
De los hombres primeros de palacio;
Consultas y otros varios documentos;
Y sentencia, en que, al fin de un gran prefacio,
Atestado de impios argumentos,
Todo fundado en falso testimonio,
Anulaba el obispo el matrimonio.

LV.

A este golpe la hermosa no resiste.
¿A qué mujer no aturde una corona?
¿Como ha de sospechar el lance triste
Que de la Iglesia un principe sanciona?
El prelado de capa se reviste,
Y un crimen a otro crimen adiciona,
Autorizando con sagrado rito,
Un execrable y barbaro delito.

LVI.

No trato de pintar las agonias
En que despues la misera se lanza,
Cuando al cabo de tres o cuatro dias
Pedro le dice—"Todo ha sido chanza.
Satisfechas estan las ansias mias.
De tu orgullo pueril tomé venganza.
Con quien gustes de hoi mas puedes casarte.
Yo me voi con la musica a otra parte."

LVII.

Ya viendo tan sacrilegos dislates,
Y corrupcion tan despechada y fiera,
Muchos de aquellos timidos magnates
De Castilla abandonan la frontera.
Parte quieren tomar en los combates
Que de Aragon ilustran la bandera,
Esperando ademas que el bravo Enrique
La causa que defienden justifique.

LVIII.

En la falda silvosa del Moncayo
Fue donde decretó la Providencia,
Que Enrique y Pedro hiciesen el ensayo
De aquella abominable competencia.
Como desciende el fragoroso rayo,
Y al mundo da terror con su violencia,
Tal Enrique en la lid destroza y mata,
Y en ciego ardor furioso se arrebata.

LIX.

No a las eras futuras anticipo,
Lo que otra lira mas sonora cante.
Estos, de odio fraterno horrendo tipo,
Que no hai pecho sensible a quien no espante,
Dejando atras la fama que de Edipo
La raza impia ennegrecio, distante
Rejion presentan a la Musa mia,
Exelsa por demas a su osadia.

LX.

Yo no siento interes, sino fastidio
En tanto horror, en siglo tan perverso;
Otro, cuyos aplausos no le envidio,
Su maldad perpetúe en noble verso;
Retrace aquel horrendo fratricidio
Que asombró en Montiel al Universo,
Y absuelva al que inficiona tal mancilla,
Porque fundó en Toledo una capilla. (16)

LAS DOS CENAS.

"Look here, upon this picture, and on this."—SHAKESPEARE.

I.

No sé qué impulso irresistible mueve
Mi inspiracion afuera del camino
Que a mi fortuna señaló el destino.
Facil, sencilla, descuidada y leve,
Describio en rima breve,
Sin aspirar a ornato peregrino,
Las impresiones blandas y lijeras
Que en bosques y praderas,
Y en solitario estudio recibia;
Huyendo de las frases altaneras,
De la sonora y alta gallardia,
Con que injenios noveles
Ganaron sus laureles.
Huyó en el mundo de elevados puestos.
En asilos modestos,
Do virtud sin mancilla,
Y do amistad sencilla
Fijaron su morada:
Alli donde no brilla
La ambicion exaltada,
Desató sus conceptos.
Ni siguio mas preceptos
Que su espontanea inclinacion, guiada
Por benigna intencion y ánimo puro.
Asi, versista oscuro,
No fueron mis asuntos las contiendas,
En que al jenio del mal impias ofrendas

Las Naciones tributan, cuando aflojan
A enemistad las riendas,
Y con fraterna sangre el suelo mojan.
Ni sonó en los alcazares dorados
Mi ritmo, ni ensalzados
Fueron por mí los dueños de la tierra,
Felices en la guerra,
O en magnificos ocios, circundados
De esplendidos prestijios.
Ni adusto pensador, en los vestijios
De las eras remotas,
Diformes bustos y columnas rotas,
Busqué grandes lecciones y escarmientos.
En leve estrofa, humildes sentimientos
Timido preludié, como en las notas
Blandas que Mayo inspira,
De amor el ave y de placer suspira.

II.

Mas un poder oculto,
Por senderos lejanos,
Me llevó al vasto templo donde el culto
De la Naturaleza y sus arcanos
Se abrieron a mis ojos.
De su inmenso poder las maravillas,
De sus tremendas iras los despojos,
Estatico admiré.—Vi las orillas
De inmensos rios, y subi a la cumbre
De portentosa cordillera. En mares,
Do vierte igual el sol ardiente lumbre,
Lo vi cubrir los anchos valladares
Del horizonte, ya de ricos velos
De purpura y carmin, o ya de fajas
De mil variados visos, que los cielos
Ceñian, y perdianse en las bajas

Lineas de Oeste en nubes estupendas.
Luego en pomposas tiendas
De estensas hojas y de espesas ramas,
La selva equinoxial me dio acojida,
Do las perennes llamas
Del sol respetan la mansion ceñida
De aromas y frescura ;
Y elevando su cupula atrevida
Los palmeros, sostienen en la altura
Tallos ajenos y prestadas flores.
De mares interiores,
Que de los Andes la infinita nieve
Forma, en torrente undoso transformada,
Surqué las ondas en barquïlla leve,
Por suaves alientos impulsada.
Vi en numerosas islas intrincada
Vejetacion, cubriendo la ruina
De antiguo monumento,
Que elevado por jente peregrina,
De imperio vasto indica el fundamento :
Misteriosos anales
De un poder, cuyas leyes paternales
Abrazaron magníficas rejiones,
Del Ecuador al proceloso Estrecho,
Y no existe : deshecho
Bajo altivos pendones,
Simbolos de las glorias de Castilla.

III.

Tanta belleza y tanta maravilla,
Desataron de subito en mi mente,
De exaltacion potente
Vigorosos empujes, y olvidando
De inspiracion humilde el curso blando,
Busqué tipos grandiosos, como aquellos

Que admiraba en carrera vagabunda:
Meditacion profunda,
Donde verdad sus candidos destellos
A mis ojos lanzáse; estrepitosas
Convulsiones de jentes y de estados;
Batallas sanguinosas,
Tronos pulverizados;
Estos vestijios tristes de ilusoria
Grandeza, y de poder flaco y mezquino,
Con que espanta a los hombres el destino,
Y que guarda en sus pajinas la Historia.
Ya otra vez en incultas narraciones,
Bosquejar emprendi con mano osada,
La escena ensangrentada,
Negros crimenes, perfidas traiciones;
Y aunque cual antes la callada selva
Con antiguos recuerdos me convida,
A esfera mas subida
Quiere la inspiracion que docil vuelva.

Sigueme, buen lector, si no te enoja
La variedad de tonos y de estilos
Que adopta el numen en su jiro vago.
Y si de fama ilustre me despoja
Torva censura con acerbos filos,
Mas que el ruidoso alago
De publicos favores,
Leves guirnaldas de marchitas flores,
Me placera induljente simpatia
De una musa jovial, como la mia.

IV.

Satisfecho de Enrique el fiero encono,
Mientras espanta al pueblo su delito,
De su exasperacion acalla el grito,
Y osado ocupa el vacilante trono.

Lo ayudó la ambicion de los magnates,
Sedientos de riqueza y despotismo;
Empero ante sus pies se abre un abismo
De discordias, intrigas y combates.
Sus vecinos conjuranse en su daño;
La traicion y el engaño
Lo rodean; rebeldes poderosos
Su poder amenazan, y su vida
Va a ser una cadena entretejida
De males horrorosos.
Activo y fuerte, acude adonde estalla
Mas cercano el peligro; y donde quiera,
Nuevos peligros halla.

V.

Castilla entonces era,
De la tribu altanera
De ricos-hombres, victima infelice:
Cuya ciega codicia y arrogancia,
De los pueblos agota la sustancia,
Y el poder del monarca contradice.
Enrique los implora en su defensa;
Mas no sin jenerosa recompensa
Le prestan sus servicios: que no adulan
Al poder, sino cautos estipulan
Inmensas donaciones,
De estados, y de villas, y pensiones.
A tanto exeso sube aquel infausto
Tráfico, de arterias torpe feria,
Que del tesoro exausto,
Corrupcion y miseria,
Brotando como fetidos raudales,
Llenan la anchura de la triste Iberia.
De las pompas reales
Desnudo el trono, y del externo brillo,
Se embotó de las leyes el cuchillo;

Y eludir y burlar el poder rejio,
Era del grande noble privilejio.

VI.

Tal vez por aliviar la grave pena,
Que el corazon de Enrique despedaza,
En la espesura de la selva amena,
De la afanosa caza
Busca la ajitacion. Dociles perros
Lo siguen ; y por llanos, y por cerros,
La astuta liebre y el lijero gamo,
Con incansable obstinacion molesta.
O en las ardientes horas de la siesta,
Suelta el diestro reclamo,
Y con el arcabuz apercibido,
Bajo frondosas ramas guarecido,
Observa cuando asoma
La tortola, el faisan o la paloma.

VII.

Tan mal afortunado en caceria
Fue Enrique como en mando ;
Pues anheloso a veces y sudando,
Por llanos y por rocas discurria,
Y por bosque y maleza,
Sin dar con una pieza.
En grave asunto y leve circunstancia
Se muestra de la suerte la constancia,
Cuando a un mortal sus tiros endereza.
Guerrero o cazador, rei o vasallo,
Todos penden rendidos de su fallo ;
Y fuerza es renunciar, si ella se encona,
Lo mismo a la perdiz que a la corona.

VIII.

Cierto dia, a principios del verano,
Durante largas horas corrio en vano,

Sin dar al ocio treguas,
Por un aspero monte muchas leguas,
Siendo de sus esfuerzos infelices
Unico galardon seis codornices.
Debil, rendido, macilento y lacio,
A mas de anochecer llegó a palacio;
Y arrojandose en un sillon mullido,
Con acento abatido
Por improba faena,
Manda que traigan sin tardar la cena.
A este precepto acude el Mayordomo
Con abatida faz, pasos de plomo,
Tremulo labio, y expresion confusa,
Cual hace siempre el inferiòr que piensa
En su propia defensa,
Dando al agravio favorable excusa.
" Vuestra Alteza," le dice cabisbajo,
" Solo puede cenar de lo que trajo,
Que no hai mas ni en cocina ni en despensa."
—" ¿ A ese extremo ha llegado mi penuria ? "
Dice el Rei, comprimiendo mal la furia
Que iba a estallar en voto y en blasfemia.
Pero el hambre lo apremia,
Y su yugo severo,
Lo mismo al Rei oprime que al pechero.
" Si no hai mas," le responde, " como dices,
Pon en el asador las codornices."
—" Vuestra Alteza," contexta el Mayordomo,
" No sabe lo demas: ni un leve asomo,
Ni vestijio, ni seña,
Hai en palacio de carbon ni leña,
Y ni un maravedi tengo en el arca."
—" Empeña este gaban," dice el Monarca;
Y de la vestidura se despoja,
Y de despecho en lagrimas la moja.

IX.

Fue sin duda la cena poca y triste;
Y solo en ella el Mayordomo asiste,
Sin que sirviese camarero o paje,
Para que no cundiese aquel ultraje.
El leal Mayordomo, hombre provecto,
A quien por el afecto
Que desde su niñez al Rei tenia,
Extrañas libertades concedia,
Viendo con cuanto empeño
Devoraba su dueño
Aquella cena parca,
Exclama enternecido: "¡Que un Monarca,
Que ha vencido enemigos prepotentes,
A tan escasa cena se limíte,
Mientras que sus vasallos insolentes,
Devoran en opiparo convite,
Del oprimido pueblo la sustancia!
¡Que sobrelleve Enrique la jactancia
De esos vanos proceres,
Que nadan en delicias y placeres,
Mientras él, que postró fuertes naciones,
Como el mas infeliz de los villanos,
Adquiere lo que come con sus manos!"
Agrian tan bien sentidas expresiones
De Enrique los recelos; averigua
Del hecho escandaloso
La verdad; y fiandose a la antigua
Fidelidad, y al ánimo celoso
De aquel noble criado,
Sale en su compañia disfrazado.

X.

El diestro Mayordomo facilita
La oculta entrada en la mansion que habita

Lara, el tremendo Lara,
El perpetuo caudillo
De abierta rebelion; el que prepara
La tea y el cuchillo,
Para que triunfe su ambicion proterva.
El Rei en elevada galeria,
Que el comedor magnífico ceñia,
Desde oscuro rincon calla y observa.
Eran ciento entre Obispos y Barones,
Y Abades e Infanzones,
Y de rango inferior, los convidados.
De Persia los esplendidos brocados,
Sujetos con dorados medallones,
Pomposos ornan el altivo muro.
En grandes candelabros de oro puro,
Cirios enormes de olorosa cera
Perfume y luz derraman;
Y delicado lienzo, que recaman
En guarnicion lijera
Seda, joya y metál, la mesa cubre.
Amontonan en ella los criados
Manjares delicados,
Como en las huertas el copioso Octubre
Vierte profuso delicadas pomas.
Llenan el ancho ambiente los aromas
De vianda exquisita;
Y de plata bruñida en honda jarra,
El nectar de Navarra,
Charla ruidosa y confusion exita.
Aquel barbaro lujo,
Que desde el Asia la Cruzada trujo,
Mezclando a la crudeza la molicie,
Y ornando con dorada superficie
Torpe ignorancia y condicion sangrienta,
Por donde quiera alli su gala ostenta.

XI.

Da el Rei apenas credito a sus ojos,
Viendo cuan implacables los despojos
De España los magnates sacrifican.
Pero crecen de punto sus enojos,
Oyendo cuan impavidos se explican,
Y de sus mismos crimenes blasonan,
Y su suprema majestad baldonan.
Uno pondera en narracion exacta,
Sus olivares, sotos y cortijos.
Con mas necio impudor otro se jacta
De tener tres apoyos en tres hijos,
Que en armarse no tardan,
Si el Rei no les concede lo que aguardan.
Un Obispo (no sé si el de Sigüenza)
Llevó algo mas alla la desvergüenza.
" Si Enrique," dijo, " quiere cercenarme
El diezmo y la primicia,
No llegará a sus cofres un adarme;
Si tenaz permanece en su injusticia,
Contra su autoridad armaré al vulgo,
Y si se obstina mas, lo descomulgo."
Oyo Enrique estas cosas,
Y otras oyo no menos afrentosas;
Y cuando ya turbados y beodos
A un mismo tiempo deliraban todos,
Y alto rumor, como huracan deshecho,
Resonaba en el techo
Del anchuroso espacio,
Con el criado fiel vuelve a palacio.

XII.

En penoso desvelo
Pasa la noche Enrique. De la altura
Donde lo colocó benigno el cielo,
Derrocado se vio por mano impura,

Cual vil usurpador ; envilecida
Su augusta majestad ; contra su vida
Vio esgrimidos puñales,
Y en infinitos males
Envuelta la nacion, debajo el peso
De aquellos opulentos opresores.
De pronto disipados sus temores,
Resuelve poner fin a tanto exeso,
Vindicando su afrenta,
Y la gloria del trono en que se sienta.
Propio es del hombre que abatido cede,
Ignorar lo que puede.
Un mal paso a otro malo nos conduce :
Una debilidad tras otra llega,
Y asi la voluntad docil se entrega,
Y a mecanismo ciego se reduce.
Mas si en choque de vario pensamiento,
Subito en lo interior la razon luce,
Cual resorte violento,
Desata el alvedrio
Con fuerza extraña nuevo poderio.

XIII.

El sol apenas en Oriente brilla,
Cuando los reyes de armas de Castilla,
A quienes estas dilijencias tocan,
Nobles y Obispos ante el Rei convocan.
" Su Alteza," dice el ancho pergamino,
" Velando de contino
Por sus fieles vasallos,
Quiere de gran conflicto preservallos.
Nuevas le han remitido harto siniestras,
Con equívocas muestras
De aparatos hostiles,
Y discordias civiles,

Triste anuncio de grave desconcierto.
Y para proceder con mas acierto,
Desea consultar en casos tales,
Nobles, Obispos y hombres principales."
Todos ellos acuden a la cita,
Pues si el Rei sus servicios necesita
En defensa del Reino y su decoro,
Los tendra que pagar a peso de oro.
Ya todos juntos, abrese una puerta,
Y en un salon que admite luz incierta,
Observan que con pica y alabarda,
Los circunda y los guarda
De adustos veteranos fila doble.
Salir entonces quiere Obispo y Noble;
Pero con jesto mudo y frente torva,
La prevenida guardia se lo estorva.
Y luego su pavor de punto crece,
Cuando en el fondo del salon parece
Cierto desconocido personaje,
Que a guisa de salvaje,
(Tal su sañudo enojo lo demuestra)
Esgrime un hacha en la robusta diestra.
Con razon temblo al verlo su malicia:
Era el ejecutor de la justicia.

XIV.

Dos horas de recelos y temblores
Alli pasan Obispos y señores;
Sus miembros el pavor liga y embarga;
Y del remordimiento
La pesadumbre amarga,
Como estatuas los fija al pavimento.
Cabisbajos, humildes, sin aliento,
Temblando aguardan que indignado Enrique,
A su justo furor los sacrifique,

Y que en suplicio infame
Su sangre vierta, y su baldon proclame.
Sale Enrique por fin, y frente a frente
Se coloca y los mira, cual valiente
Toro, que Julio abrasador ajita,
Y el ataque medita,
Y mide con la vista a su contrario.
"De vuestro orgullo necio y temerario,
Ya estais," les dice, "recojiendo el fruto.
¿No habeis cubierto a la nacion de luto,
Y al trono de ignominia? ¿No habeis hecho,
Con perfida arteria y vil cohecho,
Tráfico de mis dones? ¿No os maldice
España, por vosotros infelice?
¿No habeis sacado a la cuïtada el jugo?
Pues bien, ora escuchad: este verdugo,
Que alza el hacha tremenda a vuestra vista,
La cerviz cortará del que resista.
O cedeis o moris. O esos estados,
Vilmente por vosotros usurpados,
Devolveis sin demora a mi dominio,
O aqui se sellará vuestro exterminio."
Dijo, y volvio la espalda; y los cuitados
Acuden presurosos al ministro,
Con ruego ansioso y timida plegaria;
Y logran que en el público rejistro
La cesion voluntaria
De aquel despojo insigne,
Con los ritos legales se consigne.

PEDRO NIÑO.

"Fallé un buen Caballero, mereciente de honra e fama, cerca de aquellos que pugnaron por llegar a palma de victoria."—CRONICA DE DON PEDRO NIÑO.

Suspende el curso audaz al pensamiento,
Filosofo sagace, y un momento
Deja que se extravien tus miradas
Fuera de las rejiones apartadas,
En que fiel a tu empeño te sublimas.
En los moviles cuadros que en mis rimas
Con pobre adorno la verdad presenta,
La ardua fatiga de pensar ahuyenta.
Docta maestra es la razon, si cauta,
Siguiendo humilde la severa pauta
Que una inefable autoridad le fija,
Lleva adelante su labor prolija.
Empero la razon debil y flaca,
¿ De donde el jugo que la nutre saca ?
¿ Cual debe ser su estudio ?—El Universo,
Ya en favorable curso, ya en adverso,
De los sucesos la corriente mane ;
Ora de alegres flores se engalane,
Ora se cubra de asperas espinas,
Sin hechos y sin datos no hai doctrinas.
¿ Buscas la perfeccion ? ¿ Ese problema,
Que con aguda hipotesi y sistema,
Grecia intentó solver y nunca pudo ?
¿ Quieres que el hombre, de pasion desnudo,
Pase incontaminado las inmensas
Penalidades de la vida ? ¿ Piensas
Darle en precepto sabio y exquisito
Fuerza con que lo apartes del delito,
Si del placer traidores embelesos
Lo envuelven en su lazo, o los exesos
De sus fogosos impetus amanses ?
En tan ardua faena no te canses.
Siempre ha rejido al mundo un gran resorte
De estímulo potente. La cohorte

Privilejiada, que el nivel desprecia,
Bajo el cual se resigna turba necia,
Siempre apartó sus pasos del camino,
Por donde el vulgo estolido y mezquino
Ciegamente transita o vaga incierto.
El portico, y el claustro, y el desierto,
Testigos fueron ya de esa enerjia
Que por diversas sendas se extravia,
De dignidad sedienta y de mejora:
Tal vez sublime en sus aciertos; y ora,
Juguete ciego de protervo encanto,
Cubriendo al mundo de ceniza y llanto.
Si hoi se jacta severo el raciocinio
De rejir con despotico dominio
Los adeptos del culto que proclama,—
Sed afanosa de respeto y fama,
Fidelidad a santos juramentos,
Asombraron al mundo con portentos;
Cuando no el raciocinio laborioso,
Sino conjunto vario y caprichoso
De usos y leyes duras y groseras,
Opuso a la maldad altas barreras.
Yo que el saber, humilde y fiel acato,
En intensa delicia me arrebato,
Cuando en epocas barbaras y duras,
Claros modelos de virtudes puras
Los anales del mundo me presentan:
Cuando la fuerza y el poder ostentan,
Para imponer a la violencia susto,
Firme resolucion y empeño justo.

Tú, que doctrina mas profunda enseñas,
Si narracion humilde no desdeñas,
Oye la que del polvo de un archivo
Sacó de un Español el celo activo.

I.

I.

Cuando Don Juan, el Infante
De Portugal, en quien brilla
Grande valor, fe constante,
Nombre y honor sin mancilla,
Con escuadron arrogante
Vino de paz a Castilla,
Donde con pompa esmerada
Don Enrique le dio entrada;

II.

Consigo trajo una estrella
Que eclipsaba a la mas pura:
Doña Beatriz, su hija bella,
Flor de gracia y hermosura;
Mas tan rebelde doncella,
Que el padre en vano procura
Darle un ilustre marido,
De los mil que la han pedido.

III.

Porque de Aragon y Francia,
Navarra, y otras naciones,
A jurarle fe y constancia
Vienen potentes barones.
Mas ella con arrogancia,
Contexta en breves razones,
Insensible y altanera,
Que en vano espera el que espera.

IV.

En Valladolid convoca
Don Enrique a la grandeza,
A quien el empeño toca
De lucir gala y riqueza;
Y la emulacion provoca
Su vanidad, cuando empieza
A ostentarse en galanteos,
Y en saraos, y en torneos.

V.

Pasan alegres los dias;
Gastan profusos tesoros
En ruidosas cacerias,
Bailes y fiestas de toros,
Y en valientes correrias
De Cristianos y de Moros,
Copiando al vivo los lances
De historias y de romances.

VI.

Llega en tanto un caballero
Portugues, a quien la fama,
Como invencible guerrero,
Sin par en la lid proclama.
Fatal es siempre su acero
Al que en combate lo llama;
Y por brioso y robusto,
A un jigante diera susto.

VII.

Y el renombre de Castilla
Su vanidad tanto hiere,
Que con toda la cuadrilla
Justar a caballo quiere.
Sin mal odio y sin rencilla,
Salga al campo el que saliere,
A los mas fuertes y altivos
Hara perder los estrivos.

VIII.

Admiten los Castellanos,
Con venia de Enrique, el reto,
Y se aperciben ufanos
A salir de aquel aprieto;
Y reciben de albas manos,
Besandolas con respeto,
Bandas de varios colores,
Prendas de tiernos amores.

IX.

Sientase en la galeria,
Que ornan ricos tafetanes,
La vistosa compañia
De damas y de galanes.
Al resonar la armonia
Del clarin, los alazanes
Tascan briosos los frenos,
De ardor jeneroso llenos.

X.

En un cordoves trotero,
Suelto, gallardo, atrevido,
Se presenta el caballero,
De fino acero ceñido.
Verde y blanco es el plumero;
Y en el escudo bruñido,
Lleva grabado este mote:
Naon faz pouco quem me bote.

XI.

Saluda al concurso atento,
Con la cabeza y la mano;
Y sale cortando el viento
Un adalid Castellano.
Empieza el choque violento;
Pero el esfuerzo era vano,
Que pronto dejó la silla
El guerrero de Castilla.

XII.

Sale el segundo, y certero
Maneja la diestra lanza;
Mas cayó como el primero,
Y no valio su pujanza.
Promete mas el tercero,
Que vigoroso se avanza;
Y aunque tarda en ser vencido,
Mide el suelo confundido.

XIII.

El que despues se presenta,
Maneja un caballo pio,
Y en su marcha grave y lenta,
Prudencia demuestra y brio.
Firme en la silla se asienta;
Tanto, que al verlo el jentio,
Fija atento la mirada,
Y aguarda lucha empeñada.

XIV.

Parten, y el primer embite
Una y otra lanza quiebra;
Y el Castellano repite,
Y dobla al otro cual hebra
Delicada, en otro quite.
Con grande aplauso celebra
La muchedumbre la hazaña
Que promete honor a España.

XV.

De nuevo empiezan la justa
Portugues y Castellano;
Y aquel, con la faz adusta,
Creyendo el triunfo cercano,
La apretada lanza ajusta.
Mas halla una diestra mano
Que intrepida le resiste,
Y con otro golpe embiste.

XVI.

Sigue otro lance reñido,
Siguen ataque y defensa,
Y el Portugues precavido,
Ya solo en cobrarse piensa.
El Castellano atrevido,
Y animado por la inmensa
Griteria, el acicate
Con nuevo ardimiento bate.

XVII.

Por dar fin a la pelea,
Gritando al caballo exita,
Que, docil al que lo emplea,
La carrera precipita.
El Portugues titubea,
Y otra vez el pueblo grita,
Viendo su caballo suelto,
Y al jinete en polvo envuelto.

II.

I.

Una dama Portuguesa,
De aquella hazaña testigo,
Y a quien en el alma pesa
La derrota de su amigo,
Dijo: "No fue noble empresa;
Mal procedio el enemigo;
Ni fue valor, sino maña,
Lo que ha dado el triunfo a España."

II.

"Callad vos," dijo la Infanta,
En alto enojo encendida;
"Jinete de mejor planta,
Nunca parecio en corrida;
¿Quien vio gallardia tanta,
Ni accion tan bien sostenida?
¿Cuando ha visto el mundo entero,
Mas cumplido caballero?"

III.

Sale entonces recatado
Un paje que está presente,
Mucho en la Corte estimado,
Y del vencedor pariente.
Lo encuentra; lo aparta a un lado,
Y le relata fielmente,
Con voz que el afecto inflama,
Lo que dijo aquella dama.

IV.

Y él responde: "Un caballero,
No aspira a gloria mas pura,
Que la que el labio sincero
De una dama le asegura.
De hoi mas por la Infanta muero.
Y mi fiel afecto jura
Por el cielo soberano,
Que sera suya mi mano."

V.

A solas en su retrete,
Lleno de fuego amoroso,
Traza un discreto billete,
Comedido y respetuoso.
Mano y corazon promete;
Y está de llamarse ansioso,
(Si merece gloria tanta)
Caballero de la Infanta.

VI.

"Lo que al alma aprisionada,"
Le dice, "ofreceros toca,
Lo sostendra con la espada,
Con la pluma y con la boca:
Buena fama, bien ganada,
Pecho firme como roca,
Y honra pura como armiño:
Vuestro esclavo—PEDRO NIÑO."

VII.

Recibe la Infanta el pliego,
Que altamente su ira enoja.
"¿Quien es el que loco y ciego,
A tanto empeño se arroja?"
Dice turbada; mas luego
Siente enardecida y roja
La mejilla, y avasalla
Su ardor, y suspira y calla,

VIII.

Pasó la noche dispierta,
Pensando que fuera ultraje,
Tan inesperada oferta,
De su nombre y su linaje.
Por la mañana a la puerta
Viendo de servicio al paje,
Le diz: "Menino discreto,
Cumpleme hablarte en secreto."

IX.

Luego a preguntarle empieza
Quien es el desacordado
Que con baldon de su alteza
Tal mensaje le ha enviado.
Dice el paje: "Vuestra Alteza,
De este su humilde criado,
Que honra con tanto cariño,
Sabra quien es Pedro Niño.

X.

"Pedro Niño es el guerrero
Mas audaz que vio Castilla,
Pues nunca emprendio su acero
Contienda sin decidilla.
A Enrique, en combate fiero,
Ganó su fuerte cuchilla
Gloria que hoi al mundo espanta."
"Prosigue," dijo la Infanta.

XI.

—"Delante de Pontevedra,
A un jayan que alli vivia,
Fuerte y duro como piedra,
Temerario desafia.
Mas nada su pecho arredra;
Y aunque doncel todavia,
Con nunca vista fiereza,
Le partio en dos la cabeza.

XII.

" En las ilustres arenas
Donde florecio Cartago,
Por las huestes agarenas
Sembro el terror y el estrago.
Las empinadas almenas
Se rendian al amago
De su espada, y la fortuna
Postró de la media-luna.

XIII.

" Cuando las anchas riveras
Del Guadalquivir maltrata,
Y villas, y sementeras,
El atrevido pirata:
Niño con fuertes galeras,
Lo acomete y desbarata,
Y el imperio de las olas
Dio a las armas españolas.

XIV.

" Hecha de Francia la liga,
Con una escuadra potente,
Al Briton tenaz ostiga,
Y dobla su altiva frente.
Salta en la playa enemiga,
Y contra la turba injente
Combate, la vence y doma,
Y dos grandes islas toma.

XV.

" La voz en Francia extendida
De hazañas tan superiores,
El Rei frances lo convida,
Y bienes le da y honores."
—" Buen menino, por tu vida,
Refiereme sus amores,"
Asi interrumpe la Infanta,
" Con la señora Almiranta."

XVI.

" En una noble alqueria,
Que adorna espeso follaje,
El Almirante vivia :"
(Prosigue el cuento el buen paje)
"Mosen Arnao de Tria,
Hombre de pro y de linaje,
De alto brio y buen consejo ;
Pero ya achacoso y viejo.

XVII.

" Janela, su tierna esposa,
(Mejorando lo presente)
Linda, bienhecha y graciosa,
Vive alli penosamente.
Pero su alma candorosa,
Que liviandad no consiente,
Ni abriga intencion bastarda,
La fe sin mancilla guarda.

XVIII.

" Pedro alli bien acojido,
Sus altas dotes revela,
Bien visto por el marido,
Y estimado de Janela.
Pero a buen tiempo advertido,
Grave peligro recela,
De que en culpable embeleso
Pierda la razon y el seso.

XIX.

" De aquellos nobles franceses,
Amistoso se despide ;
Y en la capital dos meses
Bien obsequiado reside,
Do con Señores corteses
Las armas y el valor mide,
Y alaga a las damiselas
Con danzas y cantinelas.

XX.

"Cuando en tan grato recreo
Pasaba el tiempo, recibe
De la Almiranta un correo,
Que grandes nuevas le exhibe.
'Con vivas ansias deseo,'
Aquella dama le escribe,
'Vengais a verme al instante,
Pues ha muerto el Almirante.'"

XXI.

"Y despues de ese mensaje,
¿Vio a quien tanto lo enamora?"
Pregunta Beatriz, y el paje
Le contexta: "Si Señora.
Hizole tierno homenaje,
Pero lo demas se ignora."
La Infanta, con ceño oscuro,
Dijo: "Ya me lo figuro."

XXII.

"Mas ayer con gran respeto,"
Pronto el paje le replíca,
"En un mensaje secreto,
Su intencion le significa,
Que a mas elevado objeto
Sus afectos sacrifica,
Y que perdone Janela,
Si por otra se desvela."

XXIII.

Entre risueña y airada,
Diz la Infanta: "Buen menino,
Tu platica bien fraguada
Muestra tu injenio ladino.
Mas te aprovecha de nada:
Que he de ser de acero fino
Contra amorosos extremos."
Y el paje dice: "Veremos."

III.

I.

Irritado el ardimiento
De Pedro Niño, procura
Declarar su pensamiento
A aquella ingrata hermosura.
Mas ella evita su intento ;
Y a la humildad y ternura
De sus miradas, altiva
Vuelve la faz, y se esquiva.

II.

Mas tanto crece la fama
De Pedro, que su ruido
Donde quiera oye la dama,
Y su loor repetido.
Y mientras mas se derrama
Prez que fue tan merecido,
Mas la ocasion huye diestra ;
Mas obstinada se muestra.

III.

Cavalga la Infanta un dia
Por la tupida alameda,
Que con boveda sombria
La oscura noche remeda.
Su galana compañia
Largo tramo atras se queda ;
Y ella, de riesgo segura,
Entra sola en la espesura.

IV.

Sale un hombre de repente
De las ramas de la orilla,
Y ante Beatriz reverente
Pone en tierra la rodilla.
"No rechaces inclemente,"
Dice, "de un alma sencilla
Los rendidos homenajes;
No con desprecios ultrajes

V.

"Al que en mas de un duro encuentro,
Con no mezquinos varones,
Dio señal de tener dentro
Sublimes aspiraciones.
De ellas tú, divino centro,
¿Sera justo que baldones
Con invencibles desdenes,
Al que ya sin vida tienes?"

VI.

Y en frase mas estendida
Su vivo afecto pondera,
Con plegaria bien sentida
Que una roca enterneciera.
Y al notar algo movida
La mirada antes severa,
Majestuoso se levanta,
Y se aproxima a la Infanta.

VII.

La rienda toma en la mano,
Y al docil caballo guia
Hasta un bosque alli cercano,
Donde una fuente corria.
Bajo un arbusto lozano
Que exala grata ambrosia,
Se alzaba en mullido lecho,
Verde y florido repecho.

VIII.

Apease alli la hermosa;
Niño el brazo le presenta,
Y turbada, y ruborosa,
Sobre las flores se sienta.
Con la plática amorosa,
Que Beatriz callada alienta,
Dando impulso a su osadia,
Pasa el tiempo y muere el dia.

IX.

Dice al fin la Infanta: "Conde
De Buelna, ya me venciste,
Que en vano mi pecho esconde
La llama que en él prendiste.
Mi labio fiel te responde
De mi corazon. Supiste
Triunfar de un orgullo vano;
Dueño seras de mi mano.

X.

"Mi libertad ha sufrido
Mui mas de un combate recio.
Como piedra he resistido,
Pagando amor con desprecio.
Mas ya que te he conocido,
Mi vida no tiene precio,
A menos que con la tuya
Cual mansa corriente fluya.

XI.

"En tí solo encuentro el brio,
En tí solo la altiveza,
Que plantó en el pecho mio
Benigna naturaleza.
No han doblado mi alvedrio
El poder ni la riqueza;
Mas a proceder tan noble,
Fuerza sera que se doble.

XII.

"Tu alma empero necesita
Temple duro cual diamante,
Que no es dable que permita
Muestra amistad el Infante."
—"Si el infierno se concita,"
Responde Pedro arrogante,
"Contra mi amoroso empeño,
No importa: seras mi dueño."

XIII.

Tras mutua y sincera oferta,
Y juramento amoroso,
Modo y dia se concierta
Para el enlace dichoso.
Por una escusada puerta,
Entrará el feliz esposo,
Y Obispo fiel y discreto
Los bendecira en secreto.

XIV.

Tubo la noche siguiente
Lugar la union deseada,
Callada y modestamente
En capilla retirada.
Consiguio el joven valiente
La recompensa anelada;
Y obtubo la Infanta bella
Un esposo digno de ella.

IV.

I.

Cual seca y languida mata,
Despues que pasa el invierno,
Y Abril sonrie, desata
Frondosa el vigor interno,
Y robusta se dilata
En hoja y capullo tierno,
Dando ensanches a la vida
Que antes guardaba escondida ;

II.

Tal Beatriz, desde que siente
De amor la benigna llama,
Muestra en su mirar ardiente,
Y el carmin que se derrama
Por su faz, que interiormente
Pasion activa la inflama,
Y sin temor que la oprima,
Todo su ser reanima.

III.

El Infante, que la acecha,
Y el grave suceso ignora,
No sin enojo sospecha
Que algun galan la enamora.
Una borrasca deshecha,
O mas bien devoradora
Sierpe, en su seno se abriga,
Que su existencia atosiga.

IV.

Y mas viendo que afanados,
Renuevan la antigua instancia
Opulentos potentados
De Aragon, Castilla y Francia,
Que se dan por agraviados
De la severa arrogancia
Con que sus votos rendidos
Son por la Infanta acojidos.

V.

Llamandola a su presencia,
Dicele : " El tiempo es venido,
En que elija tu prudencia,
Entre tantos, un marido.
Culpable es la resistencia,
Pues la clase en que has nacido
Te impone el precepto justo
De sacrificar tu gusto."

VI.

" Mi clase, Señor," replica
Con entonada reserva,
" Si mi gusto sacrifica,
Me pone al nivel de sierva."
El padre, a quien mortifica
Tanta obstinacion, y observa
Que ella firme se sostiene,
Su colera no retiene.

VII.

Mientras mas del padre crece
La destemplada censura,
Mas resuelta ella parece
Y en no ceder mas segura.
Su pecho no se estremece,
Cuando el Infante le jura,
Que antes que nazca otro dia,
Postrará su rebeldia.

VIII.

Responde Beatriz: "Ya es tarde,
Y ocultarlo no recelo:
Esposo de que hago alarde
Tengo que me ha dado el cielo.
No penseis que me acobarde
Timida en vil desconsuelo;
Con él, dolor y abandono
Prefiero al brillo del trono."

IX.

Cuando su disco levanta
El sol al siguiente dia,
De Valladolid la Infanta
Bien custodiada salia.
En una torre, que espanta
Por triste, fuerte y sombria,
Colocada en alta sierra,
Don Juan airado la encierra.

X.

Pedro enfurecido brama,
Tierno amante y fiel esposo;
Mas Don Enrique lo llama,
Su protector jeneroso,
Y asi le dice: "Esa dama
A quien turbaste el reposo,
Tiene un padre a quien estimo
Por aliado y por primo.

XI.

"Agraviado de tu arrojo,
Me ha dado sus justas quejas.
Puedes temer un sonrojo
Si cauto no te manejas:
Mas yo calmaré su enojo,
Si de estos muros te alejas
Hasta que el tiempo lo ablande,
Y vengas cuando yo mande."

XII.

Al Castillo de Zamora
Se va el pobre caballero,
Donde crece de hora en hora
Mas firme su ardor primero.
Doña Beatriz, que lo adora,
Con seguro mensajero
Manda y recibe papeles,
De mutuo amor prendas fieles.

XIII.

Un dia tras otro dia
Pasan asi los amantes,
Y el afecto no se enfria
De sus animos constantes.
Pedro enfrenar no podia
Sus impulsos arrogantes;
Mas es fuerza sacrifique
Todo al precepto de Enrique.

XIV.

Tambien le ruega su esposa,
En una carta discreta,
Que a la suerte rigorosa
Resignado se someta;
Pues por su parte, animosa,
Mayor desventura reta,
Fiel al santo juramento,
Mientras le dure el aliento.

XV.

Mientras la vida cuitada
Pasan dama y caballero,
Una poderosa armada
Cruza en la boca del Duero.
A la orilla amenazada
Acuden noble y pechero,
Viendo cuanto se avecina
Destruccion, muerte y ruina.

XVI.

Porque está mal defendida
La tierra contra los Moros,
Y la corte empobrecida,
Sin armas y sin tesoros.
Corre la jente aflijida;
Suenan lamentos y lloros,
Viendo erizadas las popas
De armas, banderas y tropas.

XVII.

Toma la Morisma tierra;
Sembrado y villa recorre,
Porque en tan infausta guerra
Nadie al misero socorre.
La jente armada se encierra
Dentro de castillo o torre;
Y ya en Portugal no queda
Quien salir al campo pueda.

XVIII.

Viendo el Rei que se va a pique,
Vuelve al Infante los ojos,
Encargandole que a Enrique,
Con gran empeño y de hinojos,
Ruegue, moleste y suplique,
Para evitar que en despojos
Caiga del vil Mahometano,
La herencia de un Rei cristiano.

XIX.

Tan inesperada y cruda
Noticia llega al Infante.
Ni en Castilla hai quien le acuda
En conflicto semejante.
Pide a Don Enrique ayuda
De caballero y de infante,
Y mas le insta a que le preste
Un buen caudillo de hueste.

XX.

"El que mas puede ayudarte,"
Dice el Rei, "aunque lo sienta
Tu orgullo; el que igual a Marte
Siempre en la lid se presenta,
Y el Portugues estandarte
Lavará de toda afrenta,
Dandole renombre eterno,
Es Pedro Niño, tu yerno."

XXI.

Entonces Don Juan sañudo,
De irritacion jestos hace.
Dice el Rei, diestro y agudo,
"Conozco que no te place.
El pudiera ser tu escudo;
Mas si no te satisface,
Deja que ese noble imperio
Caiga en triste cautiverio.

XXII.

"Con tal que una grave ofensa
Castigues como es debido,
¿Qué importa que sin defensa
Quede tu Reino oprimido?
Y si el Rei tu hermano piensa
Que asi lo has desatendido,
Respondele tú severo
Que tu honor es lo primero."

XXIII.

"Tiemblo al oir tu relato,"
Don Juan alterado dice;
"En seguir el arrebato
De mi colera, mal hice.
Ya de correjirlo trato:
Venga Don Pedro, y felice,
En su amor premiado sea,
Y triunfante en la pelea."

XXIV.

Y nadie extrañe que en jente
Poderosa y elevada,
Se cambie tan facilmente
Resolucion empeñada;
Pues la desgracia presente
Hace olvidar la pasada;
Y si fortuna se enoja,
El hombre mas fuerte afloja.

XXV.

Sigue la historia diciendo
Que volvieron los amantes,
Que hubo un convite estupendo,
Que dieron fiestas brillantes;
Que luego en combate horrendo,
Vencedoras y triunfantes
Las falanjes Portuguesas,
Hacen al Moro pavesas.

XXVI.

Y sigue de aquel guerrero
Contando la ilustre vida,
De quien guarda el orbe entero
La fama bien merecida.
Mas yo aqui suspender quiero
La relacion mal tejida,
Para que en docto volumen
La emprenda mas diestro numen.

DON POLICARPO.

"*Sustine.*"—MAXIMA ESTOICA.

"*Aguanta.*"—TRADUCCION LIBRE.

I.

Figurese el lector en una villa
Triste y mal empedrada, como todas
Las de la parte interna de Castilla:
Rejion do nunca penetraron modas;
Un caseron extenso, que no brilla
Por fustes griegos, sí por armas godas;
Su cumbre una piramide de tejas,
Y celosias por adorno, y rejas.

II.

Jardin abandonado, mustio, seco,
En qué nacieron, hace un siglo, flores;
Patio enclàustrado de extendido hueco,
Con restos de antiquisimas labores:
Piezas vacías, donde el docil eco,
Arremeda los vientos triscadores;
Y algunos muebles de nogal antiguos,
En los departamentos mas exiguos.

III.

Tal era la mansion en que la vida,
Sin ambicion, ni miedo, ni esperanza,
Pasaba, no envidiada ni temida,
Don Policarpo Antunez de Carranza.
Su inclinacion llevaban dividida
Moderna ilustracion y añeja usanza,
A guisa de las dos causas diversas,
Que idolatraban los antiguos Persas.

IV.

Por una parte, en bella ejecutoria,
Sus abuelos ilustres consignados,
Traian de continuo a su memoria,
Grandes servicios, hechos esforzados.
Por otra parte, no juzgó ilusoria,
Ni indigna de sus hechos elevados,
La dicha que disfrutan los mortales,
Con las instituciones liberales.

V.

Echaba menos de su noble raza
Los timbres, el boato y el decoro,
Y conservaba ilesa una coraza,
Que hizo mas de una vez temblar al Moro.
Mas al fijar las mientes en la traza
Con que hoi del pueblo se preserva el oro,
Por medio de un fundado presupuesto,
Decia alla entre sí—" Mejor es esto."

VI.

Solia comparar eras con eras,
Y usos con usos. " Es verdad, decia,
Que en el siglo catorce, a las banderas
De España la victoria fiel seguia.
Pero en cuanto a modales ¡ qué groseras !
¡ Qué falta de elegancia y simetria
En muebles, en convites y en ropajes !
En estas cosas eramos salvajes.

VII.

" La pujanza, es verdad, de daga y puño
Daba al ultraje enerjicas respuestas:
Y nadie con Don Alvaro o Don Nuño,
Podia impunemente andarse en fiestas ;
Pero la ilustracion del nuevo cuño
Nos ahorra estas prácticas funestas,
Y desde que tenemos garantias,
No se ven en el mundo fechurias.

VIII.

" Eran nuestros abuelos mui formales,
Infatigables en cualquier empresa;
Y àntes faltára el polo a sus quiciales,
Que ellos en el cumplir una promesa.
Mas, sobrios ora, y ora mazorrales,
En los sociales goces de la mesa,
No aclimataron nunca en nuestra España,
Beef-steak, ni rabioles, ni Champaña.

IX.

" Tambien es cierto que en el grupo vasto
De la plebeya multitud, se erguia
El noble, mas horondo que un canasto,
Y mil adoraciones recibia.
Mas para mantener el lujo y fasto
Que tan exelsa elevacion pedia,
Estaban los criados de hambre muertos,
Y à veces se empeñaban los cubiertos.

X.

" Desde que a los trabajos dio la moda
Sobre honores y alcurnia preferencia,
El que trabaja, está siempre de boda,
Y el que no es mas que noble, en indijencia.
Antes bastaba con la sangre goda,
Para subir un hombre a la eminencia:
Y en nuestros dias, el que no trabaja,
Pan seco y duro come, y duerme en paja.

XI.

" ¿ Qué es mejor ? ¿ el progreso o la rutina ?
¿ Ir adelante, o mantenerse quieto ?
¿ Sangre ilustre y doméstica ruina,
O vil linaje y el bolson repleto ?
¿ Quedarse un hombre atras, mientras camina
La sociedad, y timido, y sujeto,
Enfangarse en miserias y en errores,
No mas que porque *sic voluere priores ?* "

XII.

Entre un sistema asi, y otro sistema,
Nadando en incesantes confusiones,
Se consumia el heroe del poema,
En las mas complicadas reflexiones.
¿ Quien ha de resolver este problema ?
¿ Quien dara norma fija a sus acciones,
Y punto a un vacilar tan inconexo ?
¿ Quien habia de ser ? El otro sexo.

XIII.

Casose, como noble, por poderes,
Con mujer a quien nunca vio la cara :
Como si en este mundo las mujeres
Fueran alguna mercancia rara.
Que asi se liguen dos humanos seres,
Solo porque uno es Gomez, y otro Lara,
Fiandose en ajeno testimonio,
Y que esta union se llame matrimonio ;

XIV.

Y que del corazon se den las llaves,
A quien no se conoce, ni de vista,
Y permanezca en vinculos tan graves
Un infeliz mortal, mientras exista :
Y que estas leyes han de ser suaves,
Porque asi se le antoja al canonista,
Confieso con verdad que no lo entiendo.
Asi está el mundo : vamos prosiguiendo.

XV.

De la novia un pariente mui cercano,
Se la condujo al pueblo en que vivia :
Pues no habiendola visto de antemano,
No era mucha la prisa que tenia.
Ella no era un prodijio soberano
De hermosura : tampoco era una harpia.
Una de estas mujeres infinitas,
Que ni se llaman feas ni bonitas.

XVI.

Pero tenia aquel anzuelo o gancho,
Que mas que la beldad, liga y sujeta:
Arte de dominar en campo ancho,
Que no hai dificultad que no someta.
Con esta nota su opinion no mancho:
Antes la califico de discreta.
Al mujeril dominio todo cede,
Y cada cual domina como puede.

XVII.

Dueña de las potencias y sentidos
De quien no le oponia resistencia,
(Por ser cosa frecuente entre maridos,
Quedarse sin sentido ni potencia)
Criada de la Corte en los ruidos,
Acostumbrada al brillo y concurrencia,
Vio con horror el nuevo alojamiento,
A que la condenaba el casamiento.

XVIII.

Y con aquel acento que avasalla,
Y no deja lugar a la respuesta,
"Fuera," dijo, "ridicula antigualla:
Fuera ese goticismo que me apesta."
Y mientras el marido observa y calla,
Ella al ataque y destruccion dispuesta,
A la cabeza de un tropel de mozos,
Hace en los muebles barbaros destrozos.

XIX.

Bajan rotas al suelo colgaduras
De damasco, biombos, cenefillas,
Armarios con dorados y molduras,
Retablos, canapes, bancos y sillas;
Estampas, papeleras y pinturas,
Soperas, jarros, platos, escudillas;
Y aquella furia, con sus manos propias,
Hizo pedazos veinte cornucopias.

XX.

Terminado el oficio de la escoba,
En remover escombros y fragmentos,
Ricos muebles de marmol y caoba
Ornan los transformados aposentos.
Pavellones chinescos en la alcoba;
En el salon magnificos asientos.
Al testero dos lunas colosales;
Por donde quiera, bronces y cristales.

XXI.

En el estudio del querido esposo,
Que a ella le parecio de escuela rancia,
Se coloca un estante primoroso,
Lleno de libros que produjo Francia.
"Aquí," ella dice, "puedes afanoso,
Salir del hondo abismo de ignorancia,
En que la jente de Castilla inculta,
Mas y mas cada dia se sepulta."

XXII.

El buen marido, docil al mandato
De aquella irresistible criatura,
Pone exclusivamente su conato,
Y pasa todo el tiempo en la lectura.
No aspira a la opinion de literato;
Mas modesto es su plan: solo procura
Revindicar la fama de Castilla,
Y ponerse al nivel de su costilla.

XXIII.

Para obtenerlo, impavido se arroja
A devorar sus libros impaciente:
No hai ciencia, no hai doctrina que no escoja;
Sin distincion en todas clava el diente.
En su cerebro infatigable aloja
Masa confusa, vária, incoherente
De opiniones contrarias y diversas.
Buenas las unas son: otras perversas.

XXIV.

Da un salto de la Historia a la novela;
Del Derecho Romano, a la Poesia.
Ora un economista lo desvela;
Ya de un comentador la algarabia.
Hoi por fijar una ecuacion anhela;
Mañana una cuestion de Teolojia;
Y de la descripcion de un raro anfibio,
Pasa a las estratejias de Polibio.

XXV.

Unas veces la triste Patolojia
Con imajenes negras lo alucina.
Otras, al estudiar la Craneolojia,
Llegar a ser profeta se imajina;
Y luego el Catecismo de la Lojia
A la ciencia de Hiram su mente inclina.
De Victor Hugo lo enajena el ritmo,
Y luego la invencion del logaritmo.

XXVI.

Y mientras él con tanto afan calcula,
Compara y piensa, inmovil en su silla,
Su intrepida mujer, cambia y anula
Las antiguas costumbres de la villa.
A las mozas y mozos inocula
En el vals, la mazurca y la cuadrilla.
Ya desprecian su honrada parsimonia,
Y se lavan con agua de Colonia.

XXVII.

A las pocas semanas se apercibe
Una revolucion la mas completa.
Al Diario de Modas se suscribe
La mujer del alcalde, gran coqueta.
El sofa en toda casa se recibe,
En lugar del asiento de baqueta;
Sillas inglesas en lugar de albardas,
Y levitas, en vez de capas pardas.

XXVIII.

La rejeneracion, que presta cunde,
Y hace mudar de aspecto a cada cosa,
Grande entusiasmo en Policarpo infunde,
Por el merito raro de su esposa.
No echa de ver cuan rauda se difunde
La miseria con vida tan costosa,
Ni cuan desordenada está la villa,
Que era piedra de escandalo en Castilla.

XXIX.

Ni la guerra civil que a los maridos
Suscitan conjuradas las mujeres,
A quienes ya parecen reducidos
Los gajes mensuales de alfileres;
Y con esto, los pobres, distraidos
De sus acostumbrados que haceres,
En su interior envian al infierno
Extraña innovacion, y uso moderno.

XXX.

Bien dicen los filosofos: *in medio*
Consistit virtus—maxima trillada,
Que del hombre infeliz fuera remedio,
A todas sus acciones aplicada.
En unos entusiasmo, en otros tedio;
Aqui y alli pasion exajerada;
Asi juzgan los hombres, y asi vemos
Que siempre se colocan en extremos.

XXXI.

Esa cuestion ridicula y añeja
De modernos y antiguos, bien podria
Divertir cual divierte una conseja,
Tal cual desocupada fantasia.
Lo que la ilustracion nos aconseja,
Y apoya la experiencia cada dia,
Es elejir las cosas mas sensatas,
Sin examen de tiempos ni de datas.

XXXII.

Hoi con tenacidad luchan dos sectas,
Que no se dan cuartel, ni oyen razones.
Personas que blasonan de provectas,
Se casan con antiguas opiniones,
Como las mas seguras y perfectas.
Otras, en relumbrantes clausulones,
Solo llaman loable, justo y bello,
Lo que del nuevo cuño lleva el sello.

XXXIII.

"O todo, o nada,"—tienen por divisa
Las dos contrarias huestes. Quien se muda
Una vez por semana de camisa,
Y dice—"Dios os guarde," al que estornuda;
Y cuando dan las doce va de prisa,
Porque el puchero aguarda,—ese no duda
La secreta virtud del silojismo,
Contra la irrelijion y el ateismo.

XXXIV.

Y al reves, el que anuda la corbata,
A los dibujos de Paris sujeto,
Y con frailes dominicos no trata,
Ni de un *in folio* penetró el secreto.
Ese el vigor de su pulmon desata,
Describiendo el bismut, y el sulfureto,
Y en el vapor las esperanzas fija
De que el jenero humano se corrija.

XXXV.

Y lo peor del caso es que transciende
La disputa a las leyes jenerales,
De que la dicha de los hombres pende,
Y en vez de dicha les resultan males.
Cada adversario su principio extiende,
Fuera de sus barreras naturales,
Y al fin se encuentran en un punto mismo—
¿Y este punto cual es? Es un abismo.

XXXVI.

Parten de dos principios encontrados
Servil y liberal. El que mas puede,
Aplica sus remedios ponderados,
A la masa infeliz que calla y cede.
El otro con ataques esforzados,
Logrando destruirlo, le sucede,
Y en la contienda del vaiven infausto,
Dejan al pueblo, como corcho, exausto.

XXXVII.

Tal vez, cuando frenetico se encumbra
Mas el desorden, placida y risueña,
Moderacion prudente nos deslumbra,
Con las faciles maximas que enseña.
Sabido es el manejo que acostumbra.
Cuando en gustar a cada cual se empeña,
Sus reciprocas perdidas reparan,
Y a mas acerbas luchas se preparan.

XXXVIII.

Que la moderacion tambien propende,
(Siento decirlo) al mal. Cuando del vicio,
Que en todo extremo nota, se desprende,
Ella se arroja en otro precipicio;
Contrarias pretensiones desentiende;
Burlarse de uno y otro es su ejercicio.
Puesta en el hipomoclio, ¿ qué resulta ?
En nulidad inerte se sepulta.

XXXIX.

Respondera el filosofo optimista:
"¿ Esa es moderacion ? Ni por asomo.
Es imposible que tal cosa exista,
Sino en límites justos," Pero ¿ como ?
Todo hombre moderado es teorista.
Si lo conceden, a mi cargo tomo
Probar que en estos casos la teoria,
Es una garrafal majaderia.

XL.

La de Don Policarpo llegó a punto
De perder la razon: pusose enfermo,
Cabisbajo, amarillo, cejijunto,
Parecia en verdad un estafermo,
Con algunos ribetes de difunto,
O mas bien solitario, que en el yermo
Disipa crudo los vitales brotes,
A fuerza de cilicios y de azotes.

XLI.

En casos semejantes, cuando el tedio
De la vida nos cansa y nos oprime;
Cuando el mal nos suscita crudo asedio,
Y oprimida en su red el alma jime,
Solo queda un asilo y un remedio:
La Relijion—raudal puro y sublime,
De donde mana en perenal corriente,
Solaz al corazon, luz a la mente.

XLII.

Don Policarpo, en vez de la alta senda
Que alla conduce, desde el suelo bajo,
Ceñida el alma con innoble benda,
Prefirio, como dicen, el atajo.
Dejando a la ilusion floja la rienda,
Creyó salir del misero trabajo,
Lazandose en el torpe y hondo abismo,
De la supersticion y el fanatismo.

XLIII.

Fue el atormentador de su conciencia . . .
No sé—clerigo o fraile—poco importa.
Hombre de disciplina y abstinencia:
Mas su vista mental debio ser corta.
De estos que a la doctrina y a la ciencia,
Llaman veneno que el infierno avorta,
Y ven en el estudio el solo orijen
De las desgracias que a la tierra aflijen.

XLIV.

"¡ Libros Franceses !" esclamó, rujiendo
Cual hiena furiosa. "¿ No se inflama
Rayo vorace y destructor ? Corriendo—
Perezcan todos en activa llama."
Don Policarpo, a fallo tan tremendo,
Pensando en los arranques de Madama,
Temblaba como timido cordero:
Pero la salvacion es lo primero.

XLV.

Va a su casa, y con calma torva y fria,
Manda a un mozo llenar sendo canasto,
De lo que acumuló su libreria,
Despues de tanto esmero y tanto gasto.
En un pilon que en el corral habia,
Formó de libros un recinto vasto.
Madama a la sazon en la tertulia,
Le decia a un Saint-Preux: "Yo sere Julia."

XLVI.

Ya en su caletre la razon se apaga,
Mientra en su mano seco hachon se enciende.
La llama aplica, que, lijera y vaga,
Donde quiera que toca, rauda prende.
Por el inmenso grupo, se propaga
La destructora combustion y asciende
Por todas partes el incendio infausto;
Al jenio del error digno holocausto.

XLVII.

Alli de Mably, y su pesada escuela,
Propagadora de la gran doctrina
Que en la esfera social todo nivela,
Y no sabe crear si no arruina;
Que en la feroz Esparta nos revela
El maximum del bien, y nos destina
Frugales mesas y desnudos lomos,—
Quedaron en cenizas dos mil tomos.

XLVIII.

De D'Holbach los narcoticos escritos,
Donde el error en formas mazorrales,
Conduce al hombre a barbaros delitos,
Se tornan chicharrones infernales.
Alli mueren folletos infinitos
Del padre de los cultos liberales,
De Constant, que un humazo negro esconde,
Junto al Conservador del gran Vizconde.

XLIX.

¡ Y tú, Corina ! tú tambien ! ¿ la gracia
De tu estilo no basta ? No : en tus hojas
Tremenda chispa sus furores sacia ;
Ya se chamuscan fetidas y rojas.
¿ Pudiste merecer tanta desgracia ?
Tú, que en la inspiracion la pluma mojas,
¿ Cedes, cuitada, al torbellino negro ?
Pues, como soi Cristiano, que me alegro.

L.

¿ Para qué declaraste insana guerra,
Mujer, al hombre que deplora el mundo,
Al que, cual numen adoró la tierra,
Al que al malo inspiró terror profundo ?
Las perlas ricas que tu pluma encierra
No debieron ornar idolo inmundo ;
Ni te hizo el cielo dones exquisitos
Para adular hinchados parasitos.

LI.

Alli cien escritores romanescos,
De novelas, ensayos, melodramas,
Anglomanos, exoticos, tudescos,
Desparecieron en voraces llamas :
Imitadores frios y grotescos ;
Fabricantes de insipidas proclamas ;
Que en vano escalar quieren la alta cima,
Donde el cantor de Ofelia se sublima.

LII.

Ya consumado el horroroso incendio,
Entra la esposa, y en raudal enchido,
Vierte la execracion y el vilipendio,
Contra el devoto y misero marido.
El, de resignacion frio compendio,
Sin alterarse aguanta el estallido;
Ella en sangriento insulto se desboca,
Y él le contexta cual pelada roca.

LIII.

"Separacion," exclama furibunda,
Desgarrandose el chal y las polleras;
Y él, inmutable en su quietud profunda,
Le responde: "Hija mia, como quieras."
Dira tal cual lector: "¡Qué buena tunda!"
Policarpo seguia otras banderas.
Empalagado ya de aquel consorcio,
Vio el cielo abierto cuando oyó—Divorcio.

LIV.

Oigan ustedes como acaba el cuento:
Muchos años despues, el buen Carranza,
Murio siendo donado de un Convento,
Y era de aquel Convento la esperanza.
Su preciosa mitad, alto portento
De fino gusto y mujeril pujanza,
Segun refieren, terminó la vida,
En la calle de Atocha recojida.

EL PRIMER CONDE DE CASTILLA.

"*Octavio.* ¿Quien asi cambio su estrella?
Turpin. Ella.
Octavio. ¿Y quien fue su sosten
En sus males?
Turpin. Ella.
Octavio. ¿Y quien
Rompio sus prisiones?
Turpin. Ella.
Octavio. ¡Valgate Dios por doncella!
No hai fiera mas arrojada
Que doncella enamorada."

UN INJENIO DE ESTA CORTE.

I.

I.

La Corte de Navarra en Castro-Fuerte, (17)
Prision mas bien parece, que morada
De un Soberano poderoso y fuerte,
Que ensanchó sus dominios con la espada;
Que Don Garcia olvida ya la muerte
De su padre, y la oferta reiterada
De alzar contra el autor fiera cuchilla:
Fernan Gonzalez, Conde de Castilla.

II.

Mas que la edad, un frio aburrimiento,
Y mas que el desengaño, la fatiga
De un reinado cuidoso y turbulento,
La antes famosa actividad mitiga.
Pesale el curso de los años lento;
Su aletargado corazon no abriga
Deseo ni temor, pena ni goce;
Ni amor, ni envidia, ni ambicion conoce.

III.

Mohosos yacen en mansion oscura,
Cual rotos muebles o marchitas flores,
Broquel y espada, lanza y armadura,
En tanto fiero empeño vencedores.
Ni el alazan recorre la llanura
Tras gamo o liebre. Duermen los azores
Languidos en la percha. En el retrete
No resuena el bullicio del banquete.

IV.

Sancha no lejos de su padre crece,
Sin recibir caricias de su mano,
Bien que de fresca juventud parece
Ya en sus mejillas el vigor lozano.
Pero en vano el retiro la oscurece,
Cual rica joya en tierra vil, y en vano
Triste y austera soledad limita
La inquietud jenerosa que la ajita.

V.

La Condesa Matilde la acompaña,
Dama de injenio agudo y gran respeto,
Que el Rei condujo de rejion extraña,
De su cordura y razonar discreto
Prendandose en Tolosa. Y en España,
Obispos e infanzones en secreto
Imploran reverentes sus avisos,
Y los adoptan fieles y sumisos.

VI.

Ella de Sancha el corazon dirije
Con habla grave y amistoso celo;
Y en aquel abandono que la aflije,
Matilde es su esperanza y su consuelo.
De su meditacion el curso rije,
Para evitar que tome osado vuelo,
Y en peligrosas fantasias halle
Deseo que la inquiete y la avasalle.

VII.

Tal puede reprimir la debil rama
Del aliso, la fuerza del torrente,
Que de la alta cerviz del Guadarrama
Se desploma espumoso y prepotente.
Ya en aquel seno juvenil, la llama
Prendio de afecto puro; ya vehemente
Busca, sin encontrar quien se lo indique,
Objeto a que su ardor se comunique.

VIII.

Ni otro objeto se ofrece a su mirada
Que el ajeno dolor, al cual ansiosa
Vuela, si llega el grito a su morada,
Socorriendolo activa y afanosa.
Con Matilde a la choza retirada
Penetra, y deja traza jenerosa
De su piedad, y el huerfano infelice,
Y la aflijida madre la bendice.

IX.

Mas que infortunio ciego, la injusticia
Su ser conmueve y su pasion exalta.
Si triunfan la violencia y la malicia,
Si apoyo firme al oprimido falta,
Si la fortuna, al criminal propicia,
Doblega al inocente,—como salta
Raudal en tubo estrecho comprimido,
Asi estalla aquel seno dolorido.

X.

"Si alguna vez," decia, "en alto trono
Me coloca el destino—yo lo juro—
De los grandes el fiero desentono
Comprimira mi mano en fuerte muro;
Temblarán los tiranos a mi encono;
Y podra el inocente, mas seguro
Que el poder, respirar sin que lo asombre
Proterva autoridad o ilustre nombre.

XI.

En estas ilusiones se perdia
Su mente acalorada, cuando un paje
De Leon despachado a Don Garcia,
Le presenta de hinojos un mensaje.
Al anuncio, su lenta fantasia
Se conmueve: el recuerdo de un ultraje,
Se graba en su memoria vivamente.
Era la carta del tenor siguiente:

XII.

" A vos, Rei de Navarra, hermano mio,
Teresa, Reina vieja y de mal hado,
Mi acatamiento y homenaje envio.
Si fuera como vos Rei coronado,
Ora vengára aquel agravio impio
Que en la familia duelo ha derramado,
Puesto que la ocasion mas oportuna
Favorable os presenta la fortuna.

XIII.

" Aca llegó el mal Conde el otro dia,
Recibido por Sancho nuestro hermano
Con grande reverencia y cortesia,
Puesto en olvido el crimen inhumano.
Yo, que tan concertados los veia,
Tomé al dicho mal Conde por la mano,
Y con cauto designio y mira doble,
Por esforzado lo alabé y por noble.

XIV.

" Y a mis obsequios y amistad rendido,
(Que asi lo procuré sutil y diestra)
Dijele que aceptase agradecido,
La que juzgo segura y cara muestra:
Que fuera mi placer verlo marido
De Sancha mi sobrina, la hija vuestra;
Y él viendo su ventura en este enlace,
Respondio conmovido: '¡ Qué me place!'

XV.

" Y esto añadio: ' No ignoro que es doncella
Galana, y entendida, y de buen porte;
Con grande admiracion me ha hablado de ella
Cierto amigo que habita aquella Corte.
Desde entonces juré, sin conocella,
Hacerla de mi amor y vida norte.
Miro pues tu favor como precepto,
Y el suspirado honor gozoso accepto.'

XVI.

"Ora, Rei Don Garcia, si la muerte
De Sancho Abarca, a castigar te incita
Su vil perpetrador, tu buena suerte
La merecida pena facilita.
Baste tan grave empeño a conmoverte;
Sal ya de esa inaccion que debilita
Tu buen nombre, y la sangre de un perverso
Tu amor filial publíque al Universo."

XVII.

Cauteloso reserva Don Garcia
Nueva que alaga sus impulsos fieros.
Mas pronto cambia en bulla y alegria
Su retiro y sus habitos austeros.
Mandato urjente presuroso envia
A los mas esforzados caballeros,
Diciendoles que tiene meditada
Grave empresa, gloriosa y reservada.

XVIII.

Que se aperciban sin tardar, pues vale
Mucho la prontitud en el empeño,
Sin que aquella noticia se propale,
Porque nadie descubra su diseño.
Y en efecto, con turba armada sale,
Cuando en las alas de la noche el sueño
La silenciosa capital domina,
Y escaso albor los cielos ilumina.

XIX.

Llegó despues a Sancha la noticia,
Y consternada la dejó, y llorosa;
Que aunque nunca del padre la caricia
Alagó su niñez, la fervorosa
Condicion de aquel alma sin malicia
No enfria de la suerte rigorosa
La aspereza, y amar es su destino,
Y no sabe seguir otro camino

II.

I.

Ya en Occidente la postrer vizlumbre
Del dia se ocultaba, y en pos de ella,
Derramaba torrentes de alba lumbre
La luna, remontando su faz bella
Con indecible majestad. La cumbre
Del monte, y el raudal nacido en ella,
Imitan los reflejos celestiales
En dura nieve y moviles cristales.

II.

Del rejio alcazar a distancia breve
Se conserva postrada la ruina
De romana mansion: ni rastro leve
De su historia se guarda ni adivina.
Que el tiempo asi con rauda accion conmueve
Los trabajos del hombre, y encamina
Todo a la destruccion, en cuyo abismo
Se habra de sepultar el tiempo mismo.

III.

Naturaleza disfrazó el ultraje
De los siglos, ciñendo cariñosa
Los mutilados restos, del follaje
De verde aliso y de silvestre rosa.
Y en rededor, magnífico paisaje
Dispuso, que termina en grandiosa
Perspectiva, do el albo Pirineo
Levanta su volumen jiganteo.

IV.

Ansiando por la placida frescura
Que alli en templada noche se respira,
Y aquel puro deleite y grata holgura
Que la frondosa soledad inspira,
Sancha abandona la mansion oscura
De su palacio, que con tedio mira;
Y al lado de Matilde, a paso lento,
Se encamina al antiguo monumento.

V.

Sentadas en el roto peristilo,
Antes a falso numen consagrado,
Atonitas contemplan el tranquilo
Reposo del ambiente perfumado;
Reposo que en el seno, cuando asilo
Presta a locas quimeras, arrastrado
Por el secreto impulso de ansia incierta,
Dolor profundo y turbacion dispierta.

VI.

Tal el seno de Sancha, que ya oprime
Viva pasion; y aquella escena grata
Mayor viveza a la pasion imprime,
Y en ella mas potente se dilata.
Matilde observa que apenada jime,
Que el llanto de sus ojos se desata;
Y viendo confirmada una sospecha
Que oculta abriga, al corazon la estrecha.

VII.

Y le pregunta con amor: "¿Qué tienes?
¿Qué te aflije? ¿Qué penas son las tuyas?"
"No enojosa," responde, "me condenes,
Ni en mí imprudencia criminal arguyas.
Y si juzgas quimericos los bienes
Que nutren mi esperanza, no destruyas
Con inutil razon una quimera,
Que ya es mi porvenir, mi vida entera.

VIII.

" Hai un hombre en el mundo que me adora,
Y él de mi corazon tambien es dueño.
Fuerza tiene y poder, y triunfadora
Fue cien veces su mano en arduo empeño.
Desde lejana tierra me enamora . . . .
¿ Quizas presumes que deliro o sueño ?"
No responde Matilde ; largo rato
Quedó en silencio oyendo aquel relato.

IX.

Prosigue Sancha : " Las heroicas prendas,
La jenerosidad, el fuego, el brio,
Que lucen tanto en belicas contiendas,
Como en deber modesto, justo y pio ;
Ese soltar al corazon las riendas
Sin mira interesada, mientra el frio
Cálculo de los hombres enmudece,
A vista de su hermano que padece ;

X.

" Esas dotes, favores celestiales,
Que con escasa mano el cielo envia,
Siempre en mis descontentos y en mis males
Llenaron de entusiasmo el alma mia.
Veneré estos modelos immortales
En la Historia, y pense que no existia
Modelo igual en esta edad de hierro :
Feliz acaso disipó mi yerro.

XI.

" El nombre de Fernan,—ya lo conoces—
Está de ese gran nombre el mundo enchido ;
De sus ilustres meritos las voces
Llegaron (en buen hora) a mis oidos ;
Y la mente en sus impetus veloces,
Que nunca la razon ha comprimido,
Se fijó tenazmente en una idea,
Que sus aspiraciones lisonjea.

XII.

"Mi pasion comenzaba, cuando llega
De Burgos, a servir a Don Garcia,
El noble castellano Lope Ortega,
Caballero de seso y bizarria.
En el estrado un dia se me allega
Y con mui reservada cortesia,
Breves palabras pronunció, mas tales,
Que aumentaron el peso de mis males.

XIII.

"Estas fueron: 'El Conde de Castilla
Muere por vos de amor sin conoceros;'
No dijo mas, y pronto mi mejilla
De fuego se cubrio, y aunque altaneros
Mis ojos procuraron desmentilla,
Como en castigo de agraviados fueros,
Fue empeño tan inutil como tardo,
Que ya en el corazon estaba el dardo.

XIV.

"De entonces acaricio y alimento,
Cual si de mi existencia fuera parte,
Este . . . . . llamalo o goce o bien tormento,
Que ya no me es posible disfrazarte.
Contradecirlo es vano pensamiento,
Que ya es mi pecho solido baluarte
Labrado por amor, y desafia
Amenaza, poder y tirania."

XV.

"¡Infeliz!" la Condesa le responde.
"¿No ves qué suerte el porvenir te marca?
¿No llegó a tus oidos que fue el Conde
Quien muerte dio a tu abuelo Sancho Abarca?
¿Quien de un padre colerico te esconde?
¿Quien detiene las íras de un monarca
Sediento de venganza, o lo concilia
Con el perseguidor de su familia?"

XVI.

Esto dijo, y de pronto en la espesura
Suena un leve rumor que las sorprende,
Y desde el fondo de la selva oscura,
Con acertado jiro, se desprende,
Cerrado con vistosa ligadura,
Pliego oloroso. Sancha bien entiende
Quien dirije, y a quien, aquel mensaje,
Que de amor aprendio sola el lenguage.

XVII.

De vuelta en el alcazar, anhelante
Rompe la nema, y el papel devora:
"Dulce premio logró mi amor constante;
Castilla ya os aclama por Señora.
Quien se atrevio a decirse vuestro amante,
Vuestro esposo feliz se llama ahora.
En nombre de Navarra esta promesa
Acaba de afirmar Doña Teresa."

XVIII.

Con indecible turbacion se arroja
Sancha en el seno de la amiga cara,
Y en llanto de ternura su faz moja,
Ternura que el recelo no acibara.
Matilde no lo extraña, ni se enoja,
Ni una cierta sospecha le declara,
Que tan raro suceso le infundia,
Reservandose hacerlo al otro dia.

III.

I.

El cual rayaba de negrura densa
Reteñido, y de lobrego celaje,
Cual si anunciase la estension inmensa,
Contra el Señor del mundo horrendo ultraje.
El Pirene cubrio su falda estensa
De amarillo vapor, como ropaje
De fantasma que el Erebo vomita,
Y por la oscura atmosfera transita.

II.

Los gritos de la plebe alborotada,
Y del bronce los altos reverberos,
De Don Garcia anuncian la llegada,
Con el tropel de ilustres caballeros
Que salieron con él a la jornada.
En medio de jendarmas y lanceros
Viene un hombre detras en mula parda,
De alta presencia, esplendida y gallarda.

III.

Nadie conoce al triste personaje,
(Triste, como sujeto a suerte dura)
Pues si lleva magnífico ropaje,
Y rico adorno borda su cintura,
Los brazos y los pies, con duro herraje,
Bien apretado vínculo asegura.
Ocultasele el rostro en ancha benda,
Y un jendarma lo guia por la rienda.

IV.

Llega, y con doble guardia es conducido
Dentro de un torreon oscuro y fuerte,
Por rudos Visigodos construido
Al tomar posesion de Castro-Fuerte;
Espantosa prision, donde es sabido
Que mas de un infeliz recibio muerte,
No en castigo, sí en perfida venganza,
Por nociva pocion o aguda lanza.

V.

Al saber que es llegado Don Garcia,
Corre Sancha a estrecharlo contra el seno,
Con la inocente y placida alegria,
Que abriga un corazon de virtud lleno.
¡ Mas ah ! que la cuitada no sabia
Lo que el destino le prepara; ajeno
Su pecho noble de traicion bastarda,
Con ajena traicion no se acobarda.

VI.

Severo el padre le nego la puerta,
Rasgo que de dolor la petrifica,
Y su dulce esperanza desconcierta.
Mas ¿ quien la causa del rigor le explica ?
A la Condesa acude, la que incierta,
Mientras en su temor se ratifica,
Piensa, vacila, y suspirando calla;
Y Sancha en lloro y en jemido estalla.

VII.

Nuevo mal en su pecho se acumula,
Y a mas penosa turbacion se entrega,
Cuando un rumor, que rapido circula,
Timido y vago a sus oidos llega.
Ya Matilde su horror no disimula,
Ya su sospecha antigua no le niega:
" Fernan Gonzalez es el preso," dice;
" Terrible suerte aguarda al infelice."

VIII.

"¡ Fernan Gonzalez ! el preciado objeto
De mi pasion ! el dueño de mi mano !"
Dice Sancha ; "¿ qué barbaro decreto
Sacrifica al potente soberano
De Castilla ? . . . Matilde,—lo prometo,—
No logrará su fin el inhumano
Que proyecta maldad tan afrentosa ;
Yo los deberes cumplire de esposa."

IX.

No dijo mas, y desde entonces muda
Ya a la reconvencion y ya al afecto,
Secretamente aleja miedo y duda,
Y madura callada su proyecto.
Que el cielo blando a su favor acuda
Ferviente pide, y el designio recto
Que la aníma, y al cual ciega se lanza,
Fomenta y consolida su esperanza.

X.

Su inocencia sirviendole de escudo,
Sola y en alta noche, del terrero
Desciende a la prision. Era hombre rudo,
Mas franco y jeneroso el carcelero.
No con sobornos, con plegarias pudo,
Con llanto de dolor, no con dinero,
(Que de toda merced el precio borra)
Lograr entrada a la infernal mazmorra.

XI.

Alli al guerrero, cuyo exelso brillo
La esfera vasta de la fama llena,
Mira oprimido el pie con fuerte grillo,
Y los brazos con barbara cadena.
El cuello le sujeta ferreo anillo,
Que a quietud dolorosa lo condena ;
Y toda su magnífica estatura,
Se dobla y tuerce en aspera tortura.

XII.

Tiembla la antorcha en la ajitada mano
De la infeliz, y dando un alarido,
No menos fuerte que garzon lozano,
Pronto deja a su amante desprendido,
Del grave peso que lo oprime. Ufano
Su pecho con el triunfo conseguido,
Se descubre al amante, y la noticia
Lo arrebata en consuelo y en delicia.

XIII.

De dos almas fogosas, confundidas
En un digno y activo sentimiento,
Que liga en una sola sus dos vidas,
¿Podré yo repetir el puro acento?
Voces por el dolor interrumpidas,
Protestas firmes, alto juramento,
Tierna efusion, propositos audaces,
¿Caben en rimas toscas y fugaces?

XIV.

Los dos se adoran, y a los dos impulsa
Sed de esfuerzo sublime y altos hechos,
No ya pasion frenetica y convulsa,
Que huella sin pudor santos derechos,—
Sino potente movil, que compulsa
La enerjia vital, cuando en los pechos
Virtud, que esteril galardon no sacia,
Valor infunde y fuerte pertinacia.

XV.

Fernan a Sancha, en relacion sencilla,
De los pasados crimenes entera:
" De Navarra ya sabes y Castilla,
La disputa reñida y duradera.
Abarca, que sus tropas acaudilla,
Las aproxima audaz a mi frontera;
La accion se empeña en memorable dia:
Cede Navarra, y la victoria es mia.

XVI.

" Navarra llena de terror y luto,
Reclama mi amistad, que no merece.
De mi victoria asi recojo el fruto,
Viendo que cede Abarca y me obedece.
Fijo por condicion leve tributo;
Navarra sin obstaculo lo ofrece.
La paz se firma. En justas y funciones
La sellan a la par las dos naciones.

XVII.

" Pasa un año: reclamo la debida
Retribucion, y Abarca me la niega;
Que Navarra en la paz restablecida,
A su monarca en necio orgullo ciega.
Burlase de embajada comedida.
Y afin de que en mortifera refriega
No corriese de sangre vasto rio,
En reto singular lo desafío.

XVIII.

" Cuerpo a cuerpo, y armados, y en presencia
De ambas cortes lidiamos, con el rito
Que la caballeria reverencia,
Y evita el accidente y el delito.
Tenaz y cruda fue la resistencia,
Que era fuerte en las armas y perito
Sancho Abarca; mas tubo mala suerte,
Y puso fin al lance con su muerte.

XIX.

" Parecio al mundo todo el vencimiento
Justo castigo que falló mi lanza.
Tu familia me habló con sentimiento,
No con señas de colera o venganza.
Nuevo pacto y solemne juramento,
Dieron a los dos pueblos la esperanza
De que una paz eterna me uniria
Con Sancho, con Teresa y con Garcia.

XX.

" En Leon a Don Sancho una visita
Quise hacer de amistad; y él afanoso,
Con pompa extraordinaria me acredita
Su afecto, y en convite suntuoso,
Con vivo empeño mi cariño exita,
Con rica espada y con joyel precioso,
Afin que adormecido mi recelo,
Facil cumpliese el criminal anhelo.

XXI.

" Teresa en tanto su palabra empeña
De concederme el bien que apetecia,
Y ademas se convino que en Cirueña
Tu padre a recibirme pasaria.
Con el fin de evitar la menor seña
De los antiguos odios, él iria
De siete caballeros escoltado:
Siete tambien vendrian de mi lado.

XXII.

" Con siete ricos-hombres de Castilla
Llegué al punto aplazado. Se presenta
Tu padre, sin rubor de tal mancilla,
No con número igual, mas con cincuenta.
Alzabase alli cerca una capilla,
Donde por evitar riña violenta,
Que inutiles dejaba nuestros brios,
Me encerré cauteloso con los mios.

XXIII.

" Convidóme a salir: mas el engaño
Cerraba a sus ofertas mis oidos.
Resolvime a lidiar: mas era el daño
Seguro para pocos desvalidos.
Tarde me arrepentia. El desengaño
No nos deja esperanza. Reducidos
Fuimos por hambre; y ya me dan la pena
De mi sinceridad, grillo y cadena "

XXIV.

Tremula escucha Sancha aquel relato,
Que en ternura y en colera la enciende.
Hija fiel y amorosa, el desacato
De su padre la asombra y la sorprende.
Mas ya de Aurora el apacible ornato
Por la celeste boveda se extiende.
Sancha lo observa, y de la prenda cara
Con tierna despedida se separa.

IV.

I.

Pasan los dias, y la triste Infanta
No ve llegar el término a su cuita.
Y aunque en la noche, con lijera planta,
Renueva cuidadosa su visita,
La proyectada fuga no adelanta.
Muchedumbre de estorvos infinita,
Que combina en su mal suerte funesta,
Su amoroso designio contrarresta.

II.

Del monarca irritado la sañuda
Condicion, cada vez mas se exaspera.
Manda que la opresion, mas y mas cruda,
Debilite a Fernan hasta que muera.
Mas hai secreta mano que la eluda;
Hai quien penetre en la prision austera
Destinada a cumplir designio infame,
Y alli consuelo y bienestar derrame.

III.

La vez postrera, vuelta de la torre,
Y apenas en su albergue retirada,
Cuando en su meditar triste recorre
Los males de su vida atormentada,
Siente un grito agudisimo que corre
Veloce por la almena dilatada,
Y se repite pavoroso luego:
"¡Fuego!" clama una voz; cien otras "¡fuego!"

IV.

No tarda en propagarse furibunda,
Con atroz rapidez, la intensa llama,
Que ya los techos goticos inunda,
Y por las galerias se derrama.
Reflejanse en la boveda profunda
Tetricos resplandores, y se inflama
La silenciosa atmosfera, y el monte
Mas lejano del concavo horizonte.

V.

Por el ya hundido techo y los balcones
Dilatanse anchas fajas de humo espeso,
O se aglomera en vastos nubarrones,
Que ennegrecen el aire en su progreso.
Abrense los robustos murallones,
Y la postrada biga con su peso
Las estendidas cuadras precipita,
Y el encumbrado mirador hesita.

VI.

Acuden afanados en tropeles
Jendarmas, escuderos, cortesanos,
Turba infinita de vasallos fieles,
Hidalgos, labradores y villanos.
Apercibense escalas y cordeles.
Y en tan urjente riesgo, tantas manos,
Que en ciego torbellino se presentan,
Mas la espantosa confusion fomentan.

VII.

La camara en que estaba Don Garcia,
De una masa de incendio rodeada,
Que con vorace rapidez crecia,
Niega al auxilio por doquier la entrada.
Alzase entonce immensa griteria,
Viendo que está su vida separada
Del sepulcro por un espacio breve,
Y nadie a darle proteccion se atreve.

VIII.

Arde ya el destrozado pavimento;
Hundese la mitad; la otra vacila.
La vida de Garcia es ya un momento,
Cual luz que se oscurece y aniquila.
Suspendese en las turbas el aliento;
La desesperacion muda y tranquila,
Que en los lances extremos de la suerte
Penetra el alma, en jaspe las convierte.

IX.

Un hombre, cuyo rostro desfigura
Señal de grande esfuerzo y de trabajo,
Y restos de humo y polvo, se apresura.
Rompiendo el grupo que el suceso atrajo,
Con ademan intrepido procura,
Con fuerte puño y con agudo tajo,
Por tanto estorvo abrir senda expedita,
Para la gran empresa que medita.

X.

Ya esforzando los brazos y ya el hombro,
Por el humo y las llamas atropella,
Hasta un firme pilar, que entre el escombro
Y la quemada tablazon descuella.
En él la escala fija, y con asombro
Jeneral, sin temor sube por ella,
Y arriba, donde mas el riesgo crece,
Cual astro en torvas nubes, se oscurece.

XI.

Atonita miró la muchedumbre,
Fijos en él los ojos, su osadia,
Que el crecimiento de la inmensa lumbre,
Los mas vivos temores infundia.
Mas pronto los alienta una vizlumbre
De esperanza: la voz de Don Garcia
Suena, y tambien la voz del que ya viene
Seguro con la carga que sostiene.

XII.

Desplómase de pronto el incendiado
Pavimento, con horrido estampido;
Apenas Don Garcia se ha salvado
En los hombros de aquel desconocido.
Bajan los dos: el pueblo entusiasmado,
Corre a su dueño que creyo perdido;
Y mientra en torno de él la bulla crece,
Quien le salvó la vida desparece.

XIII.

Nueva inquietud los animos ajita,
Cuando turba de fieles servidores:
"La Infanta no parece," ansiosa grita,
Y el sonido acrecienta los horrores
De la calamidad. Por la infinita
Llorosa multitud de espectadores,
Tremulos al oir pérdida tanta,
"La Infanta," suena entre el jemir, "la Infanta."

XIV.

Cobrando su poder Naturaleza,
El seno a Don Garcia despedaza
Con nueva tan horrible, y su terneza
Se dispierta al dolor que lo amenaza.
Al ver que de las llamas la fiereza
Sepulta en una victima una raza
Que de Navarra la esperanza funda,
Raudal de pena el corazon le inunda.

XV.

Ni basta a consolarlo en su tormento
Otra nueva que pronto se derrama,
Y era que estaba hundido en su cimiento,
El torreon antiguo, do la llama
Prendio tambien con raudo movimiento,
Cual en arista leve o seca rama,
Quedando entre los miseros despojos,
El objeto infeliz de sus enojos.

XVI.

En esto, desgreñada y aflijida,
Se presenta a sus ojos la Condesa,
"Sancha," exclamando, "no perdio la vida;
Tu duelo calma, y de llorarla cesa.
Mas no gozoso aguardes su venida,
Ni iracundo te opongas a la expresa
Voluntad del que liga corazones.
Lo demas te diran estos renglones:

XVII.

"'Marcho donde me ofrece una corona
Quien me logró inspirar cariño tierno.
A su honor mi inocencia se abandona.
Pronto nos ligará vínculo eterno.
A mi padre decid, que la persona
Que lo salvó a mi súplica, es su yerno:
Ponga fin este caso a la rencilla.
Vuestra fiel: LA CONDESA DE CASTILLA.'"

XVIII.

Lector, si laborioso y pensativo
La indagacion historica te agrada,
Tenaz revuelve el polvoroso archivo,
Y en escritura añeja y mutilada,
Si no encuentras un dato positivo
Que ilustre la aventura celebrada,
Facil disculparás que la Leyenda
Fuera de aquellos límites se extienda.

BOSQUEJO.

"Who shall heal murder? What is done is done."

BYRON.

I.

¿ Es ese el mismo en cuyas anchas venas
Sopló ambicion de gloria y sed de fama,
Torrentes de vigor, en las arenas
Por do su linfa esplendida derrama
Nilo fecundo ? ¿ El que fijó en almenas
Altivas, arrostrando hierro y llama,
El pendon de la Cruz ? ¿ Es ese el mismo
Cuyo acero aterraba al Islanismo ?

II.

¿ Es ese el mismo que llevaba impresa
De juventud la roja lozania,
Cual flor primaveral, pomposa, ilesa,
Que el caliz abre al resplandor del dia ?
¿ El que brillaba en belicosa empresa,
Con ciega intrepidez y lozania,
Cual si el peligro fuera su esperanza,
Y centella de Jupiter su lanza ?

III.

¿ Do el ornado broquel ? ¿ do el noble casco,
Ceñido de albas plumas ? ¿ do está el peto,
Que rechazó, cual solido peñasco,
De hinchado rio inmovil parapeto,
Flecha de Libia y filo de Damasco ?
¿ Donde el relinchador, donde el inquieto
Y espumoso alazan, que raudo supo,
Llevarlo en medio del contrario grupo ?

IV.

¿ Son esos ojos, mustios y empañados
Por torva y melancolica vislumbre,
Los mismos que en sus orbes dilatados,
Del cielo reflejaron la alta lumbre?
¿ Que con un mirar solo, a los soldados
Mostraron fin glorioso, cual la cumbre
Que adorna el sol con su esplendor divino,
Conduce al solitario peregrino?

V.

Ora vedlo, cual surca la honda traza
Su frente ajada, palida, deshecha;
Donde en horrible vínculo se enlaza,
Con odio y con temor, rabia y sospecha.
Alguna sierpe oculta despedaza
Su corazon, o con lazada estrecha
Lo oprime, y seca, torpe y escondida,
Las fuentes del placer y de la vida.

VI.

Cual de profunda y lobrega caverna,
Lanza un mirar que hiela y petrifica
De horror al hombre justo; no es la tierna
Señal de alto dolor, que santifica
Ruego encendido a la Piedad Eterna:
No es la resignacion que sacrifica
Su padecer—es horrido despecho,
Es designio feroz no satisfecho.

VII.

Es misterio infernal, o negro abismo,
Con cuyas vaporosas ilusiones
Se aletargan en mudo parasismo,
Razon y sentimiento; y en prisiones,
Que en vano desacierto forjó el mismo,
Sin poder ya romper sus eslabones,
Jime, y no quiere mano compasiva,
Que desvanezca el mal que lo cautiva.

VIII.

Fue dichoso, y amado, y noble objeto
De justa loa y reverente estima;
Y en lid ruidosa o en privado reto,
No hai en su nombre quien baldon imprima.
Benigno el hado en placido decreto,
Le abrio el sendero de encumbrada cima;
Sonriole el poder, y diole entrada,
Y asiento en su magnífica morada.

IX.

De joyel esplendente y rica gala
Ceñido amor, en corte bulliciosa,
Donde el suspiro inflamador exala,
Mas eficaz que en selva silenciosa,
Sus sienes adornó. La noble sala,
Mientras en la armonia estrepitosa
Retembló del sarao, fue la escena
Do amor lo ató con majica cadena.—

X.

Hoi desamor universal circunda,
Y lugubre terror mora en su pecho.
Cubre los secos miembros ropa inmunda;
Misera choza con hundido techo,
Que despiadado el aguacero inunda,
Sus pasos aprisiona en jiro estrecho;
De su encuentro ominoso, en terror vano,
Huye despavorido el aldeano.

XI.

Tubo un amigo, en guerras y en amores
Socio fiel, y en el goce y en la hazaña.
Jovenes ambos, y ambos triunfadores;
Subita la sospecha vil empaña
La íntima union. Los hierros vengadores,
Se cruzan. Ciega al misero la saña:
Y atonita lo ve la turba inmensa,
Herido, desarmado, sin defensa.

XII.

El circo numeroso de guerreros
Y principes que miran el combate,
Celebran con aplausos lisonjeros,
Al que su orgullo rencoroso abate.
No abriga el vencedor designios fieros;
Ni dentro el seno la ponzoña late
De rencor. Deponiendo el agrio encono,
"Toma tu acero," dice, "te perdono."

XIII.

Cual infernal hechizo, que provoca
Conjuro infando de rejion maldita,
Y docil al perverso que lo invoca,
Sus negras alas horroroso ajita,
Y por las mudas auras se desboca,
Las plantas y los arboles marchita,
Los verdes tallos vuelve en hilos flojos,
Y viste el prado de asperos abrojos;

XIV.

Asi en el alma del vencido, labra
Funesta destruccion, total ruina
De virtud y nobleza, la palabra
Te perdono, y los jugos contamina
Del corazon, sin que sus senos abra
Ya mas a puro afecto. En honda mina,
Sangrienta enemistad concentra el brio
De la venganza y del furor sombrio.

XV.

Te perdono, retumba en sus oidos,
Noche y dia, en el bosque y en la tienda;
Como cuando en feroces alaridos,
La fiera anuncia destruccion horrenda;
Como cuando en sonoros estampidos,
Afloja el Noto a su furor la rienda;
O la tierra sacude sus cimientos,
Y convierte el alcazar en fragmentos.

XVI.

"No mas:" dijo, "perezca;" y asegura
Con vil intento el acerado filo.
La noche vela con tiniebla oscura
Las retiradas marjenes del Nilo.
Alli espiar al vencedor procura,
Cuando vuelva feliz del grato asilo
De la que adora: alli vengar la ofensa,
Que dobló su altivez, iluso piensa.

XVII.

Lo ve, lo asalta y le desgarra el seno.
Y . . . no era su rival . . . era la hermosa.
Cayó, y con rostro candido y sereno,
"Tu mano," dice, "ha sido jenerosa,
Si al que está de virtud y gloria lleno,
Cuanto tú de ignominia, y de afrentosa
Protervia, salvo al recibir la muerte."
Dijo, y en resto inmovil se convierte.

XVIII.

Con la centella del siguiente dia,
La nueva se propaga. El campamento,
Hierve en indignacion y en griteria,
Que él oye oculto en peñascoso asiento.
Cubre su nombre maldicion impia,
Que exala el adalid con agrio acento;
Venganza pide el eco fulminante;
Venganza jura el infeliz amante.

XIX.

¿Donde irá que feroz no lo persiga
Su renombre execrable? Se desprende
Del manto, y talabarte, y la loriga,
Y el rostro desfigura. Incierto hiende
La maleza, y el hambre, y la fatiga,
Su fuerza antigua y su vigor suspende.
Do quier humana voz llegue a su oido,
Escucha el triste lance repetido.

XX.

Mendiga el pan de choza en choza, huyendo
De las ciudades el rumor, do exita
Sangrientas iras el delito horrendo,
Y en plebe airada indignacion concita.
Por las rejiones que ilustró venciendo
Del Musulman la turba infiel, transita,
Cual insecto a quien da la luz asombro,
Y se oculta en ruinas y en escombro.

XXI.

Tras largo, y lento, y tormentoso jiro,
Triste aldea que, en aspera quebrada,
Da al oscuro pastor pobre retiro,
Le sirve de sepulcro o de morada.
Donde responde el languido suspiro
De la Naturaleza amortiguada,
Al bramar de huracanes inclementes,
Y al rujido de horrisonos torrentes.

XXII.

Un mes fue un siglo de infernal tormento,
De terror, y de angustia, y de visiones,
Con que el devorador remordimiento,
Espanta sus inciertas sensaciones.
Un siglo de ajitado sufrimiento,
Que, ora en calma terrible, o contorsiones
De despecho, sus miembros despedaza,
Y los vitales nudos desenlaza.

EL HALCON.

"Il fut un bon syre, qui oncques ne manqua aux loix de Chevalerie. Gens d'Eglise avaient cuydance de ses Etats."—VIEILLE CHRONIQUE.

I.

La edad media del mundo, asi llamada,
Porque la Historia mal o bien promedia,
Fue en vicio y en virtud tan variada,
Que se puede llamar traji-comedia.
Mina por novelistas explorada
Con teson incansable, la edad media
Guarda, en sus abultados pergaminos,
Grandes hechos y enormes desatinos.

II.

Los nobles restos de la altiva Roma
Sirven de base a un nuevo poderio,
Que su vasto dominio huella y doma,
Y su orgullo convierte en polvo frio.
Con estrepito horrible se desploma
La obra de Cesar, y alzase sombrio
Donde brilló, con barbara arrogancia,
Un modelo de insigne extravagancia.

III.

Conjunto singular de nobles prendas
Y torpes descarrios; mezcla impura
De locuras y hazañas estupendas,
De infancia leve y sensatez madura.
Siglo en que recibio santas ofrendas
La lei de honor sanguinolenta y dura,
Y en que virtud, cediendole su trono,
Cayó en indigno olvido y abandono.

IV.

Galantes, y crueles, y tan fieros
Cual dociles tal vez a un yugo vano,
Tocaron los audaces caballeros
Los dos extremos del afecto humano.
Celosos de su cuna y de sus fueros,
Fueros y cuna, con ardor insano,
Rendian sin despecho ni amargura,
A la supersticion y a la hermosura.

V.

La abnegacion del propio bien, que es cima
De perfeccion, y al hombre capaz de ella
Sobre su especie atonita sublima,
Fue joya de aquel siglo, clara y bella.
Riqueza y ambicion, fama y estima,
Dociles se plegaban a la huella
De un idolo, que a veces existia
Solo en la acalorada fantasia.

VI.

Placeme el recorrer en los anales
De aquellas eras, hechos peregrinos,
Propios de jentes fieles y leales,
Rudas como groseros campesinos,
Juguetes de sus impetus brutales;
Pero atados con lazos diamantinos
A un deber que forjaban en su idea,
Como yo la ilusion que me recrea.

VII.

No sé qué encanto tiene lo que pasa
Del límite formal de nuestra vida,
En donde la ventura es tan escasa,
Y la anchura del mal tan desmedida;
Cuanto el aspecto fisico traspasa,
Con placer mas intenso nos convida;
Y lo que vemos mas alla, parece
Que mas nos dignifica y ennoblece.

VIII.

Que a la ventura positiva y clara
Se opone este quimerico embeleso,
Si de lo que sentimos nos separa,
Y nuestro ser ocupa, lo confieso.
Si uno con otro goce se compara,
La ventaja es del uno, con exeso;
Mas la imajinacion rebelde y viva,
De la impresion real la fuerza esquiva.

IX.

¿Qué pensaban los hombres en las eras
De los Sanchos y Alfonsos? Las rodillas
Doblaban ante futiles quimeras,
Y ellas les inspiraban maravillas.
Leyes atroces y costumbres fieras,
Se ligaban con maximas sencillas
De escrupulosa probidad; y en todo,
Se mezclaba la perla con el lodo.

X.

¿Veis ese debil y modesto anciano,
Que con ropas de oscuro peregrino,
Llevando un noble halcon sobre la mano,
Transita a pie por aspero camino?
No es monje, ni pechero, ni villano;
Gofredo es de Bretaña, que al destino
Debio un trono, y con él riqueza y fama,
Y por esposa, bella y rica dama.

XI.

¿Y a donde se encamina el buen Gofredo,
Sin esposa, ni acemila, ni paje?
Va a la Santa Ciudad, que impone miedo
No menos al ruin que al personaje;
Donde reside Paulo, cuyo dedo
Distribuye la gloria y el ultraje;
Y de cuyas potentes bendiciones,
Penden monarcas, heroes y naciones.

XII.

Gozaba el Duque en paz, y en paz rejia,
Pingües estados de ventura llenos;
Y entre el rezo y la caza transcurria
Sus años apacibles y serenos.
Obispo era su hermano, que tenia
Cuanto a un prelado corresponde, menos
Ideas santas y saber profundo,
Y abnegacion de cosas de este mundo.

XIII.

Porque él era el factotum de Bretaña,
El movil de palacio y sus proceres;
Y ora con viva fuerza, ora con maña,
Manejaba del Duque los poderes.
Nadie miraba entonces como extraña
Tal confusion de cargos y deberes.
El baculo podia mas que el cetro,
Y mas que el *yo lo mando*, el *vade retrò*.

XIV.

Rara vez el Obispo pisó el coro;
Nadie oyo de su boca una homilia.
Mas llevaba la cuenta del tesoro,
De lo que entraba en él, y de él salia.
El Duque recitaba como un loro
Cuanto su astuto hermano le decia;
Este le presentaba todo hecho,
Y lo firmaba aquel como en barbecho.

XV.

No era un hombre el Obispo en malas artes
Versado, ni cruel, ni rencoroso;
Ni de ambicion siguio los estandartes,
Ni del hombre de bien turbó el reposo.
Si su influjo extendia a todas partes.
Era porque su jenio bullicioso,
Movido por un impetu secreto,
No le daba lugar de estarse quieto.

XVI.

Y su hermano al reves: como suplicio
Miró el trabajo. En muelles almohadones,
Tras el almuerzo y santo sacrificio,
Pasaba el dia esento de pasiones.
No era pasion en él, porque era vicio,
La guerra de faisanes, perdigones,
Garzas y chochas. Solo sacudia
Su floja languidez, la cetreria.

XVII.

Asi en vez de procaces favoritos,
Que circundan ansiosos los doseles,
Eran del Duque grandes favoritos,
Jerifaltes, halcones y lebreles.
Estos huespedes eran infinitos,
Ajiles todos, adiestrados, fieles;
Con lo que se gastaba en su sustento,
Podia mantenerse un rejimiento.

XVIII.

Uno entre todos los halcones, era
Tan ajil, tan veloz, tan entendido,
Su accion tan acertada y tan lijera,
Que merecio llamarse el Preferido.
Con él hablaba el Duque cual si fuera
Varon de mente grave y buen sentido;
El pajaro entendia sus mandatos,
Y daba a su señor mui buenos ratos.

XIX.

Era un prodijio el ave. La mirada
De su dueño entendia, y con anhelo
Respondia a la orden indicada,
Acelerando o retardando el vuelo.
Era el puño del Duque su morada;
Y en la mesa, a su lado, sin recelo,
Tomaba de su plato con el pico
Lo mas bien sazonado y lo mas rico.

XX.

Vida tan sosegada y tan serena
No debiera acabarse. Asi decímos
Todos, cuando el placer nos enajena,
Y de lejos el mal no dicernimos.
Mas la medida de la dicha llena,
Tornados en dolor goces opimos,
Entonces se nos viene a la memoria
Cuanto es la dicha leve y transitoria.

XXI.

Sono para Gofredo aquella hora
Que todos han de oir tarde o temprano:
La hora del mal, horrible, destructora
Del corto bien que es licito al humano.
De inesperado mal la voz sonora
Gofredo oyo ; la oyo tambien su hermano,
Ambos de incertidumbre y temor llenos ;
Y en verdad, no era el caso para menos.

XXII.

Era vecino de Gofredo Udico,
Noble señor de la opulenta Nantes ;
Emprendedor, osado, fiero, rico,
De grandes miras y humos arrogantes.
Por no sé qué reyerta, que no explico,
Ni explican las historias discordantes,
Diz que a Bretaña declaró la guerra,
Y entró de mano armada por su tierra.

XXIII.

En manos de un Obispo, a quien extraña
La prevision de aquellos casos era,
Sin defensa la misera Bretaña,
Abria al enemigo su frontera.
Ni para defenderse de su saña,
Disposicion habia que pudiera
Dar armas al valor y al patriotismo.
En España otra vez hubo lo mismo.

XXIV.

Y lo mismo habra siempre que el que mande,
Sumido en vida grata y remolona,
Fuera de los senderos se desmande
En que el deber lo ciñe y aprisiona.
La seduccion del predominio es grande;
Grande echizo circunda a la corona;
Mas si el que lo probó cede a su alago,
Prepara el suyo y el ajeno estrago.

XXV.

Si difiere el peligro con "veremos;
No corre prisa; nadie nos apura,"
Se vera poco a poco en los extremos,
Y ha de llorar mui tarde su locura.
Los que estamos abajo padecemos;
El ajil enemigo se apresura;
Y cuando a paso lento aquel camina,
Este ya ha consumado su ruina.

XXVI.

Por la primera vez, en largos años,
Penso en negocios publicos Gofredo;
Lo que no hicieron tristes desengaños,
Lo hizo un resorte mas terrible—el miedo.
Eran tan inminentes ya los daños,
Que morir era igual a estarse quedo.
Preciso era moverse de algun modo.
En la eleccion del medio estaba todo.

XXVII.

Debio ser el obispo, por supuesto,
Quien cortase aquel nudo gordiano;
Mas no estaba el buen hombre mui dispuesto,
Para ganar a Udico por la mano.
Tras mucho meditar, convino en esto:
Que en peregrinacion fuese su hermano,
Y con ayuno, llanto y penitencia,
Implorase del Papa la clemencia.

XXVIII.

Gofredo al escuchar tan duro fallo,
Iba ya a replicar en agrio tono :
" ¿ Por ventura de Roma soi vasallo ?
¿ Es mas la exelsa silla que mi trono ? "
Con otras reflexiones que ahora callo,
Por miedo de exitar el duro encono
Del que quiere pillarme en un renuncio,
Para llevar corriendo el soplo al Nuncio.

XXIX.

Reprimiose el buen Duque sin embargo ;
Bajó los ojos, y quedose frio,
Porque despues de un cautiverio largo,
Ni aun para libertarse queda brio.
Aunque entonces salio de su letargo,
No siendo dueño ya de su alvedrio,
Ni árbitro de romper vieja costumbre,
Tragó en silencio aquella pesadumbre.

XXX.

Doliale el dejar su bella esposa,
Con quien pasaba ratos tan felices,
Y emprender una marcha peligrosa,
Y alojarse sin guardias ni tapices ;
Mucho mas lo aflijia la espantosa
Reflexion, que entretanto las perdices,
¿ Qué dirian al ver que les faltaba
Quien ni un momento libres las dejaba ?

XXXI.

En seguida otra imajen mas horrenda
Cima puso a sus graves desazones :
" ¿ Tan infeliz sere que me desprenda
De mis caros amigos, los halcones ? "
Por poco suelta al llanto libre rienda ;
Mas subito pronuncia estas razones,
Como de su flaqueza arrepentido :
" Vendra conmigo a Roma el Preferido."

XXXII.

Entonces al Preferido a parte toma,
Y estas graves palabras le endereza:
" Conmigo, Preferido, vas a Roma,
Mas no para lucir tu lijereza.
No pienses que ir a Roma es una broma;
Alli no vamos a seguir la pieza,
Ni a que la trompa suene ni el can ladre,
Sino a besar los pies al Santo Padre.

XXXIII.

" No mas en travesuras te deslices,
Cual tienes de costumbre; te lo advierto;
Aunque sientas volar cien codornices,
O en verde matorral o en campo abierto,
Y las veas pasar por tus narices,
Has de quedarte inmovil como un muerto.
Que me desobedezcas no presumo;
Si me desobedeces, te desplumo."

XXXIV.

El pajaro al sermon estubo atento,
Y herizando de jubilo el plumaje,
Parece que expresaba su contento
Por ser socio del Duque en el viaje.
De la partida proximo el momento,
Gofredo se despide, muda el traje,
Y tomando el bordon y la esclavina,
Con el halcon a Roma se encamina.

XXXV.

No contaré las penas y fatigas
De aquella infelicisima jornada;
Ni como un gran señor, matando hormigas,
Puso cima a la empresa comenzada.
Que atraveso rejiones enemigas,
Que estubo su existencia amenazada,
Que mendigaba el pan de puerta en puerta,
Es cosa inverosimil, pero cierta.

XXXVI.

¿ Y qué hai de inverosimil en la Historia,
Cuando ha de ser Historia lo que vemos?
¿ Conserva algun dislate su memoria,
Mayor que los dislates que hoi hacemos?
Si todo lo pasado es hoi escoria,
Las razas que nosotros enjendremos,
Al leer nuestra historia peregrina,
¿ Nos llamarán escoria o perla fina?

XXXVII.

Ni hablaré del humilde acatamiento
De Gofredo (por no ser tan prolijo).
Suprimo el singular recibimiento
Que hizo el Padre comun al docil hijo;
Ni dire que uno erguido en alto asiento,
Puesto el otro de hinojos, lo bendijo;
Ni la cuenta he de hacer de los doblones
Que costaron aquellas bendiciones.

XXXVIII.

Si el lector es un hombre de provecho,
Tiene para saber lo necesario,
Que si el Duque volvia satisfecho,
No lo quedaba menos el Vicario.
Este, porque cobraba su derecho;
Aquel, por la induljencia y relicario;
Con cuyas armas, de esperanzas rico,
Ni un momento dudó vencer a Udico.

XXXIX.

Pero lo interesante del suceso,
Es como se condujo el Preferido;
Y fue con tal mesura y tanto seso,
Que el Duque lo miraba enternecido.
No cometio en la marcha un solo exeso;
El puño de Gofredo era su nido.
Cual yedra fiel que el tronco firme agarra,
Tal adheria al puño con la garra.

XL.

Mas de una vez sintio temblar el suelo
Con la bulla de alegres cazadores ;
Empero supo refrenar su anhelo,
Y olvidar sus hazañas anteriores.
Lo insultaba el faisan con tardo vuelo,
Y el mirlo con sus jiros triscadores ;
Mas ni pudo el faisan, ni pudo el mirlo,
A infrinjir sus deberes inducirlo.

XLI.

Mas los halcones son como otra raza
De individuos, que al bien se muestran sordos.
Se recrea el halcon si despedaza
Palomas, oropendolas y tordos ;
Pero el otro individuo, cuando caza,
Los que caza son pajaros mas gordos.
Chassez le naturel, dice un poeta,
Il revient au galop. ¿ Quien lo sujeta ?

XLII.

Preferido era halcon de carne y hueso ;
Y en estos ingredientes se vincula
Enerjica aficion a todo exeso,
Que el apetito y la pasion adula.
Si un instante se cansa de su peso
La virtud, la pasion luego pulula.
De este comun principio no se escapa
Ni el monje mas austero de la Trapa.

XLIII.

Volviose el Duque, pues, como decia,
Libre ya de sus tetricos afanes,
Trazando en su vivace fantasia,
De regreso a su corte, vastos planes.
Antes de todas cosas disponia
Gran batida de chochas y faisanes ;
Despues de recrearse en esta empresa,
Penso en su cara esposa, la Duquesa.

XLIV.

Llegó ocupado en este pensamiento,
Siempre teniendo a Preferido en mano,
A un misero lugar cerca de Trento,
En calorosa tarde de verano.
Cansado de la marcha, tomó asiento
En un poyo que estaba alli a la mano;
Y el halcon, cuando vio dormido al dueño,
Como él se libra a delicioso sueño.

XLV.

Quiso entonces la suerte, a quien es uso
Colgar cuanto nos daña y arruina,
(Propension insensata que no excuso)
Que se hallase alli cerca una gallina.
Esta pobre gallina un huevo puso;
Y desembarazada la oficina
Que destinó Natura a tal empleo,
Solto, como es costumbre, un cacareo.

XLVI.

Con menos prontitud baja atraido
Por la electrica vara rayo ardiente,
Que dispierta y se lanza Preferido
Contra aquella infeliz ave inocente.
En un instante el cuello retorcido
Por la garra del pajaro inclemente,
Y el pavimento en sangre salpicado,
Manifiestan el crimen perpetrado.

XLVII.

¿Qué vé el Duque al abrir los tristes ojos?
¡Oh espectaculo atroz! *Quis talia fando!*
Del caro Preferido los despojos
Semivivos aun y palpitando.
Una furia o mujer, brotando enojos,
Y el sacrificio horrible consumando,
Con sendos golpes y asperas injurias,
Propias de las mujeres que son furias.

XLVIII.

En aquel solemnisimo momento,
El Duque se acordo de que era Duque;
(Del hombre el repentino movimiento
Depende del sistema en que se eduque)
Salta con nunca visto atrevimiento,
Sin temor de que el salto lo desnuque,
Sobre la despiadada halconicida,
Que al verlo no da un cuarto por su vida.

XLIX.

El cuello con las dos manos le estrecha,
Mientras su rabia en lagrimas desfoga;
La pobre, en coyùntura tan estrecha,
Hizo lo que cualquiera que se ahoga:
Luchando por izquierda y por derecha,
Retorciendo los brazos como soga,
Y haciendo mil violentas contorsiones,
Procuraba salir de sus prisiones.

L.

Al rumor de la lucha y de la soba,
Se alarman los vecinos y vecinas,
Y con pincho, y con palo, y con escoba,
Salen de sus corrales y cocinas.
Este con un peñon de mas de arroba;
El dómine con gruesas disciplinas;
El herrador armado del martillo;
Con un blandon de a vara el monacillo.

LI.

¿Porqué sera que en vasta muchedumbre
Siempre reinan los impetus malignos,
Cundiendo entre sus masas, como lumbre,
Pensamientos de un hombre sano indignos?
¿Cual el orijen es de esa costumbre,
Por la cual se enarbolan negros signos
De destruccion, si, nobles o villanos,
Se juntan mas de diez seres humanos?

LII.

¿ Quien ha visto acudir vastos tropeles
A socorrer el huerfano y mendigo ?
¿ Quien a recompensar servicios fieles,
O a dar viandas al hambriento amigo ?
¿ O a coronar con inclitos laureles
Al hombre honrado, que en modesto abrigo
Desprecia la opinion del vulgo loco ?
¿ Lo han visto ustedes ? No.—Ni yo tampoco.

LIII.

Lo que he visto cien veces, y habran visto
Cuantos llevan de vida algunos años,
Es lo que llaman pueblo, siempre listo
Si se trata de injurias y de daños.
Jamas al pueblo vi, desde que existo,
Ya en mi suelo natal o en los extraños.
Unirse en entusiasmo y alborozo,
Sino para ruinas y destrozo.

LIV.

Concluyamos, que ya va largo el cuento :
Murio a manos de aquella jente ruda
Gofredo de Bretaña, y de su asiento
Fue arrojada la misera viuda.
A solitario y austero convento
Se retiró el Obispo,—y aun se duda
Si alli aquietó su jenio bullicioso
Que fue a su pobre hermano tan costoso.

LOS NORMANDOS EN GALICIA.

"He deem'd himself mark'd out for others' hate,
And mock'd at ruin so they shar'd his fate."

BYRON.

ADVERTENCIA.

Los Normandos, mandados por su Rei Gunderedo, aportaron con cien naves en Galicia, por los años de 968, bajo el reinado de Don Ramiro III. Son increibles los estragos que hicieron en aquel pais, desde la costa hasta el monte Cerbero. El Conde Don Gonzalo Sanchez, que algunos colocan erradamente entre los Condes de Castilla, les dio una sangrienta batalla, en que Gunderedo perdio la vida; vencio completamente a los invasores, y tubo la dicha de libertar a su patria de tan tremenda calamidad.

I.

De la corriente tormentosa y rauda,
Por donde el mar de Boreas recauda
Del ajitado Baltico el tributo,
Y con sus aguas el copioso fruto
De mil borrascas, con audaces quillas,
Dura amenaza a placidas orillas,
Sale, brotando destruccion y miedo,
Sanguinario y terrible, Gunderedo:
El formidable jefe del Normando.
El mas horrendo azote, que bramando
De colera el destino, contra Iberia,
Para sumirla en llanto y en miseria,
Cual terremoto asolador desata.
Por la espesa neblina, se dilata
La vela enchida, y la alba mole hiende,
Cual horrible fantasma que desciende
De la eterea mansion, para que jima
Tremulo el hombre, y el terror lo oprima.

¿ Quien del dominio de la eterna nieve,
De esos audaces los impulsos mueve,
Y acia las playas do brillante luce
Con blanda llama el cielo, los conduce ?
Sed de goces impuros ; de oro y vino,
Y de adulterio y rapto. No al destino
Demandan cetros, lauros ni coronas ;
Ni osados dejan las heladas zonas

Para inmortalizar con noble hazaña,
Renombre ilustre en la nacion extraña;
Prez de valor en pueblos sometidos.
En sed rabiosa, queman sus sentidos
Codicia infame, intrepida lujuria.
No es vicio, no es pasion, que es negra furia
La que sus rudos pechos atormenta,
Y en inquietud impavida y violenta,
Rije invisible el curso leve y vago,
Del Categat a Roma y a Cartago.
Ruje en vano del Polo, conmoviendo
Olas y playas, estampido horrendo
De jigantea tempestad, y ajita
Los abismos en vano; y precipita
Torbellinos y rafagas en vano.
Por la hinchada extension del Oceano,
De los vientos el tetrico monarca.
Burla sus iras la lijera barca,
Meciendose unas veces en la cumbre
De las olas, que, en vasta muchedumbre,
La sacuden mujiendo, como paja
Que arrastra el Euro, y otras veces baja,
Cual flecha rapidisima a la hondura,
Do preparan la movil sepultura
Del nauta temerario: pero en breve,
Sobre la espalda líquida se mueve,
Cortandola veloz, y proclamando
La invencible destreza del Normando.

Ebrio, y terrible en su embriaguez, al brillo
Del rayo, clama el barbaro caudillo:
"Hijos del Norte, sonreid. ¿No es esta
Para nosotros jubilosa fiesta?
¿No son los huracanes el arrullo
Del Septentrion? Hollad con noble orgullo

Los caprichos del mar ; pongales freno
Vuestra invencible terquedad, y el seno
Recread con la imajen seductora
Del bien que el porvenir nos atesora.
La rica Iberia con virjineos brazos
Nos convida : fragmentos y pedazos
Tornense catedrales y conventos :
Oro son sus pedazos y fragmentos.
En torbellinos humeantes, rompa
Vuestra mano soberbia la alta pompa
Del monasterio y del castillo ; brame
Voraz incendio, y su furor derrame
Por altos bosques y opulentas mieses.
¿ Cruje el mastil ? No importa. ¿ Qué reveses
Os intimidan ? Acudid a popa.
Quien me quiera seguir alce la copa."

Dijo, y bebio, y bebieron los impios,
Y arrostraron del mar con nuevos brios
La colera, y el sol, que desvanece
La contienda ajitada, y resplandece,
Cual de los orbes soberano y dueño,
Los vio sumidos en profundo sueño.

II.

Gonzalo Sanchez, ¿ donde estás ? Acorre
Solícito a los muros de tu torre,
Que en vano opone al invasor su almena,
Si su recinto un perfido envenena,
Y en él baldon a tu vejez prepara.

Tierno capullo de belleza rara,
Lijera como el gamo, simple y pura,
Como jazmin recienabierto, Hermura,
Del buen Gonzalo unica prenda, un dia,
Mientras el bravo Conde recorria,

Con no vencida hueste su frontera,
Triscaba vagabunda en la pradera.
Guardabala Sesmundo desde lejos:
Uno de aquellos servidores viejos,
Que al lado de Gonzalo en lid gloriosa,
Propagaron su fama belicosa;
Y el paje Ulrico, a quien Gonzalo estiende
Benigna proteccion, y en quien ya enciende
Pasion furiosa su voraz centella,
Acompaña al anciano y la doncella.

Ya aquellos dos incautos corazones,
Ligados en ocultos eslabones,
Que ni de voz ni jesto necesitan,
A negra perdicion se precipitan.
Una ocasion les falta que acelere
Su ruina, y amor que de ambos hiere
Los pechos, y los turba, y acibara,
La ocasion azarosa les prepara.
A un grupo de madroños y taraje,
Llega cansada Hermura y llega el paje,
Y Hermura al cesped languida se arroja,
Como pervinca solitaria y floja,
Si está lejos la rama que la apoye.
Y alli por vez primera mira y oye
Del amor que ha inspirado y ella siente,
La expresion vigorosa y elocuente.
Solos estan. Del induljente anciano.
Los oculta el asilo, en que lozano.
Propaga el tronco ramazon espesa,
Y con blandos aromas embelesa,
Cual con sutil veneno, los sentidos.
Solos estan, y ciegos, y aturdidos,
Y aman los dos, y nadie los defiende
De la acechanza que el amor les tiende.
Cuando en rapto frenetico, la boca
Del fogoso doncel, la mano toca

De la inocente virjen, un guerrero
Rompe el tejido movil y lijero
De las ramas, y alzando vigoroso
Robusto brazo, en ademan furioso
De hombre que no perdona a quien lo humilla,
Sella con vil afrenta la mejilla
Del osado garzon, quien se levanta
Vengativo, y al Conde se adelanta,
Y el hierro empuña. Subito contiene
Su audaz impulso amor, y le previene
Mas afrentoso porvenir. Al punto,
De encontradas pasiones el conjunto
Que lo destrozan, sus miradas ciega.
Ponzoña activa el corazon le riega;
Voraz incendio por sus venas fluye;
Alza al cielo los brazos, jime y huye.

III.

Una pasion en alma ardiente basta
Para abrirle mil brechas. Si contrasta
Con otra, y no le cede en enerjia,
La vida se convierte en anarquia
De encarnizados sentimientos; rotos
De esperanza los límites remotos,
Fuera de ellos la victima no alcanza
Vislumbre de temor ni de esperanza,
Que la arranque del torpe parasismo.
¿Y qué es entonce el porvenir? Abismo
Sin luz ni fondo, a cuyo borde vaga
Desatentado el reo a quien alaga
De destruccion el misterioso instinto,
Hasta que al hondo y lobrego recinto,
Cual mole de granito, se desploma.

Por intrincado valle y alta loma,

Y aspera falda y encumbrado pico,
Sin designio ni Norte, corre Ulrico,
Roja aun la marca de baldon que impuso
Gonzalo a su soberbia: no confuso
De su desliz, sino brotando enojos,
Y bañados en lagrimas los ojos,
Llanto, no de ternura: de despecho.
Ya la venganza, ya el amor, su pecho
Punzan encrudecidos. Sin venganza,
No quiere el triunfo que el amor alcanza;
Y es venganza a sus ojos incompleta,
Si el amor no corona su ansia inquieta.
El ofendido honor hace que huelle
La lei misma de honor, y que atropelle
Su ambicion, tan cruel como insensata,
Los fueros mismos que el honor acata.
La muerte jura a su ofensor: pedazos
Jura hacer de su pecho, y en los brazos
De la tierna beldad que lo esclaviza,
Insultar de su padre la ceniza.

Era entonces confuso laberinto
Galicia de desorden. Su recinto
Ramiro deja, ya por guerra extraña,
Ya por las vegas que del Ebro baña
La linfa bella, do en mansion frondosa,
De encarnizado batallar reposa.
Sin rei, sin majistrados, sin el freno
De saludable autoridad, el seno
Destrozan de Galicia en mil facciones,
Las ciudades, el clero y los barones.
Del pueblo agravan los pesados grillos
Mil barbaros tiranos. Los castillos
Encierran muchedumbre destructora,
Fatal a quien la ofende o quien la implora.

Y en tanto las campiñas, furibunda
De malhechores banda atroz inunda,
Sin que el misero pueblo lo resista.
En su bandera criminal se alista
Desacordado Ulrico, cual deshecho
De los hombres. No el sordido provecho
Lo seduce: a mas alta empresa aspira,
Y el proposito barbaro le inspira
Mas anhelo de crimen y de hazaña,
Que a la turba feroz que lo acompaña,
La sed del oro y del botin. En breve,
Nadie a rivalizar con él se atreve,
Ya en sangriento designio, ya en arrojo,
Como huracan asolador, su enojo
Nuncio de muerte y destruccion, estalla.
Su nombre espanta al mundo, y avasalla
La banda de ladrones y asesinos,
Criminales vulgares y mezquinos,
Que ceden al imperio de su fama.
La voz de todos ellos lo proclama,
Como exelso en maldad, jefe y caudillo.
De entonce a los estados y al castillo
De su ofendido bienhechor, declara
Guerra de asolacion. Diestro prepara
Con extraño teson, medios hostiles;
Y a la cabeza de sus socios viles,
A incendio, y exterminio, y muerte toca,
Y al enemigo a lucha igual provoca.

IV.

Era el Conde Gonzalo noble viejo,
Fuerte en la lid, y provido en consejo.
Nombrado por su brazo y su justicia,
Veneraban sus canas en Galicia
La plebe y los magnates. Sus pendones,
Seguian los potentes infanzones,

Dociles a su influjo. Amigo y deudo,
Ligados con Gonzalo en noble feudo,
Reparaban cual propios sus ultrajes.
Vuelan de torre en torre los mensajes
De alarma. El desacato del bandido,
Ya con horrendo nombre conocido,
Fiera altivez dispierta en los señores.
Los ataques de seres inferiores,
Son doble injuria a distinguidos seres.
Cuando luchan proceres con proceres,
Puede haber injusticia: mas no ofensa.
No asi el orgullo de los hombres piensa,
Si parte el tiro de rejiones bajas.
Al rumor de añafiles y de cajas,
La nobleza injuriada de Galicia,
Congrega sus vasallos y milicia,
Y como a caza de dañina fiera,
Terror y azote de comarca entera,
Que cual precioso bien su muerte pide,
En bandas numerosas se divide.
De valle en valle, y de una en otra cumbre
Persigue a Ulrico vasta muchedumbre,
Segura de triunfar. Lo ve la aurora,
Derramar su mirada indagadora
Por la estendida vega y la llanura,
Cubierto en vano en lobrega espesura.
Lo ve la noche, tremulo y perdido
En asperas cavernas guarecido,
Sin reposo y sin sueño. Noche y dia,
Ora el rumor del aire, o la armonia
Del ave, o paso de veloce ciervo,
Llenan de susto el corazon protervo.
Con desprecio, y horror, y odio lo mira
La gavilla cobarde, a quien inspira
Miedo el cadalso; y con traicion perversa,
Por falda y por quebrada se dispersa.

Solo en el mundo Ulrico, y execrado
Por el mundo, de mil muertes cercado,
En cada sombra viendo un enemigo,
Sin solaz, sin apoyo, sin abrigo,
El caballo y las armas abandona,
Y por la espesa breña que corona
Los profundos barrancos de una sierra,
Cual inmundo reptil, la odiosa tierra,
Que fuera un tiempo de sus dichas raya,
Deja, y se encuentra en arenosa playa.

V.

En la ancha cuadra del castillo, llena
De noble turba, la algazàra suena
Del banquete abundoso. Lo preside
Gonzalo Sanchez, cuya faz despide
La noble majestad de años provectos,
Consejos firmes, y designios rectos.
Junto al sillon del padre, muestra Hermura
Velado el resplandor de su hermosura,
Con visos de pesar y de tristeza.
No es ciego amor ni placida terneza
Lo que su blando seno martiriza.
El recuerdo fatal la atemoriza
Del peligro horroroso a que la expuso
La ciega audacia de un garzon iluso.
Circula el vino en profusion. Los ecos
Del canto rumoroso, por los huecos
Del artezon dorado se repiten;
Y cuando en gozo y en beber compiten
Los huespedes ilustres, con mensaje
De las bocas del Miño, llega un paje,
Y pone en manos de Gonzalo un pliego.
"Sus, a las armas, infanzones, luego
Corred," esclama, "que el feroz Normando,
Con cien vajeles surca, amenazando

Nuestro poder, las costas de Galicia.
Sin rei estamos a quien dar noticia
Del urjente peligro. ¿ Esperaremos
Su tardio socorro ? ¿ No tenemos
Fieles vasallos y ardorosos brios ?
Corramos al combate, amigos mios."
De pronto alli, la junta esclarecida,
De la defensa el plan traza, y convida
Con el mando supremo al buen anciano.
" No eres jefe," le dicen ; " soberanò
Te aclama nuestro amor. Leyes y fueros,
Pontifices, magnates y guerreros,
Todo a tu mando y a tu voz se humille."
Claman, y antes que el sol fuljente brille,
Y la alta sierra de esplendor corone,
Ya en sus estados cada cual dispone
El broquel, el trotero y la loriga,
Y se prepara a belica fatiga.
Tales de lei feudal los beneficios
Eran cuando en error, pereza y vicios,
Y en ignorancia tosca sepultados,
Juguetes del poder los majistrados,
Dejaban sin apoyo ni defensa,
De plebe humilde la familia inmensa.
Su defensa era el bravo, y en los muros
De un torreon, tal vez libres, seguros
Se refujiaron timidos derechos,
Debiendo su salud a nobles pechos.

VI.

Era la noche, y en la arena fria,
La mar su espuma placida movia,
Retrazando en sus mobiles espejos,
De los astros los candidos reflejos.
¡ Cuan suave espectaculo al que mira
Sin inquietud la soledad ! Suspira,

No de temor: de afecto puro y tierno,
Que en la mar y en la noche, del Eterno
Siente un decreto misterioso y santo;
Respira un leve y delicioso encanto,
Balsamo que sus males suaviza.
Cual manso soplo, el alma se desliza
Por las olas pacíficas; se exalta,
Y a la cupula sube, donde esmalta
Con ricas joyas la estension oscura,
De Orion la magnífica cintura.

No asi el que abriga un corazon perverso.
En la vasta rejion del Universo,
No hai mas que maldicion para su vida.
La noche con visiones lo intimida
De fantasmas horrendas, de jigantes
Espantosos, que en ojos fulminantes,
Execracion vomitan a su raza.
El rujir de las olas lo amenaza,
Cual si escuchase en ellas al Eterno
Gritando en eco disfrazado: infierno.
Vedlo escualido, triste, con la seña
De perdicion en seca faz. La breña
De la aspera retama, combatida
Por la espuma del mar, es su guarida.
Joven es, y ya arruga la ancha frente
Decrepitud penosa. Sed ardiente
Calcina el labio corrompido. Brota
Frio sudor, por la manchada y rota
Vestidura, y el hielo de la brisa,
Mortal espasmo y destruccion avisa.
Ese espectro feroz, livido, horrendo,
Que en abandono universal jimiendo,
Frenetico recuerda todavia
Sangrientos planes de venganza impia;

Ese que en senda honrosa, libre pudo
Grabar nobles hazañas en su escudo,
Y que pasó los dias de su infancia,
Caro a sus protectores, en la estancia
De intacto honor, en esperanzas rico,
Ese es un monstruo de maldad: Ulrico.

Ceden los torpes miembros a un letargo
Convulsivo: no es sueño, es un amargo
Sopor, que el seno ajita y despedaza.
Dispierta repentino, cuando enlaza
Sus manos fuerte nudo. Un extranjero
De erguido talle y de semblante fiero,
Seguir le manda al proximo arrecife.
Los dos se embarcan en lijero esquife.
Corta el remo veloce la resaca,
Y el frajil leño a la galera atraca,
Desde la cual bramando Gunderedo,
Cubre a Galicia de espantoso miedo.
"¿Quien eres?" le pregunta.—"Soi tu hermano,"
Responde Ulrico, (en quien vigor lozano,
Sopló de pronto el criminal instinto
De asolacion). "Si a ese fatal recinto
Tornar designas soledad horrenda,
Yo, cual tu hermano, mostraré la senda.
Soi hermano de aquel que esa morada
De execracion, en huesa transformada,
Y en Etna frio y apagado deje;
Del que del duro corazon aleje
Voz de piedad, y mujeril ternura,
Si su aniquilacion con sangre jura."
"Lo juro," dice el barbaro, a quien llena
De delicia, la rabia que enajena
La fantasia atroce dèl malvado;
Y el perfido doncel . . . . del hombre honrado

Apartemos la escena que envilece
La razon con que el hombre se envanece.
Ciña un velo piadoso el negro abismo,
Que abre con fiera mano el fanatismo
De la perversidad. Veloz desciende
Del cielo el rayo, y la ciudad enciende:
Pero al lobrego seno que lo lanza,
La torpe vista del mortal no alcanza.

VII.

Largos meses de llanto y de ruina,
La rejion que a la costa se avecina,
Pasó, doblada al afrentoso yugo.
Seco en tanta opresion el vital jugo
Del campo; transformados en escombros
Templo y alcazar; en horror y asombros
La humana sociedad. Por todas partes,
En pos de los horrendos estandartes
Del sangriento invasor, cunden veloces,
Como suelto raudal, males atroces.

En vano sigue su sendero vago,
Que el incendio denuncia y el estrago,
Del bravo Conde la irritada hueste.
Sin hallar enemigo a quien aseste
Lanza ni dardo, ya los montes jira,
Ya al bosque, ya a la costa se retira,
Y solo del Normando ve la huella,
Y destruccion y crimenes en ella.
Ulrico diestro su carrera guia,
No sumido en feroz melancolia,
Ni humillando sus brios altaneros,
En un tropel de oscuros bandoleros:
Sino orgulloso en alto predominio,
Triunfando en la miseria y exterminio,

Que el lustre borran del nativo suelo.
Tales son sus delicias y consuelo.
Ceñido de armadura esplendorosa,
Sobre alazan intrepido, pomposa
La cimera, cubierto de oro el cinto,
Que enlaza agudo hierro, en sangre tinto,
Bruñido escudo con atroz leyenda:
Falta mas, fiero Ulrico, a la tremenda
Turba precede, al lado del caudillo.
Llegan a un elevado bosquecillo,
Desde el cual se descubre la ancha vega,
Y los bordes del rio, que despliega
Por su llanura, rapidos cristales;
Y, mas allá, en espesos matorrales,
Lejana tropa que Gonzalo rije.
Ulrico del Normando alli dirije
La mirada. "¿Los ves?" le dice; "en breve,
Si a mas cumplida empresa no se atreve
Nuestro valor, en lucha temeraria,
Pero inutil, expuestos a la varia
Fortuna del combate, tus guerreros
Cruzarán con el Conde sus aceros.
Osemos mas: de un golpe destruyamos
Su altivez orgullosa. Cerca estamos
Del castillo opulento donde encierra
Sus tesoros. Termine alli la guerra;
Y mientras arde el torreon altivo,
Luchemos en combate decisivo."
Dijo, y cunde la voz. La tropa osada,
Por senda tortuosa y retirada,
Sedienta de matanza y de ruina,
A la mansion ilustre se encamina.

VIII.

Ocupa el torreon la lisa espalda
De una altura suave, y en la falda

Se dilata, cortando con su anchura
El encorvado cerro, una llanura.
Esta, por todas partes, se guarnece
De un enramado bosque, donde crece
Cipres y aliso, y mirto, y roble, y haya;
Y cual pomposo cinturon se explaya,
Con jiro igual, del murallon en torno,
Y de defensa sirvele y adorno.
Llega el Normando al interior distrito
Del ancho anfiteatro, cuando el grito
De sus guardias, le anuncia la presencia
Del Ibero a quien busca su insolencia.
Previó el Conde el designio que amenaza
Su hogar querido, y por oculta traza,
Que la jornada abrevia, se anticipa,
Y el negro plan del invasor disipa.
Las dos fuerzas iguales, frente a frente,
Se paran. El caudillo dilijente
De una y otra, calcula los azares
Del empeño, rejistra los lugares,
La opuesta masa cauteloso mide,
Y en firme voz las órdenes expide.
Asi, cuando prepara la tormenta
Transtorno universal, su faz ostenta
La mar inmovil, como jaspe duro,
Mientras suspenso el nubarron oscuro
La seña espera de la mano sabia,
Para soltar los diques a su rabia.
Mientra el destino a su valor prepara
Muerte y triunfo, del grupo se separa
Con unos pocos el garzon. La torre
De Gonzalo, es el término a que corre
Con infernal anhelo. Mas apenas
Descubre entre las ramas sus almenas,
Vision mas grata su maldad provoca.

No lejos del camino, en alta roca,

Que domina el tajado precipicio,
Cual victima dispuesta al sacrificio,
Hermura, en su inquietud aun mas hermosa,
El éxito terrible aguarda ansiosa.
La ve el indigno amante, y del trotero
Se arroja, y mas audaz que tigre fiero,
Sobre la presa misera se lanza.
La virjen, en devota confianza,
Previendo la catastrofe infelice,
Resigna el corazon, y a Ulrico dice:
" No lograrás, infame, el vil intento.
Antes destroce barbaro tormento
Mi seno triste en miseros pedazos,
Que en el tuyo me estrechen esos brazos,
Que mueve el crimen con impulso atroce.
Sirva mi muerte de exquisito goce,
Sirva de premio a tu pasion maldita."
Dijo, y, sin vacilar, se precipita,
Y de una en otra roca se desprende,
Y al hondo abismo exanime desciende.
Mudo queda y extatico el perverso,
De despecho y asombro. El Universo
Se eclipsa de repente a sus miradas,
Con lagrimas ardientes inflamadas.
Alli, por vez primera, reconoce
La perdicion segura, a que veloce
Su protervia lo empuja. La rodilla
Dobla tremulo ; cubre la mejilla ;
Tormento agudo el seno le destroza,
Y agonizando de dolor, solloza.

IX.

El rumor de la lucha lo dispierta.
Llega a los suyos, y con mano yerta,
Toma la rienda, y a caballo sube.

De denso polvo la ajitada nube,

Que se levanta en moles colosales;
El rumor de clarines y atabales,
Y el doliente clamor de los heridos,
Y del furor los altos alaridos,
Sus impetus veloces estimulan,
Imajenes horrendas se acumulan
En su desconcertada fantasia.
"No se oscurezca," clama ansioso, "el dia,
Sin que el Conde a los filos de mi daga,
La pérdida de Hermura satisfaga."
Cuando al teatro sanguinoso llega,
Ya estaba decidida la refriega.
Pagó el jefe Normando con su vida
Tanta barbarie y destruccion. Batida
Su muchedumbre, o muere o corre. Ardiendo
En furia Ulrico, al escuadron tremendo
Las riendas torna, y el acero esgrime.
Gonzalo, al conocerlo, no reprime
Su encendido rencor. Las filas deja,
Y con la enorme lanza que maneja,
Terrible golpe le dirije. Cruje
Roto el broquel, y el desgraciado ruje,
Y se desploma como roca inerte.
Ceñido con las sombras de la muerte,
"Vengado triunfas," dice, "infame viejo.
Muero en deshonra y en baldon: mas dejo
Don que por siempre tu existencia aflija.
Vengado estoi tambien: busca a tu hija."

DON OPAS.

EN CUATRO PARTES.

"La digresion os pide mil perdones,
Que yo suelo pecar en digresiones."
FLORESTA DE RIMAS ANTIGUAS CASTELLANAS.

I.

"Art thou not?—What!—A traitor!—Yes."
OTWAY.

I.

UN infortunio atroz de nuestra España,
Que al mas severo corazon lastíma,
Bien que el lustre presente no le empaña,
Va a ser hoi el asunto de mi rima.
En vano el curso de la suerte extraña
De alli me aleja en apartado clima;
Siempre fija en España está mi mente,
Cual en tierno amador pasion ardiente.

II.

Y pues de ella me aparta el hado adverso,
Buscaré cuidadoso en sus anales
Asunto propio de mi tosco verso,
Y de mis sentimientos nacionales.
Y si sale un intérprete perverso,
Bien provisto de críticas parciales,
Seguro está que logre con su escrito
Disminuir mi sueño o mi apetito.

III.

Entraré en el espeso laberinto
De epoca añeja y por demas oscura.
Menos que erudicion, sera el instinto
Quien guiará mi mano en la pintura.
Y pues que no disputo, sino pinto,
Si resulta una infiel caricatura,
Sepa el lector que en graves escritores,
Se suelen encontrar algo mayores.

IV.

Grave infortunio cantaré : tremenda
Crisis, de aquellas que la suerte amarga,
Soltando a sus rigores larga rienda,
Sobre inocente poblacion descarga.
Digna de España mi sencilla ofrenda
Tal vez sería, si, con rienda larga,
Benigna inspiracion, que humilde imploro,
Diera a mi lira fiel eco sonoro.

V.

Que al heroe principal, al que sostiene
Todo el peso del drama que medito,
Grande estilo poetico conviene,
Por su clase, su nombre y su delito.
De los puros raudales de Hipocrene,
Para tamaña empresa, necesito
Cántaros llenos, no mezquinas copas.—
Canto las aventuras de Don Opas.

VI.

Nombre infausto a mi patria. A su sonido,
El jenio de la España oculta el rostro
Con funestos recuerdos ofendido :
Mas yo, que a la virtud me humillo y postro,
Nunca a la faz del crimen me intimido ;
Su torpe fealdad sereno arrostro,
Y al pintarlo con pelos y señales,
Pienso hacer un favor a los mortales.

VII.

Hartos son los que cubren con empeño,
Y disimulan con afan propicio,
La torpe corrupcion ; y, en hondo sueño,
Dejan que cunda ponzoñoso el vicio.
El hombre justo opone torvo ceño
Rijido a su poder, y el sacrificio
De la razon a un idolo perverso,
Bastára a transtornar el Universo.

VIII.

¿Qué mas quieren los malos? Cariñosa,
Los mece la Fortuna y los alaga;
Ni un deseo conciben, que afanosa,
Su incansable avidez no satisfaga.
Si la censura fiel y rigorosa
Con futuro baldon no los amaga,
¿Qué punto habra que su poder no infeste?
Conozcalos el mundo, y los deteste.

IX.

Ya sé que no es valor luchar con muertos.
Mas ¿quien se atreve a pelear con vivos,
Que siempre al debil lanzan tiros ciertos,
Y son en hacer daño tan activos?
Los caminos del mal estan abiertos;
Llenos estan de encantos y atractivos.
Sepa el ciego mortal que en ellos entra,
Lo que al llegar al término se encuentra.

X.

Y mientras la justicia humana venga
La sociedad, si es debil quien la ultraja,
Para que en su desorden se contenga
La envilecida tribu, pobre y baja,
Alzada la opinion el brazo tenga
Sobre el que huele almizcle y cuelga alhaja,
Y, sumido en delicias y regalo,
Quiere, por ser mas fuerte, ser mas malo.

XI.

Mientras mas elevado es el objeto,
Debe ser mas enerjico el ataque.
Por el fraque dejemos al coleto,
Y por cetro, y capucha, y mitra, al fraque.
Profano y criminal es el respeto,
Si impide que la crítica destaque
Sus tiros al que tanto los merece,
Solo porque en altura resplandece.

XII.

¿ Exento ha de quedar de agria censura
Quien enfangado en sordido manejo,
Quien dando manos a una intriga impura,
No deja a una nacion mas que el pellejo ?
Por mas que hundido en goces y en holgura,
Lo ciña el lujo de falaz reflejo ;
Por mas que ella lo aguante y se resigne,
¿ Sera otra cosa que un bribon insigne ?

XIII.

Si una pandilla, un club, una academia,
Se apodera del mando y lo vincula ;
Si en ella crimen y traicion se premia,
Y medra quien se postra y quien la adula ;
Si verdad en su codigo es blasfemia,
¿ Ha de sufrir el pueblo, docil mula,
Que el orgullo de un grupo de insensatos
Se burle de sus improbos conatos ?

XIV.

Por mas que con falaz nomenclatura,
Con dorado artificio y eficacia,
Cubrir de flores la maldad procura
Campanuda y sutil la diplomacia ;
No tanto puede su elocuencia oscura,
Que se convierta en dicha la desgracia
De los que pagan pechos y tributos,
Mientras otros engordan con sus frutos.

XV.

¿ Qué es un crimen oscuro, al lado de esos
Atentados, que en alta jerarquia
Maquína la ambicion, cuyos exesos
No caben en un pueblo, ni en un dia ?
Sangre, cenizas, insepultos huesos,
Incendio, estrupo, robo, alevosia ;
El crimen da esos frutos, y aun peores,
Cuando son personajes sus autores.

XVI.

Ejemplo grave y persuasivo encierra
De esta verdad mi canto, que no aspira
Falaz a ornar los males de la guerra,
Con engañosa y perfida mentira.
Vereis en odio hervir la hermosa tierra
Que el Tajo riega, y estallando en ira,
Bajar cien razas a la huesa oscura:
Solo por una moza y por un cura.

XVII.

Vereis desparecer las tribus fieras
Que vinieron del Norte al Mediodia,
Y que a sus pies hollaron altaneras
Poder que a cien naciones oprimia;
Pasaron como ricas sementeras
Que la langosta, oscureciendo el dia,
Con apetito barbaro destroza:
Y todo por un cura y una moza.

XVIII.

Hija la moza fue, y el cura tio
De un noble godo en Ceuta arrinconado,
No para que ostentase su alto brio,
Contra los enemigos del Estado;
Sino para evitar que el poderio
De su influencia, a un principe cuitado,
Vicioso, debil, holgazan e injusto,
En la ocasion primera diese un susto.

XIX.

Grande episodio en los anales nuestros
Forman las aventuras de la Cava.
Las refirio Leon en ritmos diestros,
Y Anjel Saavedra en melodiosa octava.
¡ Cosa extraña ! los lances mas siniestros
Que a una nacion convierten en esclava
De la Discordia, y sus destinos rijen,
Tienen por lo comun el mismo orijen.

XX.

Amor, que el hombre cual su vida aprecia,
Que vivifica al mundo con su llama,
Con la casta mirada de Lucrecia
Terrible incendio junto al Tibre inflama;
Torrentes de infortunio vierte en Grecia
De Helena el robo; asi cuando la fama
De una nacion refiere la grandeza,
Es un crimen de amor por donde empieza.

XXI.

Los godos no eran ya lo que eran antes,
Cuando temblo a su nombre el Capitolio,
Y el rumor de sus armas arrogantes,
De Constantino amenazaba el solio.
Adormidos en tronos vacilantes,
Hacian insolente monopolio
De la riqueza nacional. El lujo,
A este abismo de males los condujo.

XXII.

Y mas que el lujo, el fanatismo, hermano
De esa ignorancia mazorral y espesa,
Que en errores de un orden sobrehumano,
Cual en grato prestijio se embelesa.
Por querer ser el godo buen cristiano,
No mas lució su espada en noble empresa.
Frailes lo dominaban y mujeres,
Y vivia entre ayunos y placeres.

XXIII.

Don Julian empero el lustre añejo
De sus abuelos conservaba puro;
Arrojado en la lid, sabio en consejo,
Integro en gobernar, aunque algo duro.
Mas al mirarse desterrado y viejo,
Sumido en un rincon triste y oscuro,
Bien que amase a su patria, a fuer de godo,
Amabase a sí mismo mas que todo.

XXIV.

Pensando estaba siempre en Don Rodrigo,
Y manteniendo viva la esperanza
De lanzar contra aquel torpe enemigo,
Dardo seguro de cruel venganza.
" Si alguna vez," pensaba, "yo consigo
Herir su infame pecho con mi lanza,
Y lavar con su sangre mi ruina,
Me he de dar una buena disciplina."

XXV.

En estos pensamientos embebido,
Salio a rondar de noche la muralla,
Que al moro, dueño ya de aquel partido,
Fue en todo tiempo prepotente valla.
Iba solo, ajitado, distraido,
Con un tosco gaban sobre la malla;
Justillo, a goda usanza, de gamuza,
Corto broquel, estoque y caperuza.

XXVI.

De pronto siente que una mano dura
Lo detiene invisible por el hombro.
Tornase y ve jigantica estatura,
Que a un pecho como el suyo daba asombro.
—"¿Quien eres?" dice el Godo, y con dulzura
Le responde el jayan:—"Tarif me nombro;
Tarif soi; mas no vengo de enemigo.
Vengo a hablar de la Cava y de Rodrigo."

XXVII.

—"¿Pues qué tiene Rodrigo con la Cava?"
Dice Julian, en vano reprimiendo,
Cual reprime el volcan la ardiente lava,
De su furor el impetu tremendo.
—"¡Bagatela!" responde el Moro, "esclava
De torpe vicio España la está viendo.
Folgando está con ella Don Rodrigo
A la orilla del Tajo sin testigo."

XXVIII.

Era lo natural que en aquel lance,
Tiñese en sangre el Conde el noble filo ;
Porque segun se cuenta en el romance,
Tal era de los godos el estilo.
Mas el Conde se hallaba en duro trance.
Era su pecho borrascoso asilo
De encontradas pasiones: y en tal caso
La accion no puede siempre abrirse paso.

XXIX.

De aquel silencio aprovechando el Moro,
—" Conde," le dice " ¿ aguantas esta injuria ?
¿ Sufriras que marchite tu decoro
De un principe insolente la lujuria ?
Vengate del que roba tu tesoro.
Sangre pide el baldon. Del Miño al Turia
Bañen torrentes de rojiza espuma
La escena do tu infamia se consuma;

XXX.

" Tu ignominia y deshonra. Este lenguaje
No es para un Godo placentero arrullo.
Mas atroz es empero el fiero ultraje
Con que un garzon audaz hiere tu orgullo.
Infiel soi á tus ojos: soi salvaje.
Mas el que ajase impavido el capullo
De la virjinidad de una hija mia,
¡ Vive Alá ! que a mis plantas moriria.

XXXI.

" ¿ Qué te falta ? ¡ Dinero ! Amplios tesoros
Aguardan tu señal: habla, y los tienes.
¿ Ejercitos te faltan ? Cien mil moros
Sustentarán la causa que sostienes.
Cenizas, destruccion, miseria y lloros
Dispierten a Rodrigo. De sus sienes,
La corona de España se desprenda.
Las tuyas son mas dignas de esta prenda.

XXXII.

"Si tu recelo el alto don reusa,
Porque mi voz humilde te parece,
Sabe que no es Tarif, es el gran Musa
Quien las armas del Africa te ofrece.
El tu pasiva neglijencia acusa.
Su alfanje, que invencible resplandece,
Cuando a contraria hueste se avalanza,
El trono te asegura y la venganza."

XXXIII.

Como el hombre que en grave pesadilla,
Del mal y el bien los dos extremos toca,
Y ya a su mente la esperanza brilla,
Ya en horrible despecho se desboca;
Ora lo amaga barbara cuchilla,
Ora lo besa perfumada boca,
Y no sabe qué juzgue, ni qué crea,
Y tiembla, y suda, y jime, y titubea;

XXXIV.

O cual conspirador, que, ya dispuesto
Para el dia siguiente el estallido,
Ya se imajina alzado en alto puesto,
Ya, frustrada su empresa, perseguido;
Si retracta los planes que ha propuesto,
Victima viene a ser de su partido,
Y si el plan que forjó le sale falso,
No tiene otro recurso que el cadalso;

XXXV.

Tal el padre infeliz, que de repente,
De tan gran novedad se desayuna,
No sabe en qué lugar fijar la mente,
De los dos que le ofrece la fortuna.
Aqui ve hundida en deshonor la frente;
Alli ve la triunfante Media-Luna,
Constante objeto de su ardiente saña,
Señorearse esplendida en España.

XXXVI.

La flor de su nobleza ve marchita;
Se ve a sí mismo en triste cautiverio;
Pero recuerda que ha de ser mezquita,
Parroquia, catedral y monasterio.
A un Moro viejo que en Bagdad habita,
Se humillará servil Cristiano imperio;
Y el que por induljencias marcha a Roma,
Adorará el sepulcro de Mahoma.

XXXVII.

Escrupulo y pasion, con igual brio,
Traban asi en el Conde lid funesta;
Pero le dice el otro :— " Tengo frio,
Y no me voi de aqui sin la respuesta."
—" Deja," le dice el Conde, " que a mi tio,
Consulte sobre el caso y la propuesta.
Cuenta el dinero, y ten listas las tropas,
Y aguardaré el aviso de Don Opas."

XXXVIII.

Ora a un numen plebeyo, que su vida
Pasó en humilde puesto, respirando
La atmosfera de choza reducida,
O de modesto bosque el soplo blando,
Presta, oh Musa, potente voz, henchida
De estrepitoso acento, que imitando
La frase que en palacio hablarse suele,
De palacio los crimenes revele.

XXXIX.

Llevame por la mano, sin que vície
Su exalacion un alma sana y pura,
A la cuadra do en placida molicie,
Reposan la opulencia y la impostura.
Donde en artificiosa superficie
Su dardo vela corrupcion impura;
Donde el poder con majico embeleso,
Ponzoña comunica en dulce beso.

XL.

Siga el numen audaz, si tú lo guias,
De ambicion la intrincada y curva senda,
Y el curso de las negras arterías,
Que sirven a su colera tremenda.
Maquinaciones barbaras e impias,
Aparezcan al mundo, sin la benda
Con que lisonja vil las desfigura,
Para que adore y calle plebe oscura.

XLI.

A la morada arzobispal, do abriga
Negra traicion sus miras incompletas,
Tú invisible me lleva, y de la intriga
Descubreme las cabalas secretas.
No empuño en diestra mano pluma amiga;
No escribo boletines ni gacetas.
Mi gusto es arrostrar libre de miedo
Del magnate el rencor, ora que puedo.

XLII.

Y ¡ ojala en exaltada jerarquia,
Se colocase siempre noble y grave,
El que docil y fiel de la Poesia,
Escucha y sigue inspiracion suave!
La humilde historia con venal falsia,
Del delito, si quier, pierda la llave,
Para que los futuros eruditos,
Confundan las virtudes con delitos.

XLIII.

Mas el mortal que en inspirada rima,
Puede hablar de los dioses el lenguaje,
¿ Por qué la dote exelsa desestima,
Complice ciego del comun ultraje?
Sello de execracion al vicio imprima.
Prodígue a la virtud puro homenaje;
Y cuando a la verdad pague tributo,
No espere de sus penas mejor fruto.

XLIV.

Yo, a quien fortuna vacilante ajita,
Cual hoja que huracan feroz menea,
Y ya con puntas asperas me irrita,
Y ya mi faz en dulce soplo orea,
Lo que el social comercio necesita,
Lo que es obligacion, lo que es tarea,
Pago sumiso en rutinera prosa.
Pero escribir en verso es otra cosa.

XLV.

Si de pronto en la mente conmovida,
Inesperado rapto sobreviene,
Ya mi vida se cambia en otra vida,
Que en rejion mas sublime se mantiene;
Ni el poder con su fuerza me intimida,
Ni la opinion adusta me contiene.
Y saboreo en esta altura un goce,
Que el vulgo de coplistas desconoce.

XLVI.

Desparece la escena que circunda
Mi mirada: la escena vergonzosa,
Donde soberbia audaz, protervia inmunda,
La frente cubren de jazmin y rosa.
Inefable placer el pecho inunda,
Cual en la primavera deliciosa
De mi patria feliz, benigno aliento,
Vierte en el aura amor, paz y contento.

XLVII.

No solo entonces libre se despoja
De traba y de pavor la fantasia,
Sino que la razon con rienda floja,
Deja la senda en do marchar solia;
Y esa armazon falaz que la sonroja
Con el nombre de ciencia y de teoria,
Obra que el mundo reverente acata,
Por sí misma se hunde y desbarata.

XLVIII.

Desnudo y solo el crimen e indefenso
Se presenta, sin corte que lo siga,
Disipada la nube de impio incienso,
Con que la imbecil masa lo atosiga.
Lleno entonces de orgullo digo—" pienso ;
Soi dueño de mi mente ; y no la intriga,
No ansia de lucro, ni temor del palo,
Me haran decir que es bueno lo que es malo."

XLIX.

El que en sus venas languidas, la fiebre
Calorosa no siente en que me inflamo,
A quien pagáre mas grato celébre,
Y orne su frente con pomposo ramo.
Despues, docil cuadrupedo, al pesebre
Acuda, y coma lo que diere el amo ;
Y si se digna hacerle una caricia,
Reciba sus palmadas con delicia.

L.

Que asi viven millones de individuos,
Oficinas llenando y tribunales,
Y comiendo gustosos los residuos
Que arrojan sus patronos liberales.
Siempre do sopla la fortuna, asiduos,
Siempre al poder sumisos y leales,
Cuando de ser poder el poder cesa,
Se quitan de su vista a la francesa.

LI.

No era Don Opas de esta clase. Adicto
Por sangre y por cariño a noble raza,
Que perdio el cetro, se mantubo estricto
En el arduo deber que el honor traza.
Desafiando audaz todo conflicto,
En la primera coyuntura emplaza
La destruccion de un joven que envilece
Cetro que empuña y pueblo que obedece.

LII.

De Witiza los hijos despojados
Del solio, sus parientes y pupilos,
Vivian en abrigos retirados,
Seguros en verdad, mas no tranquilos.
Eclipsado esplendor, triunfos pasados,
Hiriendo el pecho con agudos filos,
Mantenian constante el pensamiento
En un inesperado movimiento.

LIII.

Tal prestijio en sí lleva la corona.
Todo aquel que la ciñe, si la pierde,
La esperanza de asirla no abandona,
Que es arbol siempre vivo y siempre verde.
Yace Luis sumido en su poltrona ;
No hai en Francia un mortal que de él se acuerde ;
Mas quiere el trono, y nada le hace mella.
Y al fin y al cabo se salio con ella.

LIV.

Mas de una vez Don Opas, que a Witiza
Y a su ambicion, guardaba fe sincera,
Con soplo astuto y recatado atiza
De la guerra civil la horrible hoguera.
Pero su celo audaz halló ceniza
Donde encontrar creia llama fiera.
Sus hechuras, en languido egoismo,
Llamaban lealtad al servilismo.

LV.

La *lejitimidad* era su norte,
Llamando *usurpador* a su enemigo ;
Porque no manejaban el resorte,
Y no les daba el succesor abrigo,
Murmuraban del jefe y de su corte,
Hablaban de venganza y de castigo,
Y de librar a España de su mengua.
Enfin, eran mui bravos—con la lengua.

LVI.

Uno decia: "No me meto èn eso."
Otro: "La Relijion no lo permite."
A este le agrada tanto el arduo peso,
Que no hai poder humano que lo exite.
Aquel aguarda que con torpe exeso
El mismo Rei la empresa facilite.
Cuentan que dijo un Godo mui sensato:
"¿Quien va a poner el cascabel al gato?"

LVII.

Respuestas son de molde, que en la crisis
De los pueblos, repite un vasto coro,
Cuando yacen en torpe paralisis,
El honor, el orgullo y el decoro.
Y si con filosofica analisis
Se busca el jermen a tan gran desdoro,
Se encontrará en aquel *dolce far niente*,
Que es de la esclavitud rasgo eminente.

LVIII.

Mientras mas se espolea y sobrecarga
A eso que llaman pueblo, y mas se ofende,
Mas en honda modorra se aletarga,
Y mas de su baldon se desentiende.
Bien puede el opresor doblar la carga.
Todo le sale bien de cuanto emprende.
Como el camello, dobla la rodilla,
Porque no se moleste quien lo ensilla.

LIX.

Sé que el pueblo se enfada algunas veces;
Sé que suele tambien hacer justicia.
Mas si se ajitan de un barril las heces,
¿No se mezcla al buen vino la inmundicia?
Furia, pillaje, envidia, son los jueces
De esta sangrienta causa. La malicia
De un necio grita, y luego siguen otros,
Como al manso las vacas y los potros.

LX.

La victima cedio, y el candidato,
Circundado de aplauso se presenta;
Hai Te-Deum, cohetes y aparato;
Do quiera el gozo público fermenta.
Pasan meses, y el pueblo mentecato
Dice con faz hundida y macilenta,
Despues de derramar llantos opimos:
"¿No era mucho mejor el que perdimos?"

LXI.

La causa de este mal es un sofisma,
Que adopta ciegamente el hombre honrado.
Con la revolucion y con el cisma,
Piensa que está el achaque remediado.
La libertad es buena por sí misma;
Mas no nace en terreno abandonado.
Si no la fertiliza diestro surco,
Tan libre sera el libre como el turco.

LXII.

La libertad es cosa que se aprende,
Que cuesta siglos de experiencia amarga.
Un pueblo no la estudia, y no la entiende,
Sino tras lucha sánguinosa y larga.
Lo bueno cuesta caro. ¿Qué pretende
La rebelion? ¿Al suelo echar la carga?
Facil es: con pandillas y alborotos,
Los vinculos mas fuertes quedan rotos.

LXIII.

Si tras el alboroto y la pandilla
Sale un disertador o muchos de ellos,
Con un plan especioso, donde brilla
Cumulo vasto de principios bellos,
La jente al nuevo rejimen se humilla;
Deslumbran a la masa sus destellos;
Se dan la enhorabuena los cofrades,
Y todos ven llover felicidades.

LXIV.

Y llueven en verdad cargo y asenso,
Y se crean empleos infinitos,
Y se embriagan en suave incienso,
Mui horondos, los nuevos favoritos ;
Y el porvenir "ofrece un campo inmenso,"
Segun los periodicos, escritos
Con severa razon y estilo culto,
Y sin un galicismo ni un insulto.

LXV.

Empero conservar esa conquista
No es tan facil. Los habitos añejos
Pervierten la razon, turban la vista,
Dan color de verdad a errores viejos.
De aqui resulta una existencia mixta,
Cambio incesante de hombres y consejos,
Favoritismo, tropelia, engaño ;
Lo mismo exactamente que hubo antaño.

LXVI.

Don Opas no entendia nada de esto ;
Porque en aquellas eras no existia
La doctrina politica : repuesto
De la mas intrincada algarabia.
No ocupaba el saber el primer puesto.
Mucho se obraba y poco se sabía.
El furor de la masa turbulenta
Echaba al suelo un trono : no la imprenta.

LXVII.

Viendo cuan vanos eran sus conatos,
Dijo Don Opas entre sí : "Paciencia ;
Ya que lo quieren estos insensatos,
Consumanse en brutal indiferencia.
Cubran mi mesa suculentos platos ;
Brillen en casa el lujo y la opulencia ;
Mantenganse los sacos de oro llenos,
Y haya buena salud : del mal el menos."

LXVIII.

Es preciso saber que el buen prelado,
De Sevilla y Toledo juntamente
Empuñaba feliz doble cayado,
Doble renta cobrando exactamente.
De la poligamia el atentado,
Pierde ya su caracter delincuente
En las categorias relijiosas.
Alli son permitidas dos esposas.

LXIX.

De los ultramontanos la doctrina
Facilita esta práctica: bien hecho.
Los contrarios en charla peregrina,
Los canones alegan y el Derecho.
Empero la razon el peso inclina
Do se inclinan el lucro y el provecho.
¿No tiene un mercader dos o tres tiendas?
Pues tenga un padre dos o tres prebendas.

LXX.

Con los ultramontanos me acomodo,
Tipos de singular condescendencia;
Ellos nos dan remedio para todo;
Todo cabe en su elastica induljencia.
Mas como en tiempo del imperio godo
A sus anchas andaba la conciencia,
Y los *ultras* callaban y los *citras*,
El buen Don Opas se ciñó dos mitras.

LXXI.

Con sus productos en feliz holganza,
Y en muelle olvido y languida pereza,
Tal vez el aguijon de su venganza
De su filo embotaba la agudeza
No lo acuso de torpe destemplanza,
Ni sé como gastaba su riqueza;
Mas ningun escritor de aquellos dias
Cuenta sus fundaciones de obras pias.

LXXII.

Subito lo sacó de su letargo
Carta de Don Julian, larga y prolija,
Que era un comento tetrico y amargo
Sobre el concubinaje de su hija.
" Si quieres," dice, " tomaré a mi cargo
Que este fatal desorden se corrija;
Ya que Cristianos manchan mis laureles,
Lavarán su inmundicia los infieles.

LXXIII.

" Solo falta que ilustres mi ignorancia,
Y calmes los escrupulos que abrigo.
¿ Es lícito tratar sin repugnancia
Al enemigo de la fe, de amigo ?
¿ Habrá quien luego absuelva mi arrogancia,
Si por que se le antoja a Don Rodrigo
Dar rienda a su apetito con la Cava,
En sangre goda mi baldon se lava ?"

LXXIV.

—" ¡ Que tenga yo un sobrino tan salvaje !"
Clamó Don Opas, dando un golpe recio;
" Se fija en un pueril concubinaje,
Y mira el honor patrio con desprecio.
De principes amigos el ultraje,
El corazon no inflama de este necio;
Y se enfada por esas niñerias
Que estamos viendo aca todos los dias."

LXXV.

Toma la pluma, y fragua una respuesta
Digna de aquella singular consulta.
" ¿ Qué ignominia," decia al Conde, " es esta,
Que tu imajinacion crea y abulta ?
Sea tu hija casta o deshonesta,
¿ Qué daño o qué provecho te resulta ?
¿ En la prenda mas frajil de una hija,
Un adalid valiente su honor fija ?

LXXVI.

" Fija el tuyo mas bien en la alta empresa
Que a toda España el ánimo electriza.
De esclavitud infame yacen presa
Los claros herederos de Witiza.
Luz que brilló magnífica es pavesa ;
Fuego que ardio vehemente es ya ceniza.
Borrese de Witiza el vilipendio
Con espantoso y jeneral incendio.

LXXVII.

" ¡ Una corona te seduce ! Tonto !
Una corona es un joyel liviano,
Que el aliento deslustra : no mas pronto
Disipa airado viento el humo vano.
Yo mas arriba mi ambicion remonto ;
¿ Qué sirve un cetro en impotente mano,
Si vive el que lo empuña en ansia eterna ?
Mejor es gobernar al que gobierna.

LXXVIII.

" Con ese Moro amable que te estrecha,
Toda dificultad la astucia zanje.
Sus ofertas benignas aprovecha ;
Liga tu agudo acero al corvo alfanje.
Renuncio a tu amistad, si en esta fecha,
Puesto al frente de intrepida falanje,
Con ella a nuestra España no galopas.
Toledo y Mayo veintitres. Don Opas."

LXXIX.

Como en el liso prado la corriente
Timida se resbala, lenta y floja,
Y mueve su cristal tan blandamente
Que apena el cesped de la orilla moja :
Mas, si llega al declive, de repente
Con espumosos impetus se arroja,
Y en vez de susurrar, furiosa muje,
Y arbol y peña arrastra en fiero empuje ;

LXXX.

Asi el debil mortal, a quien concita
La pasion, y detiene la flaqueza,
De un impulso lijero necesita
Para estallar en horrida fiereza.
Ya no calcula, teme ni medita;
Todo consiste en empezar. Si empieza,
Al cabo ha de seguir, sin que lo ataje
Temor de perecer en el viaje.

LXXXI.

Asi el Conde, leyendo la misiva
De Don Opas, de pronto se arrebata,
Y siente por las venas fuerza activa,
Que con vigor potente se desata.
Inmensa y deliciosa perspectiva
Se presenta a su mente, y solo trata
De enviar un amigo en dilijencia,
A negociar nocturna conferencia.

LXXXII.

Asi juegan los grandes con los chicos;
Asi, moviendo perfido resorte,
Un pueblo entero se hace mil añicos,
Por dar gusto a un parasito de Corte.
Debiles, fuertes, sabios, pobres, ricos,
No espereis que el poder la rienda acorte
Al fatal infortunio que os decreta,
Para saciar el ansia que lo inquieta.

LXXXIII.

Si atraviesa un filantropo rejiones
Donde vivio la paz algunos meses,
Y ve colgar magnificos festones
De la vid, protectora de amplias mieses;
Y blanquear lanudos los vellones
Entre grupos de pinos y cipreses,
Y verdear frondosas las praderas,
Al lado de amarillas sementeras;

LXXXIV.

Y entrando en la ciudad, oye el ruido
De las activas máquinas, y el roce
Del incesante negociar, nutrido
Por cálculo sutil y accion veloce;
Y el doméstico hogar ve guarnecido
De paz benigna y de inocente goce;
Y en esta perspectiva se recrea,
Y en grato porvenir fija la idea;

LXXXV.

Piense que todo dura, lo que tarde
Loca ambicion en inspirar el seno
De un imbecil quizas, o de un cobarde,
Mente de plomo, y corazon de cieno.
Lance un grito no mas, vera cual arde
La escena hermosa, y cual retumba el trueno,
Y cual la muerte y el incendio cunden,
Y todo lo aniquilan y confunden.

LXXXVI.

Siempre ha sido lo mismo, dicen todos.
Es verdad: el poder siempre es el mismo.
Pero, al menos, los Arabes y Godos
No cubrian de rosas el abismo.
Hoi con mil artificios y recodos
Quiere hacernos creer el despotismo
Que en nuestro bien trabaja y se desvela ....
Es mui gorda la pildora y no cuela.

LXXXVII.

Hasta la lei de Dios terrible y santa,
Para ocultar sus crimenes implora;
Y el que la huella con impura planta,
Con ella misma sus excesos dora.
Antes la hipocresia no era tanta,
Ni con máscara vil y engañadora,
Cual diplomacia exotica y confusa,
Disfrazaron su plan el Conde y Musa.

LXXXVIII.

No habia protocolos ni gacetas,
Máquinas de sofisma y de patraña,
Que con frases pomposas y discretas
Convierten en blandura lo que es saña;
Ni en narcoticas rimas los poetas
Daban a la politica artimaña
Barniz de convulsiva fraseolojia,
Que desde media legua huele a lojia.

LXXXIX.

El crimen era crimen, pero franco,
Y decia a las claras: "esto quiero."
No aspiraba a tornar lo negro en blanco,
Ni quitaba a su victima el sombrero.
Ni al amarrar a un misero en el banco
Lo alagaba con tono lisonjero;
Ni decia el poder al sacerdocio:
"Partiremos el lucro del negocio."

XC.

Juzgabase una causa en la palestra
Cuerpo a cuerpo: sistema aborrecido,
En que el fallo pendia de la diestra,
Y pagaba las costas el vencido.
Mas hoi la ilustracion ¿ como se muestra?
¿ En esto hemos ganado o bien perdido?
El influjo, cual antes la pelea,
¿ No dicta los oraculos de Astrea?

XCI.

Llamese fuerza, o bien llamese influjo,
¿ Qué importa lo que diga el Diccionario,
Si bajo el grave peso yo me estrujo,
Cuando estrujar debiera al adversario?
Que ganen la belleza, el oro, el lujo,
Al favor de vascuence formulario,
O el tajo y el reves de estoque y daga,
¿ Al fin no es la Justicia quien la paga?

XCII.

Y a proposito, ¡ qué ruin pobreza
La del célebre idioma castellano!
Justicia es la verdad y la pureza,
Y *Justicia* es un juez y un escribano.
Y asi cuando me oprima con fiereza
Fallo vendido por proterva mano,
Dire correctamente y sin malicia:
¡ Qué cosa tan injusta es la Justicia!

XCIII.

Y para ser *Justicia* en el sentido
Metaforico, absurdo, de que trato,
¿ Se requiere, tal vez, ser buen marído,
Ciudadano provecto, hombre sensato?
No Señor: nada de eso se ha pedido.
¿ Filosofo, tal vez, o literato,
En quien profundo estudio deje impreso
Lo que es injusto o justo? —Nada de eso.

XCIV.

¿ No se exije del juez cumplida ciencia
Del ser mental? ¿ Del hondo mecanismo,
Cuya accion modifica la conciencia,
Y la convierte en templo u en abismo?
¡ Qué! ¿ No ha de conocer la íntima esencia
Del vicio y la virtud, para que él mismo
No quede entre los límites suspenso
De la virtud y el vicio? —Ni por pienso

XCV.

Pues ¿ quien me va a juzgar? Un mozalvete,
Que en seis años de oscura algarabia,
Logró cubrirse el craneo de un bonete,
Simbolo de precoz sabiduria.
Con esta iniciacion, y algun librete,
Que mas le ofusca el seso todavia,
No ha menester mas tiempo ni trabajo:
Bien puede echar sentencias a destajo.

XCVI.

Si juzga solo, malo; si con otros,
Peor mil veces, que esta jente unida,
Como cuando en manada van los potros,
Marcha al daño compacta y decidida.
Por experiencia lo sabeis vosotros,
Litigantes, que veis desvanecida
La esperanza que mas justa parece,
Si uno del Sanhedrin os aborrece.

XCVII.

En la primera instancia ¡ qué pareja !
Juez ignorante y escribano agudo.
Entre los dos la cosa se maneja;
¿ Qué puede al infeliz servir de escudo ?
No sirve alli razon, no sirve queja;
Su merced es un ente sordo-mudo,
Tieso, inflexible, inmovil cual muralla,
Que instruye el pleito solo, y solo falla.

XCVIII.

En la segunda, aunque diverso el modo,
No hai en el resultado diferencia.
Si son malas las partes ¿ qué es el todo ?
¿ Acaso cambia el número la esencia ?
¿ Y no hai quien nos arranque de este lodo ?
¿ No temen que se acabe la paciencia
Del que sufre, y un dia se amostace,
Y togas y golillas despedace ?

XCIX.

¿ Sere yo solamente quien me quejo,
Con mordaz intencion, de estos desmanes ?
¿ No saben que el achaque es mui añejo ?
¿ No decia lo mismo Campomanes ?
¿ Pues porqué contra todo lo que es viejo
De los nuevos se aplican los afanes,
Y contra todo esgrimen la cuchilla,
Menos contra la toga y la golilla ?

C.

Asi la espada de Damocles pende,
Y amenaza invisible fama, vida,
Familia y bienestar! asi se extiende
Do quiera la acechanza, apercibida
Por incognita mano, que sorprende
En su sueño al honrado, y de la herida
Siente el dolor y atormentado muere,
Sin ver el filo agudo que lo hiere.

CI.

Lejos del Conde y de Tarif estamos,
Y dando sin querer enorme brinco,
Del año setecientos diez, pasamos
Al de mil ochocientos treinta y cinco.
Con andar mas de prisa ¿ qué logramos ?
¿ Qué vamos a ganar si con ahinco
Perseguimos la historia paso a paso,
Para hallarnos al fin con un fracaso ?

CII.

Imitemos a ciertos oradores,
Que han adquirido fama en la tribuna,
Y a fuer de mariposas entre flores,
Las liban todas sin fijarse en una.
Alguno conoci de estos Señores,
Que para demostrar cuan oportuna
Sería una subida de Aranceles,
Sacó a luz a Zenobia y Praxiteles.

CIII.

Con todo, el interes que inspira el drama
Lleva tras sí la ardiente fantasia ;
En fuego activo el corazon se inflama ;
Sube a exelsa rejion la mente mia.
Los campos miro ya do se derrama
La usurpacion, y do rujiendo impia
Fiera discordia, su ponzoña vierte,
Y con ella terror, venganza y muerte.

CIV.

Miro la fuga del feliz magnate,
Que viviendo en delicia y en grandeza,
Por vez primera la cerviz abate,
Sumerjido en infamia y en pobreza.
La furia estrepitosa del combate,
Hiere su femenil delicadeza,
Y, rota la ilusion de rango y nombre,
Se acuerda, aunque mui tarde, de que es hombre.

CV.

Al arcediano respetable miro,
Muerto de miedo al ver que viene el Moro,
Abandonar con languido suspiro
La silla de nogal del ancho coro,
Para olvidar en tetrico retiro
De los sochantres el cantar sonoro,
Y el diezmo con que enchian viles legos
La amplia concavidad de sus talegos.

CVI.

Mas no es todo maldad ni todo ofensa;
Ni son todos los dias tan fatales:
Porque en la suerte del mortal compensa
La fortuna los bienes y los males.
Muere el dominio godo sin defensa;
Perecen sus apoyos principales:
Mas la nacion no muere. Sometida,
Va a recobrar mas fuerza y nueva vida.

CVII.

Se poblarán sus aridos desiertos
De cosechas, y bosques, y ganados,
Y en arenales languidos y yertos
Murmurarán arroyos plateados.
De dulce ritmo placidos conciertos
Enchiran los alcazares dorados,
Donde el poder, depuesto el agrio encono,
En grave ciencia apoyará su trono.

CVIII.

Ciencia desconocida que con ceño
Miró el hijo del Norte, embrutecido
Con la prosperidad, cuando a su empeño,
Cayó la gran ciudad en hondo olvido.
Ciencia que de profundo y largo sueño
Dispertará al hispano, cuando unido
Con su dominador en lazo fuerte,
Hombre se torne de vasallo inerte.

CIX.

Por vez primera la inmortal doctrina
Que en Grecia alzó la esplendorosa frente,
Y eleva al hombre a majestad divina,
Disipará las sombras de su mente.
Y se avergonzará de la mezquina
Fama que anheló un dia torpemente,
Cuando ciego vigor y fuerza bruta,
Eran de su existir lei absoluta.

CX.

Cordova ilustre en la frondosa orilla
Se elevará del Betis, derramando
De su potente y majestosa silla
Proteccion y saber en soplo blando.
Dispondrase magnífica en Sevilla
La escena de los triunfos de Fernando,
Que aunque Santo, fue un grande patriota:
Union que en estos dias no se nota.

CXI.

Y en la perla del Arabe, Granada,
Mansion de encantos, y placer, y holgura,
De vejetal riqueza coronada,
El mismo adornará su sepultura,
Dejando en la colina celebrada,
Do Alhambra fija esplendida estructura,
Memoria eterna de los bellos dias
Que eclipsaron despues guerras impias.

CXII.

¿ Porqué no es dado al numen que me aníma
Fiel trasladar a la expresion sonora,
La imajen interior, y en docil rima
Copiar las hermosuras que atesora ?
¿ Porqué falla la suerte que reprima,
Suspirando, la llama abrasadora
Que el seno abriga, mientra el labio inerte
De inspiracion los impetus pervierte ?

CXIII.

¡ Felices los poetas que arrogantes
Se lanzan a las aguas de Hipocrene,
Provistos de cadencias retumbantes,
Barniz que a toda inspiracion conviene !
Y en comodos y lisos asonantes,
(¡ Santa invencion !) su numen se mantiene
Sobre la altura del comun prosista,
Perdiendose en los aires de su vista !

CXIV.

¡ Feliz el que maneja con holgura
Del verso blanco el facil instrumento!
Sublime innovacion, que le asegura
Entre los inmortales noble asiento;
Y en elocuente epistola procura
Dar al lector, si no está soñoliento,
Narcotico eficaz y activo, conque
Abra la mano, caiga el libro, y ronque.

CXV.

En venturoso dia el verso blanco
Renacio para gloria de Castilla;
Con eso la Poesia no es estanco,
Ni un poeta la octava maravilla.
Ya al Pindo se concede paso franco;
Todo el que quiere su sendero trilla,
Si en darle la licencia estan conformes
Los escojidos que produjo el Tormes.

CXVI.

De estos santos varones el concilio,
Protector del anciano Anacreonte,
Quiso darle en España domicilio,
Con tal que al asonante se remonte.
Ademas decretaron que el Idilio
Sonase en todo prado y todo monte,
Arrinconando decima y quintilla
A vivir en taberna y en guardilla.

CXVII.

Hasta del consonante los principios
Se fijaron en reglas mas discretas;
Con adverbios en *ente*, y participios
En *ido* y *ado*, viven los poetas.
Se alzó la excomunion contra los ripios,
Para que esten las odas mas repletas;
Y para ennoblecer fiestas de damas,
Fueron las seguidillas epigramas.

CXVIII.

Para dar cima a tan gloriosa empresa,
Se trajo a colacion el patriotismo,
Y salio de las sombras de la huesa,
Lozano y vigoroso el arcaismo.
La ilustracion asi rauda progresa;
Asaz, *zus* y *magüer*, dan paroxismo
De gusto al que los nuevos dogmas sabe.
Ya no se dice *junto*, sino *cabe*.

CXIX.

"Tronó la alzada cumbre de Pirene."
Tronar es verbo activo, y mas en cumbre.
"El Galo tembló un nombre," porque tiene
De temblar nombres pesima costumbre.
"Chillante rueda arrulla al juez."—"Perene
Cruje el Atlas su vasta pesadumbre."
"Fragoroso rumor jira tremendo...."
—¿Entiendes, Fabio, lo que voi diciendo? (18)

CXX.

Lo confieso : no alcanza a esas alturas,
Rustica y sin disfraz, la musa mia :
Se expresa en tosca frase y rimas duras,
Cual a orillas del Tamesis solia.
Esas privilejiadas criaturas
Mantenganse de nectar y ambrosia.
Yo comere modesto humildes sopas.—
Vuelvo a tomar el hilo de Don Opas.

II.

" I have been abus'd, insulted, and betray'd.
My injur'd honour cries aloud for vengeance ;
Her wounds will never close."

EARL OF WARWICK.

I.

DE cuantos cuerpos en su jiro abraza
Naturaleza, y con su impulso mueve,
Un conjunto de jente en una plaza,
(No hai exajeracion) es el mas leve.
Quien el proyecto de moverlo traza,
Levante un solo grito si se atreve,
Y sabra de una vez, si no lo supo,
Lo que es la gravedad del sabio grupo.

II.

Un hombre solo opone resistencia,
No digo al grito, a la oracion verbosa.
Si hai muchos, cada uno su conciencia
A la conciencia del vecino endosa.
Abdica el individuo su prudencia,
Y en la prudencia pública reposa.
Y ¿qué es esta prudencia si se apura ?
Suma total de la total locura.

III.

Como corrompe el aire el gran conjunto
De emanaciones que un concurso exala,
Tal la opinion, cuando en el pueblo junto
El sentimiento y la razon se iguala.
Meditarás sensato un grave asunto,
Solo en tu gabinete o en tu sala ;
Comunica tu asunto a los vecinos,
Y verás como ensartan desatinos.

IV.

¿ Buscas la mayoria ? Toma el pulso
A todo el que en la junta charla o vota ;
Uno es un animal ; otro un insulso ;
El que es hombre de bien, no sabe jota.
A este siempre verás feroz, convulso ;
Aquel en vino y en placer se embota ,
Este es sangre, este almibar, este lodo.
Aqui tienes las partes de aquel todo.

V.

Mas toda diferencia se destruye
Si alguno lanza desatino enorme,
O inspiracion celeste se atribuye,
Sin que de la verdad nadie se informe.
Subito en todos el audaz influye ;
Extasis repentino y uniforme
Cunde veloz en la convulsa masa,
Y a mas de lo que el otro dijo pasa.

VI.

El que en reunion pacífica y discreta,
Por entusiasmo o con malicia dijo :
" Dios es Dios y Mahoma su profeta,"
¿ Creyo quedarse en este punto fijo ?
¿ O ya en su mente se ajitaba inquieta
La destruccion universal, que al hijo
Del Betis, y del Nilo, y del Eufrates,
Impuso leyes y ofrecio combates ?

VII.

Arrojalo su patria como impio,
Y lanza execracion a sus preceptos :
Mas le dio la desgracia nuevo brio,
Y aumenta el entusiasmo sus adeptos.
De mar remoto y apartado rio,
Bandadas de ladrones y de ineptos,
Acuden a alistarse a sus pendones,
Y a practicar ayunos y abluciones.

VIII.

De nuevo grita a la sumisa Arabia :
" Dios es Dios, y Mahoma es su profeta ;"
Voz que torrentes de furor y rabia
A la aterrada humanidad decreta.
Potente Alejandria, Atenas sabia,
Y Ormuz lejano, y abundosa Creta,
Oyen pasmadas el furioso grito,
Y tiemblan en sus bases de granito.

IX.

De la razon pacible no se cuenta,
(Por mas que el siglo su poder alabe)
Que exitase jamas una tormenta,
Cual promoverlas la impostura sabe.
Si alguna vez osada se presenta,
Ten por seguro que infeliz acabe,
O bien abandonada o perseguida,
O pagando su arrojo con la vida.

X.

Si la persecucion no se entroniza,
De leyes duras y de hierro armada,
Ni convierte a la victima en ceniza,
Cual hizo en otro tiempo Torquemada,
Otras hogueras en secreto atiza
La calumnia, con celo propagada ;
Y esgrimiendo en secreto el torpe filo,
Es una Inquisicion por otro estilo.

XI.

Si esta es ponderacion ¿ porqué no corre
Veloz la chispa que nacio en Oriente,
Y a la afligida humanidad socorre
Con mano compasiva ? ¿ De la mente
Porqué el espeso velo no descorre,
Y deja que domíne impunemente
Cada vez mas pujante la mentira,
Y ella le deja el campo y se retira ?

XII.

Si cuenta con tan célebres apoyos,
Con Socrates, y Newton, y Descartes,
¿ Porqué no manan limpidos arroyos
De razon y virtud por todas partes?
¿ Porqué ocultan su luz profundos hoyos,
Mientras sus victoriosos estandartes
Planta el error en los altivos muros,
Y alli ondean vistosos y seguros?

XIII.

Si alguno del error niega el influjo,
Digalo yo, que aislado y sin testigo,
Contra su imperio embravecido rujo,
Y peso cada voz de las que digo.
Siempre su nombre en mí terror produjo;
He sido y sere siempre su enemigo;
Pero de cierto límite no paso,
Ni digo lo que siento sobre el caso

XIV.

Porque si dejo libre andar al estro,
Y traslado fielmente lo que dicta,
¿ Quien me podra evitar golpe siniestro
Que el vulgo lance con su fuerza invicta?
El vulgo es el señor, y es el maestro.
Ante su tribunal, siempre convicta
Resulta la verdad. Si el vulgo falla,
Triunfa el sofisma, y la justicia calla.

XV.

¿ Qué remedio? Paciencia; y el que fije
Las plantas fuera del comun lindero,
Si la prudencia su vigor no rije,
Doblese humilde al esgrimido acero.
Quien al tropel comun la voz dirije,
O no espere guardar su honor entero,
O si en verdades duras se desmanda,
Podra dejar la piel en la demanda.

XVI.

Todo está compensado en este mundo.
La razon no produce esos portentos,
Ni hace estallar resorte furibundo,
Que del orbe sacude los cimientos.
Mas, cuando el hombre en meditar profundo,
Sube a los encumbrados elementos
De su ser, y en su ser halla un arcano,
Que se oculta a los ojos del profano ;

XVII.

Cuando de inspiracion la llama prende
Dentro del seno, y leve se levanta
La fantasia, y los espacios hiende,
Y aun mas alla sus vuelos adelanta ;
Y la mirada desde alli desprende,
Y al suelo mira, y ve locura tanta,
Laureles falsos, meritos postizos,
Sabios tan necios, necios tan rollizos ;

XVIII.

¿ A este placer cual otro se compara ?
¿ Mirará quien lo goza, con envidia,
Poder, mando, riqueza, a quien prepara
Destruccion la calumnia o la perfidia ?
¿ O al que su vida inutil acibara
Con falsos goces o mortal desidia ?
¿ O al que viendo la caja de oro llena,
Clama en fiero terror : " es sangre ajena ?"

XIX.

Larga ya es esta digresion. Tornemos
Al Oriente. Resuena en su distrito
Grito de asolacion. Cien mil blasfemos
Se arman furiosos, y el horrendo grito
Propagase de Arabia a los extremos
Del mundo. Un jenio destructor, maldito,
Rompe al oirlo su prision sombria,
Y se frota las manos de alegria.

XX.

Su nombre es Fanatismo. Mis lectores
Conocen mui de cerca al personaje.
Yo, hablando francamente, mis colores
No gasto en describir su jesto y traje.
Hemos tenido ciertos sinsabores,
Y no quiero que nadie me aventaje
En imparcialidad; y, a mas, la jente
Que lo circunda es mucha y es potente.

XXI.

A su imperiosa voz, Caled el fiero,
Que sangre y destruccion deja en su rastro,
Jura extinguir bajo el terrible acero,
La patria de Dario y Zoroastro:
Do el pastor a la sombra del palmero,
Y en templo de oro el satrapa, del astro
Velan devotos el fulgor inmenso
Con nubes aromaticas de incienso.

XXII.

De Cosroes los vastagos marchitos,
Desparecieron en mansion lejana.
Cedio la Persia a los extraños ritos,
Su culto, su esplendor, su pompa ufana.
Sus hermosos y esplendidos distritos,
Que reprimieron la ambicion romana,
Son hoi mansion de arenas y de espinas,
Do ni aun respetó el sable las ruinas.

XXIII.

Siria tambien, magnífica, opulenta,
Doblose al yugo triunfador. La cuna,
Donde del mundo se lavó la afrenta,
Se humilló a la potente Media-Luna.
Asi la marcha de los siglos lenta,
Asi en secretas vias la fortuna,
A los guerreros del Sepulcro fieles,
Preparaba desgracias y laureles.

XXIV.

Y el valle inmenso, donde el Nilo vierte
Fecundidad y dicha, a los pendones
Del Musulman, desanimado, inerte,
Cede sus encumbrados torreones.
De una familia numerosa y fuerte,
Sometieron los brios las lecciones
Del Koran: la amenaza y la promesa,
Con que intimida al hombre y lo embelesa.

XXV.

Llegó el raudal furioso a la comarca
Donde del mar al horrido desierto,
Traza en ancha rejion la esteril Barca,
Límite calcinado, y donde yerto,
Cual al funesto golpe de la Parca,
Roto parece el jeneral concierto
De la vejetacion, en alba arena,
Donde el soplo de vida nunca suena.

XXVI.

Y el caudillo invencible de la hueste, (19)
(Su nombre es Abdalá) les grita: "Hermanos,
¿Sera que esa barrera contrarreste
Vuestros brios? ¿Quereis que los Cristianos,
Dueños altivos del soberbio Oeste,
Alcen seguros sus impias manos
A una imajen de palo, y que la adoren,
Y que de Alá la prepotencia ignoren?

XXVII.

"¿Y que Tripoli, y Tunez, y Numidia,
Y el linde opuesto a la opulenta Gades,
A un culto de impiedad y de perfidia,
Sometan sus esplendidas ciudades?
Corramos, Musulmanes. El que lidia
Por nosotros, es Dios. De las maldades
Del infiel, no dejemos ni memoria.
Fijemos en el Atlas la victoria."

XXVIII.

Cual anades ruidosos que en gavilla
La madre fiel conduce, se detienen
De algun arroyo en la escarpada orilla;
Fija en la madre la mirada tienen,
Y ella calcula un rato, y luego chilla,
Y ellos a su mandato se previenen
En un momento, y al raudal se lanzan,
Y tras su guia el otro borde alcanzan;

XXIX.

Asi a la arena aquel tropel devoto
Se arrojó al escuchar la arenga pia
Del jefe, y entra en el confin ignoto,
Entonando furiosa algarabia,
Y repitiendo el sanguinoso voto
Que impone muerte o fe. Ya aparecia
En el fin del desierto bosque oscuro,
Y detras alza Tripoli su muro.

XXX.

Verlo y partir de pronto, sable en mano,
Cual hambriento gloton se precipita
Sobre el amplio jamon, que del Germano
La gravedad inalterable imita,
Fue un momento, y no mas. Pero el Cristiano,
Desde alta almena y solida garita,
Grita al caudillo: "ven, y ponnos cerco:
Veremos de los dos cual es mas terco."

XXXI.

Gregorio manda en la ciudad: prefecto
Del gran Heraclio, en quien Heraclio fija
Su esperanza: varon noble y provecto,
A quien no habra reves que el seno aflija.
Tipo de gracias y beldad perfecto,
Y de viril ardor, Zoe, su hija,
De su vejez los años hermosea,
Y defiende su vida en la pelea.

XXXII.

Con casco y peto de oro, que del seno
Fiel conserva el perfil voluptuoso;
Cima de plumas albas, cual ameno
Y ancho follaje de alamo pomposo;
Montada en yegua pia, que del freno
Sufre irritada el vínculo espumoso;
Cojida en pliegue airoso leve falda,
Rico manto de purpura en la espalda;

XXXIII.

Hierro español en mano, cual centella
Que aniquila y deslumbra, la Africana,
Como entre arbustos el cipres, descuella
Cuando en la hueste se presenta ufana;
A combatir al sitiador, con ella,
Sale Gregorio; y el pendon de grana
De Bizancio, custodian cien guerreros,
Que ansian teñir en sangre los aceros.

XXXIV.

Del sol en las corazas el reflejo
Da aviso al Musulman, y al arma toca;
Y mientra en colocarse está perplejo,
Frente a frente el Cristiano se coloca.
Era viejo Abdalá: pero aunque viejo,
Sus amorosos impetus provoca
La beldad, y al mirar de cerca a Zoe,
Fuerte apetito el corazon le roe.

XXXV.

Quiere mandar: pero la voz no puede
Resonar detenida en la garganta;
Mira otra vez a la amazona, y cede,
Y el Moro, al verlo timido, se espanta.
El cristiano escuadron, a quien precede
La intrepida doncella, se adelanta;
Cuanto se opone a su vigor destruye;
Confundese Abdalá, palpita y huye.

XXXVI.

No hai que decirlo: cuando el jefe corre,
Vuela el soldado, y se acabó el denuedo.
Por mas que el boletin la mancha borre,
Todos saben que el jefe tubo miedo.
En dos minutos Abdalá recorre
Mas largo espacio que medir yo puedo;
Persiguelo Gregorio, y con la lanza
Hacen los suyos barbara matanza.

XXXVII.

Puso fin a sus golpes vengativos
La noche, y Abdalá, muerta su fama,
Se acoje con sus restos fujitivos
A un bosque de laurel y de retama.
Alli los derrotados, pensativos,
Procuran aturdir sobre la grama
Su baldon: unos lloran, y otros rezan,
Otros callan, y o roncan, o bostezan.

XXXVIII.

Pero al rayar el dia, furibunda,
Se oye esta voz: "Indignos Musulmanes,
¿Asi cedeis a la canalla inmunda,
Cual palomas a fieros gavilanes?
¿Qué pensarán, cuando la nueva cunda,
Los Muftis, los Ulemas, los Imanes?
¿Qué diran de vosotros en la Meca,
Sino que sois soldados de manteca?"

XXXIX.

Era el que hablaba un joven que traia
Para aquel escuadron refuerzo corto.
Mancebo de exaltada fantasia,
Siempre en raptos asceticos absorto.
A la oracion mental de noche y dia
Consagrado; un frenetico, un avorto
Del fanatismo: a mas, su raza toma
Su orijen en la cuna de Mahoma.

XL.

Miraba como asilo vil la tierra,
Y sus delicias cual raudal veloce.
Dos leyes tubo: devocion y guerra,
Y era al par de benefico, feroce.
Decia: "¿Qué adelanta aquel que encierra
Sus mujeres? ¿qué sirven diez o doce?
Setenta y dos destina el Paraiso,
A todo fiel y bravo circunciso."

XLI.

Su nombre es Zobeir. Cuando su acento
Oyó Abdalá, que a un resto del Serrallo
Consagraba la aurora, como el viento,
Ciñendo el alquicel, monta a caballo.
Lo alcanza, y al notar tanto ardimiento,
Sumiso, como timido vasallo,
Le entrega el mando, y Zobeir lo admite,
Y nueva arenga al escuadron repite.

XLII.

A la que el viejo, para hacer notorio
Su brio, añade por post-data: "Fieles,
El que consiga dar muerte a Gregorio,
Que vilmente manchó nuestros laureles,
Veinte leguas de fertil territorio
Gozará, con sembrados y planteles;
Y si esta oferta vuestro ardor no aguija,
Tendra ademas la mano de su hija,"

XLIII.

Ya estaba apercibida a la batalla
La jente fiel a Cristo, guarneciendo
Vasta llanura. Cubre la muralla
Bravo presidio. Entanto recorriendo
Van las filas Gregorio y Zoe. Estalla
Simultaneo alarido, el cual oyendo
Zobeir, con los suyos acomete,
Haciendo con el sable el molinete.

XLIV.

Aquel arrojo inesperado ajita
La columna africana: mas contiene
Su turbacion la hermosa. Precipita
Zobeir nuevo empuje, y se mantiene
La fila inalterable; entonces grita,
Viendo que el Moro cauto se detiene:
"Creyentes, Dios es Dios: vengad su injuria."
Y cargan en pos de él con ciega furia.

XLV.

Tanto que rota en grupos y fracciones
La linea, y sin el alma que la rije,
Pelean en distintas direcciones,
Y cada cual do puede se dirije.
Rechazan personales agresiones
Los mas audaces, sin que nadie fije,
En muchedumbre tan confusa y densa,
Plan del ataque y orden de defensa.

XLVI.

No entraré a describir, porque no puedo,
Ni me alcanzan las frases ni las voces,
Aquel horrible y sanguinario enredo,
De hostilidades barbaras y atroces:
Furor, asesinato, injurias, miedo,
Golpes, heridas, gritos, fugas, coces,
Hombres ya sin cabeza, ya sin brazos;
Ya partidos en dos, o hechos pedazos.

XLVII.

En medio de la lid, no desampara
Zoe a Gregorio, y a su lado puesta,
Con incansable prontitud repara
Los golpes que a los dos el Moro asesta,
Zobeir, que lo busca, cara a cara,
Se le presenta al fin, y manifiesta
Tenaz empeño en ilustrar su mano,
Arrancando la vida al noble anciano.

XLVIII.

La espuela clava y desalmado enviste,
Y apunta al pecho la terrible lanza:
Mas doble lanza encuentra que resiste,
Con varonil e intrepida pujanza.
El despechado en el combate insiste,
Y cuando cuerpo a cuerpo al padre alcanza,
Y sacia en él su rabia vengativa,
Ya es de otro jefe la infeliz cautiva.

XLIX.

Despojala el infame de las prendas
Que la adornan, y espada y armadura,
Mientras ella da al llanto largas riendas,
Y con él mas realce a su hermosura.
Vencieron los profanos. A las tiendas
La gavilla triunfante se apresura,
Y Zobeir, que aplauso y premios huye,
Al viejo Moro el mando restituye.

L.

Cuenta la historia que Abdalá no supo
Quien dio muerte a Gregorio. ¡ Cosa extraña !
¡ Tanto desprendimiento en hombre cupo,
Tal siendo el galardon de tal hazaña !
Hasta que Zoe descubrio en un grupo
Al que vio tan de cerca en la campaña,
Y dando un grito, reveló el misterio,
Y se impuso a sí misma el cautiverio.

LI.

Mas él, humilde, aunque declara el hecho,
Y rechazar el galardon no pudo,
Dicen que respetó puro el derecho
De virtud y de honor: mucho lo dudo.
Aunque, por otra parte, de su pecho
Era la devocion potente escudo,
Y una sola beldad trocar no quiso,
Por las setenta y dos del Paraiso.

LII.

Tripoli humilla la encumbrada almena,
Y abre la puerta a nuevos soberanos,
Y del Koran el culto impio suena,
En el templo del Dios de los Cristianos.
Tiembla el Africa toda, triste escena
De abandono y dolor, y alza las manos
Al trono que a los bordes del Euxino,
Puso, como espantajo, Constantino.

LIII.

De cuantos tronos erijio el capricho
Del poder absoluto, no hubo un trono
Que llevase ventaja al susodicho,
En vicios, en incuria, y abandono.
Ya no era un trono, en fin, sino era un nicho,
Delante el cual en eco monotono,
Y en disputas exoticas y oscuras,
Chillaban frailes, y bramaban curas.

LIV.

Porque del fundador los favoritos,
Viendose en alto puesto entronizados,
Ya sin recelo de contrarios ritos,
Los talegos de escudos atestados,
No cual ante, abnegados y contritos,
Practicaron los dogmas venerados
Del que aterrando al malo con su ejemplo,
Purificó del tráfico su templo.

LV.

No ministros de paz, sino instrumentos
Eran de esclavitud. El poderio
Dividian con principes violentos,
Cuyo nombre en la historia causa hastio.
Y en vez de los sublimes documentos
De un codigo de amor suave y pio,
En necias y ridiculas cuestiones,
Malgastaban el tiempo y los pulmones.

LVI.

A la sazon luchaban con denuedo, (20)
Y era terrible el erudito choque,
Sobre innovar o no innovar el Credo,
Con la frase latina " filioque."
El Cesar infeliz, muerto de miedo,
No sabe como el fuego se sofoque ;
Y en sus años cansados y caducos,
Eran sus consejeros los eunucos.

LVII.

Hierve Constantinopla en lid horrenda.
El *si procede* y *no procede* zumba
Por todas partes. En palacio y tienda,
La jerigonza barbara retumba.
Aunque no hai un mortal que lo comprenda,
Una faccion a otra faccion derrumba ;
Hoi gana la batalla el " filioque,"
Y mañana anatema a quien lo invoque.

LVIII.

En medio de estas circunstancias graves,
Llega a la corte la fatal noticia,
Y en vez de apercibir tropas y naves,
Acusan a Gregorio de impericia.
No son por lo comun jentes suaves
Los señores eunucos. Su justicia
Dictó este garrafal fallo absoluto :
" Pague el Africa doble su tributo."

LIX.

Con estos desatinos criminales,
Que inspiran al poder esos reptiles
De su escolta, circulan a raudales
Pobreza, confusion, guerras civiles.
Africa debe a un principe estos males.
Dividense los animos. Serviles
Y liberales luchan como toros.
Unos quieren ser Griegos y otros Moros.

LX.

Mas poco a poco el Griego el cuello inclina,
Por miedo, por miseria o por cansancio:
Que a la nacion entera contamina
La peste de la corte de Bizancio;
Reclama el liberal nueva doctrina,
Que en su secta no es bueno lo que es rancio;
Y por fin, desde Barca a Tafilete,
Al Koran Mauritania se somete.

LXI.

Empieza entonces barbara tarea
De destruccion. Los Arabes adustos
Aplican ora el hacha, ora la tea,
A palacios, estatuas, aras, bustos.
Reducida Cartago a vil aldea
Queda en un santiamen. (Seamos justos:
Quien trazas no dejó de su recinto,
Fue aquel monarca amable: Carlos Quinto.)

LXII.

Tanjer sola conserva en el desdoro (21)
Jeneral, y en escena tan confusa,
Torres de marmol, cupulas de oro,
Grande riqueza, y poblacion difusa;
Gracias a aquel benigno y sabio Moro
Que la gobierna: el afamado Musa,
Quien no creia, en medio de su celo,
Que la barbaridad es grata al cielo.

LXIII.

Sobre lo cual hai varios pareceres,
Y no estan mui de acuerdo los doctores.
Algunos hai que miran los placeres
Del alma, como sierpes bajo flores.
Dicen mas todavia: "los enseres
Del aseo, jabon, pomada, olores,
Peine y esponja, son cosas de hereje:
Son acechanzas que el demonio teje."

LXIV.

En mi tierra hubo un fraile franciscano,
Que era de esta opinion, y daba ejemplo,
Pues siempre en su sermon, nariz en mano.
Estaban los devotos en el templo.
Yo le oi predicar: "Pueblo cristiano,
Cuando un cristiano huele bien, contemplo
Que metido el demonio a perfumista,
Hizo por este medio su conquista." (22)

LXV.

Otros, por el contrario: "La infinita
Sabiduria," exclaman, "que se plugo
En dar fragancia leve y exquisita
Del vejetal al delicado jugo;
Que con goce inefable nos exita,
Do quier se vuelva el hombre; que del yugo
Del existir alivia el grave peso,
Con inocente y placido embeleso;

LXVI.

"¿Sera que en estas redes cautelosas
Muerte prepare al descuidado seno,
Como perfida mano, que de rosas
Cubre la copa enchida de veneno?
¿No veis de sus miradas cariñosas,
De su paterna risa el orbe lleno,
Cual si al rayar en el Oriente el dia,
Nos gritase: 'gozad, que es obra mia?'

LXVII.

"¿Para qué en lo interior del alma puso,
Cual potente aguijon, vivo deseo,
Si movido por él el hombre iluso
De imperdonable crimen se hace reo?
A la lei de existir que nos impuso,
¿Como obedece el hombre, si el recreo
Que a la existencia nuestro esfuerzo exita,
Del que la lei nos dio la saña irrita?

LXVIII.

"¿ De qué sirve en el mundo la belleza,
Ese conjunto aereo y misterioso,
Que con vivaz impulso, en su pereza
Dispierta al alma, y en mirar ansioso
La fija, y derritiendola en terneza,
O alzandola con vuelo presuroso
A incognita rejion, le comunica
Vigor que la hermosea y santifica?

LXIX.

"¡Qué! ¡Lo hermoso no es bueno! ¿Al verlo jimo
De dolor? ¿Me horrorizo? ¿Se me hiela
La sangre? ¿El soplo del vivir reprimo,
Como cuando a mi vista se revela
Diforme la maldad? No: me sublimo
Mas bien a noble espacio, donde vuela
Feliz la mente sin que el vicio infame,
Con soplo ardiente y corruptor me inflame."

LXX.

Musa pensaba asi. Cuando un devoto
Censuraba su lujo y opulencia,
Decia: "¿ No nos da placer sin coto
Alla en el porvenir la Providencia?
Pues yo miro ese término remoto,
Y tengo de gozar harta impaciencia.
Alá puede tener algun olvido.
No Señor: lo seguro es lo comido."

LXXI.

Fiel al sistema que abrazó, modelo
De esplendor fue su alcazar, do no pudo
Del fanatismo el menazante celo
Dar rienda suelta a su despecho rudo.
Oro, plata, cristal y terciopelo,
De que mas de un altar quedó desnudo,
Cuadros, estatuas, marmoles, jarrones,
Ornaban sus magnificos salones.

LXXII.

Y al saber por Tarif que al fin el Conde
Clamaba por hacerle una visita,
Con el mas fino afecto le responde,
Y para aquella noche le da cita.
Como a tal personaje corresponde,
Le manda preparar cena exquisita,
Y decia entre sí: "Si él bebe y come,
Mucho sera que al cabo no se dome."

LXXIII.

Entra el Conde, se abrazan y se sientan;
Se hacen saludos, cada cual al modo
De su pais. Los guisos se presentan;
Come de todos ellos el buen Godo.
Pregunta el Musulman: "¿Qué tal te sientan?"
Dice el Conde: "Mui bien: rico está todo."
Concluye el postre; lavanse las manos,
Y quedan los dos solos como hermanos.

LXXIV.

—"Habla," le dice el Moro.—"No, primero,"
Dice el otro, "habla tú."—"Tú," dice Musa.
—"¡Yo!" dice el otro, "no. Soi forastero."
—"Eso," le dice el Moro, "no te excusa."
Insta el Conde otra vez con mas esmero;
Con mas empeño el otro se reusa;
Y en esta pesadisima comedia,
Los dos heroes gastaron hora y media.

LXXV.

En fin, le dice el Conde, "Vamos claros;
Entre buenos amigos no hai secreto.
¿Escrupulos qué sirven ni reparos?
Tu eres hombre de bien, yo soi discreto,
Y los hombres discretos son bien raros
En este mundo. Escucha: yo prometo....
Ya entiendes.... es decir.... yo te suplico....
Lo mismo viene a ser... pues... ya... ¿me explico?"

LXXVI.

—" Por las barbas divinas de Mahoma,"
Le dice el Musulman, "que no te entiendo."
Dice el Conde: "Pues, bien. Fuera de broma.
Las cosas no van bien: ya lo estás viendo.
¡ Pues qué ! ¿ tú piensas que Rodrigo . . . . . toma . . .
¡ Buen pichon es Rodrigo ! Conociendo
Yo su caracter . . . y cuidado . . . he sido
Leal: pero . . . tambien . . . ¿ me has entendido ? "

LXXVII.

—" Rebienta de una vez, y di si quieres,"
Dice el Moro, " o no quieres que deshaga
De un golpe el trono a cuyas plantas eres
Siervo ofendido: no ya trono: plaga
Que inficiona vasallos y proceres:
Monstruo que el jugo de los pueblos traga:
Simulacro pueril de fuerza inerme
Do un joven fatuo se arrellana y duerme.

LXXVIII.

" ¡ Qué ! ¿ No hai sangre en tus venas, ni en las venas
De esos que fueron godos y hoi muñecos,
Y no sienten sus grillos y cadenas,
Deslumbrados con galas y embelecos ?
Estan sin adalides las almenas,
Desierta la ciudad, los campos secos;
Pobre y envilecida España toda,
¡ Y esta es la suerte de la raza goda !

LXXIX.

" Tantos y tan intrepidos varones,
¿ Como pueden doblarse a un mozalvete,
Que no encuentra barrera a sus pasiones,
Y no hai derecho alguno que respete ?
Si él arranca continuas maldiciones,
¿ Porqué a sus injusticias os somete ?
¿ Quien convierte en blandura vuestro encono ?
¿ Es el respeto que teneis al trono ?

LXXX.

"¿Qué es un trono? Un jiron de terciopelo,
Y unas tablas de pino; y los Cristianos
Se figuran estupidos que el Cielo
Esta armazon sostiene con sus manos.
Y al verlo, doblan la cerviz al suelo:
Y si sonrie el que lo ocupa, ufanos
Se envanecen, y tiemblan si se enoja;
Mientras él los estruja y los despoja.

LXXXI.

"¿Qué fuera España, en otras manos, Conde?
¿Qué fuera esa rejion, bella, escojida,
A la que el Ser que en el Zenit se esconde,
Pródigo vierte el jermen de la vida?
De esas llanuras, de esos valles, donde
Fecundidad derrama sin medida
Tesoros de abundancia y de delicia,
Que vuestro orgullo fatuo desperdicia?

LXXXII.

"Naturaleza se apresura a daros,
Con profusion, la holgura y la riqueza.
Necios ¿qué haceis vosotros? Sepultaros
En inaccion, en ocio y en pereza.
Los ricos-homes, los varones claros,
Consumen en la frivola grandeza
De la corte sus dias, y del trono
Sostienen la maldad con su abandono.

LXXXIII.

"Y ese rebaño embrutecido y necio
Que se llama nacion, ¿qué pito toca?
A torpes paparruchas dar gran precio;
Pasar el dia inmovil como roca;
Devorar la ignominia y el desprecio;
Y si un mendrugo al fin lleva a la boca,
Decir: 'Gracias a Dios: gané el sustento,
Coscandome a la puerta de un convento.'

LXXXIV.

"¿ Adonde estan las fábricas, las lonjas,
Los caminos, los puentes, los canales ?
No es eso lo que abunda : curas, monjas,
Duques, Condes, priores, provinciales.
Esa es España : huecos como esponjas,
Los que chupan los jermenes vitales
Del pueblo, se arrellanan en la silla,
Diciendo : 'esta es la octava maravilla.'

LXXXV.

"¿ Como quereis que no os desprecie Roma,
Y el Franco, y el German, y el mundo entero ?
Cuidado con el Franco : por Mahoma,
Que es de vuestros contrarios el primero.
Si alguna vez por el Pirene asoma,
Ya os oigo decir : pies ¿ para qué os quiero ?
Ora de amigo se introduzca, o vibre
Contra España el acero, Dios os libre."

LXXXVI.

Aqui, segun refiere un anticuario,
Detubo Musa un poco el raudo acento ;
Padecia un ataque pulmonario,
Y ya le precisó tomar aliento.
Mientras, yo hare un lijero comentario
De sus ultimas frases, y lo siento,
Pues (aunque sea confesion amarga)
El Moro tubo la nariz mui larga.

LXXXVII.

Desde el dia en que holló los Pirineos
Aquel tan buen Señor, Felipe Quinto,
Conjunto de pueriles devaneos,
Masa impulsada por ajeno instinto,
De nuestros gloriosisimos trofeos
No guardó seña el español recinto.
Los Españoles se volvieron trastos,
Teniendo a su cabeza un rei de bastos.

LXXXVIII.

En pos de él nos llegaron por la posta
Miles de saltimbanquis matachines,
Que inundaron la España, cual langosta,
Que se arroja a sembrados y jardines.
Ansiosos de medrar a toda costa,
Estos aventureros parlanchines
Empezaron por darnos su lenguaje,
Su gobierno, sus usos y ropaje.

LXXXIX.

Ya no fuimos nacion, sino colonia;
Hombres no fuimos ya, que fuimos micos
De esos, que sin usar de ceremonia,
Nos trataban de necios y borricos.
Por cintas y por agua de Colonia,
Les dimos el honor y los bolsicos.
Con sus brochuras, modas y embelecos,
Nos dejaron de plata y virtud secos.

XC.

Convirtiose Madrid en vasta feria
De insustancialidad y galicismo,
Y remachando el clavo a la miseria,
Ligose el galicismo al fanatismo.
Los ricos-hombres de la noble Hesperia,
Se sepultaron en el sucio abismo
De una corte inmoral, pueril, abyecta:
Del *tripot* de Luis copia imperfecta.

XCI.

Ya de Luis los fieros estandartes
No daban leyes al vencido mundo,
Y el protector antiguo de las artes
Era un beato debil e iracundo.
Soplaba en torno de él por todas partes,
La corrupcion su aliento nauseabundo.
Velado en negro eclipsis aquel astro,
De su antiguo esplendor no quedó rastro.

XCII.

Y como el vicio en él era costumbre,
Dio rienda suelta en su vejez al vicio,
Cediendo en vergonzosa servidumbre
A una vieja, modelo de artificio.
Cayó en vil fango de exaltada cumbre,
Y juguete de infando maleficio,
Sujetó su conciencia y su palacio,
Al astuto satelite de Ignacio.

XCIII.

Retrato fue de este conjunto odioso
De flaquezas y vicios nuestra España,
Perdída del contajio ignominioso
Que dio a su suelo una familia extraña:
Helado ya el aliento vigoroso,
Padre de tanto honor y tanta hazaña:
Postrados sacerdotes y proceres,
Al pie de bailarines y mujeres.

XCIV.

Como si la infeccion con largo alcance,
Tambien helase naturales brios,
De la fecunda Iberia en aquel trance,
Quedaron los injenios mudos, frios.
Cayó el pomposo esplendido romance,
Cubierto de extranjeros atavios,
En manos de un tropel de mentecatos,
Que llamaban entonces literatos.

XCV.

Espurios hijos de una madre augusta,
Prostituyeron su vital pureza;
Y la matrona fertil y robusta,
Se amodorró en estolida pereza.
Declarando a su patria guerra injusta,
Llamando tosquedad su jentileza,
Daban una patente de salvaje,
Al que no repetia su lenguaje.

XCVI.

Ese colera-morbus que aun domina
De traducciones necias y triviales,
Escritas en idioma de cocina,
Llenas de solecismos garrafales,
Tubo principio entonces. Contamina
Todavia las gracias nacionales,
Esa jerga, o cabala, o logogrifo,
En que escribe P———, moderno Nifo.

XCVII.

Ya Musa vuelve a hablar: pero comprende
Que es preciso mudar de bateria,
Porque el estilo de su exordio ofende
Del Conde la escusable altaneria.
El curso de sus satiras suspende,
Y observando que el Godo reprimia
Su colera con horrido visaje,
El cambia el suyo, y toma otro lenguaje.

XCVIII.

"¡ Pobre Nacion! No es culpa suya. El cielo
Fue en adornarla jeneroso amigo:
Mas sometida a ese procaz mozuelo;
A ese joven sin rienda, a ese Rodrigo,
¿ Qué podra ser España? Roto el velo
Del pudor, transformada en vil testigo
De la disolucion, inmunda escena,
Do un amor criminal se desenfrena . . . . "

XCIX.

Entonces lo interrumpe el Godo: "Dame
Tu acero vengador. Muerte y ruina
Descarga de una vez sobre el infame,
Que el lustre de mi sangre contamina.
Como voraz incendio se derrame
Tremenda asolacion. ¡ Ah! Concubina
A la que es hija mia el mundo llama! . . .
Muera, muera mil veces quien la infama.

C.

"Su sangre pido y nada mas. Tu hueste
Triunfe, destruya, queme, robe, tale;
Nada me importa. España al yugo apreste
La cerviz. No me opongo. Lo que vale
Mas a mis ojos es la sangre de este,
Que arrostra impune mi furor. Exale
Bajo mi planta el postrimer suspiro.
Ese es el triunfo a que en mi rabia aspiro.

CI.

"Quiero que pague cada goce impuro
De los que saborea a costa mia,
Con herida mortal; que el velo oscuro
De la muerte, le robe el claro dia,
Con lentitud penosa; que mas duro
Que bronce el cielo, alargue su agonia,
Llenando sin piedad cada momento,
Con un siglo de angustia y de tormento.

CII.

"Y si para saciar mi justo enojo,
Fuerza es que del alfanje y de la tea
Tornese España misero despojo,
Y arda en discordias y en desdichas, sea.
Si como recompensa de tu arrojo,
Quieres que a España confundida vea
La Europa en fango y sumision profunda,
Como me vengue yo, que se confunda.

CIII.

"Piense si quier Don Opas, cuya vida
Pasa en los artificios cortesanos,
En preparar de un trono la caida,
Para alzar nuevo trono con sus manos.
Hija no tiene (al menos conocida)
Ni caben sentimientos mui humanos,
Como los que en mi alma abrigar puedo,
En quien es Arzobispo de Toledo.

CIV.

"Musa," prosigue el Conde, "con fe ciega,
Te abri mis recatadas intenciones;
Esa rejion feliz que el Betis riega,
Cubren tierras, castillos, posesiones
Sometidas a mi. Te las entrega
Mi amistad. No vaciles. Tus pendones
Las ilustren. Caballos, armas, ropas,
Nada hara falta. Cuenta con Don Opas."

CV.

Dijo, y habiendo señalado el dia,
Para que con Tarif se contratase,
Lo que tan grave empeño requeria,
Tomando siempre la traicion por base,
El Conde dijo a Musa que le urjia
Volver a Ceuta, donde en dulce frase,
Daria cuenta a todos de sus planes,
Seduciendo la tropa y capitanes.

CVI.

Todo depende de una coyuntura
Favorable. Hasta el crimen se despoja
De su horrenda y odiosa catadura,
Con tal que la ocasion feliz escoja.
El mismo crimen, que en la plebe oscura
Pierde al que lo comete, y lo sonroja,
En los que al pueblo con la fuerza oprimen,
Cualquier cosa sera: pero no crimen.

CVII.

¿Qué dijeron los Godos, comensales
Del Conde, cuando el caso les propuso?
"Magníficas ideas, liberales
Proyectos. Demos fin a tanto abuso.
Los Moros son sujetos racionales."
"Yo," dijo un personaje, "no reuso
Mis servicios: los presto de contado.
Bien entendido, que me den un grado."

CVIII.

Lo que Ceuta fue entonces, fue Bayona
Muchos siglos despues: risueño Oriente,
Donde empezo a brillar una corona,
Y todo el mundo le dobló la frente.
De personajes esplendente zona,
Llamaron alli sabio y exelente
Al que despues del triunfo de Castaños
Recibio tan curiosos desengaños.

CIX.

Ya lo he dado a entender: el sitio y hora,
Mudan de aspecto el crimen y la hazaña,
O, como diz la jente innovadora,
La "moral" de los pueblos. En España,
Entregar la nacion a jente mora,
Detestacion exita, y odio, y saña;
Mas darla al que apoyó servil sistema,
Cualquier que diga que es traicion, blasfema.

CX.

Y yo, que sea Moro o buen Cristiano,
Del que reinare en mi pais me quejo,
A menos que no sea mi paisano,
Digo paisano: castellano viejo.
No en la cuna me fijo, porque es vano
Capricho, y es acaso, no consejo,
Quien determina que uno nazca donde,
Por orden natural le corresponde.

CXI.

Mas del que reina en mi pais aguardo
Temple español, castizo, puro, neto;
No exotico, no mixto, no bastardo,
Que hoi llaman el non plus de lo discreto;
Temple español, que luce por gallardo,
Por recto y franco; el que inspiró respeto
Y leyes dio a la Europa en otros dias,
Y sometio potentes monarquias.

CXII.

No entra en mis planes referir ahora
Como dejeneró jermen tan puro;
Pero que existe un mal que lo desdora,
Lo adultéra y corrompe, es bien seguro.
Que una turba de jente charladora,
Por camino mas recto y mas seguro
Tiene el que a extraños tipos nos doblega,
Es funesta verdad: nadie la niega.

CXIII.

Cual si la libertad fuera una cosa
Del otro jueves: rara, nunca vista,
Quiere esta jente leve y vanidosa
Que de ropa extranjera se revista.
En materia tan seria y gravedosa,
Ha de ser la nacion tambien copista.
Ser libre a la española es cosa rancia:
Libres hemos de ser, como lo es Francia.

CXIV.

¡Oh desdoro! ¡Oh vergüenza!—Pero basta,
Pues si sigo atacando a esos infieles,
Facil fuera llenar una canasta
De conceptos mordaces y crueles.
La historia que refiero es noble y vasta;
Y para terminar con rasgos fieles
El cuadro interesante que medito,
Tomar aqui descanso necesito.

III.

" Nave senza nocchiero in gran tempesta,
Non donna di provincie, ma bordello."
DANTE.

I.

CUANDO la fantasia del poeta
Se traslada a la escena simple y pura
De la mansion rural, en su paleta,
No faltan elementos de pintura.
La selva umbrosa con el aura inquieta,
La clara aurora con la noche oscura,
El monte, el rio, dan a sus pinceles
Imajenes tan nuevas como fieles.

II.

Da gusto ver con qué apetito se echa
Vulgar poeta al prado, como suele
Cuadrupedo infeliz que el hambre estrecha,
Si de la alfalfa el grato aroma huele ;
Cuan facil de una endecha en otra endecha,
Gracias al estro noble que lo impele,
Las selvas mas espesas hoja a hoja,
Y los jardines flor a flor despoja.

III.

Este jenero tiene gran ventaja
Sobre todos. El hombre que lo emplea,
Dispone a su placer de cuanta paja
Dio a luz de veinte siglos la tarea.
El poeta la idea ajena encaja,
Sin sacar de lo su niouna idea,
Y, como ricos que hai entre nosotros,
Come los frutos que cultivan otros.

IV.

Asi en feliz edad se alivia el peso
De lecciones insipidas y amargas,
Y de lentos estudios: y por eso,
¿Quieres poetas? Los tendras a cargas.
Si te cae en las manos libro impreso,
Con unas lineas cortas y otras largas,
No tardes en comprarlo. ¡Gran ancheta!
Solo en esto consiste ser poeta.

V.

Imitatores servum pecus, dice
El mismo Horacio Flacco: lo sabemos;
Pero siento que el hombre se deslice
Con estos fallos rijidos y extremos.
"*Servum*" huele a servil, y contradice
Tal opinion lo que en España vemos:
Es decir, eminentes liberales,
Que son imitadores garrafales.

VI.

Y si imitáran solamente en verso,
No pudiera quejarse el moralista,
Pues le importa mui poco al Universo
Como ensucia el papel un mal coplista.
Mas sale un resultado mui diverso,
Cuando, en prosa jenizara, un sofista
Hace tragar a la nacion un plajio,
Que es de males sin número presajio.

VII.

Eso de transplantar instituciones,
Como si fueran nabos o lechugas,
Es imponer a un niño obligaciones
Que exijen frente arada por arrugas.
¡Innovador fatal! con relumbrones
De elocuencia, mi mente no subyugas;
Con buenos caldos curarás mi inedia:
Pero nunca con pasos de comedia.

VIII.

No entiendo de Politica: confieso
Que es griego para mí. Pero calcúlo
Los resultados, por los cuales peso
Lo que orijen les dio. No capitúlo
Con el que anuncia innovacion, progreso,
Y al que no le da asenso, llama nulo,
Servil, barbaro. Quiero cuentas claras,
No cafila pueril de voces raras.

IX.

Las cuentas claras son en la materia
De que se trata, solo dos guarismos:
Justicia y bien-estar. Con esto Hesperia
Saldria de sus arduos embolismos.
Pero si la injusticia y la miseria,
Forradas en atroces galicismos,
Cual fangoso raudal la patria inundan,
Reforma y libertad ¿en qué se fundan?

X.

A mí, que no soi procer, diputado,
Ministro, embajador ni consejero,
Me interesa mui poco el resultado
De la cuestion del dia. Lo que quiero,
Es tener que comer, (por decontado)
Despues que esté seguro mi dinero;
Y, para si se ofrece, un buen alcalde,
Que juzgue con rigor, pronto y de valde.

XI.

Mas nada sirven los sencillos votos
Que forma un pobre diablo en su retiro.
Por caminos ocultos y remotos,
Traza la Providencia el lento jiro
De las cosas. En vano los pilotos,
En quienes, mas que seso, arrojo admiro,
Observan la veleta o bien la aguja,
Si una mano secreta los empuja.

XII.

Como en el mundo fisico se forma
Molecula invisible, que varía
Cien mil veces de aspecto, y se transforma
Ya en fuego, ya en vapor, ya en agua fria;
Y ora en modesta y recatada forma,
Vaga apartada de la luz del dia,
O en borrascoso nubarron se inflama,
Y baja al suelo en destructora llama,

XIII.

Sin que sepan los hombres qué camino
Siguio en sus metamorfosis secretas,
Ni como al suelo retumbando vino,
Desde la alta rejion de los planetas:
Asi cubre la mano del destino
El arco de do parten las saetas
Que la aljava politica atesora,
Semejante a la caja de Pandora.

XIV.

Viene esta reflexion de molde al punto,
Que ha de ser el objeto de este canto.
¿Quien a Rodrigo el trono dio? pregunto.
¿Por qué acaso infeliz el rejio manto
Las espaldas ornó de aquel conjunto
De flaqueza y maldad? ¿No causa espanto
Ver cuan voluble la fortuna ciega,
Con la ventura de los hombres juega?

XV.

Doblaba España el cuello envilecido
A Witiza, conjunto monstruoso
De corrupcion, el cual enardecido
De sed impura, cual raudal furioso
Que el valladar derrumba embravecido,
Inmoló a su deseo impetuoso,
Cuantas Godas herian sus miradas,
Ora fuesen doncellas o casadas.

XVI.

En vasto alcazar, donde jaspe y oro,
Deslumbraban, y alfombras damasquinas,
Le mantenia el público tesoro,
Unas ciento y cincuenta concubinas.
Diz que un obispo el ver tanto desdoro,
Le echó en cara estas modas peregrinas,
En un discurso sabio y erudito,
Que ha conservado intacto un manuscrito.

XVII.

"Señor," le dijo, "ved que ya el vasallo
Murmura contra vos y contra el fisco,
Y, sobre todo, dice que un serrallo
Menos huele a Cristiano que a Morisco."
—"¿No juegan otros principes al mallo?",
(Le respondio el Monarca en tono arisco)
"A tanto murmurar causa no veo.
¿Es serrallo una casa de recreo?"

XVIII.

Hizo mas: en solemne ordenamiento,
Del sello del estado revestido,
Le quitó el monopolio al casamiento,
Y la ilusion al nombre de marido.
"Tener mujeres," dijo, "dos o ciento,
A todo ser humano es permitido.
Sea clerigo, fraile, obispo o lego,
A hombre ninguno esta franquicia niego."

XIX.

Se acojieron los Godos al decreto,
Como a la miel acude ansiosa abispa;
El clero secular fue mas discreto,
Y no pudo prender en él la chispa.
Don Opas solo, en mengua del respeto
De su alta dignidad, tomó una obispa;
Y en vez de un lobo que le hiciese daño,
Dos lobos tubo el infeliz rebaño. (23)

XX.

No se si por motivo o por pretesto,
Tomaron infanzones y magnates
Tanta locura. "¿ Sufriremos esto ? "
Decian. " Tan enormes disparates,
¿ No habran de producir un fin funesto ? "
Se juntaron : tubieron mil debates.
La ambicion, el cansancio y la ojeriza,
Se ligaron en contra de Witiza.

XXI.

Notabase en la corte de Toledo,
Por su moderacion y compostura,
Un hijo del famoso Teodofredo,
Joven de bella y placida figura.
Ya por afectacion, o ya por miedo,
Pasaba el tiempo en soledad oscura,
Sin ambicion, sin lujo, sin amigo,
Sin amores. Llamabase Rodrigo.

XXII.

Su padre murio a manos de Witiza,
(Sobre como y porqué no estan de acuerdo)
Y cual ascua que oculta la ceniza,
Conservaba en el alma aquel recuerdo.
Viendo que poco a poco se organiza
La rebelion, el tal, que no era lerdo,
Despues de discurrir mucho y despacio,
Afila su puñal y va a palacio.

XXIII.

Circundaba a Witiza en francachela,
De cortesanos la festiva tropa,
Y, como de Rodrigo no recela,
Dice, al verlo venir : " dadle una copa."
El, llevando a su colmo la cautela,
Viendo al Rei bostezar, hecho una sopa,
Mas rojo que la misma remolacha,
En un decir Jesus, va y lo despacha.

XXIV.

En mas de una nacion, segun pregona
La ciencia de la Historia en sus anales,
Todo el derecho al cetro y la corona,
Se redujo al veneno y los puñales.
En el siglo presente, que blasona
De virtudes severas, y modales
Esquisitas, y sabias invenciones,
No faltan estas duras transiciones.

XXV.

A nosotros de humilde y pobre clase,
Nos espanta que la alta jerarquia
Pueda tener por codigo y por base,
Tanta protervia y tanta sangre fria.
Que en odio, en crimen y en maldad se abrase
La raza a quien un pueblo entero fia
Toda su dicha, y su poder concentra,
Es cosa a la verdad que no nos entra.

XXVI.

Como en el hondo llano el peregrino,
Mientra acaricia el cefiro la tierra,
Goza el ambiente puro y cristalino
De Mayo perfumado, y la alta sierra
Que alza su frente audaz junto al camino,
De nube horrible que al mortal aterra
Se cubre, y lanza del oscuro seno
Huracan y granizo, rayo y trueno ;

XXVII.

Asi en la condicion en que nacemos,
Por el respeto y el amor guardados,
Nos hacemos de cruces cuando vemos
Mas arriba tan negros atentados ;
Cuando en rangos augustos y supremos,
Hijo, padre y mujer encarnizados,
Como perros se muerden y destrozan,
Y luego comen juntos y retozan.

XXVIII.

Apenas cayó al suelo el Rei beodo,
Gritaron los leales cortesanos:
" Rodrigo mande en el imperio godo,
A bien que lo ha adquirido por sus manos."
Cunde la nueva, y en el reino todo,
La plebe, el clero, nobles y villanos,
Se felicitan viendo a la cabeza
De España a un joven que tan bien empieza.

XXIX.

Como empezo, siguio. Quitose el velo
Que disfrazó hasta entonces sus maldades.
Mil familias de honor cubrio de duelo,
Con sus incorrejibles liviandades.
Llenó de horrores el hispano suelo;
Robó conventos, y quemó ciudades.
Por ultimo, su ejemplo fertiliza
El grano infame que sembro Witiza.

XXX.

Andaban sus espias como hurones,
Buscando buenas mozas por España,
Olfateando todos los rincones,
Incluso el locutorio y la cabaña.
Segun cuentan antiguos cronicones,
Una entre cuatro mil se mostró uraña.
Codicia y vanidad (flaquezas godas)
Dieron al cabo fin de casi todas.

XXXI.

A media milla del pomposo Tajo,
Se extiende largamente una espesura
De antiguos robles y de monte bajo,
Que alta cerca de piedras asegura.
Alli en el borde de eminente tajo,
De tetrica y sencilla arquitectura,
Se alza un castillo, cuya mole inmensa
No es tanto habitacion como defensa.

XXXII.

Quien habita el castillo, es un misterio
Que nadie puede penetrar. El uno,
Habla de un personaje en cautiverio.
Otro de un mago, a guisa de Mambruno.
Hai quien dice que un santo monasterio,
Huyendo del Monarca, que importuno
No perdona abadesa ni novicia,
Logra ocultarse alli de su noticia.

XXXIII.

Un moscon de la infame policia,
A fuerza de artificio y de conato,
Logró colarse en la mansion umbria,
Siguiendo los impulsos de su olfato.
Vuelve a Rodrigo lleno de alegria.
—" ¿ Qué noticias ? " le dice el Rei.—" Boccato
Di cardinale," el bicho le responde.
" Una divinidad hija de un conde."

XXXIV.

De bellas frases en profuso acopio,
Le retrata las gracias de Florinda ;
(Florinda o Cava, viene a ser lo propio)
Talle esvelto, pie breve, mano linda ;
Mirada que adormece como el opio ;
Labio que a juegos amorosos brinda ;
Pelo rubio, albo diente, seno erguido ;
Andar airoso, jesto comedido.

XXXV.

" Si guisas," dice el Rei, " como retratas,
Seras gran cocinero." Ya le aguija
La pintura sus furias insensatas,
Y sus conatos en la Cava fija.
" Sera," penso, " una de estas mojigatas
Que no valen la pena : pero es hija
De un enemigo y basta. Al enemigo,
Nunca jamas dara cuartel Rodrigo."

XXXVI.

No sé como, (la historia no lo dice)
Pudo llegar al lado de la bella,
Sin asustarla: en traje de infelice,
A quien persigue rigorosa estrella.
Al verla, su opinion no contradice
Lo que oyo. Sus deseos solo en ella
Se cifran; por saciarlos abandona
El placer y el afan de la corona.

XXXVII.

Piensa el malvado conocer el jiro
Que ha de tomar para vencerla luego.
Florinda no es de marmol: el retiro,
De su ternura alimentaba el fuego.
Por la primera vez oyo un suspiro,
Timido anuncio de amoroso ruego.
Sigue al suspiro enardecido lloro;
Y tras el lloro viene el: "yo te adoro."

XXXVIII.

La larga historia del amor primero,
En una joven tierna y recojida,
Lo saben mis lectores. Yo no quiero
Molestarlos con cosa tan sabida.
Al idioma falaz y lisonjero
De la pasion, cedio desprevenida
Florinda: pero no con tanto exeso
Que cediese el honor. Cuenta con eso.

XXXIX.

Cuando él calcula que llegó el momento
De aventurar un golpe decisivo,
Y emplea artificioso su talento,
En lenguaje amoroso y persuasivo,
Halla en vez de blandura alejamiento,
Y en vez del sí anelado, tono esquivo.
Rodrigo enfurecido se propasa,
Y ella le dice: "Fuera de mi casa."

XL.

Como el leon que al palo y la cadena
Poco a poco doblega su pujanza,
Y en ferrea jaula adormecido pena,
Si alguien lo insulta en imprudente chanza,
Se pone en pie, y heriza la melena,
Ruje tremendo, incendio activo lanza
Por los ojos, con fiero ardor se ajita,
Y rebentando de furor palpita;

XLI.

Tal aquel ofendido personaje,
Viendo frustrado su nocivo empeño,
Por vil injuria, y afrentoso ultraje,
Se anubla vengador en torvo ceño:
Y dando brida suelta a su coraje,
"Soi Rodrigo;" le dice, "soi tu dueño,
Florinda es sierva mia: es mi vasalla.
Te honro con mi capricho: cede y calla."

XLII.

"¡Callar! ¡Ceder! A un monstruo a quien maldigo!"
Dice con noble indignacion la Cava.
"¡A mi perseguidor, a mi enemigo,
Que con su astucia mi desdicha agrava!
¡Tú mi dueño . . . . mi dueño! De Rodrigo
La sangre de Witiza no es esclava.
Oyelo bien: la sangre de Witiza,
Que fresca aun en tus manos me horroriza."

XLIII.

Por mas que en pecho mujeril se encienda
Malefica pasion, y estalle en ira,
Pronto la rabia a que solto la rienda,
Cede el lugar al miedo, y se retira.
De esta verdad, ejemplo fue en la tienda
De Aureliano la Reina de Palmira.
Llora Zenobia heroica, fuerte y brava;
¿Porqué no ha de llorar tambien la Cava?

XLIV.

Llora la Cava, y languida se arroja
Sobre un cojin, turbada y sin sentido,
Como era natural. Que el llanto afloja
El sistema nervioso, es bien sabido.
En esta situacion . . . . doblo la hoja.
El Rei era un garzon alto y fornido,
Y en tal lance la moza mas membruda . . . .
En fin, que la forzo no tiene duda.

XLV.

Cuanto el amor ablanda y enternece,
Y en otro ser al que ama identifica,
Tanto exaspera al alma y la encrudece,
Quien a innoble pasion la sacrifica.
Solo con otro amor, amor florece.
Lo que él liberalmente comunica,
No se arrebata. Ni el poder ni el brio,
Pueden decir entonces: " esto es mio."

XLVI.

La ultrajada Florinda no se lanza,
Mujer vulgar, a pesadumbre inmensa.
¿ Con llantos y con gritos qué se alcanza ?
No hai raudales que laven tanta ofensa.
Su pasion favorita es la venganza.
Solo en vengarse noche y dia piensa,
Y mas cuando le anuncian que en Castilla,
El Rei hace notoria su mancilla.

XLVII.

El mayor enemigo del reposo
Del hombre, el que persigue y atormenta
Con preferencia al hombre virtuoso,
Es la fama, que ya como tormenta,
Retumba con estrepito horroroso,
Ya con industria cautelosa y lenta,
Labrando en las tinieblas honda mina,
El credito mas solido arruina.

XLVIII.

Siempre mira al traves de un microscopio,
Que las cosas mas chicas engrandece;
Lo que es mas imposible y mas impropio,
Mas probable y mas facil le parece.
Forman sus epitetos vasto acopio,
Que de una boca en otra boca crece.
Dar la noticia cual se sabe es mengua.
No hai pintor mas fecundo que la lengua.

XLIX.

Y lo que mas me ofende y mas me irrita,
Es que si en la anecdota que se cuenta,
Hai nombre de mujer, en nada hesita;
A la infeliz mujer cubre de afrenta.
El ser que mas amparo necesita,
El que nos da la vida y alimenta;
El ser que nos consuela y nos alaga,
Ese en toda ocasion es quien la paga.

L.

El primero que oyo los pormenores
De aquella torpe y barbara violencia,
La refirio añadiendo: "Pues, Señores,
No hizo Florinda mucha resistencia."
El tercero le agrega: "Son amores
Mui antiguos." El cuarto, en reticencia
Perfida, dice: "Ayer cierto sujeto
Me conto . . . . pero no: guardo el secreto."

LI.

Asi corrio y asi pasó el Estrecho
Rapida la noticia transformada,
Y asi el Moro la torna en su provecho,
Y al padre se la endosa en embajada;
Y asi del padre en el cuitado pecho,
Se clava aquella flecha envenenada;
Y asi, con sus ribetes de oratoria,
Se escriben las gacetas y la Historia.

LII.

"La Cava fue manceba de Rodrigo."
Levanta alguno el falso testimonio,
Y el escritor amigo u enemigo,
Mira ya este baldon cual patrimonio
De la Historia. Si yo lo contradigo,
Responde un necio: "El Cardenal Baronio
Lo dice claramente en sus Anales."
¡Qué! ¿No saben mentir los Cardenales?

LIII.

Por el honor de mi pais, me corro
De esta falta de crítica. Confieso
Que a Florinda no vi ni por el forro,
Ni es mi raza la suya. Mas por eso,
¿Dejaré de acudir a su socorro
Cuando de la calumnia sufre el peso?
Diran ¿porqué me empeño en que fue casta?
¿No fue mujer Florinda? pues me basta.

LIV.

Mientras el Conde discurria traza
De ejecutar el plan en que se fija,
Le entrega un ayudante de la plaza
Enorme cartapacio de su hija.
En él con grandes pormenores traza
Todo el hecho: rogandole que elija
Venganza pronta; y antes, que la lleve
Donde mas no la injurie aquel aleve.

LV.

Produjo un doble efecto esta misiva
Dentro del seno paternal: de un lado,
Su pertinaz detestacion se aviva,
Contra el autor del horrido atentado.
Por otro ve en la triste narrativa,
Que Florinda las leyes no ha ultrajado
Del honor: pues ceder a la violencia,
Nada tiene que ver con la conciencia.

LVI.

"En cuanto a retirarla," penso el viejo,
"De las garras del tigre, ya está claro
Que es preciso adoptar este consejo:
Porque si huele el fin que le preparo,
Arrancará a su victima el pellejo,
Y me puede costar el juego caro.
Teniendo estos rehenes en sus manos,
No hai que pensar en Moros ni en Cristianos."

LVII.

Con este justo recelar, suspende
Su plan, y comunica al Moro amigo
Los nuevos lazos que a Rodrigo tiende,
Y como va a pegarsela a Rodrigo.
Musa al diestro designio condesciende.
Y el Conde, meditando en el castigo
Que al Rei destina con oculta saña,
Se embarca con buen viento, y llega a España.

LVIII.

La sublime invencion del pasaporte
No era entonce en España conocida:
Medida paternal, digno resorte
De lei que en el amor se consolida.
Asi Don Julian llegó a la Corte,
Sin que nadie supiese su venida;
Y antes que nadie su venida sienta,
Disfrazado a Don Opas se presenta.

LIX.

En tres horas y media de entrevista,
Quedan de acuerdo aquellos dos traidores;
Don Opas, consumado tramoyista,
Penso en los mas triviales pormenores.
Alli se trazó el plan de la conquista;
En fin, el largo cumulo de horrores
Que salieron de aquel perverso foco,
El lector lo irá viendo poco a poco.

LX.

La gran dificultad de todo el paso,
Era arrostrar de buenas a primeras
La vista de Rodrigo. Para el caso,
Ya estaban prevenidas las barreras
Que deben evitar cualquier fracaso.
No son tio y sobrino dos cualquieras.
Hombre que de engañar tiene el secreto,
Con la verdad engaña al mas discreto.

LXI.

Al ver Rodrigo al Conde, por supuesto
Sale de sus casillas, y ya estalla,
Lanzando espuma, en tono descompuesto,
Tratandolo de perro y de canalla.
No cambia el Conde ni actitud ni jesto.
Aguanta como solida muralla
La descarga de aquella bateria.
Tan estudiado su papel tenia.

LXII.

" Desacordado joven, aqui tienes
Mi cabeza. Con barbara cuchilla
Dividela cruel. ¿ Qué te detienes ?
Mas antes que te cubra esta mancilla,
Viste de lauro mis cansadas sienes;
Honra esta fuerte mano que a Castilla
Sirve de muro contra el mal horrendo,
Que ya le estan los Moros previniendo.

LXIII.

" Los Moros te amenazan. Si no acudes
Pronto al remedio, servira de nada
Que con tu relijion y tus virtudes
Tengas a España toda edificada.
Antes de cuatro meses (no lo dudes)
Cadiz, Sevilla, Cordoba y Granada,
Si una fuerte medida no se toma,
Abrazarán el yugo de Mahoma.

LXIV.

"Centenares de bravos escuadrones,
Esgrimiendo la corva cimitarra,
De Ceuta sitian ya los torreones
Gritando furibundos: Zarra, Zarra.
Ya de mis invencibles campeones
La audacia noble y condicion bizarra
Se aflojan. Sus desgracias se acumulan,
Y si no los socorres, capitulan.

LXV.

"Si a tal extremo el infortunio pasa,
La Morisma, que es jente de denuedo,
Se entrará como Pedro por su casa,
Desde el peñon de Calpe hasta Toledo.
Mayor designio su ambicion amasa.
(No te lo digo porque tengas miedo)
Han jurado cortarte la cabeza,
Y llevarla a las plantas de Su Alteza,

LXVI.

"Que es el Califa de Bagdad: he dicho."
Tal fue la arenga con que el Conde astuto
Hirio a Rodrigo el seno, como el bicho
Clava su dardo en el dorado fruto.
—"¡Mi cabeza a Bagdad! Bravo capricho!
¡Mi cabeza a los pies de un Moro bruto!"
Dijo el Rei: "esas son chanzas pesadas."
Y se puso a reir a carcajadas.

LXVII.

Pero los distinguidos personajes
Testigos de esta escena escandalosa,
Empezaron a hacer sendos visajes,
Como quien dice: "mala va la cosa."
Despues de repetidos homenajes,
Y con voz abatida y respetosa,
Saltó uno de ellos: "¿Sabes lo que digo?
Que no las tengo yo todas conmigo."

LXVIII.

Este rasgo de gotica elocuencia
Llamó al Rei la atencion. Parose un rato,
Y dijo al fin: "El lance pide urjencia,
Y no quiero que compre tan barato,
Mi cabeza el Califa. A la prudencia
Del Consejo, que tiene buen olfato,
La decision de este negocio dejo.
A ver, un edecan: llama a Consejo."

LXIX.

Los miembros llegan y se sientan todos.
Abrese la sesion, y el Rei empieza:
" Señores, al imperio de los Godos,
Parece que le duele la cabeza.
Ya sabeis con qué tino y con qué modos,
Dignos de mi poder y mi grandeza,
Preservé a la nacion de todo ataque.
Mas no estaba este golpe en mi almanaque.

LXX.

" No hai que temer. España floreciente,
Prospéra, gracias al cuidado mio.
La paga, a la verdad, no está corriente;
El tesoro real está vacio;
La escuadra sin raciones y sin jente;
El soldado desnudo tiene frio;
Pero en España sobran los recursos.
Ya acabé: pronunciad vuestros discursos.

LXXI.

Al Arzobispo mi pariente toca,
Segun fuero del reino, abrir dictamen."
—" Ni tan siquiera puedo abrir la boca,"
Dijo el astuto clerigo. " El examen
De tantos males a llorar provoca.
Dejad que hilo a hilo se derramen
Mis lagrimas... Dios mio .... vuestro culto....
A esta idea .... tenedme, que me insulto.

LXXII.

"Ya me siento mejor: iba diciendo,
Que mis ocupaciones pastorales
Me alejan de este mundo. Yo no entiendo,
Ni quiero, de negocios temporales.
A Dios continuamente me encomiendo.
Entre el coro y visitas de hospitales,
Y componer sermones y homilias,
Se me pasan las noches y los dias.

LXXIII.

"Pero se trata del altar y el trono,
Que un lazo indisoluble y santo liga,
Y a las llamas eternas abandono
A todo aquel que lo contrario diga.
Aqui me siento arder en pio encono.
El que con lengua torpe y enemiga,
A la Iglesia separe del Monarca,
Digo que es un solemne heresiarca.

LXXIV.

"La crisis que amenaza causa asombro.
Para que España al Musulman no ceda,
Convertida en incendio y en escombro,
Direis vosotros ¿qué remedio queda?
No hai mas remedio que aplicar el hombro.
Que cada Español haga lo que pueda.
No haya en esta ocasion mano remisa.
El que no tenga, venda la camisa.

LXXV.

"Yo siento que las rentas de mi silla,
A una triste miseria hayan bajado:
Pero la cosa es pública en Castilla.
Vivo, ya hace tres meses, de prestado,
Por supuesto, empeñando la vajilla.
Ya se ve . . . los diezmeros han quebrado . . .
Cosechas malas . . . . a no ser por eso,
Todo lo entregaria peso a peso.

LXXVI.

"Ni hai que tocar al clero: el que lo toque,
No de un hereje vil se diferencie;
Y hara que en contra suya se derroque
Excomunion mayor *latæ sententiæ*.
Alli no tiene entrada rei ni roque.
Con tal de que se acate y reverencie
Lo que tiene guardado en los bolsicos,
Dejad que la nacion se vuelva añicos.

LXXVII.

"Mas hai un gran arbitrio: en un minuto,
Puede entrar en la caja el oro a rios.
Despues de muerto el tonto Sisebuto,
¿No han regresado a España los Judios?
Pues a ellos: tributo y mas tributo.
Exprimamos el jugo a esos impios.
Queden en la miseria hasta los codos.
¿Porqué han de ser mas ricos que los Godos?

LXXVIII.

"Con estos fondos, sin perder instante,
Salga contra el ejército moruno
Todo el de aca; jinete como infante:
Todos vayan con Dios, sin quedar uno.
El Moro que en el Africa, arrogante,
Todo lo invade sin temor alguno,
Ya ven ustedes que se lleva chasco,
Viendo venir de pronto este chubasco.

LXXIX.

"Quien da primero, da dos veces: maña
Que siempre adoptan los caudillos diestros.
Luego, para evitar que venga a España,
Deben pasar al Africa los nuestros. (24)
Pronto está concluida la campaña,
Con capitanes bravos y maestros,
Como los que en España hai a docenas.
Asi salimos una vez de penas."

LXXX.

Dijo, y bajando todos la cabeza,
Siguen del Arzobispo el sabio voto,
Menos Rodrigo, que a temer empieza,
Dentro de España, guerra o alboroto.
" Si conocen los Moros mi flaqueza,
Viendo mis fuerzas en pais remoto,"
Decia, " ¿ no podran echarse encima ?
¿ Y a quien entonces la nacion se arrima ?"

LXXXI.

A esto el Conde replica con razones
Tan claras, y con datos tan cumplidos,
Que aquellos sapientisimos varones,
Se dieron a una voz por convencidos.
Despues de la sesion los dos bribones,
Moviendo los resortes corrompidos
De la Corte, con dones liberales,
Activaron sus miras infernales.

LXXXII.

La expedicion bien brava y bien apuesta,
Ya de las playas de Hercules salia:
Mas la opinion, a todo mal dispuesta,
Estos rumores circular hacia:
"¡Qué! ¿nò es esta traicion? ¿maldad no es esta ?
¡ Llevarlos a morir en lejania,
Ora de enfermedad, ora al cuchillo !"·
Lo mismo sucedio cuando Morillo.

LXXXIII.

El Conde queda atras con el pretexto
De ciertas prevenciones importantes:
Ahora vais a ver si el siglo sexto,
No produjo grandisimos tunantes.
Viendolo el Rei tan fiel y tan dispuesto,
No ya con expresiones denigrantes,
Antes bien con cariño y con agrado,
En público le hablaba y en privado.

LXXXIV.

El pasaba en la Corte todo el dia,
Con el Rei, sus amigos y otros tales;
Mas por la noche incognito salia,
A gozar las caricias filiales.
La Cava a su solaz le contaria
Lo ocurrido, con pelos y señales;
Y entre los dos fraguaron el enredo,
Que fue piedra de escandalo en Toledo.

LXXXV.

Ya proximo a partir, casi temblando,
Palido, en tierra la mirada fija,
Al Monarca va a ver, y en tono blando
Le dice: "Gran señor, tengo una hija.
Como tan lejos de estos sitios ando,
No tengo quien la guarde ni dirija;
Y aunque reside en apartada torre,
Aun alli su virtud peligro corre."

LXXXVI.

El seductor oyendo como empieza,
Dijo alla para sí: "Lo sabe todo."
Mas no puede explicarse su extrañeza,
Viendo que continúa de este modo:
"No carece Florinda de belleza.
Empero la belleza es sucio lodo,
Si la pura virtud no la acompaña,
Y hai mucha corrupcion en nuestra España.

LXXXVII.

"Ya crecida, sin madre, el padre expuesto
A que un alfanje su existencia rinda,
Ved si debo temer golpe funesto,
Que arruine el pudor de mi Florinda.
De un porvenir tan lugubre y molesto,
No es dable que el paterno amor prescinda.
Mientras yo marcho a climas tan lejanos,
No puede estar mejor que en vuestras manos.

LXXXVIII.

" Sed su tutor en esta dura ausencia :
Señaladle mansion donde resida.
Gracias a Dios, no estoi en la indijencia ;
De oro la dejo bien abastecida.
Si obtengo este favor de tu induljencia,
Por tí gustoso perdere la vida,
Bien persuadido que Florinda tiene,
Quien su temprana edad guia y sostiene."

LXXXIX.

Sin poder reprimir la carcajada,
Le dice el Rei: " Como lo quieres, sea.
Mas antes de que emprendas tu jornada,
Sera preciso que a Florinda vea."
—" Es medida, Señor, mui acertada ;
Y si te dignas aprobar mi idea,"
Dice el Conde, " esta noche " . . . . mas Rodrigo
Lo interrumpe : " Pues bien, cenad conmigo."

XC.

A la caterva alegre y libertina,
Que iguala al Rei en vicio y en locura,
Sin saber quien a quien se contamina,
Da parte de tan célebre aventura.
Aquel senado augusto determina,
Para que esté la victima en tortura,
Que haya a la noche bailes y conciertos,
Y una mesa de mas de cien cubiertos.

XCI.

Todo extremo se toca. En el bullicio
De la opinion que aplaude, grita, insulta,
La gran virtud se enseñorea. El vicio
Desfrenado, padece si se oculta.
Pero el malvado timido y novicio,
Su corrupcion en lobreguez sepulta ;
Y la virtud sin brio ni experiencia,
Huye rauda del hombre la presencia.

XCII.

Ved al hombre de bien: al veterano
De la virtud, qué intrepido y qué noble,
Desafia el furor del pueblo vano,
Sin que su frente a la opinion se doble.
Tal en vejez magnífica, lozano,
Solido, altivo, inconmovible el roble,
A la rabia feroz de la tormenta,
Su tronco añoso impavido presenta.

XCIII.

Asi tambien se ostenta y se señala
La audaz protervia, y maldicion provoca;
Su baldon e ignominia torna en gala,
Y los impulsos del pudor sofoca.
¿ Fuera feliz Neron, o Caracala,
Si de su desvergüenza impura y loca
No hiciera a Roma criminal testigo?
Pues tal era la escuela de Rodrigo.

XCIV.

Da la oracion, y empiezan los criados,
A fuerza de empujones y carreras,
A poner mesas y a encender estrados,
Y a colocar los platos en hileras.
Acuden dos a dos los convidados,
Cubiertos de galones y veneras,
Y las damas de aquellos personajes,
Con ricas joyas y soberbios trajes.

XCV.

Empiezan a templar los instrumentos
Los musicos: las harpas y los pitos.
Ocupados estan ya los asientos;
Ya piden compañeras los mocitos.
Comienzan los acordes movimientos
Del baile; los arqueos y pinitos.
Ya dan las once, y el bullicio crece;
Dan las doce, y Florinda no parece.

XCVI.

Palido estaba el Rei como difunto,
Y a veces encendido, hinchado y rojo,
Diciendo en sí, con ceño cejijunto:
"¿ Como podré sufrir este sonrojo ?"
De la caterva el inmoral conjunto,
Temiendo un estampido de su enojo,
Lo miraban de lejos y callaban:
Pero alla en sus adentros se alegraban.

XCVII.

Manda a sus espiones mas leales,
Que le traigan al Conde muerto o vivo;
Que la ciudad entera y arrabales
Rejistren con el celo mas activo.
No encontrando del Conde ni señales,
Vuelven con rostro serio y pensativo.
Los bailarines a cansarse empiezan,
Y, como es natural, de hambre bostezan.

XCVIII.

Ya el Rei no sufre mas: "Me ha dado un flato:"
Dice de pronto y vase a su aposento.
No fue al concurso este suceso grato,
Como que todo el mundo estaba hambriento.
"Pues no hai duda que ha sido bueno el rato.
Nos trata el Rei con mucho cumplimiento."
Dicen, y van largandose uno a uno,
A devorar copioso desayuno.

XCIX.

Pero Rodrigo, en vez de irse a la cama,
Monta afanadamente su tordillo,
Y a impulso del despecho que lo inflama,
Llega en pocos minutos al castillo.
Con fuertes golpes a la puerta llama;
Y con colera propia de un chiquillo,
Grita, patea, bufa, se enfurece:
Pero nadie responde ni parece.

C.

Vuelve a la capital, y mientra ensancha
Su pesar con la tribu desenvuelta,
Corren por las llanuras de la Mancha,
Florinda y Julian a brida suelta.
Pocos dias despues, en una lancha,
Ya estaba el Conde en Africa de vuelta;
Y halló, segun sus sabias instrucciones,
La expedicion sin armas ni raciones.

CI.

Ceuta era entonces una hermosa villa,
Con fuentes, y paseos, y portales:
No cual hoi, residencia de gavilla
De los mas estupendos criminales.
Ni entonces la afeaba la mancilla
De tener presidiarios liberales,
Que alli con asesinos y ladrones,
Se fueron a estudiar nuevas mociones.

CII.

Ceuta, pues, en aquel tiempo dichoso,
Gracias a ciertas causas cuyo influjo
Sabra seguramente el estudioso,
Era pueblo de nobles y de lujo.
Cuando el Conde de vuelta victorioso,
Con la Cava en el pueblo se introdujo,
Llovian en su casa a todas horas,
Visitas de señores y señoras,

CIII.

Mas abundaban ellas, por supuesto,
Por la curiosidad que las movia,
De observar qué facciones y qué jesto,
Mujer forzada por un Rei tenia.
De examen tan insulso y tan molesto,
Harta y picada en fin, les dijo un dia:
" Ya que con tanto ahinco van y vienen,
¿ Es caridad o envidia la que tienen ? "

CIV.

En tanto el Conde y Musa a cada paso,
Se hablaban y escribian: el primero
Deseaba salir pronto del caso,
Para cojer el fruto de su esmero.
El segundo, temiendo algun fracaso,
Politico sutil y gran guerrero,
Antes de una campaña decisiva,
Quiso hacer un amago o tentativa.

CV.

Con poca jente en una y otra barca,
Tarif se lanza al gaditano seno,
Y en la antigua Tartesia desembarca,
Hoi Tarifa: rincon grato y ameno.
Apena en tierra, toda la comarca
Viene a felicitar al Agareno, (25)
Con júbilo tan vivo y tan extraño,
Que él decia entre sí: "Me huele a engaño."

CVI.

Mas sin cesar venian nuevas jentes,
Trayendo al bravo Moro dones varios,
Y hasta las monjas le enviaban fuentes
De dulce, y mazapan, y escapularios.
Acudian mendigos y pudientes,
Beneficiados simples y vicarios,
Gritando unidos en alegres coros:
"¡Viva la Relijion! vivan los Moros!"

CVII.

"Viva la Relijion" es santo grito
Con qué todo Español esplaya el seno:
Aplauso nacional y favorito,
Que se aplica a lo malo y a lo bueno.
Si es sabido el lector, no necesito
Fijar el dia en que con voz de trueno,
Sonaba en la nacion: "¡Viva Fernando!
¡Viva la Relijion!—Vamos robando."

CVIII.

El cura de Tarifa, hombre prudente,
Aquella noche tubo una entrevista
Con el Moro, y le dijo buenamente:
"Hablame la verdad: ¿quieres conquista?
Pues echate a nadar: con esa jente,
Te basta, sin que nadie te resista.
El pueblo dice a voces: ¿porqué tardas?
Con tal que no le pongas dos albardas.

CIX.

"Deja al fraile su misa y su pitanza,
Deja al grande en pereza y en delicias,
Deja al oficinista en dulce holganza,
Deja al alcalde gajes e injusticias,
Deja a la corte en comilona y danza,
Deja al clero sus diezmos y primicias:
Y ora tengas la fe cristiana o mora,
Sera tuya la España en media hora."

CX.

"¡Qué!" dijo el Moro, "¡a tal abajamiento
Llegó la España! a clase tan mezquina!
¡Se abandona a insensato aturdimiento,
Sin respeto ni amor al que domina!
Para que el Español esté contento,
¿Le basta la racion o la propina?
Lo mismo hacen las vacas y los potros.
¡Santo Alá! ¿no teneis patria vosotros?"

CXI.

"Ya no tenemos patria, sino tierra,"
Responde el Cura. "¡Patria! ¿Has entendido
Lo que este nombre dulce y grato encierra?
No hai patria donde el merito oprimido,
Huyendo el mundo en soledad se entierra;
Donde solo el malvado es aplaudido:
Donde el poder con la nacion combate,
A cual mas se calumnia y mas se abate.

CXII.

"La patria es lazo de amistad; es prenda
De amor, a cuya sombra fructifica
Segura y libre la virtud: no tienda,
Donde el poder con la virtud trafica.
A la patria su vida en grata ofrenda,
Sereno el hombre honrado sacrifica,
Sabiendo que es su patria, y no rebaño;
Sabiendo que es su bien: no de un extraño.

CXIII.

"Estrecha liga, y solido contrato,
Comunidad de males y de bienes . . . .
Eso es patria. Do puede un insensato,
Por que se ciñe no sé qué en las sienes,
Exijir que le besen el zapato,
Y deslumbrar con galas y con trenes,
Y al que perece en la ignominia huella . . .
¡A eso tú llamas patria! Fuego en ella!

CXIV.

"Al hijo que la apoya y la sustenta,
Dice la patria: 'Soi tu blanda amiga,
Soi quien te libra de opresion y afrenta;
Mi mano galardona tu fatiga.
Y si ardorosa emulacion te alienta,
Y si Naturaleza te prodiga
Jenio, ciencia, virtud, valor, consejo,
Sigue en carrera audaz: yo te protejo.'

CXV.

"Pero aqui, quien apoya y quien proteje,
Es un hijo de mil casualidades,
A quien es mui factible que maneje
Algun padre maestro de maldades:
En torno al cual en vil teje-maneje,
Vertiendo lisonjeras necedades,
Circulan un monton de parasitos,
Que viven de desorden y delitos.

CXVI.

" ¿ Estás acaso en el error que suelo
Es lo mismo que patria ? Desatino !
Preservenos de tal delirio el cielo.
Si asi fuera, el cuadrupedo mezquino,
Que en un prado feraz pone su anhelo,
Y bendice la mano del destino,
Por mas que el dueño con furor lo azota,
Sería un eminente patriota.

CXVII.

" Tarif, la Providencia bienhechora,
De opimos bienes nuestro suelo inunda ;
Tierras que mil venturas atesora,
Vário y ancho raudal que la fecunda ;
Llano estendido, cima protectora,
Mar que ancha costa placida circunda,
Valles hervosos y seguros puertos :
Entra en España, y ¿ qué verás ?—Desiertos.

CXVIII.

" Colmó a los Españoles Providencia,
De cuanto al hombre exalta y dignifica:
Activa y creadora intelijencia,
Mente en conceptos elevados rica,
Corazon, que con noble indiferencia,
Su propio bien y su reposo abdica,
Sobrio en los goces, fuerte en los trabajos :
Entra en España, y ¿ qué verás ?—Andrajos."

CXIX.

No dijo mas el cura, y fue bastante
Para que el Moro, que en valor ardia,
Concibiese el designio en un instante,
De ver si era verdad lo que decia.
Ordena en aquel punto a un ayudante,
Lo que habia de hacer al otro dia,
Y se puso a escribir largo al Califa,
Recomendando al cura de Tarifa.

CXX.

Salio al rayar el dia con recato,
Para evitar la turba y el bullicio;
Llega a Conil, donde el sensible olfato
Del Moro no sufrio poco suplicio.
En aquel pueblo se detubo un rato,
Y no le gustó mucho el ejercicio
De la almadrava: y en verdad es pesca
Sangrienta, sucia y de sobrada gresca.

CXXI.

En Vejer recibio mil atenciones,
Que es jente dulce, como blando el clima;
Admiró los amenos callejones,
Que una vejetacion risueña aníma.
De la Sierra de Ronda los crestones,
Vio desde lejos, con nevada cima,
Ya bruñido marfil, ya ardiente grana;
Y a su carrera puso fin Chiclana.

CXXII.

¿Quien puede describir el embeleso
Del alma, en el pais voluptuoso
Que abrigó mi niñez? Aquel exeso
De perfumes, aliento delicioso,
Que exalan el tomillo y el cantueso,
Y el blando almoraduz; aquel reposo
De la atmosfera pura y cristalina,
Que en arco transparente al mar se inclina.

CXXIII.

Aquella risa eterna con que alaga
Naturaleza el pensamiento leve,
Y ora a meditacion incierta y vaga,
Y ora al deseo y al amor lo mueve;
Aquel susurro jugueton que amaga,
Y a desfogar su impulso no se atreve,
Porque parece que su fuerza impide
La espesa aroma que el pinar despide.

CXXIV.

Y el pinar, con sus cupulas lijeras
De lúcida esmeralda, en cuyas hojas
Juguetean las auras, mensajeras
De amor y paz ; y de azucenas rojas
Y azules, alfombradas las laderas,
Y de pervincas, cuyas ramas flojas,
En verde pavellon y ancha cortina,
Del aspero tunal cubren la espina.

CXXV.

Triste recuerdo, imajen vaporosa,
Que el alma oprimes cual fatal misterio,
Mientra en ausencia injusta y dolorosa,
De tí me aparta incognito hemisferio !
No mas exites mi inquietud ansiosa ;
Suspende en mí tu irresistible imperio ;
O si es preciso que tu influjo tema,
Me echo a llorar, y se acabó el Poema.

IV.

. . . . . Farewell, King.
SHAKESPEARE.

I.

" Hai cosas increibles en la Historia.
¡ Tanta perversidad ; ! Tanta falsia !
Mas parece confusa pepitoria,
Fraguada por insana fantasia."
Esta sentimental jaculatoria,
Que nosotros decimos en el dia,
Se decia en los siglos doce y trece,
Y siempre se dira, segun parece.

II.

Nosotros nos hacemos veinte cruces,
Leyendo a Titó Livio y Mariana,
Y decimos : " El siglo de las luces,
Con protervia tan vil no se profana."
Como si fueran tigres o avestruces
Los individuos de la especie humana,
De quienes cuentan que en aquellos dias,
Cometieron tan negras fechurias.

III.

¡ Cuantas cruces se haran nuestros viznietos,
Cuando en la mano tomen los anales
De este siglo ! Diran : " Fueron discretos
Nuestros abuelos, cultos, teatrales.
En charlar y escribir, hombres completos ;
En alabanza propia, sin iguales :
Pero, en medio de tantas perfecciones,
Fueron unos grandisimos bribones."

IV.

Porque en verdad, no todo lo que luce
Es oro; francamente. Confesemos
Que nuestro siglo célebre produce,
Tanto en el bien como en el mal, extremos.
Mucho en escrito y charla se reluce;
Pero todos al cabo conocemos,
Que mientras mas se escribe y mas se charla
De honradez, mas dificil es hallarla.

V.

Es verdad que en los crimenes hai moda.
No gustan hoi los que gustaban antes.
A la opinion el crimen se acomoda.
No se usaban levitas ni tirantes,
Cuando andaba en el mundo raza goda;
Ni se chupaba en voces retumbantes
Sangre a los pueblos. Eran mui redondos,
Para entender de emprestitos y fondos.

VI.

En una cosa, sí, vamos ganando,
Desde que entró la moda del sistema.
(Del representativo voi hablando).
Ya no hai dificultad, ya no hai problema,
Que no decida un orador, tomando
La tarabilla, y dando una postema,
Tan llena de *honorable* tonteria,
Que al lucero del alba aburriria.

VII.

La voz *representar* viene de perlas
A algunas de estas farsas. Los lectores
Que tengan duda, pueden ir a verlas,
Si es que entienden de farsas y de actores.
Máquinas hai alli, que en removerlas
Se gasta algun dinero: apuntadores
No faltan, ni papeles estudiados:
Y suele haber *graciosos* diputados.

VIII.

Es verdad que a la exelsa jerarquia,
Estos cuerpos augustos no son gratos,
Y, solo con votar, la mayoria
Suele causar al trono malos ratos.
Mas que se llame trono o cofradia,
O un solo rei, o doce literatos,
Los que ejercen un ciego despotismo,
¿ Al fin y al cabo no sera lo mismo ?

IX.

Yo vi cierta sesion, y al salir de ella,
Me preguntó un amigo : "¿ Te ha gustado ?"
Mi respuesta fue asi : "¡ Qué voz tan bella,
Tiene aquel carienjuto diputado !
Mas su argumentacion no me hizo mella.
Su estilo tiene mucho de afectado.
Su frase es larga mas que la cuaresma.
Con pocas frases llenará una resma.

X.

" Ademas me parece que se explica
No segun su conciencia, por dar gusto
A lo que llaman los franceses *clica*,
Pandilla en español." Entonce adusto
Mi amigo, amostazado me replica :
"¡ Qué ! ¿ no son sus razones de buen gusto,
Solidas, elocuentes y sutiles ?
Pues eres el mayor de los serviles."

XI.

A este funesto don, llaman los sabios
Lojica natural, que es el talento
De arreglar nuestra lengua y nuestros labios,
No a la razon : al propio sentimiento.
Y si el mundo está lleno de resabios,
Es su orijen fecundo un instrumento
A que damos el nombre de Egoismo.
En tiempo de Tarif era lo mismo.

XII.

Porque, como fue tal el alborozo,
Con que lo recibieron mis paisanos,
Todo el mundo decia: "¡ Qué buen mozo!
¡ Qué bien monta! ¡ Qué modos tan urbanos!"
Y aunque no faltó sangre ni destrozo,
Hubo quien dijo: "Son buenos Cristianos."
Como los ultras simples y caducos,
Decian en Paris de los Kalmucos.

XIII.

Y tal fue el entusiasmo de la jente,
Que quisieron marchar en su compaña
Millares de individuos: tan urjente
Era huir de los límites de España.
El, entre tantos, escojio prudente
Lo que le parecio mejor calaña,
Entre los personajes y pecheros,
Aunque hubo muchos mas de los primeros.

XIV.

El gozo que produjo su regreso
Entre aquellos insignes traidorazos,
No se puede explicar, ni con qué exeso
De gritos, y de besos, y de abrazos,
Se pronunciaba el público embeleso.
¿Se alegraban de ver hecha pedazos
La España, y que corriese sangre a rios?
No me parece que eran tan impios.

XV.

Yo explico de otro modo mas humano,
Tal fenomeno. El odio mas sangriento
Entre un ser racional y otro, su hermano,
O cede a la razon o al sentimiento.
Pero cuando el objeto está lejano,
Y colocado en alto encumbramiento,
Y desde alli prodíga inmensos males,
A vasta muchedumbre de mortales;

XVI.

Y en placer y opulencia se embriaga,
Que el pueblo riega con precioso jugo,
Y disfruta en sus penas, y lo alaga
Llanto que arranca el sanguinario yugo ;
Y con cadalso y exterminio paga
La virtud y el saber, siendo verdugo
El que debiera ser padre y custodio,—
Ya no es delito, que es virtud el odio.

XVII.

Como chispa que en poco tiempo abrasa
Vasto edificio o rica sementera,
Cunde el sangriento enojo por la masa,
Y todas sus pasiones exaspera.
De la exasperacion al crimen pasa ;
Virtud es ya lo que antes crimen era ;
Todo a su exaltacion se sacrifica,
Y el odio la ennoblece y santifica.

XVIII.

Obró con enerjia este resorte,
Y atrajo al pavellon del Agareno,
De agraviados frenetica cohorte,
Que sangre respiraban y veneno.
De la rejion del Sur y la del Norte,
Un vajel acudia y otro, lleno
De jente ansiando el Musulman dominio ;
Sedienta de venganza y de exterminio.

XIX.

En la mansion exelsa, que al humano
Veda el eter sutil y fulgoroso,
Rejía los destinos del Hispano,
El Jenio de la patria majestoso.
Con el relo de arena en una mano,
Y en otra mano el libro misterioso
Que en rasgos invisibles deposita,
Cadena de sucesos infinita.

XX.

Su llanto paternal se desenfrena,
Viendo de males tan atroz conjunto;
Mira ondear la flamula agarena,
Y con ella el pendon de España junto.
Hierve en soldados la africana arena;
Y observando que el polvo llega al punto
Señalado por mano destructora,
Con espantable voz grita: YA ES HORA.

XXI.

Oyelo Musa, da la seña y parte
Soberbia armada, con lijera quilla,
En que unida y mezclada se reparte,
Hueste de Arabia y hueste de Castilla.
Tarif la rije, intrepido cual Marte,
Cual Palas, diestro y pensador. La orilla
Cubren alegres Moros y Cristianos,
Ya con el triunfo vengador ufanos.

XXII.

Los Cristianos, nadando ya en contento,
Viendo la expedicion desde la playa
Proceder en acorde movimiento,
Y cuan pomposa por la mar se explaya,
Rompen el aire con acorde acento:
"Dios te bendiga; Dios contigo vaya."
Iba a correr sangre española a rios,
Y se alegraban de ello los impios.

XXIII.

Va con Tarif el Conde, y los reflejos
Del júbilo encendian su mirada.
¡ Con qué orgullo le indica desde lejos
La costa de la Betica, alfombrada
Por lozano verdor! "Con mis consejos,"
La decia, "verás cuan acertada
Sale la empresa." El Moro, a todo esto,
No respondia mas que: "Por supuesto."

XXIV.

Donde en veloz corriente desemboca
La mar primera que en su infancia ruda
Surcó el jenio del hombre, altiva roca
Se alza soberbia, colosal, sañuda ;
Desde la cima que las nubes toca,
Tan perpendicular y tan desnuda,
Hasta do opone al mar robusta orilla,
Que parece tajada con cuchilla.

XXV.

Hercules, a quien honra el Gaditano,
Y de quien tengo a dicha ser viznieto,
(No sé si era el Egipcio u el Tebano) (26)
Hombre robusto, y por demas inquieto,
Vio que el mar no corria al Oceano,
Porque se lo estorvaba un parapeto
De inmenso ensanche y solida materia,
Que reinaba entre el Africa y Hesperia.

XXVI.

El comercio de Cadiz le decia:
"Si abrieras a ése muro algunos trechos,
El paso entre los mares nos daria,
Como es facil de ver, grandes provechos."
Hercules complaciente respondia :
"Pronto estaran ustedes satisfechos."
Llégase al muro, dale una patada,
Y un mar en otro mar hizo su entrada.

XXVII.

Si un cuerpo blando rompes, la rotura
Presenta lineas curvas, desiguales;
Pero si rompes una masa dura,
Mas rectas quedarán y verticales.
Por esto la magnífica estructura,
Do tubieron principio aquellos males,
Por la parte que mira acia el Estrecho,
No es mas que un murallon liso y derecho.

XXVIII.

Antes fue Calpe, y hoi ciudad potente,
Donde se venden sendas mercancias.
Si extrañas porqué alli dice la jente
Good morning en lugar de *buenos dias*,
Hare una digresion impertinente,
Como acostumbran ser todas las mias.
Critiquenme si quier los literatos:
Las digresiones dan mui buenos ratos.

XXIX.

Cuando andaba la España en retorteros,
(Somos los Españoles mui sencillos)
Sobre cual de dos reyes extranjeros,
Le habia de poner mas duros grillos;
Mientras los Castellanos majaderos,
Se dejaban pelar como chiquillos;
Mientras los majaderos Catalanes,
Se entregaban a fieros gavilanes,

XXX.

Entonces dijo para sí Inglaterra,
Con esa gran nariz que Dios le ha dado:
"Vamos a oler si sale de esta guerra,
Para nuestro bolsillo un resultado;
Y mientras Francia en combatir se emperra,
Y deja a España en infeliz estado,
Y el campo de batalla es Cataluña,
A Gibraltar echemosle la uña."

XXXI.

Disputaron los Lores con empeño
Sobre esta expedicion. Abrio la boca
Lord Non-sense, y poniendo torvo el ceño,
Dijo que era un desierto, una bicoca,
Y que quien de la plaza fuera dueño,
Dueño sería de una esteril roca,
Donde no hai yerba para media cabra.
Lord Acute tomó entonces la palabra.

XXXII.

"Milores," dice, "aunque mi noble amigo
Ha vertido torrentes de elocuencia,
Pongo al saco de lana por testigo, ... (27)
(*Hear, hear*, clamó toda la audiencia)
Y pues que estoi sobre mis piernas, digo (28)
Que fuera una solemne impertinencia,
Cuando se viene el pajaro a la boca,
Andarse con la cabra y con la roca.

XXXIII.

"Esa cabra dara rios de leche,
Esas rocas seran rocas de plata,
Con tal que el ministerio se aproveche
De conquista que sale tan barata.
España en sus doctrinas se pertreche;
Siga dogmas antiguos de reata;
Mientras con esos dogmas y doctrinas,
Nos abra en Gibraltar copiosas minas.

XXXIV.

"Abunden en España economistas,
Del siglo doce partidarios fieles,
Y tendremos esplendidas conquistas,
A fuerza de ordenanzas y aranceles.
A millares vendran contrabandistas;
Y los mismos que en órdenes crueles,
Los condenan a Ceuta o Filipinas,
Les comprarán tabaco y moselinas."

XXXV.

Ganó la votacion su Señoria;
Salio la expedicion; sitió la plaza,
Que con ochenta hombres sostenia
El patrio honor. Ignoro con qué traza.
Esa grave y metodica apatia;
Esa serenidad, esa cachaza,
Pasa por planta indijena del suelo
Do nacimos: asi nos crece el pelo.

XXXVI.

Don Diego de Salinas gobernaba
La plaza a la sazon, hombre devoto,
Cuya tactica diestra se cifraba
En novenario, disciplina y voto.
Rompese el fuego, y mientras penetraba
Raudo el Ingles, con gritos y alboroto,
Por la calle mayor, mas que de prisa,
Estaba mi Don Diego oyendo misa. (29)

XXXVII.

Tal fue el punto geografico do empieza
La escena hermosa en que aparece España,
Llena de majestad y de riqueza,
Poderosa y temible a jente extraña.
Su delicioso clima, la fiereza
Dulcifica del Moro, como baña
Blando arroyo la arena seca y triste,
Y de verdor y flores la reviste.

XXXVIII.

Doce mil Musulmanes en troteros
Africanos, de ardiente gallardia,
Respiran ya los aires placenteros
De la bella y feraz Andalucia.
En pos huellan su patria los guerreros
Que el Conde a su venganza conducia,
Sin ricas armas ni bruñidas cotas.
Llamabanse Lejion de Patriotas.

XXXIX.

Suena el alto rumor de la venida,
Y agregase a las filas invasoras
Turba espesa a batalla apercibida,
Y animada de miras destructoras.
La nobleza agoviada y ofendida,
Sus fuerzas une con las fuerzas moras;
Y acuden con acemilas, caballos,
Y escuderos, y pajes, y vasallos.

XL.

Periculum in mora. La tardanza
Nunca sacó a los hombres de conflictos.
A lo interior la tropa altiva avanza
De guerreros impavidos e invictos.
En su progreso triunfador la alcanza,
Por do quiera, mayor tropel de adictos;
Y con el nuevo auxilio, hasta Paterna,
Sin la menor dificultad se interna.

XLI.

Gobernaba cual despota en Sevilla,
(Hispalis era entonces) un muñeco,
Miembro vital de la real gavilla,
Y sobrino del mismo Rei: Edeco.
El cobarde mayor que vio Castilla:
Palido, afeminado, mustio, seco;
Que pasaba los dias y semanas,
En bailes, y convites, y jaranas.

XLII.

Y mientras en delicias se encenaga,
Por toda la ciúdad cunde veloce,
Como viento sutil, la nueva aciaga,
Y solo Edeco el riesgo desconoce.
Tanto por fin el miedo se propaga,
Y tanto crece en el continuo roce
De tertulias, y corros, y pandillas,
Que ya Edeco salio de sus casillas.

XLIII.

Y aunque nunca en su vida vistio malla,
Vomitando vesubios por la boca,
"Voi," dice, "a castigar esa canalla,
Y a echar al suelo su arrogancia loca."
Juntó de pronto la soez morralla;
Le reparte dinero; al arma toca;
Y cubierto de galas y de lujo,
Sale a campaña en alazan cartujo.

XLIV.

Ya recuerdan ustedes lo de Ocaña,
Cuando al frente de bravos escuadrones,
Gritando: "Muera el Corso, cierra España,"
Aquel Señor de cruces y galones
Se echó a correr, cual timida alimaña,
Cuando vio a media legua los dragones, ;
Y corrio por los llanos y los cerros,
Hasta dejarse atras Despeña-perros.

XLV.

Ni mas ni menos sucedio lo mismo
Con este bravo, que al salir rebienta,
De rabia, de coraje y heroismo,
Hasta que al enemigo se presenta;
Por poco le da entonce un parasismo,
Pero no le saldria bien la cuenta;
Por lo cual a la fuga se abandona,
De Paterna a los Caños de Carmona.

XLVI.

De su jente no queda ni señales;
Por detras mueren unos; otros quedan
Ocultos en espesos matorrales;
Por altos precipicios otros ruedan;
Otros en la maleza y los zarzales
Se embarazan, se turban y se enredan;
Salieron mas de doce mil, y apenas
Volvieron a Sevilla dos docenas.

XLVII.

No hai posta mas lijera que una fuga,
Ni que lleve mas pronto una noticia:
Dicen que el miedo todo lo subyuga;
No subyuga las piernas: beneficia
Mas bien la ajilidad, y desarruga
Los nervios, si un secreto mal los vicia.
En tres dias llegaron a Toledo
Dos oficiales. ¡Lo que puede el miedo!

XLVIII.

La idea mas remota de la mente
De Rodrigo, era entonces la desgracia.
¡ Oh cuanto la Fortuna es inclemente,
Cuan mortifera al hombre, si le vacia
Su favor en esplendida corriente !
¡ Cuanto debe temerla, si le sacia
Sus apetitos con propicios dones,
Atestados de ocultos aguijones !

XLIX.

Es la felicidad una modorra,
Un entumecimiento o bien letargo,
Que el porvenir del pensamiento borra,
Si algo tiene de tetrico y amargo.
Deja el hombre feliz que vague y corra
Libre la fantasia a paso largo,
Por una senda amena y perfumada,
Que no presenta fin a su mirada.

L.

De la modorra la pesada benda
Se quita de los ojos, y se mira
Sumido el hombre en soledad horrenda,
Que desesperacion y espanto inspira :
Y aquella amena y perfumada senda,
Cual majica artimaña se retira,
Y deja ver en horrido vacío,
Despeñadero funebre y sombrio.

LI.

Tal fue del Rei la situacion. Intenso
Placer lo lisonjea y lo circunda.
Se halla en el aura placida suspenso,
Que de aliento aromatico lo inunda.
De pronto sopla con furor inmenso
Tremenda tempestad, y en la profunda
Neblina, busca ansioso sus quimeras,
Y no quiere creer que va de veras.

LII.

Consejos pide. ¿ Quien dara consejos?
Los hombres de razon y de pericia,
Sensatos y entendidos, estan lejos,
Victimas del baldon o la injusticia.
Turbas de cortesanos, flojos, viejos,
Masas de corrupcion y de estulticia,
Pueblan de sus salones el espacio:
Lo que llamamos "muebles de palacio."

LIII.

¿ Quien presta plata? ¡ Acaso el gran portento
De la Bolsa! ¡ El Judio chico y gordo!
No: que respondera con fundamento:
"Me ha dado un aire y he quedado sordo;
Porque, si de pagar llega el momento,
Dira como otra vez: *non mi ricordo.*
Yo presto mi dinero a los monarcas,
Para que vuelva a entrar triple en las arcas."

LIV.

En tanto acuden de pavor teñidos,
Magnates, hacendados, infanzones;
Los unos lanzan fieros alaridos,
Los otros le preguntan: "¿ Qué dispones?"
Muchos de ellos, creyendose perdidos,
Empaquetan baules y colchones.
Mas de uno de ellos a un rincon se arrima,
Diciendo: "Voi a ver quien queda encima".

LV.

Vuelven loco a Rodrigo con clamores,
Con el ir y venir, saliendo, entrando;
El contexta al tuntun: "Pero Señores . . .
Pero si . . . pero como . . . . pero cuando."
Sin embargo, en los grandes sinsabores,
El hombre mas imbecil, flojo y blando,
Saca a la postre fuerzas de flaqueza.
Rodrigo quiere obrar con entereza.

LVI.

Manda por fin que cuanto Godo existe,
Sin distincion de clase, sangre o renta,
Bajo del patrio pavellon se aliste,
Desde los diez y siete a los cuarenta.
Pena de muerte tiene el que resiste,
Todo tributo al doble se acrecienta.
Se embargan las caballos y las mulas;
Tambien los diezmos, sin pedir las bulas.

LVII.

Empiezan a implorarse donativos:
Uno da una coraza, y otro un peto;
Aquel una montura sin estrivos;
Estotro da una daga y un coleto.
Siguen las malas nuevas: mas activos
Son los conatos en mayor aprieto;
Y como el riesgo grande hace cosquillas,
No faltaron alhajas y vajillas.

LVIII.

Cuando el rujir del infortunio suena,
Supersticion redobla su enerjia.
Nunca hai calamidad sin alma en pena,
Vision, duende, fantasma o profecia.
Si la atmosfera está clara o serena,
Si reina la algazara y la alegria,
Y nos ceñimos de jazmin y rosas,
No hai uno que se acuerde de estas cosas.

LIX.

Rodrigo estaba pensativo y serio,
Cuando entró en su retrete un hermitaño.
"Vengo a ejercer un santo ministerio,"
Dice "movido por impulso extraño.
Te vengo a revelar un gran misterio,
No sé si es por tu bien o por tu daño.
¿Quieres saber si en esta horrenda lucha,
Seras vencido o vencedor?—Escucha.

LX.

" Esa torre cerrada, que a la orilla
De la selva vecina se levanta,
De que refieren tanta maravilla,
Y cuyo aspecto triste y negro espanta ;
Esa torre, que nadie ha osado abrilla,
Porque el alma se añuda y atraganta,
Cuando acaso la mira un indiscreto,
Contiene en sí un tesoro y un secreto.

LXI.

"Dentro hai un arca ; en ella un pergamino ;
Donde un encantador mui afamado,
Del imperio español trazó el destino,
Cual lo tiene la suerte decretado ;
Cuando lo atacará pueblo vecino,
Si el Rei sera depuesto o degollado,
Con otras muchas cosas que yo ignoro :
Bajo del pergamino está el tesoro."

LXII.

Al Rei la voz tesoro da codicia,
Que todo lo demas le importa un bledo.
Finje en tanto, y responde : " La noticia
No cayó en saco roto. Con denuedo,
Ire a la torre : funebre o propicia
La suerte arrostro. Asi de tanto enredo
Saldremos pronto y de una vez. Mañana,
De cierto he de saber quien pierde o gana."

LXIII.

Cuando se supo aquel extraño arrojo,
Causó en Toledo escandalo infinito :
En uno admiracion, en otro enojo ;
Uno lo llama hazaña : otro, delito.
" Sera," decian, " mísero despojo
De su arrogancia loca. Pobrecito !
Uno que quiso entrar se quedó mudo.
El entrará : pero, salir, lo dudo."

LXIV.

Llega el instante ; la ciudad entera,
De su temeridad va a ser testigo.
El pavor en la turba prepondera,
Temerosa de barbaro castigo :
Y oyendo que con voz altiva y fiera,
La puerta manda derribar Rodrigo,
Por un comun impulso se prosternan,
Y gritan a una voz : *requiem æternam,*

LXV.

Lo pue pasó en la torre es un problema,
Que nuestros ilustrados escritores
Refieren, cada cual segun su tema :
Pero que alli se vieron mil horrores,
Para ninguno es ya duda o dilema ;
Y en cuanto a que lucieron sus primores
Con el pobre Rodrigo los demonios,
Unanimes estan los testimonios.

LXVI.

Hai un cierto escritor llamado Mora . . . . (30)
¡ Qué jenio ! ¡ qué diccion tan noble y pura !
¡ Qué hermosas tragaderas ! ¡ Cual perora
Sobre esta escena ! y como la asegura !
Lozano, otro que tal, no lo desdora.
Pisa tambien entiende la diablura.
Bueno es Castillo, y Alcocer no es rana.
Tu quoque ! Tú tambien, Padre Mariana !

LXVII.

Yo contaré la cosa cual la creo,
Porque tanta simpleza me abochorna.
La contaré sencilla y sin rodeo.
Nada inventa mi Musa ; nada adorna.
Copié esta relacion de un libro hebreo,
Que me prestó un Judio de Liorna.
Liorna es mas Judia que Cristiana :
Ni le pesa al Gran Duque de Toscana.

LXVIII.

Entra Rodrigo, pues, y a corto trecho,
Se sumerje en la niebla mas oscura.
Va por un callejon largo y estrecho,
De lo cual con el tacto se asegura.
Por larguisimo tramo va derecho,
Sin hallar la mas leve curvatura;
A cosa de una legua ya repara,
Que un muro de otro muro se separa.

LXIX.

Quiere tentar el muro y no lo encuentra.
Supone hallarse en un salon vacío;
Marcha sin direccion: cuanto mas entra,
Mas se prolonga el boqueron sombrio.
Ya el pavor en su pecho se concentra;
Ya le empieza a correr un sudor frio.
Grita, y un eco agudo le responde.
Quiere volver atras: pero ¿ por donde ?

LXX.

Las piernas se le doblan. El aliento
Le va faltando; el paso mal seguro
Se debilita. El pulso flojo y lento,
Fielmente marca su terrible apuro.
Va a sentarse: mas ¿ donde está el asiento ?
No hai mas medio que echarse al suelo duro.
Se inclina para echarse, y de repente,
Una bruñida superficie siente.

LXXI.

La toca, y la retoca, y la examina
Por la parte de arriba y por la baja;
Y tienta ya una esquina, ya otra esquina,
Y dos esquinas mas: es una caja.
A la tapa las manos encamina.
No advierte ni falleba ni cerraja.
Trata de ver si abrirla al cabo puede,
Y bien conoce que a su impulso cede.

LXXII.

Abrela, y con horrisono estampido,
Y explosion tremendisima y violenta,
Fulgor sulfureo alli dentro escondido,
Por los inmensos ambitos rebienta.
Calma el primer fragor: cesa el ruido,
Y de luz amarilla y tremulenta,
Y amortiguada, y vacilante, y triste,
La boveda insondable se reviste.

LXXIII.

Y por las estalacticas lijeras,
Y por los desiguales peñascones,
Salen, cual de profundas ratoneras,
Espiritus impuros a millones.
Los unos, como sombras pasajeras,
Los otros, como erguidos torreones;
Grandes, chicos, medianos, flacos, gordos,
Lividos, pardos, negros, bayos, tordos.

LXXIV.

Con alas y sin alas, y con cuernos,
Y sin cuernos; con colas y sin colas;
Y siguen vomitando los infiernos
De nuevos enemigos nuevas olas.
Unos son jefes, y otros subalternos;
Aquellos llevan largas banderolas;
Estos garrotes, mazas, palos, pinchos.
Unos rebuznos dan; otros, relinchos.

LXXV.

Unos a otros enganchados jiran,
Por aquellos vastisimos parajes;
Y vuelven otra vez, y se retiran,
Y repiten sus vueltas y pasajes.
Todos al Rei desconcertado miran,
Con espantosos jestos y visajes,
Y la lengua le sacan, y estornudan,
Y mil diversas contorsiones mudan.

LXXVI.

Poco a poco mitigan la carrera,
Y van quedando firmes en sus puestos;
Y forman una hilera y otra hilera,
Y cesan los visajes y los jestos:
Como aquellas imajenes de cera,
De personajes graves y modestos,
Que parece que miran y no miran,
Y porque no son jente no respiran.

LXXVII.

Abrio entonce un demonio con misterio,
Una especie de nicho o de retablo,
De do empezo a salir erguido y serio,
Un narigudo y colosal diablo.
Su cabeza, grandisimo hemisferio,
La cupula parece de San Pablo.
Sus piernas no son piernas, son jiraldas;
Y son dos Cordilleras sus espaldas.

LXXVIII.

Asperas selvas son sus dos bigotes,
En los cuales un potro se perdiera;
Sus cabellos parecen calabrotes;
Cada zapato un mistico o galera.
Sus mejillas, jiganticos mogotes;
Ya dije que era narigudo, y era
Su nariz, que en la atmosfera se pierde,
Un promontorio como el Cabo Verde.

LXXIX.

Abre la boca, tenebroso abismo,
Con cada diente y muela como roca,
Y en tono de responso o de exorcismo,
Salen estas palabras de su boca:
" Tú, mi retrato fiel, otro yo mismo,
Tú, por quien el infierno se convoca,
Porque tan alta distincion mereces,
Hijo de nuestro amor, salud mil veces.

LXXX.

"Mil veces, no mil años ni mil dias:
Porque dentro de pocos, (ten paciencia)
Se te van a acabar las gollerias,
Que sobre tí vertio nuestra clemencia.
¿Las juzgabas eternas, o creias
Que aquel cuyo poder te dio existencia,
Crió cosas tan bellas y tan raras,
Solo para que tú las disfrutáras?

LXXXI.

"Gozaste; hiciste bien; me has dado gusto.
Te encenagaste en vicios: mui bien hecho.
Todo inmolaste a tu placer: mui justo.
Gloton fuiste y lascivo: buen provecho.
Abusaste del titulo de Augusto.
¿No abusa cada cual de su derecho?
Forzastes y violaste a troche y moche:
Eso se llama ir al infierno en coche.

LXXXII.

"Quisiste infierno y lo tendras. En eso
Nuestra condescendencia es donde brilla;
Hace siglos que tienes *ex professo*,
Con tu nombre en palacio una casilla.
Alli estaras como raton en queso.
Despues el mismo trono de Castilla,
En que hicistes tan bien nuestros negocios,
Te suministrará mui dignos socios.

LXXXIII.

"Haremos mas: en prueba del agrado
Con que hemos acceptado tus servicios,
Dejamos en tu trono vinculado
Uno de los mayores beneficios
En nuestro idioma. Alli queda estancado,
Bajo nuestros diabolicos auspicios,
Un vastago fecundo del infierno:
Ese don que se llama desgobierno."

LXXXIV.

Dijo, y aplauden con horrendo grito,
Aquellos disformisimos muñecos,
Mientras la voz del orador maldito,
Vibra en confusos y remotos ecos;
Y otra vez en las moles de granito,
Y en sus inmensas cupulas y huecos,
El estallido portentoso zumba,
Y al suelo el Rei como un lechon se tumba.

LXXXV.

Hallose, sin saber cuando ni como,
A la infernal entrada sin resuello;
Con el color entre aceituna y plomo;
Herizado el bigote y el cabello;
Yerto, gafo, sin vista, sin asomo
De sensibilidad; torcido el cuello;
Encorvado, hemiplectico, sin pulso;
Ya inmovil como estatua, ya convulso.

LXXXVI.

Acude al verlo la caterva pia . . . .
Dejemoslo nosotros en sus manos,
Y volvamos la vista al Mediodia,
Y a los ardientes y fecundos llanos,
En donde el Betis (¡ dulce nombre !) cria
Ricas olivas y abundosos granos;
Esos llanos ilustres que atraviesa
De audaces invasores nube espesa.

LXXXVII.

A cuya frente luce, como el toro,
Bizarro defensor de la manada,
Tarif, el mas gallardo y noble Moro,
Que lanza enristra, y que maneja espada.
Tres vueltas le da al pecho sierpe de oro,
De fogosos carbunclos salpicada.
Y luego airosa al cinturon desciende,
Y de ella el sable vengativo pende.

LXXXVIII.

Rica marlota, floja, leve y ancha,
Pomposamente adorna su estatura,
De seda candidisima, que mancha,
De trecho en trecho, roja bordadura.
En el bonete de tisu se engancha
Magnífica esmeralda, que asegura
Los pavellones sutiles y vanos,
De plumas de avestruces Africanos.

LXXXIX.

Veinticinco monarcas agarenos
En pos cavalgan ; unos revestidos
Grave y sencillamente, y otros llenos
Los bonetes de alhajas. Protejidos
Llevan algunos los robustos senos
De acero de Damasco, y van seguidos
De sus membrudos pajes. Raras pieles
Extraño aspecto dan a estos donceles.

XC.

Forman la augusta y escojida armada, (31)
Algunos de los claros fundadores
De la pura nobleza que en Granada,
Señalará sus hierros triunfadores :
El padre de una tribu celebrada
Por graves infortunios, por amores
Sangrientos ; el terrible Bencerraje,
Nombre que inmortaliza fiero ultraje.

XCI.

Y Malique Alabés, de ilustre fama,
Que aun guardan en sus ambitos las vegas
De los Padules, Illora y Alhama ;
Y Maza aterrador, y el gran Venegas,
Cuyo recuerdo todavia inflama
Mas de un noble en Madrid ; y el bravo Llegas,
Domador de encumbrados valladares ;
Y Zegries, Gomeles y Alhamares.

XCII.

Cinco mil veteranos Koreishitas
Preceden: enemigos del Profeta,
Cuando anunció mudanzas inauditas,
Y reclamaba sumision completa;
Y despues de querellas infinitas,
La mas docil falanje a la trompeta
Del Koran; sus sectarios mas devotos,
Del Ejipto en los límites remotos.

XCIII.

Mezclanse en gruesas masas los Numidas,
De piel tostada y de segura flecha;
Formidables en tropas desunidas,
Si un cuerpo numeroso los estrecha:
Pues en sus lijerisimas corridas,
Leves tornando, sanguinosa brecha,
Abren al escuadron, y raudos vuelven,
Y cual fugaz espuma se disuelven.

XCIV.

Y los nunca domados Bereberes,
Toscos, pero aguerridos y pujantes;
Extraños a los usos y placeres
De los tratos civiles; ignorantes,
De la grata labor que rije Ceres.
La sombra de palmeros elegantes,
Del rigor del estio los ampara,
Y del reflejo del vecino Zara.

XCV.

No tanto admira el ver a los guererros
De tan diverso rito, lengua y traje,
Cual los nobles, finisimos troteros
Que diestros rijen. Llenos de coraje,
Fogosos, bravos, dociles, lijeros;
La crin flotando airosa, cual plumaje;
Redondo el cuello, el pecho dilatado;
El corvejon sutil y delicado.

XCVI.

Los enjendró la Arabia, cuyo fuego
Brilla en sus ojos, y en sus venas jira :
Magnífico animal, que ora del ruego
La voz oye, o del mando, o de la ira.
Ya alzando con blandisimo sosiego
Los miembros arqueados, cuando aspira
Soplo de paz, avanza en muelle holgura,
Simetrico en balance y en mesura.

XCVII.

O ya si el grito belico lo incita,
Subito aguza la sutil oreja,
Los cuatro remos iracundo ajita,
Sacude despechado la guedeja,
Hasta que con furor se precipita,
Cuando da la señal quien lo maneja,
Cual catarata enchida, y desparece,
Y el dia en denso polvo se oscurece.

XCVIII.

Detras a legua y media de distancia,
Con gravisimo paso y compostura,
Revestida de inmovil arrogancia,
Contrista el aire mole vasta, oscura,
Y movida en perpetua consonancia,
Que forman armamento y herradura.
Estos los Godos son de Andalucia,
Que en daño del Monarca el Conde guia.

XCIX.

Con séquito de fieles servidores,
Que el feudo a sus mandatos encadena,
Vienen ricos magnates y señores,
De renta pingüe y elevada almena.
Dejaron de Toledo los rumores,
Cuando con sus escandalos la llena
Rodrigo, y en sus vastas heredades,
Del tiranuelo arrostran las maldades.

C.

Otros, que no se curan de Rodrigo,
Ni indagan si es buen amo, o bien si yerra,
Solo a la invitacion de un Conde amigo,
Se exitan a tomar parte en la guerra;
Otros, porque en la paz ven un castigo;
Otros por echar lances y ver tierra;
Y muchisimos van como Vicente,
Por ir con el ruido de la jente.

CI.

No obstante, el mayor número de bravos,
Van por ver si le agarran algo al Moro.
Poco les duele que les pinchen clavos,
Si los clavos que pinchan son de oro.
Solo nacieron para ser esclavos.
Respiran servidumbre en cada poro:
Pero les acomoda un nuevo yugo,
Porque ya al otro le sacaron jugo.

CII.

Y poco mas o menos, es lo mismo
Siempre que se amostazan las naciones,
Y en turba armada suena "patriotismo,"
Y hai vivas, y proclamas, y canciones.
Si buscas en el fondo de este abismo
Los desinteresados corazones,
Que aníma un puro y noble sentimiento,
¿Sabes lo que hallarás?—Uno por ciento.

CIII.

Precede el Conde al bando numeroso,
Con camison de malla, en que no brilla
Joyel ni talabarte esplendoroso,
Y lo envuelve del cuello a la rodilla.
Va cabizbajo, mustio, silencioso,
No porque se arrepiente ni se humilla,
Ni porque tiene a los contrarios miedo:
Sino porque no estaba ya en Toledo.

CIV.

Marcha la doble hueste no inquietada,
Del negro Calpe a la potente Asido, (32)
Que es hoi Xerez: mansion privilejiada,
De cuyo seno, en nunca interrumpido
Venero, la Señora entronizada
De los mares, con labio enardecido,
Saca parte del jugo que alimenta
El jenio animador que la sustenta.

CV.

Era Asido aquel dia un hervidero
De jentes, y de bulla, y de alboroto,
Y de salir y entrar al retortero,
Del cortijo vecino y del remoto.
El Arenal parece un hormiguero;
El pueblo, como nave sin piloto,
Vacila en ajitado bamboleo.
Ya lo impulsa el temor y ya el deseo.

CVI.

"Rodrigo viene," suena en un corrillo.
"Ya está en Arcos," en otro. "No: en Marchena,"
Diz otro mas alla. Jente al portillo,
Jente a los miradores y a la almena.
"¿Ves aquel resplandor? pues es el brillo
De las armas. Y el nubarron de arena
¿No es la Caballeria?—¡Qué! es engaño.
Si es una recua . . . no: que es un rebaño."

CVII.

Y en efecto, Rodrigo ya de Bornos
Pasado habia los amenos llanos,
Y herbian sus repechos y contornos,
En bandas de guerreros Castellanos.
El, cubierto de esplendidos adornos,
Con la cuadrilla fiel de cortesanos
Que lo emúla en carrera libertina,
Lejos del cuerpo lidiador camina.

CVIII.

¡ Cual se fastidia en tanta barahunda !
¡ Y en tanto laberinto cual bosteza !
" ¡ Militares ! El Cielo los confunda.
¿ Qué me importa la hazaña o la proeza,
En que esta jente su existencia funda ?
Este casco me parte la cabeza ;
Y esta maldita y ponderosa espada,
Me tiene la cintura derrengada.

CIX.

" ¿ No me fuera mejor estar ahora
Gozando con los mios y las mias,
En mi alcazar, la holgura seductora
De eso que llama el capellan orjias ?
Y no estar cavalgando a toda hora,
Por hondos llanos y por cumbres frias,
Y en lugar de saraos y banquetes
Comer y hablar con estos mata-sietes ?"

CX.

El armado tropel que lo acompaña,
No baja de cien mil : todo caudillo,
Que del conquistador teme la saña,
Abandona el solaz de su castillo,
Y sale con los suyos a campaña.
Ningun señor de horca y de cuchillo
Se queda atras. Cual pueden se arman todos
Los adictos al cetro de los Godos.

CXI.

O mas bien, los adictos al provecho,
Que del desorden público se saca ;
La gracia, el monopolio y el cohecho.
Ellos quieren la leche, no la vaca.
" Santo es el trono ; santo su derecho,"
Gritan, " execracion a quien lo ataca."
¿ Dicenlo acaso por sus buenos ojos ?
No señor : por vivir de sus despojos.

CXII.

Pero ninguno con mayor esmero
Que Don Opas, emplea jenio y trazas,
En aprontar un escuadron guerrero,
Que no le baja un pelo a diez mil plazas.
En él brilla pulido y fuerte acero,
En espadas, cimeras y corazas;
Los hombres, casi todos veteranos;
Los troteros valientes y lozanos.

CXIII.

Nada omite su celo: de la Silla,
Vierte el tesoro pingüe y escondido.
Montó a caballo, y fue de villa en villa,
Reclutas atrayendo a su partido.
Viendo que el sacristan de una capilla,
Hombre de buena faz, alto y fornido,
Manejaba un baston con gran talento,
Lo hizo tambor mayor de un rejimiento.

CXIV.

Los hijos de Witiza, y los clientes
De aquella malhadada dinastia,
A sus exortaciones obedientes,
Presentanse con noble gallardia.
De su obispado saca muchas jentes,
Y él los arma a su costa, y él los guia,
Pues sabe manejar, pastor guerrero,
No menos el cayado que el acero.

CXV.

Aqui debiera yo soltar el vuelo
Del estro belicoso; aqui podria,
Si me exitase el ambicioso anhelo
De la inmortalidad, la lucha impia
Pintar en rima alzada: mas no suelo
ejar audace la modesta via
Que me trazó la suerte, aunque es angosta.
Me gusta hacer reir: mas no a mi costa.

CXVI.

Quisiera, si, pintar la hermosa escena
Del combate: la esplendida llanura,
Que interrumpe tal vez, de arbustos llena,
Colina desigual, o blanda altura.
No alli levanta inmoble la melena
Roble añoso, ni ostenta la espesura
De sus ramas la encina; ni desata
Su furia la espumosa catarata.

CXVII.

Ningun rasgo grandioso alli reluce,
Como en el Alpe exelso u Apenino:
Mas hai un cierto alago que seduce
La razon. Por el aire cristalino,
Hasta el alma triscando se introduce
No sé qué holganza o bienestar divino,
Un perfume rural, un goce intenso,
Que deja al hombre extatico y suspenso.

CXVIII.

No es Guadalete un rio estrepitoso,
Ni lleva grandes selvas en su orilla.
Manso desliza el curso vagaroso,
Casi inmovil a veces. La ramilla
Del taraje, y la adelfa, y del vistoso
Rosal silvestre, en majestad sencilla
Su cuna adornan, su guirnalda tejen,
Y en sus extraños jiros lo protejen.

CXIX.

Alli fui yo dichoso en el abrigo
Del regazo materno, y otro tanto
No pudiera decir el Rei Rodrigo,
Con toda su corona y con su manto.
Alli recibe el postrimer castigo;
Alli cubierto de dolor y espanto,
La vida, y el honor, y el cetro pierde:
Ni aun hai huella fugaz que lo recuerde.

CXX.

Cinco veces el sol vertio esplendente
Sus rayos en la lucha. Cinco dias,
Godo implacable y Musulman ardiente,
Pelean sin cesar. Voces impias,
Exterminio proclaman: ni consiente
Treguas el odio. Veinte dinastias,
O brillan o no salen de la nada,
Segun quien gane o pierda en la jornada.

CXXI.

La hueste de Don Opas es quien guarda
El rejio campo, lejos del empeño;
Y alli el perverso engañador aguarda
La ocasion favorable a su diseño.
Mas ya su acerbo golpe no retarda.
Manda dar fuego al campo, y tan risueño
Cual si estubiera presidiendo el coro,
Con todos sus diez mil se pasa al Moro. (33)

CXXII.

Atonitos, turbados y perplejos
Quedan los Godos. Con celoso ahinco,
Busca a Tarif Don Opas, y a lo lejos
Lo descubre, y se planta alla de un brinco.
Los dos se abrazan, como amigos viejos.
"Ya todo se acabó: toca esos cinco,"
Diz el malvado: el Moro apenas osa
Tocar aquella mano ignominiosa.

CXXIII.

Lo que sigue se sabe en las escuelas.
El carro de marfil, el cetro de oro,
Las mulas blancas, y las dos chinelas,
Y Orelia el trotador: rico tesoro
De mentira o verdad, que las abuelas
Bordan a su solaz. Cristiano y Moro
Lo dicen en sus clasicas leyendas,
No sin contradicciones estupendas.

CXXIV.

¿ Y en qué paró Don Opas ? ¿ Qué ventaja
Sacó de su baldon ? Nadie nos cuenta
Si de los Moros pudo sacar raja,
Trocando con usura tanta afrenta.
Cual leve arbusto que Aquilon desgaja,
Y lo ajita, y en colera violenta,
En fangoso pantano lo sepulta,
Tal su suerte la Historia nos oculta. (34)

FIN.

NOTAS.

1.

Y mas en esta escena que circunda.—p. 49.

Escribiose este poema en la hacienda de Cotaña, propia de D. Pedro Jose Guerra, situada en el valle del mismo nombre, en el departamento de la Paz, Republica de Bolivia. El valle ocupa una parte de la falda del famoso Nevado de Illimani, "la mas alta montaña de todo el Nuevo Mundo, despues del Pico de Sorata," segun Balbi en su *Compendio de Geografia;* pero que, si hemos de dar credito a observaciones mas recientes, no solamente exede al Sorata, sino tambien al Himalaya, considerado hasta ahora como el monte mas alto del Globo. Mas el Illimani, ademas de su elevacion, tiene otros derechos a la admiracion de los hombres aficionados a los grandes espectaculos de la Naturaleza. Por la elegancia de su perfil, por la variedad de sus tintes, por sus profundas sinuosidades, y por su entera separacion de la gran cadena de los Andes, puede considerarse como uno de los mas grandiosos y bellos puntos de vista que pueden ofrecerse a los ojos del hombre. El valle de Cotaña, desde el cual parece que podria tocarse con la mano la nieve perpetua que cubre la cima del Illimani, es una rejion privilejiada, en la cual se hallan reunidos, en el espacio de pocas leguas, los efectos mas pintorescos, y las mas vastas y variadas perspectivas: prados amenisimos, bosques impenetrables, precipicios, torrentes, alfombras de las flores mas delicadas y olorosas, y todo esto oreado por el aire mas suave y tranquilo, y en presencia de un inmenso laboratorio de huracanes, nieblas y borrascas.

2.

Dijo un sabio: "Quien solamente es bueno,
Tan solo es bueno para sí."—p. 58.

"Celui qui n'est que bon, n'est bon que pour lui," ha dicho J. J. Rousseau, pervirtiendo la significacion de las palabras, y hablando mas bien como hombre de mundo, que como Filosofo. El pasaje siguiente de Montaigne, que no se puede traducir sin echarlo a perder, traza, en mi sentir, con admirable delicadeza, la linea divisoria que separa la bondad de la virtud, palabras cuyo sentido se confunde tan frecuentemente, tanto en la conversacion, como en los libros de Filosofia: "Il me semble que la vertu est chose austre et plus noble, que les inclinations à la bonté qui naissent en nous. Les ames reiglées d'elles mesmes, et bien nées,

elles suyvent mesme train, et représentent dans leurs actions mesme visage que les vertueuses. Mais la vertu sonne, je ne sçay quoy de plus grand et de plus actif, que de se laisser, par une heureuse complexion, doucement et paisiblement conduire à la suitte de la raison. Celuy qui d' une douceur et d'une facilité naturelle, mespriserait les offences reçcües, ferait chose très-belle et digne de loüange: mais celuy qui picqué et outré jusques au vif d' une offence, s'armerait des armes de la raison, contre ce furieux appetit de vengeance, et après un grand conflict s'en rendrait maistre, ferait sans doubte beaucoup plus. Celuy-là ferait fort bien, et cettuy-ci vertueusement: l'une action se pourroit dire bonté, l' austre vertu. Car il semble que le nom de la vertu présuppose de la difficulté, et du contraste, et qu'elle ne peut s'éxercer sans partie. C'est à l'adventure pourquoy nous nommons Dieu bon; fort, libéral et juste: mais nous ne le nommons pas vertueux."—Essais, lib. ii. chap. xi.

3.

Y los Obispos eran jenerales.—p. 91.

Que los Obispos de aquellos tiempos guerreaban como los señores temporales, y mantenian ejercitos a su sueldo, y se valian de ellos para el logro de sus miras politicas, es una verdad harto familiar a los que tienen algun conocimiento de la historia de la Edad Media. Lease la vida del famoso Obispo iriense D. Gelmirez en el tomo 19 de la "España Sagrada" del P. Florez, y digase si, apesar de los enfaticos elojios que le tributa el erudito historiador, pueden conciliarse la conducta de aquel prelado, sus reyertas diplomaticas, sus armamentos belicos, y sus propensiones marciales, con las doctrinas del Evanjelio, y con las costumbres de los primeros siglos de la iglesia. "El Rei," dice Florez, "habia dado la intendencia de Galicia al Arzobispo, y no pudiendo ir en persona a rendir al rebelde (Don Arias Perez), dio la comision al Arzobispo..... Este, ademas del *hierro* y *fuego*, necesitó valerse de la máquina llamada *el gato*, que, excavando la tierra, arrancaba las piedras de la fortaleza. Finalmente, la tomó, cautivando a treinta y seis, y cediendo a los suyos cuanto habia. Murieron dos mui nobles, y mui queridos del Prelado: pero volvio triunfante a la ciudad, &c." Notese que poco tiempo despues de esta hazaña, el mismo Gelmirez presidio el Concilio de Palencia, uno de cuyos canones es el siguiente. "Ninguno obligue a los clerigos a que sigan las expediciones militares, o manejen armas, ni a cosa que se oponga a los Canones."

4.

Los torrentes de fango que ahora bebe.—p. 102.

Escribiose este verso, cuando España, sometida al mas ilimitado poder absoluto, parecia haber perdido la esperanza y los medios de recobrar sus antiguas libertades.

5.

Y en su regazo el mar la deposita.—p. 119.

La mayor parte de los pormenores de que se ha hecho uso en este poema, se conservan entre las tradiciones de los *highlanders*, o montañeses de la Escocia Occidental. Segun ellos, la Florida fue impulsada por la borrasca, a la espaciosa bahia de Tobermory, en la isla de Mull, condado de Argyle. Escocia era entonces un pais neutro, bajo el reinado de Jacobo VI.: por consiguiente, los Españoles, considerandose perfectamente seguros, permanecieron muchos dias en aquel punto, reparando sus averias, y aguardando noticias del resto de la Armada. El que se introdujo a bordo de la Florida, y consumó el horrendo designio de su voladura, era un tal Smollett, visabuelo del célebre continuador de la Historia de Hume. Reinan en Escocia dos opiniones sobre el orijen de la catastrofe. Los unos la atribuyen a la Reina Isabel de Inglaterra, la cual, informada de que la Florida tenia a bordo una gran cantidad de dinero, perteneciente a la expedicion española, dio orden a su Embajador en Edinburgo, para que procurase por todos los medios posibles la destruccion del buque. El Embajador se valio de Smollett, y anunció a la Reina que estaban satisfechos sus deseos. Otros refieren el accidente como se ha procurado referir en el poema, pero dan el titulo de Infanta a la desgraciada Española, que inspiró tan terribles celos a la mujer de Maclean. Lo que parece no tiene duda, es que un jefe de este nombre se hizo mui amigo de los Españoles, y se sirvio de los cañones de la Florida, y de parte de su tripulacion, para combatir el castillo del jefe de otro *clan*, enemigo suyo.—La jente vulgar de la isla de Mull, añade a estas circunstancias, otras de un caracter maravilloso. Dicen que se encontro el cadaver de la Infanta, privado del dedo pequeño de la mano derecha; que se enterro con magnífico aparato, y que despues fue trasladado a su patria, en un buque enviado por el gobierno español con este objeto; que el alma en pena de la Infanta se aparece de noche en la playa, buscando con una linterna en la mano, el dedo que arrancó del cadaver la explosion.—A principios del siglo XVIII. mandó el gobierno ingles un buque de guerra a la bahia de Tobermory, a ver si se podia descubrir el tesóro de la Florida. Bajaron diferentes veces los buzos; encontraron parte del casco, y sacaron algunos objetos: mas el dinero no pudo ser hallado. El célebre buzo Spalding acometio la misma empresa por los años de 1787; mas ya se habian sumerjido en el fango los restos de la Florida.

6.

En el Divan convoca a sus mujeres.—p. 140.

Si no constára esta circunstancia de un modo autentico, el autor no se habria atrevido a inventarla: pero la Cronica citada en la Advertencia pre-

liminar lo expresa claramente: *At ipse rex Zafadola, quando hæc audivit, vocabit filios suos et uxores . . . . dixitque ad eos: nostis quæ gesta sunt a Adefonso.* El Rei Alfonso acudia tambien, en lances apurados, al consejo de las personas del bello sexo: *Sed rex vocabit sororem suam Infantam Domnam Sanctiam, et uxorem suam Domnam Berengariam, et alios consiliarios, quos prudentes in talibus negotiis cognoverat.*

7.

Ni la poligamia es un delito
Que alarma su conciencia jenerosa.—p. 141.

Et dum ista gererentur, accepit rex quandam concubinam, nomine Gontroda, filiam Petri Didaci, et Mariæ Ordonii, pulchram nimis . . . . genuitque ex ea quandam filiam nomine Urraccam, quæ ad ablactandum data est sorori regis, infantissæ Domnæ Sanctiæ, et ad nutriendum. Por donde se ve cuanta era la dignidad que reinaba en las Cortes de aquel siglo, puesto que las hermanas de los reyes no se creian degradadas en acceptar las funciones de amas de leche de sus sobrinos bastardos. Notese que esto ocurrio por los años de 1132, y que Alfonso habia casado en 1128 con Berenguela, hija de Raimundo, Conde de Barcelona, la cual estaba viva y sana, cuando la Infanta Doña Sancha, su cuñada e íntima amiga, daba el pecho a Urraquita, hija de Gontroda. Debe tambien tenerse presente que Berenguela era *puella pulchra et decora nimis, amatrix castitatis,* y que el Emperador o Rei Alfonso, *gratia Deo, genuit ex ea filios.*

8.

Partio con él su trono . . . . . . —p. 143.

At ille (Adefonsus) suscepit Zafadolam honorifice, et fecit eum sedere in solio regale secum.

9.

Llamese libertad o como quiera,
Se engaña quien la elojia o vitupera,
Si ignora a quien se aplica y en qué caso.—p. 154.

Edmundo Burke, en sus célebres "Reflexiones sobre la Revolucion Francesa," dice: "No puedo decidirme a elojiar ni censurar nada relativo a los sentimientos y negocios humanos, cuando se me presenta el asunto en toda su desnudez, despojado de toda relacion, y considerado meramente como una abstraccion metafisica. Las circunstancias son las que dan a todo principio politico su colorido peculiar y sus efectos caracteristicos. Cuando se me dice que un pueblo ha recobrado su libertad ¿qué motivo tengo para congratularlo? ¿Sera porque la libertad, considerada de un modo abstracto, entra en el número de los beneficios que nos dispensa la Providencia? Entonces felicitaré al loco que rompe sus saludables pri-

siones, y al asesino que se escapa de la carcel, ya que uno y otro no hacen mas que recobrar sus derechos naturales.''

10.

" Poco habra que gastar," dijo, "en su entierro."—p. 159.

No fue esto precisamente lo que dijo Alfonso al saber la muerte de su íntimo y exelente amigo Zafadola. Sus expresiones, segun el Cronista, fueron: *Mundus ego sum a sanguinæ Zafadolæ amici mei:* con lo que probablemente se creyo absuelto de toda otra obligacion, con respecto a la memoria de su aliado, y a las reclamaciones de la justicia. Todos los que conocen la historia de aquellos tiempos, saben que los Cristianos, cuando no lo exijia el interes politico, no miraban a los Moros como seres con quienes era forzoso desempeñar deberes de justicia y de humanidad.

11.

De hinojos ante el arca misteriosa.—p. 167.

Consta esta circunstancia de la Cronica: *Habebat autem Rex Aragonensium semper secum in expeditione, quandam arcam factam ex auro mundo, ornatam intus et foris lapidibus pretiosis in qua erat Crux salutaris ligni.* La obstinacion de Alfonso en negarse a las proposiciones que los sitiados le hicieron, está igualmente expresada en aquel precioso documento: *Volebat civitatem capere et omnes nobiles sarracenos subire capitale sententiam;* y el Cronista halla la razon de este cruel intento: *Quia Deus induraverat cor ejus, ut venirent super eum omnia mala quæ ipse fecerat.*

12.

Hai un ser en las auras celestiales.—p. 172.

No se crea que estas sobrenaturales circunstancias han sido inventadas por el poeta. Constan en la Cronica, donde se refieren del modo siguiente: *Orationes eorum non sunt exauditæ ante Deum, quia Gabriel Archangelus, summus nuntius Deì, non tulit eas ante tribunal Christi, neque Michael, Princeps militiæ cælestis, missus est a Deo, ut eos adjuvaret in bello.*

13.

Al mentido Profeta de la Arabia.—p. 180.

La Cronica hace expresa mencion de la apostasia del Obispo de Lascar, añadiendo que despues se reconcilió con la Iglesia y volvio a ocupar su silla.

14.

Alfonso Onceno de infeliz memoria.—p. 193.

La memoria de este rei sera infeliz a los ojos de todos los hombres rectos y justos. Los esplendidos triunfos conseguidos por las armas españolas durante su reinado, no pueden lavar las manchas con que han

contaminado su nombre la inmoralidad profunda de su conducta; su largo y escandaloso amancebamiento con Doña Leonor de Guzman; la rebeldia de Don Juan Manuel, y de otros magnates poderosos, a quienes el Rei tubo que galardonar torpemente, por la incapacidad en que se hallaba de reprimirlos; los exesivos tributos con que sobrecargó a los pueblos, y el horroroso jermen de discordias y crimenes que legó a los Españoles, con la doble posteridad, lejítima y adulterina, destinada a renovar en una nacion cristiana, exesos y atrocidades que eclipsan los que la fabula atribuye a las familias de los semi-dioses de Grecia.

15.

El que entonces rejia en Salamanca,
Hizo este gran servicio a Doña Blanca.—p. 206.

Llamabase Don Juan, y tubo por compañero en esta obra a Don Sancho Obispo de Avila. "¡Oh hombres nacidos," dice Mariana, "no ya para Obispos, sino para esclavos!"

16.

Porque fundó en Toledo una capilla.—p. 208.

Enrique fue el fundador de la capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, engrandecida y hermoseada por algunos de sus succesores.

17.

La Corte de Navarra en Castro-Fuerte.—p. 269.

Las aventuras que se refieren en esta Leyenda han sido contadas de mui diversos modos por nuestros historiadores y romanceros, y probablemente en todas estas diferentes versiones hai mucho mas de fabuloso que de historico. La que me ha servido de norma, es la que me suministra uno de los romances contenidos en los *Cuarenta Cantos* citados en mi prefacio. Como se vera en los versos siguientes, he copiado no solo el sentido, sino algunas de las expresiones de aquella composicion:

"La reina doña teresa
Viendolos ya concertados,
Que era hermana del rei,
* * * *
Tomó por la mano al conde
Y en secreto lo a apartado
Mostrando quererlo mucho
Por ser noble y esforzado,
Y que queria que fuese
Por mano suya casado
Con la infanta doña sancha.
* * * *

Yo triste doña teresa
Reina vieja y de mal hado,
* * * *
Digo vos que si yo fuese
Como vos rei coronado
Que vengaba bien su muerte
Mui de presto y a mi salvo.
* * * *
Porque ya con el mal conde
Tengo puesto y concertado
Casarlo con vuestra hija
Y el me lo tiene otorgado.
* * * *
Sintiendo el engaño el conde
En una hermita se a entrado
* * * *
Y con mui grandes prisiones
En castro fuerte fue echado."

18.

¿ Entiendes, Fabio, lo que voi diciendo?—p. 366.

Los versos señalados en la octava no son orijinales mios: se han copiado de obras impresas, reimpresas y aplaudidas. Las mismas locuciones y otras mas disparatadas se leen y se admiran en las obras de los mas acreditados restauradores de la Poesia Castellana.

19.

Y el caudillo invencible de la hueste.—p. 374.

La narracion que empieza en esta octava es puramente historica. Los nombres de Zobeir, Abdala y Gregorio estan consignados en todas las historias de aquel tiempo. Lo que se dice en el poema acerca de la hija del Prefecto de Tripoli, no es tan poetico como lo que de esta desgraciada heroina cuentan los historiadores.

20.

A la sazon luchaban con denuedo.—p. 382.

La célebre disputa a que alude esta octava fue la que separó la iglesia griega de la latina, y la que, dando lugar al cisma de Constantinopla, precipitó la caida del imperio romano en el Oriente. Es preciso confesar que la corte de Roma se mostro infinitamente mas moderada a los principios de la disputa, que los gobiernos temporales. Carlo Magno quiso que el Papa Leon III. declarase condenados a *todos* los que no reconocian la doble procesion del Espiritu Santo. El Papa respondio que *todos* no son capaces de penetrar en tan altos misterios.

21.

Tanjer sola conserva en el desdoro.—p. 383.

Los escritores arabes hablan de los muros de bronce y de los techos de oro y plata de Tanjer.

22.

Hizo por este medio su conquista.—p. 384.

La regla de San Pacomio dice expresamente: *Nec lavabitur aqua nudo corpore, nisi languor perspicuus sit.*—Regula 92. p. 1.

23.

Dos lobos tubo el infeliz rebaño.—p. 401.

Hoppam impurissimum hominem, regis Witizæ flagitiosissimi aut filium, aut fratem (utrumque traditur) Hispalensem Episcopum, consortem sibi Episcopatus ascivit, ut a duobus lupis Ecclesiæ Toletanæ grex peteret pascua virentia. (Alfonsi Sanctii Hispani de Rebus Hispaniæ Anacephalœosis. Lib. II. cap. 19.) Es un buen Compendio, escrito en latin clasico.

24.

Deben pasar al Africa los nuestros.—p. 416.

Suadet regi, ut arma in Africam, unde periculum a Sarracenis timebatur, tranferret. (Sanctius, ib.)

25.

Toda la comarca

Viene a felicitar al Agareno. —p. 423.

Christiani ad Mauros odio Tyranni confluebant. (Id. ib.) Gibbon, que acudio a las mejores fuentes, da algunos curiosos pormenores. "Cien Arabes y cuatro cientos Africanos pasaron el Estrecho. El nombre de su jefe Tarif, indica todavia el lugar del desembarco. Recorrieron por tierra 18 millas de un pais cubierto de colinas. La hospitalidad con que fueron recibidos, el gran número de Cristianos que se les agregaron, sus incursiones en una provincia fertil y mal guardada, la riqueza de su botin, y la tranquilidad con que regresaron al Africa, fueron circunstancias que sus compañeros miraron como anuncios seguros de la victoria." (Decline and Fall of the Roman Empire, chap. LI.)

26.

No sé si era el Egipcio o el Tebano.—p. 435.

Cuestion gravisima, en cuya resolucion han consumido su calor natural muchos y mui graves historiadores. La vanidad nacional se ha decidido por el Egipcio, dandole, con respecto al Tebano, una anterioridad de diez siglos cuando menos. Leanse todos nuestros historiadores, y se vera cuan acordes estan en creer la venida de este semi-dios a España. Alderete, Pellicer, el Arzobispo Don Rodrigo, Ocampo, Mariana, Garibay, Caro, todos ellos. ¡ Y ahora nos quiere hacer creer un Aleman que la existencia de Romulo es una fabula !

27.

Pongo al saco de lana por testigo.—p. 437.

El Canciller de Inglaterra preside la Camara de los Lores sentado en un saco de lana, como simbolo del comercio y de la industria. Los pares suelen designar al Presidente con la expresion usada en el texto.

28.

Y pues estoi sobre mis piernas digo.—p. 437.

En el estilo parlamentario, *estar sobre sus piernas* un miembro del Parlamento (*to be on his legs*) significa lo mismo que tener la palabra.

29.

Estaba mi Don Diego oyendo misa.—p. 438.

Esta anecdota se ha conservado tradicionalmente en el pais. No sé si la menciona algun historiador: pero atendidas las circunstancias de la epoca, tiene todos los caracteres de la verosimilitud. El Marques de San Felipe en sus "Comentarios," nos ha conservado pormenores mui curiosos sobre el estado de Gibraltar cuando la tomaron los Ingleses.

30.

Hai un cierto escritor llamado Mora.—p. 445.

El Conde de Mora, autor de una "Historia de Toledo" llena de las mas ridiculas y enormes patrañas. Castillo escribio una "Historia de los Godos," que no le va en zaga. Alcocer y Pisa, "Historias de Toledo," *ejusdem furfuris;* pero callen todos donde está el Dr. Don Cristoval Lozano, autor de "Dayid Perseguido," y de "Los Reyes Nuevos de Toledo," obra que ha tenido diez y siete ediciones, y que rebienta de ignorancia, de vulgaridad y de supersticion. Todos estos autores y otros muchos creen a pie juntillas lo de la torre encantada de Hercules, porque ¿como habia de faltar un Hercules en la danza? Lozano excede a sus dignos compañeros en curiosos pormenores.—"Sentaremos por fijo que Tuballa dio principio a la fábrica de la torre, y el Hercules el famoso la reedificó y amplió, sirviendose de ella como de real palacio, y leyendo alli la Arte Magica. . . . A una manga de esta cueva, como tan gran magico, hizo labrar Hercules un palacio encantado, el cual palacio mandó que se cerrase, y que ninguno lo abriese, si no queria ver en sus dias la España destruida por jente barbara." Pero esto no es nada. Es preciso leer en el mismo Lozano los pormenores de la entrada de Rodrigo en la cueva: pormenores infinitamente mas maravillosos que los que se leen en el poema. Por ejemplo: "Llegaron a una cuadra mui hermosa, labrada de primoroso artificio, y en medio de ella estaba una estatua de bronce de espantable y formidable estatura, puestos los pies sobre un pilar de hasta tres codos de alto, y con una maza de armas, que tenia en las manos, estaba hiriendo en la tierra con fieros golpes." Esto se escribia en España, no en el siglo X., sino en el año de 1666, por un doctor en Teologia, capellan de S. M., Comisario de la Santa Cruzada, Vicario de la villa de Hellin y Procurador Fiscal de la Camara Apostolica.

Just Published, in foolscap 8vo. price 4s.

A

CONCISE AND SIMPLIFIED

GRAMMAR

OF

THE SPANISH LANGUAGE,

BY

EMANUEL DEL MAR,

Professor of the Spanish Language, &c., at the London High School.

Third Edition.

CAREFULLY REVISED AND CORRECTED.

LONDON:

C. & H. SENIOR, 49, PALL MALL.

Calderon.

En un tomo 8vo., con retrato del Autor. 5*s.* 6*d.*

EL MÁGICO PRODIGIOSO,

LA VIDA ES SUEÑO,

Y

EL PRÍNCIPE CONSTANTE,

DE

DON P. CALDERON DE LA BARCA.

Esta linda edicion impresa en Londres está encuadernado al gusto de Inglaterra y con letras doradas.

LA ARMERIA REAL DE ESPAÑA,

OU

COLLECTION DES PRINCIPALES PIÈCES DU MUSÉE D'ARTILLERIE DE MADRID.

Se completará en 20 cuadernos real folio, cada uno conteniendo 4 laminas hermosamente iluminadas, 10s. cada cuaderno.

N. B.—La obra está escrita en Frances.

"The Royal Armoury at Madrid is one of the most complete and splendid in Europe. * * This collection has too long remained comparatively unknown to the antiquarians and genealogists of Europe. * * This magnificent work is destined to describe the most remarkable of these authentic and interesting relics of art. The objects have been accurately designed by Gaspard Sensi, and the engravings are coloured to imitate the originals." *Vease la Quarterly Review*, No. 123, June, 1838.

459623

LS
M827k.2

Mora, José Joaquin de
Leyendas españolas.

DATE. | NAME OF BORROWER.

University of T
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 01 07 09 006 8